
EL LIBRO EN EL QUE SE BASA LA PELÍCULA
DE LUCA GUADAGNINO
PROTAGONIZADA POR
TAYLOR RUSSELL, TIMOTHÉE CHALAMET
Y MARK RYLANCE
GUION DE DAVID KAJGANICH
BONES AND ALL
HASTA LOS HUESOS
CAMILLE DEANGELIS
PLAZA JANÉS

CAMILLE DEANGELIS

BONES AND ALL

Hasta los huesos

Traducción de
Noemí Jiménez Furquet

PLAZA & JANÉS

Para Kate Garrick

Algún día despertaré y descubriré que han construido un laberinto a mi alrededor; entonces sentiré alivio.

1

Penny Wilson se moría por tener un bebé para ella sola. Eso es lo que me imagino, ya que se suponía que solo iba a cuidarme durante una hora y media, y era evidente que me quería más de lo recomendable. Debió de tararearme una nana, juguetear con cada dedito de las manos y los pies, besarme las mejillas y acariciarme la cabeza, soplándome el pelo como si le pidiese un deseo a un diente de león a punto de soltar los vilanos. Yo ya tenía dientes, pero era demasiado pequeña para tragarme los huesos, así que cuando mi madre llegó a casa se los encontró amontonados sobre la moqueta del cuarto de estar.

La última vez que mi madre había visto a Penny Wilson, esta aún tenía cara. Sé que mamá chilló, porque cualquiera lo habría hecho. Cuando crecí me contó que creyó que la canguro había sido víctima de una secta satánica. Cosas más extrañas se había encontrado en las afueras.

No fue una secta. Si lo hubiera sido, me habrían raptado y me habrían hecho cosas inimaginables. Pero allí estaba yo, dormida en el suelo junto al montón de huesos, con las lágrimas secándose todavía en mis mejillas y la sangre húmeda alrededor de mi boca. Incluso entonces me odié. No recuerdo nada de aquello, pero lo sé.

Aun cuando mi madre notó la sangre coagulada sobre mi peto de OshKosh, aun cuando advirtió la sangre en mi cara, no lo vio de verdad. Cuando me separó los labios y metió el dedo dentro —las madres son las criaturas más valientes, y la mía es la más valiente de todas—, encontró algo duro entre mis encías. Lo sacó y se quedó mirándolo. Era el martillo del oído de Penny Wilson.

Penny Wilson residía en nuestro complejo de apartamentos, al otro lado del patio. Vivía sola y hacía pequeños trabajos esporádicos, por lo que nadie la echaría de menos durante días. Aquella fue la primera vez que tuvimos que recoger y trasladarnos a toda prisa, y a menudo me pregunto si mi madre se llegó a imaginar lo eficiente que se volvería con el tiempo. La última vez que nos mudamos hizo las maletas en doce minutos contados.

No hace tanto, le pregunté por Penny Wilson: «¿Cómo era su aspecto? ¿Dónde había nacido? ¿Cuántos años tenía? ¿Leía muchos

libros? ¿Era simpática?». Íbamos en el coche, pero no de camino a una nueva ciudad. Nunca hablábamos de lo que había hecho justo después de hacerlo.

—¿Para qué quieres saber todo eso, Maren? —me preguntó con un suspiro, frotándose los ojos con el pulgar y el índice.

—Para saberlo, sin más.

—Era rubia. Tenía el pelo rubio y largo, y siempre lo llevaba suelto. Aún era joven, más joven que yo, pero no creo que tuviera muchos amigos. Era muy callada. —Entonces la voz de mamá se quedó enredada en un recuerdo que no habría querido encontrar—. Me acuerdo de cómo se le iluminó la cara cuando le pregunté si podía cuidar de ti aquel día. —Se la veía enfadada mientras se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Ves? No sirve de nada pensar en estas cosas cuando ya no se pueden cambiar. Lo hecho, hecho está.

Me quedé pensando un minuto.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—¿Qué hiciste con los huesos?

Tardó tanto en contestar que empecé a temerme su respuesta. Después de todo, había una maleta que siempre venía con nosotras y nunca le había visto abrir. Finalmente dijo:

—Hay ciertas cosas que jamás voy a contarte por mucho que me lo pidas.

Mi madre era amable conmigo. Nunca decía cosas como «lo que has hecho» o «lo que eres».

Mamá se había marchado. Se había levantado cuando todavía era de noche, había recogido un par de cosas y se había ido con el coche. Mamá ya no me quería. ¿Cómo culparla si jamás lo hubiera hecho?

Ciertas mañanas, una vez que llevábamos en un lugar el tiempo suficiente como para empezar a olvidar, me despertaba con aquella canción de *Cantando bajo la lluvia*.

Good morning, good mooooooorning! We've talked the whole night through...[1]

Pero, cuando la cantaba, siempre sonaba algo triste.

El 30 de mayo, el día en que cumplí los dieciséis, entró cantando. Era sábado y había planeado todo un día de diversión. Abracé la almohada y le pregunté:

—¿Por qué la cantas así siempre?

Abrió las cortinas de par en par. Vi cómo cerraba los ojos y sonreía a la luz del sol.

—¿Así, cómo?

—Como si hubieras preferido irte a la cama a una hora razonable.

Se rio, se sentó de golpe a los pies de mi cama y me acarició la rodilla a través de la colcha.

—Feliz cumpleaños, Maren.

Hacía mucho que no la veía tan feliz.

Mientras comíamos tortitas con pepitas de chocolate, metí la mano en una bolsa de papel con un grueso libro en el interior —*El señor de los anillos*, los tres volúmenes en uno— y una tarjeta regalo de Barnes & Noble. Pasamos la mayor parte del día en la librería. Por la noche me llevó a un restaurante italiano, uno de verdad, en el que los camareros y el chef hablaban entre sí en su idioma, las paredes estaban cubiertas de viejas fotografías familiares en blanco y negro, y la sopa minestrone te dejaba saciada durante días.

En el interior estaba oscuro y apuesto a que siempre recordaré cómo la luz del portavelas de cristal rojo se reflejaba titilante en la cara de mamá al llevarse la cuchara a los labios. Hablamos de cómo iban las cosas en el instituto y cómo iban las cosas en el trabajo. Hablamos de mi marcha a la universidad: qué me gustaría estudiar, en qué me gustaría convertirme. Llegó un esponjoso cuadrado de tiramisú con una vela clavada en lo alto y los camareros me cantaron, pero en italiano: *Buon compleanno a te*.

Después me llevó a ver *Titanic* a un cineclub y durante tres horas me sumergí en la historia igual que hacía en mis libros favoritos. Fui bella y valiente, alguien destinado a amar y sobrevivir, a ser feliz y a recordar. La vida real no me deparaba nada de aquello, pero, en la agradable oscuridad de aquel viejo teatro deslucido, olvidé que jamás lo haría.

Caí a plomo en la cama, agotada y satisfecha, porque a la mañana siguiente disfrutaría de las sobras de la cena y leería mi libro nuevo. Pero, al despertar, había demasiado silencio en el apartamento y no se olía el café. Algo no iba bien.

Enfilé el pasillo y encontré una nota en la mesa de la cocina.

Soy tu madre y te quiero, pero ya no aguanto más.

No podía haberse ido. Imposible. ¿Cómo iba a hacer algo así?

Me miré las manos, palmas arriba, palmas abajo, como si no me pertenecieran. Tampoco me pertenecía lo demás: ni la silla en la que me hundía, ni la mesa en la que apoyaba la frente, ni la ventana por la que miraba. Ni siquiera mi propia madre.

No lo entendía. Llevaba más de seis meses sin hacer lo malo. Mamá

estaba perfectamente integrada en su nuevo trabajo y nos gustaba el apartamento. Nada de aquello tenía sentido.

Corrí hasta su dormitorio y encontré las sábanas y el edredón todavía en la cama. También había dejado otras cosas. En la mesilla, novelas en rústica que ya había leído. En el cuarto de baño, botes casi vacíos de champú y crema de manos. Algunas blusas, las no tan bonitas, seguían colgadas en el armario, en esas perchas de alambre que regalan en la tintorería. Siempre que nos mudábamos dejábamos atrás ese tipo de cosas, pero esta vez una de las cosas que había dejado atrás era yo.

Temblando, volví a la cocina y leí la nota de nuevo. No sé si es posible leer entre líneas cuando solo hay una frase, pero yo era capaz de entrever todo lo que no había dicho a las claras:

«Ya no puedo protegerte, Maren. No cuando es al resto del mundo al que debería proteger de ti.

»Si supieras la de veces que he pensado en denunciarte, en hacer que te encerraran para que no volvieras a hacerlo…

»Si supieras cuánto me odio por haberte traído al mundo…».

Lo cierto era que lo sabía. Y debería haberlo comprendido cuando me llevó a celebrar mi cumpleaños, porque fue demasiado especial como para no haber sido lo último que hiciéramos juntas. Lo había planeado todo.

No había sido más que una carga para ella. Una carga y un horror. Todo ese tiempo había hecho lo que había hecho porque me tenía miedo.

Me sentía extraña. Notaba en los oídos ese zumbido que se siente cuando hay demasiado silencio, salvo que era como tener la cabeza apoyada en una campana de iglesia que acabara de tañer.

Entonces me percaté de algo más encima de la mesa: un sobre blanco y abultado. No me hizo falta abrirlo para saber que dentro había dinero. El estómago me dio un vuelco. Me levanté y salí tambaleándome de la cocina.

Fui hasta su cama, me sumergí bajo la colcha y me ovillé todo lo posible. No sabía qué más hacer. Quería dormir hasta que pasase, despertar y descubrir que no había sucedido, pero ya se sabe lo que ocurre cuando una está desesperada por volver a dormirse. Cuando una está desesperada por lo que sea.

El resto del día pasó en una neblina. No llegué a abrir *El señor de los anillos*. No leí nada salvo las palabras de aquella nota. Más tarde volví a levantarme y deambulé por la casa, con demasiadas náuseas como para pensar en comer nada, y cuando oscureció me fui a la cama y permanecí despierta durante horas. No quería estar viva. ¿Qué tipo

de vida podía llevar?

No podía dormir en un apartamento vacío. Tampoco podía llorar, porque no me había dejado nada por lo que hacerlo. Todo lo que le importaba se lo había llevado con ella.

Penny Wilson fue mi primera y última canguro. A partir de entonces, mi madre me llevó a la guardería, donde los empleados estaban saturados y cobraban poco, por lo que jamás existió el peligro de que nadie me cogiera cariño.

Durante años no pasó nada. Era una niña modélica, callada, seria y con ganas de aprender, por lo que con el tiempo mi madre se convenció de que no había hecho aquello tan horrible. Los recuerdos acaban distorsionándose, convirtiéndose en verdades con las que es más fácil vivir. Yo había sido víctima de una secta satánica. Habían asesinado a mi canguro, me habían bañado en sangre y me habían dado a mascar el martillo de un oído. No había sido culpa mía; no había sido yo. No era un monstruo.

Así que, cuando tenía ocho años, me mandó de campamento. Era uno de esos lugares en los que niños y niñas viven en cabañas en las orillas opuestas de un lago. También estábamos separados en el comedor y apenas nos permitían jugar juntos. Durante la hora de manualidades, las niñas trenzábamos llaveros y pulseras de la amistad, y más tarde aprendimos a recoger leña y prender una hoguera, aunque nunca nos dejaron disfrutar de una después del anochecer. Dormíamos en literas, ocho chicas por cabaña, y cada noche antes de acostarnos nuestra monitora comprobaba que no tuviéramos piojos.

Nadábamos en el lago cada mañana, incluso los días nublados en que el agua estaba fría y turbia. El resto de las niñas solo se metían hasta la cintura y se quedaban sin hacer nada donde no cubría, esperando al sonido de la campana para ir a comer.

Pero yo era una buena nadadora. Me sentía viva en el agua fría y oscura. Algunas noches hasta me quedaba dormida con el bañador puesto. Una mañana decidí atravesar el lago hasta la orilla de los chicos simplemente para decir que lo había hecho. Así que nadé sin parar, deleitándome en la sensación de cortar con las extremidades el agua tonificante, sin ser del todo consciente del socorrista que tocaba el silbato para que regresase.

Me detuve para comprobar mi avance, y fue entonces cuando lo vi. Debía de haber tenido la misma idea de llegar a la orilla de las chicas.

—Hola —gritó.

—Hola —respondí.

Nos quedamos parados, flotando en el agua a unos cinco metros el uno del otro, mirándonos. Las nubes se amontonaban sobre nuestras cabezas. En cualquier momento empezaría a llover. En ambas orillas, los socorristas nos pitaban frenéticos. Nos acercamos un poco más, lo suficiente para tocarnos las puntas de los dedos. Era pelirrojo y tenía más pecas que nadie a quien hubiera conocido, chico o chica; era tan pecoso que apenas se veía la palidez subyacente. Me dirigió una sonrisita cómplice, como si ya nos conociéramos y hubiéramos quedado en vernos allí, en pleno centro de un lago en el que nadie más quería adentrarse.

Volví la vista por encima del hombro.

—Creo que nos la vamos a cargar.

—No si nos quedamos aquí para siempre —dijo.

—No soy tan buena nadadora —repliqué sonriendo.

—Yo te enseñaré a quedarte flotando durante horas. Lo único que tienes que hacer es tranquilizarte y dejar que el cerebro flote. ¿Ves?

Se tumbó de espaldas y dejó que las orejas se le hundiesen bajo la superficie. Lo único que acertaba a ver era su cara en el agua, vuelta hacia el cielo, donde debería haber brillado el sol.

—¿Nunca te cansas? —pregunté, alzando la voz para que oyera.

El chico se irguió y sacudió la cabeza para sacarse el agua de los oídos.

—No.

Así que lo intenté. Ahora estábamos más cerca, lo bastante cerca como para que tendiese la mano y tocase la mía. Yo volví a emerger y me reí al tiempo que tamborileaba con las puntas de los dedos por su brazo, arriba y abajo.

—Ya lo sé —dijo—, tengo muchísimas pecas.

Los socorristas a ambas orillas del lago seguían pitando (podía oír los silbatos incluso con los oídos bajo el agua), pero sabíamos que no se meterían para sacarnos. Ni siquiera los socorristas querían nadar en aquella agua.

No tengo ni idea de cuánto tiempo seguimos allí, pero imagino que no sería tanto como recuerdo. Si esta fuera la historia de cualquier otra persona, ese habría sido el momento en el que conocí al amor de mi niñez.

Se llamaba Luke y a lo largo de los días siguientes encontró formas de verme. En dos ocasiones dejó una nota sobre mi almohada y un día, después de comer, me condujo rodeando la parte trasera del salón de entretenimiento con una caja de zapatos bajo el brazo. Una vez que

encontramos un lugar apartado, quitó la tapa y me enseñó una colección de caparazones de cigarras.

—Los encuentro entre los arbustos —me dijo, como si fuera un gran secreto—. Son exoesqueletos. Se deshacen de ellos una vez en la vida. ¿No mola?

Extrajo uno de los caparazones de la caja y se lo llevó a la boca.

—Están bastante buenos —dijo mientras masticaba—. ¿Por qué pones cara de asco?

—No la pongo.

—Sí que la pones. No seas así. —Luke extrajo un segundo caparazón—. Toma, pruébalo. —Crunch, crunch—. Tengo que coger un salero a la hora de la cena; estarán aún más ricos con un poco de sal.

Me puso el caparazón en la palma de la mano y me quedé mirándolo. Entonces algo titiló en un oscuro rincón de mi mente: yo sabía de cosas que no estaban hechas para comerse.

En ese momento sonó el silbato del recuento de la tarde. Dejé caer el caparazón de cigarra en la caja de zapatos y eché a correr.

Aquella noche encontré una tercera nota bajo la almohada. Las dos primeras las había escrito como si se estuviera presentando a un nuevo amigo por correspondencia: «Me llamo Luke Vanderwall, soy de Springfield, Delaware, y tengo dos hermanas pequeñas, este es mi tercer verano en el Campamento Ameewagan y es mi momento favorito de todo el año. Me alegro de que estés aquí. Ahora tendré a alguien con quien nadar aunque debamos saltarnos las reglas...».

Esta era breve. «Reúnete conmigo fuera a las once de la noche y nos iremos juntos y correremos muchas aventuras».

Aquella noche me dejé el bañador bajo el pijama. Me quedé tumbada en la cama hasta oír la respiración acompasada de todo el mundo y entonces abrí la puerta de malla y salí de la cabaña. Luke ya estaba allí, un poco más allá del arco de la luz del porche. Fui de puntillas hasta él, me agarró de la mano y tiró de mí hacia la oscuridad.

—Vamos —susurró.

—No puedo.

«No debo».

—Por supuesto que puedes. ¡Venga! Quiero enseñarte algo.

Cogidos de la mano, dejamos atrás el salón de entretenimiento de vuelta hacia el campamento de los chicos. Al cabo de unos minutos atisbé las cabañas a través de los árboles, pero entonces tiró de mí para alejarme de ellas y que me adentrara en la oscuridad.

El bosque estaba vivo de un modo que nunca había advertido

durante el día. Una pizca de luna creciente se entreveía por encima de los árboles, brindándonos apenas luz suficiente para distinguir el entorno, y las luciérnagas, con sus luces amarillo verdoso, revoloteaban por doquier. Me pregunté qué se dirían las unas a las otras. Corría una brisa nocturna, tan fresca y agradable que imaginé que los pinos exhalaban aire bueno y limpio, y el bosque canturreaba con una orquesta invisible de cigarras, lechuzas y ranas toro.

Una vaharada de humo de leña me hizo cosquillas en la nariz. Fuera de Ameewagan, pero no demasiado lejos, alguien había encendido una hoguera.

—Podríamos ir a por un perrito caliente —dijo Luke con añoranza. Al cabo de un momento vi brillar algo ante nosotros, pero al acercarnos me di cuenta de que no era una fogata.

Había una tienda roja en mitad del bosque, completamente iluminada desde el interior. No era una tienda de verdad —de esas con varillas extensibles de metal y una cremallera que se compran en las tiendas—, por lo que resultaba aún más misteriosa. Luke había encontrado una lona roja y la había extendido sobre una serie de cuerdas de tender dispuestas entre dos árboles. Por un momento o dos me quedé parada, mirándola. Desde allí podía fingir que era una tienda mágica y que, al entrar, me encontraría en mitad de un bazar marroquí.

—¿Lo has hecho tú?

—Sí —respondió—. Para ti.

Fue la primera vez que recuerdo haberlo sentido. De pie junto a Luke en la oscuridad, inhalé el cálido aire nocturno y descubrí que podía oler hasta las fibras de algodón entre los dedos de sus pies. Todavía conservaba el hedor del lago, fangoso y como de huevo podrido. No se había lavado los dientes después de cenar, así que cada vez que respiraba olía el chile en polvo de los sándwiches de carne picada.

Entonces, poco a poco, fue apoderándose de mí, haciéndome estremecer: el hambre y la certidumbre. No sabía nada de Penny Wilson. Simplemente tenía la sensación de haber hecho algo horrible cuando era pequeña y de que estaba a punto de repetirlo. La tienda no era mágica, pero sabía que uno de nosotros no volvería a salir de ella.

—Tengo que regresar —dije.

—¡No seas cobardica! No va a encontrarnos nadie. Todo el mundo está dormido. ¿No quieres jugar conmigo?

—Sí —susurré—, pero...

Me cogió de la mano y me condujo bajo la lona.

Para ser un escondrijo improvisado, estaba bastante bien provisto:

dos latas de Sprite, un paquete de galletas rellenas de higo y una bolsa de Doritos, un saco de dormir azul, su caja de caparazones de cigarra, una linterna eléctrica, una novela de Elige tu propia aventura y una baraja de cartas. Luke se sentó con las piernas cruzadas y sacó una almohada del saco de dormir.

—He pensado que podíamos dormir aquí. He apartado todos los palos del suelo. Sigue estando duro, pero imagino que será una buena forma de entrenamiento de supervivencia en la naturaleza. Cuando sea mayor, voy a ser guardabosques. ¿Sabes lo que es un guardabosques?

Negué con la cabeza.

—Patrullan los bosques y se aseguran de que nadie esté talando árboles o disparando a los animales o haciendo otras cosas malas. Eso es lo que yo voy a hacer.

Cogí el libro de Elige tu propia aventura: *Huida de Utopía*, de William Olin. En la cubierta aparecían dos niños perdidos en la selva, mientras a sus pies la tierra se desmoronaba y se abría un abismo. «¡Elige entre trece finales distintos! ¡Tus decisiones pueden conducirte al éxito o al desastre!».

Al desastre. Lo presentía.

—¿Sprite? —Abrió una lata y me la tendió—. Toma, cómete una galleta. —Cogió una para él y fue mordisqueando los bordes—. Pero antes de convertirme en guardabosques voy a hacer triatlón.

—¿Qué es un triatlón?

—Es cuando corres cien kilómetros, vas en bici cien kilómetros y nadas cien kilómetros, todo en un día.

—Menuda bobada —respondí—. Nadie puede nadar cien kilómetros.

—¿Cómo lo sabes? ¿Alguna vez lo has intentado?

Me reí.

—Claro que no.

—Bueno, ahora sabes cómo flotar para siempre. Es un buen comienzo. Yo puedo flotar para siempre, pero tengo que conseguir nadar para siempre también. Así que voy a entrenarme y entrenarme, todo el tiempo que haga falta, hasta lograrlo. Y luego voy a montar en mi caballo por las Montañas Rocosas y a luchar contra los incendios forestales y a vivir en una casa en un árbol que habré construido yo. Va a tener dos plantas, como una casa de verdad, solo que se subirá por una escala de cuerdas y se bajará por un poste deslizante. —Frunció el ceño al darse cuenta de algo—. Aunque el poste tendrá que ser de metal, para que no se me claven astillas.

—¿Cómo vas a comer? Hay que tener una cocina, pero entonces

podrías incendiar la casa.

—Oh, mi mujer cocinará para mí. Aún no sé si la cocina estará en el suelo o en lo alto del árbol.

—¿Tu mujer tendrá su propia casa en un árbol?

—No creo que necesite una casa propia, pero si quiere podrá tener una habitación en otra rama. Puede que sea una artista o algo.

—Suena bien —dije con tristeza.

—¿Qué te pasa? Creía que te gustaba estar fuera.

—Y me gusta.

—Creía que esto te haría feliz.

—Y así es. Pero vas a meterte en un lío si no vuelves a tu cabaña.

—Bah, no me importa limpiar las mesas mañana en el comedor —respondió, haciendo un gesto de despreocupación con la mano—. Esto merece la pena.

«Mañana». La palabra sonaba extraña, como si ya no significase nada.

—No es eso lo que quería decir.

—Ya pensaremos en ello por la mañana. Siéntate a mi lado y jugaremos al culo sucio antes de irnos a dormir.

Me senté a su lado y cogió el mazo de cartas. Empezamos a jugar. Mientras él las sostenía en alto escogí una (el culo sucio, claro). La guardé entre mis cartas y se las ofrecí, pero negó con la cabeza y me dijo que las barajara. Yo no podía pensar en la partida. No dejaba de oler el chile en polvo y el huevo podrido y las fibras de algodón. Su entusiasmo, su energía, su sed de aire libre: todo ello también tenía olor, como de hojas húmedas, piel salada y chocolate caliente en un jarrillo de lata que se amoldaba a la forma de sus manos.

—No quiero seguir jugando —musité. «No crecerá. Nunca será guardabosques. Nunca montará otro caballo. Nunca luchará contra los incendios forestales. Nunca vivirá en una casa en un árbol».

Luke dejó caer las cartas y me tomó las manos.

—No te vayas, Maren. Quiero que te quedes.

No quería irme. De verdad, de verdad que quería quedarme. Me incliné y lo olí. Chile en polvo, huevo podrido, fibras de algodón. Posé los labios en su cuello y dejé que se tensara con la anticipación. Llevó la mano hasta mi coleta y la recorrió con la mano, como si acariciara un caballo. Respiró sobre mí, y olí el chile, y así, sin más, ya no hubo vuelta atrás.

Salí dando tumbos de la tienda roja en dirección al lago, hacia el borde del muelle, y arrojé la bolsa de la compra al agua. Luego me

quité el pijama y lo lancé lo más lejos posible. Contemplé cómo mi camiseta de *La sirenita* se hundía bajo la superficie del lago, oí cómo la bolsa de plástico borboteaba al llenarse de agua.

Me dejé caer en el muelle y comencé a balancearme adelante y atrás tapándome la boca con las manos para ahogar el grito, pero este golpeó contra mi cara hasta que sentí cómo los ojos se me iban a salir de las órbitas. Al final comprendí que no podría retenerlo, así que me tumbé sobre las planchas, sumergí la cabeza y lo dejé ir hasta que el agua me entró por la nariz y esta empezó a arderme.

No fue hasta que subí de vuelta por el sendero entre los pinos —mojada, fría y temblando por fuera, horriblemente cálida y llena por dentro— cuando pensé en mi madre. «Ay, mamá. Vas a dejar de quererme cuando te enteres de lo que he hecho».

Me introduje en la cabaña haciendo el menor ruido posible y me puse el pijama de repuesto encima del bañador. Si alguien me preguntaba, diría que había ido al cuarto de baño. Me quedé temblando en la cama, acurrucada, como si pudiera aislarme del mundo. Quería ser una cigarra. Quería desprenderme de mi piel y dejarla entre los arbustos y que nadie me reconociese, ni siquiera mi propia madre. Sería una persona completamente distinta y no recordaría nada.

Por la mañana llovía, y tenía las uñas manchadas de rojo. Me puse el poncho, escondí las manos y corrí hasta el cuarto de baño. Las froté sin parar bajo el grifo y, aun así, seguía viéndolo. Alguien salió de los establos para lavarse las manos y me miró raro. Mis uñas no podían estar más limpias.

Seguí al resto de las chicas hasta el comedor, tan aturdida que no sentía el suelo bajo los pies. Me puse en la fila del bufé. Cogí un gofre, pero no me sabía a nada. El director del campamento se levantó delante de nosotros y encendió el micrófono.

—Lamentamos enormemente tener que deciros que uno de vuestros compañeros ha desaparecido. Por vuestra seguridad, se lo hemos notificado a vuestros padres y vendrán a buscaros a todos esta tarde. Entretanto, cuando acabéis de desayunar, volveréis a vuestras cabañas. Nadie tiene permiso para ir a ninguna instalación del campamento hasta que lleguen sus padres.

Cuando salimos del comedor, vimos que había furgonetas de los canales y emisoras de noticias locales en el aparcamiento. El director del campamento se negó a hablar con los periodistas.

Las niñas de mi cabaña se apiñaron alrededor de la mesa de pícnic

que había en el centro de la habitación.

—He oído hablar al director al salir del baño —susurró alguien—. Creen que han asesinado a Luke.

Las demás chicas ahogaron un grito.

—¿Por qué iban a pensar eso? ¿Quién habrá sido?

—Chicas —las interrumpió nuestra monitora desde el otro lado de la habitación. Estaba de brazos cruzados junto a la puerta de malla, contemplando cómo la lluvia convertía en un lodazal el sendero entre los árboles—. No quiero oíros decir nada más del tema. Basta.

Hasta entonces había sido divertida, siempre estaba dispuesta a trenzarnos el pelo o a jugar una partida de cartas. Era culpa mía que ya no sonriese, culpa mía que Luke hubiera desaparecido, culpa mía que todos tuviéramos que volver a casa. Me quedé en la cama, vuelta hacia la ventana, fingiendo leer.

> La tormenta arrecia, el agua sube en un río de lodo hasta llegarte a la cintura. Deambulas por la selva durante días, incapaz de encontrar un lugar seco en el que dormir. Agotado, cierras los ojos, te hundes bajo la superficie y la corriente te arrastra.
>
> FIN.

Cerré el libro con un hondo suspiro. «Qué más quisiera».

—Dijo que Luke estuvo anoche solo en el bosque —siguió contando la primera chica, esta vez en voz más baja—. Encontraron su saco de dormir y estaba lleno de sangre.

—He dicho que basta.

Nadie volvió a hablar. Las otras empezaron nuevas pulseras de la amistad, mientras yo, en el rincón, habría querido esfumarme. Al cabo de una hora llegaron los primeros padres y las niñas se fueron marchando una a una con sus mochilas.

Mi madre llegó pálida y silenciosa, y me condujo hasta el aparcamiento. Otros padres se arracimaban en grupos, con los brazos cruzados o haciendo tintinear nerviosos los llaveros. Hablaban en susurros, pero pude oír algunas de las cosas que decían.

«... Se escapó... No tenía por qué andar por el bosque... En este campamento no hay ni pizca de disciplina... Ese director no hace más que tocarse los huevos... La verdad es que me alegro de que mi Betsy se porte mejor... Dicen que lo del oso está completamente descartado... El saco de dormir estaba empapadito de sangre; dicen que es imposible que esté vivo... Supongo que drenarán el lago... He oído que van a interrogar a todo el mundo en un radio de quince kilómetros; creen que debe de haber sido alguien que vive en los

alrededores…».

¿Dónde estaban los padres de Luke? Si aparecían antes de que mamá me alejase de allí, ¿sabrían que había sido yo al mirarme? Le solté la mano y corrí de vuelta a la cabaña.

Todo el mundo se había marchado y las sábanas estaban amontonadas en el suelo. Me tropecé con mi litera del rincón y, cayendo sobre el colchón desnudo, hundí la cara en la vieja almohada llena de bultos. Mi madre entró y se sentó en el borde de la cama.

—Maren —murmuró—. Maren, mírame.

Levanté la cara de la almohada, pero no fui capaz de mirarla a los ojos.

—Mírame.

La miré. Estaba inquietantemente tranquila para ser una persona que sabía que su hija se había comido a alguien.

—Dime que no es cierto.

Volví a esconder la cara.

—No puedo.

Tuvo que llevarme en brazos al coche. «Pobrecita —dijeron los padres—. Le está afectando muchísimo».

Mamá quería irse de inmediato. El campamento Ameewagan quedaba a tres horas de viaje, pero el director tenía nuestras señas archivadas y, si descubrían que había pasado la noche con Luke, podrían dar con nosotras. Me lo explicó todo con calma y me dijo que había tenido que recoger nuestras cosas lo más rápido posible.

—¿Vamos a irnos sin más?

Tiré del cinturón de seguridad para tener algo de holgura, me incliné hacia delante y apoyé la barbilla en el asiento delantero. Me quedé mirando el chirriar de los limpiaparabrisas al deslizarse por el cristal y cómo el asfalto se desvanecía borroso bajo el capó del coche hasta que los ojos se me secaron. Me sentía extraña. ¿Haría tercero de primaria en otro colegio?

—No sé qué otra cosa hacer.

—Dijiste que siempre hay que contar la verdad.

—Lo dije y es cierto —repuso, y suspiró—, pero he estado pensando, Maren. No podemos contárselo a nadie. Nadie lo creerá.

—Pero si les decimos lo de Luke, y tú les dices lo de Penny…

—No es tan sencillo. A veces las personas confiesan asesinatos que no han cometido.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Por llamar la atención, imagino.

Proseguimos en silencio, pero las palabras de mamá quedaron flotando en el aire: un asesinato, y lo había cometido yo. Eso me convertía en una asesina. Pensé en Luke y en su caballo y en su casa en el árbol y en sus cien kilómetros a nado. Intenté no pensar en sus dedos, en las galletas de higo o en cómo su sangre era cálida y sabía a peniques antiguos.

Tenía una cigarra en el oído. Se había desprendido del caparazón y no dejaba de zumbar por detrás de mi ojo derecho. Me recosté en el asiento y apoyé la frente en la ventanilla, pero el zumbido no hizo sino empeorar.

«Tengo muchísimas pecas. No seas así. Tengo que conseguir nadar para siempre».

Comenzó a dolerme el oído, y pensé que no era nada en comparación con lo que él había sentido.

—Pero dijiste que al final siempre acaban pillándolo a uno —farfullé.

Durante uno o dos minutos no replicó nada, por lo que creí que tal vez no fuera a contestarme.

—Algún día tendrás que responder de esto —dijo, con los ojos en la carretera—. Algún día alguien te creerá.

«Preferiría con mucho responder ahora —reflexioné. Me froté el oído—. Llévame, pedazo a pedazo. Mi vida por la suya».

Mamá me miró por el espejo retrovisor.

—¿Qué te pasa?

—Me duele el oído.

Cuando aparcamos en la entrada de casa, el dolor prácticamente había eclipsado el horror de la noche anterior. Le oí murmurar al sacarme del coche:

—Sabía que ese lago estaba contaminado... Supongo que ni siquiera te dieron unas gotas para los oídos después de nadar... Jamás debí dejarte ir a ese estúpido campamento...

Pero sonaba extraña, como si se encontrara kilómetros por debajo del agua. Me metió en la cama y sacó un par de pastillas de un frasco de paracetamol.

Aquella noche, un hombre se arrodilló junto a mi cama y me perforó el tímpano con un cuchillo tan afilado que era invisible. Por supuesto, tampoco vi al hombre, pero sabía que estaba allí, clavándome el cuchillo al ritmo de los latidos de mi corazón. Se clavaba y giraba, se clavaba y giraba. Soñé que me mostraba el tímpano pegado a la punta de la hoja y me lo ponía en los labios. Tenía los dedos largos y huesudos, y su aliento era frío. Mamá había dejado encendida la luz del pasillo, pero no podía verle la cara. Tal

vez no tuviera.

Me di la vuelta y una sombra se proyectó a través del umbral.

—¿Maren? —Mi madre corrió hasta la cama y me metió el dedo en la boca, igual que cuando era un bebé—. ¿Qué es esto? ¿Qué masticas?

«Mi tímpano».

Se arrodilló, apoyó la mejilla en la cama y rompió a llorar. «Lo está viendo —pensé—. Sabe quién es, pero no puede hacer que se vaya».

Por la mañana la oí telefonear a la agencia de trabajo temporal para decirles que no podría finalizar la labor que le habían asignado. Luego entró con un vaso de ginger ale, removiéndolo con una cucharilla para quitarle las burbujas.

—Sé que me está castigando —dije.

Me miró con curiosidad.

—¿Quién?

—Dios.

—Maren... —Mamá se sentó en el borde de la cama, cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz—. Dios no existe.

—¿Cómo lo sabes?

—Nadie lo sabe. Pero creo que se puede decir con bastante seguridad que Dios es algo que la gente se inventó para darle sentido a su vida. Para que hubiera alguien a quien culpar cuando suceden cosas terribles.

Las palabras que estuvo a punto de decir quedaron flotando en el aire una vez que me dejó sola. «Si Dios no existe, nuestras vidas tienen sentido».

Pasé días sin comer. No me bebí el ginger ale y apreté los labios con fuerza cuando intentó administrarme un antibiótico. Veía puntos flotando delante de los ojos, tenía los labios cuarteados y agrietados, y mi boca era un desierto, pero no me importaba. El dolor del oído había disminuido hasta convertirse en una leve sensación palpitante. Apenas oía a mi madre cuando me rogaba que bebiese.

—Estás muy deshidratada. —Me agarró de los hombros e intentó hacerme sentar, pero era como un peso muerto—. Si sigues así, tendré que llevarte al hospital.

No la escuché. No me moví. Poco después cerré los ojos y todo se desvaneció.

Cuando desperté, me encontraba en la planta de pediatría. Mamá estaba sentada al lado de mi cama, mordiéndose la uña del pulgar y mirando al vacío, con un libro en rústica de bordes gastados abierto

sobre las rodillas. Una enfermera revoloteaba sobre mí al otro lado, sonriendo vagamente mientras manipulaba la aguja que tenía clavada en el interior del codo.

—Te vas a poner bien —murmuró, apartándome el pelo de la cara como si me conociera—. Ya verás cómo te pones bien enseguida.

Mamá dejó el libro en el alféizar y se inclinó hacia mí en el momento en que la enfermera se dirigía al otro extremo de la habitación para llenar un vaso de papel en el lavabo. Me cogió la mano, pero no dijo nada. Mamá nunca intentaba consolarme con cosas que no eran verdad.

—¿Por qué me has traído aquí?

A pesar de lo que había hecho, quería que viviera.

—Soy tu madre —respondió—. Tenía que hacerlo.

—¿Porque me quieres?

Su vacilación fue tan breve que nadie más la habría notado.

—Por supuesto —dijo, y me soltó la mano en el momento en que la enfermera volvía con el vaso del agua.

—Debes de tener muchísima sed —comentó la enfermera con voz cantarina.

Ese mismo día, más tarde, apareció en el umbral una mujer que no era enfermera y pidió hablar con mi madre. Se fueron juntas por el pasillo y no volvieron en un buen rato.

La enfermera regresó con una nueva bolsa de suero.

—¡Vaya! Me alegro de ver que vuelves a tener color en las mejillas. Ahora que te has despertado, podemos darte algo de comida de verdad. ¿Te apetece una hamburguesa para cenar? ¿Y de postre, gelatina o helado? —Accionó el pedal de la papelera médica y arrojó la bolsa de suero vacía—. ¿O tal vez gelatina y además helado? —Me dirigió otra sonrisa: sería nuestro «secretillo»—. Mañana, siempre que empieces a comer y a beber de nuevo, te quitaremos la vía. Eres una chica con suerte, Maren.

De suerte, nada. Una mujer desconocida me llamaba por mi nombre de pila en un lugar lleno de olores extraños, voces enérgicas y chasquidos y pitidos mecánicos. El sonido de mi nombre en su boca me hizo estremecer.

—Quiero que venga mi madre —dije—. ¿Quién era la mujer que se ha ido con ella?

—Es una trabajadora social. Quiere trabajar con tu madre para que puedas ponerte bien.

Mentira, por supuesto. Me quedé mirándola hasta que desvió los ojos y salió a toda prisa de la habitación.

Al cabo de alrededor de una hora, mamá regresó. Parecía muy,

muy cansada.

—¿Que quería? —le pregunté.

—Creía que no te estaba alimentando.

—¿Qué le dijiste?

—La verdad, o en su mayor parte lo era, qué más da. Le dije que estabas disgustada porque tenías un amigo en el campamento que había sido… —Suspiró—. Tuve que darle los detalles; de lo contrario no me habría creído. —Unió el pulgar y el índice—. Has estado a esto de acabar en un hogar de acogida.

Me quedé mirándola, asombrada. Podría haberle pasado el problema a otra persona.

—Por favor, tú come y bebe todo lo que te den para que podamos irnos de aquí, ¿vale?

A primera hora del día siguiente, antes de que llegase mamá, la trabajadora social volvió con su carpeta sujetapapeles. Me estrechó la mano, me dijo que se llamaba Donna y me hizo preguntas sobre mamá y sobre cómo era nuestra vida. Le dije que mamá siempre había cuidado bien de mí, que siempre tenía comida de sobra, y Donna me observó mientras pinchaba los huevos revueltos con un tenedor de plástico. Al final se le acabaron las preguntas y me dejó sola. No me preguntó nada del campamento de verano.

Me dieron el alta al día siguiente. Mamá me rodeó con el brazo mientras caminábamos hacia el coche y, cuando llegamos, vi que un lado del asiento trasero estaba lleno hasta el techo de bolsas de basura y cajas de cartón. Había más bolsas en el asiento del pasajero y, sin duda, habría muchas más en el maletero. Mientras yo comía gelatina de un vaso de plástico, ella había estado llenando el coche con todo lo que cupiera de nuestras vidas.

2

La mañana siguiente a que mamá se marchara entré en la cocina y estampé un plato en el suelo solo para ver lo que se sentía. Pisando los pedazos, cogí el abultado sobre blanco, pero no solo encontré dinero en su interior. Había dejado mi certificado de nacimiento. Era azul y quebradizo, y me tomé mi tiempo en desdoblarlo. Un certificado de nacimiento es un documento sagrado para la persona en cuestión, incluso para un monstruo como yo.

Solo recuerdo haberle preguntado una vez por mi padre.

—Se fue —respondió.

—Pero ¿cómo se llamaba?

—¿Qué más te da?

—Solo quiero saberlo.

—No tenía nombre.

—¡Todo el mundo tiene nombre!

No me respondió y yo lo dejé pasar. Unas semanas después oí a los niños de mi clase murmurar sobre otra chica, Tina, cuya madre había estado con tantos hombres que nunca sabría quién era su padre. No entendía cómo podían haberse enterado, pero la señalaban con el dedo como si lo supieran de buena tinta.

Al principio pensé que tal vez Tina y yo íbamos en el mismo barco, pero mi madre no era como otras madres solas. Seguía llevando una alianza en la mano izquierda, nunca había tenido novios y llevábamos el mismo apellido. Así que mis padres debían de haber estado casados. Quizá vivían juntos en aquel apartamento de Pennsylvania cuando mamá llegó a casa y se encontró los huesos de Penny Wilson en la moqueta, y por eso él se marchó. En cuanto a que nunca tuviera ninguna cita..., bueno, resultaba fácil de explicar. Yo era una carga especialmente pesada.

Abrí el certificado de nacimiento y alisé los pliegues antes de permitirme leerlo. «Hospital General de Friendship, Wisconsin». Estaban mi nombre y mi fecha de nacimiento («niña, 52 centímetros, 3.529 gramos»), el nombre de soltera de mi madre, Janelle Shields, en el espacio indicado «Madre» («Lugar de nacimiento: Edgartown, Pennsylvania»), mientras que en el espacio junto a «Padre» aparecía un nombre que no había visto nunca: «Francis Yearly». ¡Tenía padre!

¡Un padre de verdad! Sabía que debía tenerlo, claro, pero era completamente distinto ver su nombre allí, en un borroso mecanografiado sobre la línea de puntos.

La idea fue calando lentamente, como un huevo roto que resbalase alrededor de mis orejas. «Sandhorn, Minnesota». Ahí es donde mamá esperaba que fuese con el dinero que me había dado. Quería que me subiera a un autocar, buscase a mi padre y la olvidara.

Pero ¿qué pasaría si lo encontraba? Entonces ¿qué? El estómago me dio un vuelco. No podía; de verdad que no. Tenía que averiguar la manera de arreglar las cosas con mamá.

Había pegado el sobre de la tarjeta navideña con la dirección de mis abuelos en el interior de la cubierta de mi cuaderno, aunque me la había aprendido de memoria en cuanto lo saqué del cubo de la basura. No había vuelto a ver a mis abuelos desde antes de lo de Penny Wilson —y ni se me había ocurrido preguntar; era consciente de que mi madre jamás me llevaría a verlos—, pero allí era adonde habría ido, así que allí era adonde iría yo. No sabía qué iba a decirle; solo sabía que cien dólares me daban de sobra para llegar.

Comí lo que quedaba en el frigorífico, me di una ducha e hice la maleta. Siempre que nos mudábamos guardaba la mayoría de mis cosas en un viejo macuto en el que ponía SHIELDS y EJÉRCITO ESTADOUNIDENSE en grandes letras negras. Era de mi abuelo, pero se suponía que yo no lo sabía. Esta vez tendría que caber todo dentro.

Debía escoger bien qué libros llevaría, porque sabía que, cuantos más fueran, más me pesaría el equipaje. Metí el de mi cumpleaños y los dos volúmenes de *Alicia en el País de las Maravillas* y *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*. Metí los otros libros, sus libros, así como los otros objetos que me había llevado: una brújula que brillaba en la oscuridad y unas gafas de carey.

Dejé la llave del apartamento en la mesa, salí al final de la calle y me subí al autobús. Un hombre trató de sonreírme, pero acabó pareciendo que le dolía algo. Llevaría como mínimo una semana sin afeitarse.

—¿Vas a algún sitio?

Lo fulminé con la mirada.

—Como todos, ¿no?

Se giró en el asiento, ahogando una risita, y yo aferré el macuto y miré por la ventanilla. Era extraño abandonar un lugar en el que no había hecho lo malo. Pasamos junto a mi instituto. Se suponía que ese día tenía examen de Geometría.

Me apeé en la estación de los autocares Greyhound y gasté demasiado dinero del que mamá me había dejado en un billete de ida

a Edgartown. Durante todo el trayecto comí de las máquinas expendedoras de las paradas: Pop-Tarts frías para desayunar, pretzels Snyder's para comer, Fritos para cenar. Tuve que cambiar de autocar en tres ocasiones y, cada vez que me subía, el conductor enarcaba las cejas como diciendo: «¿No deberías estar en el instituto?».

Cuanto más nos acercábamos, mayor era el nudo en el estómago. Estaba nerviosa por ver a mi propia madre.

Solía tener dos sueños relacionados con Luke, y no sabría decir cuál era peor. En el primero no lo veía, solo oía su voz en mi oído: «Mi casa tendrá tres plantas y una única escala para subir hasta el tronco, y dentro habrá escaleras de verdad, escaleras de caracol, y montones de ventanas a cada lado para que puedas contemplar los pájaros y la puesta de sol y la salida también, si madrugas lo suficiente. Tendré una mujer, y será guapa como tú, y dormiremos en literas en la tercera planta. La litera de arriba es la que más me gusta, pero, si ella prefiere dormir allí, se la cederé, porque eso es lo que hacen los hombres; se llama *cabello-rosidad*. Y también tendré un caballo para cuando salga a hacer de guardabosques, aunque imagino que no me quedará más remedio que construir el establo en el suelo...».

En el otro sueño estábamos de vuelta en la tienda. La linterna se había quedado sin batería y no lograba distinguir el contorno de la cara de Luke, pero me miraba con ojos rojos y encendidos. Yo me encogía ante su aliento, cálido y nauseabundo como debió de ser el mío, y entonces abría la boca llena de relucientes colmillos y me arrancaba la cara a mordiscos. Cualquiera diría que ese sueño era peor, pero, aunque me pasa a mí, es como en las películas de terror. No da tanto miedo cuando la gente recibe su merecido.

—¿Crees que alguien más lo hace? ¿Lo malo? —le pregunté a mi madre una vez.

Ella dudó.

—Si hubiera otros, ¿te haría sentir mejor o peor?

—Me gustaría decir que mejor, pero sé que no debería. Es lo mismo que desear que aún más gente... —Mi voz se apagó—. Pero no estaría sola.

Quería que me contestara: «No estás sola, cariño. Me tienes a mí». Pero mamá nunca me decía cosas solo para hacerme sentir mejor. Nunca me llamaba «cariño» y no diría nada que no fuera verdad.

Solo encontraba gente como yo en los libros de cuentos que leía en la biblioteca. Gigantes. Troles. Brujas. Gules. El minotauro. Si esto fuera una epopeya griega, el héroe se libraría de mí por los pelos.

Cronos, el dios del tiempo, estaba convencido de que uno de sus hijos lo derrocaría, por lo que, cada vez que su esposa daba a luz, engullía al bebé.

Los engullía. Como al pobre pavo el Día de Acción de Gracias. Una vez mi profesora de cuarto de primaria le dijo a mamá que era una lectora voraz y esta se disgustó un montón y fingió que se encontraba mal para poder irse de la reunión. Aunque quizá no fingía. Mamá nunca me leía cuentos, y yo sabía por qué.

Siempre que iba al colegio me pasaba el tiempo libre en la biblioteca. Mi madre no me iba a comprar *El gran gigante bonachón*, así que lo leí durante la hora de comer, pero Roald Dahl me decepcionó. La heroína nunca se comía a nadie, y todos los malvados gigantes antropófagos eran castigados.

¿Qué me esperaba? Alguien como yo nunca podía ser el bueno.

Recopilé todas las historias sobre monstruos que pude encontrar y las reproduje en un cuaderno. En ocasiones copiaba páginas enteras y siempre fotocopiaba las ilustraciones. *Saturno devorando a su hijo*. Goya. Pintado alrededor de 1820. Sawney Beane, patriarca del clan de caníbales que vivió en una cueva de la costa escocesa. Solía esconderme en el último rincón para evitar que las bibliotecarias vinieran a preguntarme en qué estaba trabajando. «Fa, fe, fi, fo, fuuu. ¡Huelo a carne de niño!».

Me bajé en Edgartown y pregunté la dirección a un hombre que atendía el mostrador de un McDonald's. Casi había oscurecido cuando llegué al barrio de mis abuelos, si es que podía llamarlos así.

Vivían en una de esas casas de dos plantas construidas en los años cincuenta, en un vecindario en el que cada vivienda con jardín estaba rodeada por tres lados de otras exactamente iguales. Se me encogió el corazón al ver nuestro coche en la entrada, detrás de un Cadillac azul oscuro que tenía que ser de mi abuelo. Esperé a que oscureciera, rodeé la casa y salté la valla del vecino. Si me pillaban, mejor que fuera alguien que no me conocía.

Imaginé que la cocina estaría en la parte trasera, por lo que me acuclillé junto a la valla del vecino para mirar. No deberían llamar a las ventanas panorámicas así porque permitan disfrutar de las vistas del exterior, sino porque todo lo que hay dentro queda iluminado y desde la oscuridad puedes ver a la gente sentada cenando como si fuera una pantalla de cine.

Mamá llevó la ensaladera a la mesa, todos se sentaron y su padre le sirvió una copa de vino. No podía ver bien a ninguno de mis abuelos,

porque él estaba de espaldas a la ventana y mi abuela sentada justo enfrente. En cambio veía a mi madre con claridad. Vi cómo daba vueltas a la comida en el plato exactamente como me había dicho a mí que no hiciera, vi que sus labios respondían con monosílabos y también cuando dejó caer el tenedor y escondió la cara entre las manos. Mi abuela se levantó y la rodeó con sus brazos, y mamá se aferró a ella y lloró. Era probable que les hubiera contado todo.

Siempre había pensado que entendía lo duro que era para mi madre. Lo sentía y me habría gustado que las cosas fueran distintas, pero eso no era lo mismo que comprenderlo. No lo entendí cuando se encerraba en el cuarto de baño, no lo entendí cuando veía las botellas de vino vacías alineadas en la encimera de la cocina, no lo entendí cuando la oía llorar al otro lado de la pared. Ahora empezaba a entenderlo.

Cuando se quedó sin lágrimas, mi abuela le tendió un pañuelo. Mi abuelo se encendió un cigarrillo. Le ofreció el paquete a mamá, ella lo aceptó y sacó uno. Esto realmente me sorprendió, porque mamá nunca fumaba.

Mi abuela quitó la mesa y fregó los platos mientras mi madre y su padre seguían sentados, fumando en silencio. Entonces la mujer rodeó con un brazo los hombros de mamá y la condujo fuera de la cocina. Su padre apagó la luz y yo volví a saltar la valla y me fui del vecindario.

Caminé por una calle comercial, flanqueada de tiendas ya cerradas hasta la mañana siguiente. Ni siquiera había un lugar en el que pudiera pedir una porción de pizza.

Rodeé el conjunto de tiendas alineadas hasta la parte trasera, pensando que quizá algo de la comida desechada estuviera lo bastante limpio como para comerlo, aunque la idea de buscar en la basura me daba asco. No había nada comestible, pero encontré un vehículo aparcado detrás del contenedor. Al accionar el tirador de la puerta, descubrí que no estaba cerrado con llave. Era un Cadillac, como el de mi abuelo, pero los asientos estaban llenos de periódicos y latas de refrescos vacías, y había agujeros en la tapicería, como si hubieran abandonado el coche y llevase meses allí olvidado. Limpié como pude el asiento trasero, me subí y cerré las puertas. El coche olía a moho, a cigarrillos y al cuerpo sin lavar de quien lo hubiera conducido por última vez, pero era mejor que deambular arriba y abajo por la autovía toda la noche.

Apoyé la cabeza en el macuto y acabé por quedarme dormida; cuando desperté, tenía la cabeza en el regazo de una mujer, que me acariciaba el cabello. Mi abuela me miraba y su rostro se veía serio y preocupado. Le hice preguntas y sacó de la oscuridad una manta de

viaje a cuadros con la que me tapó —«¿Dónde está mamá? ¿Sabe que has venido?»—, pero ella se limitó a sonreírme y a colocarme un mechón de cabello tras la oreja, igual que solía hacer mamá.

En el asiento del conductor, mi abuelo fumaba un cigarrillo. Alzó la vista hacia el espejo retrovisor y ambos nos miramos, pero no me saludó. Exhaló una bocanada de humo, tiró el cigarrillo a la calle y subió la ventanilla.

Condujimos en silencio por la ciudad vacía, mientras las farolas bañaban el sombrío Caddy con una luz naranja mortecina a intervalos regulares. Me deslicé a un lado, apoyé la cabeza en el asiento del frío cuero y, cuando desperté, estaba de vuelta en el coche vacío, mojada y tiritando.

A veces, de buenas a primeras tenía ese sabor en la boca, el sabor de cosas que ninguna persona honrada conocía, y entraba precipitadamente en el cuarto de baño con el Listerine. Hacía gárgaras sin parar y dejaba el colutorio en la boca hasta que me picaba, pero cuando lo escupía volvía a tener ese sabor, el mal sabor que deja lo malo. En el colegio, otras chicas entraban en el baño y me pillaban en mitad del enjuague. Se me quedaban mirando por el espejo cuando escupía, cerraba el tapón del frasco de Listerine y lo guardaba en la mochila. Quizá ese fuera el motivo por el que nunca hacía amigas.

En sexto tuvimos que hacer nuestro primer trabajo de investigación, con notas al pie, bibliografía y todo. Yo estaba acostumbrada a buscar cosas en los libros, así que habría disfrutado eligiendo un tema, pero todos teníamos que escribir sobre las termitas. Durante una semana, toda la clase de Lengua fue a la biblioteca.

El jueves por la mañana alguien se acercó hasta mi mesa y yo levanté la vista. Era Stuart, el cerebrito. Noté cómo se inclinaba por encima de mi hombro para ver lo que leía, sentí su cercanía y olí el atún en su aliento, pero no me hizo sentir rara. Era uno de esos chicos que nunca piensan en las chicas de ese modo, o al menos no dedicaba a ello mucho tiempo. Finalmente le pregunté:

—¿Necesitas este libro o algo?

—No. Acabé el trabajo anoche en casa. ¿Qué estás mirando?

—Nada.

—Se supone que estamos investigando las termitas.

—¿Y quién va a chivarse?

Sentí cómo se encogía de hombros a mis espaldas.

—Da igual, tienes razón: la araña de lomo rojo australiana es mucho más interesante. —Siguió leyendo por encima de mi hombro—.

Esta entrada está incompleta. La enciclopedia entomológica que tengo en casa es mejor. ¿Sabes por qué la viuda negra se llama así?

—¿Por qué?

—Porque todas sus parejas mueren. Se los come. —Stuart se sentó frente a mí mientras hablaba—. Se los come justo después de copular, a veces incluso cuando todavía están haciéndolo. El macho deja que se lo coma porque ella necesita las proteínas para los vástagos y, de todas formas, su destino reproductivo se ha visto cumplido.

«¿Su destino reproductivo se ha visto cumplido?». Me habría reído de él por memorizar frases enteras de la enciclopedia, pero de repente estaba demasiado nerviosa para decir nada. El corazón me latía como si quisiera salírseme del pecho.

—Se llama canibalismo sexual —continuó—. Es lo más importante que hay que saber sobre la araña de lomo rojo australiana, y ahí no dice nada en absoluto.

—Es una enciclopedia infantil —respondí—. No pueden poner la palabra «sexo». —Me quedé callada—. ¿Stuart?

—¿Sí?

—¿Hay otras especies que lo hagan?

—¿Que hagan qué? ¿Comerse unos individuos a otros?

Asentí.

—La viuda negra, como decía. Y hay un par más de tipos de arañas que mueren después de la cópula, los machos, quiero decir, aun cuando la hembra no los ataca durante la cópula. —Estaba usando la palabra «cópula» demasiado a menudo y en voz demasiado alta; los demás niños empezaban a levantar la vista de sus cuadernos—. Si lo piensas, para eso no hace falta que se los coma en el acto, ¿verdad?

—Para ingerir proteínas —dije, con cuidado de bajar la voz.

—Justo, para ingerir proteínas.

—¿Pero hay otras especies, además de los insectos, que lo hagan? ¿Mamíferos, por ejemplo?

Stuart me lanzó una mirada extraña y no respondió. Me di cuenta de que habíamos estado conversando y de repente habíamos dejado de hacerlo, y me habría dado de tortas.

—¿Por qué vas siempre de negro? —preguntó.

Por si acaso.

Para que no se vieran las manchas.

Lo que dije fue:

—Para no tener que combinar la ropa.

—Deberías llevar colores. Quizá entonces la gente no hablaría tanto de lo rara que eres. —Nos quedamos mirándonos, pero solo un segundo—. Lo siento, pero es la verdad.

Los marginados teníamos una manera de organizarnos en círculos concéntricos, de modo que niños como Stuart podían sentirse mal por alguien como yo, situada en un círculo más externo, y aliviados por no formar parte de él.

—Van a pensar que soy rara lleve lo que lleve.

Me miró un instante.

—Sí. —Se levantó de la mesa y aferró su carpeta contra el pecho—. Probablemente tengas razón.

Entonces fue a sentarse a una mesa él solo.

Los chicos que querían ser mis amigos eran como yo —bueno, «como yo» en el sentido de que tenían algo raro, aunque nadie sabía exactamente qué— y, como a mí, los dejaban de lado en el gimnasio y el comedor. Eran chicos que se movían demasiado, chicos con un inhalador siempre en la mano, que tartamudeaban o tenían un ojo vago, chicos demasiado inteligentes como para que no les guardasen rencor.

Así que después de haber pasado un mes o dos en un nuevo colegio, puede que uno de esos chicos encontrase una excusa para hablar conmigo. Me preguntaba por los deberes de Matemáticas, como si no se los apuntase siempre. Se sentaba en la silla enfrente de mí en el comedor y me hablaba del proyecto que tenía pensado para la feria de ciencias o el disfraz de Halloween. Y un día, con el correr de los meses, me invitaba a su casa después del colegio... para estudiar para un examen de Historia o para probar el mecanismo del proyecto de Ciencias. En algún momento aprendí la palabra que lo definía: un pretexto, un motivo que en realidad es una excusa. Los padres del chico todavía estaban trabajando. Subíamos a su habitación. Casi siempre sucedía así.

Debería haber dicho que no. En todas las ocasiones debería haber dicho que no. Sabía que lo correcto era decirle que me dejase en paz, pero el chaval ya había sufrido cien veces los desaires de nuestros compañeros. ¿Cómo iba a decirle que no?

Así que eso fue lo que sucedió con Dmitri, y con Joe y con Kevin y con Noble y con Marcus y con C. J. Siempre iba a sus casas pensando que esa vez podría evitarlo, que esa vez él no sería demasiado amable ni se acercaría demasiado. Que esa vez no me vería tentada.

Con el tiempo me di cuenta de algo. Siempre que una se dice: «Esta vez será distinto», es casi una promesa de que será exactamente igual que siempre.

Después de C. J. nos mudamos a Cincinnati, Ohio. Una mañana estábamos en el coche y dije:

—Tal vez no debería volver al instituto. —No me respondió—.

¿Mamá?

—Me lo pensaré.

Pero para entonces imagino que ya había decidido marcharse.

La carretera parecía igual de desolada que la noche anterior, no había sino estaciones de servicio e hileras de tiendas vacías. Me ilusioné al ver un toldo que anunciaba BAGELS HORNEADOS AL MOMENTO antes de percatarme del SE ALQUILA en el escaparate. Casi había llegado a la estación de los Greyhound cuando vi una señal que indicaba EDGARTOWN, CENTRO HISTÓRICO. Tal vez podría parar en un restaurante de verdad, entrar en calor y comer un buen desayuno antes de comprar el billete a Sandhorn.

Al cabo de algunas manzanas, la carretera se convertía en una estupenda calle principal a la antigua usanza. Era pronto y la mayoría de las tiendas todavía no estaban abiertas: una heladería, una librería de segunda mano, un restaurante italiano. Una iglesia, una inmobiliaria, una galería de arte con cuadros de barcos en el escaparate, otra iglesia, una floristería, una farmacia, una iglesia más: parecía seguir indefinidamente hasta que encontré la cafetería, en la que un cartel escrito a mano en la ventana ofrecía DOS HUEVOS, TORTAS DE PATATA Y TOSTADA, 1,99 DÓLARES. Justo lo que necesitaba.

Aunque la calle estaba desierta, el bullicio en la pequeña cafetería de una sola sala lo compensaba con creces. Al oler el café sentí una punzada de añoranza por mamá. Una camarera observó mi macuto y me dijo que podía sentarme al mostrador. La gente de los reservados a lo largo de la pared alzó la vista de sus platos mientras pasaba, golpeando con la mochila al resto de las camareras, y murmuré una disculpa.

Al llegar al mostrador, uno o dos de los clientes levantaron la vista de sus periódicos. No había ni un taburete libre.

Después de Luke nos mudamos a Baltimore. Mi madre consiguió trabajo en un bufete de abogados —siempre trabajaba en contabilidad o derecho; su velocidad mecanografiando era lo único que podía llevar a todas partes con ella— y por un tiempo fingimos que todo era normal.

Entonces, justo antes de Navidad, mamá me llevó a una fiesta en casa de su jefe. Como ya he dicho, después de lo sucedido con Luke y Penny Wilson, no se fiaba de dejarme con una canguro.

Antes de salir de casa me hizo sentar en el sofá.

—Este es el primer trabajo bueno de verdad que consigo, Maren. Tengo amigos, gente con la que puedo hablar, gente con la que puedo reírme durante el almuerzo. Y hay algo más: es probable que pronto me asciendan.

—Eso es genial, mamá.

Pero no podía alegrarme por ella, no cuando solo me lo contaba por miedo a que lo echase a perder, a que volviera a cometer un error y tuviéramos que mudarnos.

—Podría ser genial para las dos, si tan solo tú... —Suspiró—. Por favor, por favor, por favor, pórtate bien. Prométeme que esta vez te vas a portar bien.

Yo asentí, pero portarme bien nunca dependía de lo mucho que me esforzara. Era como llevarme a un banquete y decirme que no comiera.

La fiesta era un cóctel de verdad, para adultos, con gambas dispuestas alrededor de cuencos de salsa roja como la sangre y mujeres con manicuras perfectas que bebían a sorbitos en copas de martini de tallo largo, riendo demasiado alto mientras se zampaban las aceitunas. El salón tenía el techo elevado y a dos aguas, y el árbol de Navidad llegaba a lo más alto.

Cerca de la puerta delantera había un cuarto de invitados y la señora Gash nos dijo que podíamos pasar y dejar nuestros abrigos sobre la cama. Nadie entró detrás de nosotras, por lo que mi madre cerró la puerta y me indicó:

—No hables con nadie. Si alguien te dice hola o te pregunta el nombre, puedes responder, pero eso es todo; no quiero que nadie piense que eres una maleducada. Pero limítate a leer tu libro.

—¿Dónde?

Señaló un sillón en un rincón del cuarto, por lo que fui hasta él y, suspirando, me dejé caer encima.

—Te traeré un plato y algo para beber. Por favor, Maren, por favor, quédate aquí y pórtate bien.

Al cabo de unos minutos regresó con el plato prometido de gambas y galletas saladas, me pidió una vez más que no saliera de la habitación y volvió a irse. Me comí las gambas y observé a tres mujeres que entraron, se quitaron los abrigos y se sacudieron el frío del exterior. Ninguna se dio cuenta de que estaba sentada en el rincón.

El montón de abrigos siguió creciendo y, después de un rato, la gente dejó de entrar. Vi un abrigo de pieles asomando en el fondo del montón y me levanté, me acerqué y acaricié la manga. Pensé que me gustaría enterrarme en el montón de abrigos y echarme la siesta, porque al despertar sería hora de volver a casa, así que eso fue lo que

hice.

Debajo del montón se estaba calentita, segura y cómoda, y cada vez que respiraba olía a perfume y humo de puro. Me quedé dormida. Sin embargo, las gambas no me habían llenado y me sonaban las tripas mientras dormitaba.

Al cabo de cierto tiempo noté que algo me rozaba la mejilla y en un segundo ya estaba completamente despierta, con el corazón acelerado. En la oscuridad noté que una mano se introducía en un bolsillo junto a mi hombro, revolvía en su interior y sacaba algo; oí el suave traqueteo de una caja de cerillas. Entonces advertí la pausa, porque quienquiera que fuese se había percatado de que estaba dentro. Me clavó un dedo con fuerza desde arriba.

—¡Ey! —dije, abriéndome paso a brazadas entre el tweed, el goretex y la lana hervida.

Al lado de la cama había un niño. Tenía la nariz en punta y hacia arriba, por lo que parecía el amigable roedor de un cuento, y unas gafas de carey demasiado grandes para su cara. Sobre la moqueta, a sus pies, había un montoncito de objetos procedentes de los bolsillos de la gente.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Vivo aquí. ¿Quién eres tú?

—Soy de una de las secretarias. —Aún sostenía delante de él la mano izquierda cerrada en un puño, como si yo no me fuera a dar cuenta a menos que la moviera para esconderla—. Estabas hurgando en los bolsillos, ¿verdad? Te he visto. Has sacado una caja de cerillas.

—No iba a robar nada. Solo iba a mirar.

—Sí, claro. —Salí de debajo del montón de abrigos y me puse de pie frente a él—. ¿Cómo te llamas?

—Jamie. ¿Y tú?

—Maren.

—Qué nombre tan raro.

Puse los ojos en blanco.

—Como si no me lo hubieran dicho nunca.

—Lo siento —dijo mirando al suelo.

—¿Has encontrado algo interesante?

Jamie abrió la mano y se desplegó un acordeón de envoltorios de condones. Por supuesto, en aquel momento no supe qué eran. Quizá él tampoco, y ese fuera el motivo por el que ninguno de los dos preguntó.

Señalé el montoncito en el suelo.

—Has dicho que ibas a poner todo esto en su sitio, ¿verdad? —Él asintió—. Pero ¿cómo vas a saber en qué bolsillo encontraste cada

cosa?

—Ay, eso no lo había pensado.

—Quizá puedes devolverlos a los bolsillos, a un bolsillo cualquiera si es que no te acuerdas, y ya lo solucionarán en el trabajo el lunes.

—Está bien.

Sacó un paquete de Marlboro del montón y lo metió en el bolsillo de un chaquetón azul marino. Lo ayudé a volver a guardarlo todo y, cuando el suelo quedó vacío, se quedó parado y mirándome un minuto.

—¿Qué pasa?

—¿Te gustan las estrellas?

—¿Las del cielo?

Él asintió.

—Tengo un telescopio. ¿Quieres verlo?

—Claro.

Salimos del cuarto de invitados y lo seguí escaleras arriba.

—Me lo regalaron por Navidad el año pasado —dijo Jamie por encima del hombro—. Papá estudió Astronomía en la universidad, así que sabe un montón.

Su cuarto estaba al final del pasillo y, cuando llegamos allí, apenas se oía el ruido de la fiesta.

Nunca había estado en el cuarto de un chico. Había cosas de *La guerra de las galaxias* por todas partes: las sábanas, la colcha, un póster de Han Solo y la princesa Leia en la pared por encima de la cama. En el rincón junto al armario había una figura de cartón a tamaño natural de Darth Vader y, en la mesilla, una hucha con la forma de R2-D2. Estaba muy ordenado e imaginé a la señora Gash recordándole que lo limpiase aunque ningún invitado fuera a subir a la planta superior. La señora Gash era ese tipo de madre.

Jamie tenía una estantería de libros encima de la cómoda, así que incliné la cabeza para leer los lomos —*La guerra de los mundos*, Isaac Asimov y una hilera de libros de Elige tu propia aventura, que me provocó un vuelco en el estómago al pensar en Luke— mientras él iba hasta el gran telescopio negro dispuesto en un trípode junto a la ventana y hacía ciertos ajustes. Luego la abrió y una ráfaga fría se extendió por la habitación, haciendo que las piezas de un móvil del sistema solar tintineasen por encima de la cama.

—Ahora apaga la luz —dijo.

Accioné el interruptor junto a la puerta y, temblando por el viento, me coloqué a su lado.

—Evidentemente sería mejor llevarlo a la azotea, pero no me dejan subir sin mi padre. —Se alejó un paso del telescopio y me señaló con

un gesto que era mi turno—. Mira, voy a enseñarte las Pléyades. Pueden verse sin telescopio, pero mola mucho más con él.

Me incliné hacia delante y acerqué el ojo a la lente. Al final de un túnel oscuro brillaba un cúmulo perfecto de estrellas.

—¿Las ves?

—Sí —susurré.

Estaba de pie a mi lado, tan cerca que podía olerlo. Jabón de la marca Irish Spring. Su madre lo había obligado a bañarse antes de la fiesta.

—¿Conoces el mito de las Pléyades?

—No.

—Eran las hijas de Atlas. El tipo que tenía que sostener el mundo, ¿sabes?

—¿Sí?

—El caso es que cuando los titanes perdieron frente a los dioses del Olimpo y castigaron a Atlas, las hermanas se lo tomaron tan mal que se suicidaron; entonces Zeus se apiadó de ellas y las convirtió en estrellas para que pudieran hacer compañía a su padre por toda la eternidad. No es más que una versión, pero es la que más me gusta. Papá me cuenta a qué deben su nombre todas las constelaciones.

Di un paso atrás para alejarme del telescopio.

—Ahora te voy a enseñar la Vía Láctea.

Oí pasos por las escaleras y, al cabo de un momento, la señora Gash volvió a encender la luz.

—¿Jamie? ¿Qué estáis haciendo aquí arriba?

No parecía que estuviéramos haciendo nada malo (había olvidado completamente la advertencia de mamá), pero había algo raro en la voz de su madre.

—Jamie solo me estaba enseñando su telescopio —contesté—. Estábamos viendo las Pléyades.

El chico seguía con la cara pegada al visor.

La señora Gash me miró y asintió.

—Jamie, escúchame. No quiero que Maren y tú estéis solos aquí arriba.

Él se giró y respondió únicamente:

—Vale.

Luego se volvió hacia el telescopio y su madre se quedó mirándonos con los brazos cruzados.

—Ahora mismo, Jamie. ¿Por qué no llevas abajo a nuestra invitada y le ofreces algo de comer? ¿Te gustan las gambas, Maren?

—Sí, señora Gash.

—Prueba también las galletas de azúcar. Las hemos preparado de

cero Jamie y yo.

Jamie suspiró mientras nos seguía fuera de la habitación y escaleras abajo. Caminamos lentamente hasta la mesa de bebidas dispuesta cerca del árbol de Navidad, donde sirvió dos vasos de ponche de una fuente de cristal y me tendió uno.

—Lo siento.

Me encogí de hombros.

—Gracias por enseñarme las Pléyades.

La señora Gash había vuelto a sus deberes de anfitriona, y no parecía que nadie más advirtiera nuestra presencia. Vi a mamá hablando con dos mujeres junto a la chimenea. Les estaba contando un chiste y, cuando llegó al remate, echaron la cabeza hacia atrás y rieron.

—¡Venga!

Jamie me cogió la mano libre y tiró de mí por el pasillo, alejándome del ruido de la fiesta, mientras yo me bebía el ponche a toda prisa para que no se derramase nada en la moqueta.

—¿Adónde vamos?

—Hay algo más que quiero enseñarte abajo.

La puerta del sótano estaba al lado de la habitación de invitados. Abajo hacía frío y olía a pintura, moho y naftalina. La única luz provenía de una bombilla desnuda, colgada del techo atravesado por vigas sin acabar. Al pie de las escaleras había una lavadora y una secadora, y el resto del espacio estaba lleno de muebles viejos y pilas de cajas de cartón. El suelo de cemento estaba expuesto salvo por un pedazo alargado de moqueta gris delante de los electrodomésticos.

—¿Por qué me has traído aquí abajo? —pregunté—. Es más bonito arriba.

Jamie dejó el vaso de ponche encima de la secadora.

—Enséñamelo.

—¿El qué?

Se dio un tirón a la trabilla del vaquero, con los ojos fijos en la moqueta entre nuestros pies.

—Ya sabes.

«Hay algo que quiero enseñarte abajo». El fallo había sido mío.

—No —respondí—. Tú primero.

Se bajó la cremallera y dejó que los tejanos le cayeran hasta los tobillos. El calzoncillo tenía cometas y cohetes. Entonces metió los pulgares por la cinturilla y se lo bajó y volvió a subir tan rápido que apenas pude echar un vistazo.

—Ahora tú.

Negué con la cabeza.

—Dijiste que lo harías.

—No, no lo dije.

Noté cómo rememoraba el último minuto y medio. Frunció el ceño al darse cuenta de que yo tenía razón.

—Vaya, ahora me siento tonto.

—No —respondí.

—Ha sido una mala idea. Nunca debí traerte aquí abajo.

Dio un paso hacia las escaleras.

—No pasa nada. Ahora, subamos.

—¿Me dejas hacer solo una cosa más?

—¿Cuál?

Farfulló algo.

—¿Cómo?

—¿Me dejas... darte un beso?

Sabía que no debía, pero ya había herido sus sentimientos una vez. «Hiérelos una vez más y le harás un favor. Márchate. Ya. Vete».

Pero dio un paso hacia mí, y yo no me giré y eché a correr. Algo en mi interior me retenía. Sentí el murmullo del pánico en lo más profundo de mis entrañas. «Vete, vete, vete ya. Si se acerca más, no serás capaz de pararlo».

La bombilla desnuda zumbaba por encima de nuestras cabezas, con su cadenita agitándose suavemente con el viento frío. Durante un segundo fue como si una chica normal fuera a recibir su primer beso.

«Vete. Márchate. ¡Ahora...!».

Posé mis labios en su cuello y, apretándolos, lo degusté. Olí la salsa rosa en su aliento, los pedacitos de marisco que se pudrían en los rincones oscuros de su boca. Di un paso atrás y lo miré. Tenía los ojos cerrados y sonreía como si estuviera más que encantado de que le hiciera lo que quisiera. «No será lo que tienes en mente —pensé—. Pero ya es demasiado tarde».

Cuando hube acabado, me dejé caer sobre el pedazo de moqueta delante de la secadora; temblaba tanto que el electrodoméstico vibraba como si estuviera en funcionamiento. Arriba nadie podía haber oído nada. A través de los altavoces del salón se oía a un grupo de mujeres cantando con voz melosa: *Take good care of yourself, you belooong to me...*[2]

Me quedé sentada un rato más, pensando en su telescopio y en su almohada de Chewbacca y en el cubo de Rubik de su cómoda. ¿Conservarían todo lo que había en la habitación tal y como estaba? ¿Por qué no me había dejado en paz?

Encontré una bolsa de plástico arrugada en el suelo, junto a la lavadora, y metí todo dentro, sus tejanos y su camisa roja y su

calzoncillo del chico que vino de las estrellas y los pedazos que no pude comerme —todo menos las gafas de carey—, y luego metí la mano entre las telarañas tras la secadora, buscando el hueco en el que la manguera se introducía en el revoque para poder embutir la bolsa en la pared. Arrastré el trozo de moqueta manchada hasta el rincón más oscuro del sótano. Alguien acabaría por encontrarlo. «Lo siento. Lo siento mucho».

Me lavé la cara, me quité los pantalones y el jersey de cuello vuelto y metí la parte sucia bajo el grifo de la pila. También había sangre en la camiseta interior, pero nadie la vería. Podía lavarla en casa.

No, en casa no. No habría tiempo para hacerlo.

Me enjuagué la boca y me senté en el suelo de hormigón con la espalda apoyada en la secadora, esperando a que la ropa se secase. Daba un respingo con cada sonido procedente del piso superior, muerta de miedo por si alguien bajaba y me descubría.

Mamá. Tenía que contárselo a mamá.

Me puse el jersey y los pantalones, y emprendí el ascenso por las escaleras del sótano como si jamás fuera a llegar a lo alto. En ese momento mi madre salía del cuarto de invitados con nuestros abrigos colgados del brazo. Rápidamente cerré la puerta a mis espaldas y di un paso adelante para alejarme de ella.

—¡Maren! Nos vamos, ¿vale? Tengo tu abrigo. —Me tendió la cazadora y me la puse—. ¿Dónde estabas? —siseó.

—En el baño.

—Sabes que no me gusta que me mientas. ¿Por qué estabas en el sótano?

Guardé un silencio abatido mientras oía a la señora Gash llamar a Jamie en otra habitación. Sentí cómo mamá, a mi lado, se tensaba. Al cabo de un momento, la madre de Jamie entró en el recibidor.

—¿Dónde se habrá metido este chico?

—¿No está en su cuarto? —preguntó el señor Gash.

Se encontraba delante de la puerta delantera, estrechándole la mano a la gente antes de que volvieran a adentrarse en el frío. Sus dientes blancos relucían bajo el bigote negro brillante.

—Pues claro que no está en su cuarto.

—Mira a ver en la azotea —dijo el señor Gash, riendo al tiempo que le tendía la mano a mi madre—. Me alegro mucho de que hayas podido venir, Janelle. —Me miró y asintió—. Encantado de conocerte, Maren. —Luego se volvió hacia mi madre y añadió en voz baja—: Hablaremos el lunes a primera hora, ¿te parece? Estoy deseando que llegue el momento.

La señora Gash fue al pie de las escaleras.

—¡Jamie! Jamie, ¿dónde estás?

—Yo también —respondió mamá con un hilo de voz.

Entonces me miró y noté el esfuerzo que hacía por que no se le notase el pánico, el horror. Cada vez que sucedía, conseguía ocultarlo un poco mejor. «No lo has hecho. Por favor, dime que no lo has hecho».

La señora Gash se dirigió a nosotras.

—Tú estabas jugando antes con Jamie, ¿verdad, Maren?

Me encogí de hombros, sin apartar la vista de sus zapatos. ¿Cómo iba a mirarla a la cara? Estaba a punto de echarme a llorar otra vez, pero lo que supuso la señora Gash me salvó.

—¡Pobrecita! Estoy segura de que dijo algo que la disgustó. Es un buen chico, pero tiene cierta tendencia a enemistarse con los otros niños. Es demasiado inteligente como para no tener problemas; ya sabes, Janelle. Pero seguro que no ha sido para tanto.

Mamá no escuchaba ni una palabra de lo que la señora Gash decía, y el señor Gash estaba despidiéndose de alguien más. Me agarró la mano con tanta fuerza que ahogué un grito y dio un paso atrás hacia la puerta delantera, sin que los engranajes de su cabeza dejaran de dar vueltas. Estaba calculando cuánto tardaríamos en hacer el equipaje y marcharnos, sumando así una nueva decepción a la lista. El lunes nadie hablaría de un ascenso —no volvería a ver a ninguna de esas personas— y sentí cómo su ira le descendía por el brazo y pasaba de su mano a la mía.

La señora Gash se cruzó de brazos, tensa, y miró hacia atrás por encima del hombro.

—Es probable que se haya ido a la parte trasera con el telescopio. Será mejor que vaya a buscarlo.

—Gracias por una fiesta tan encantadora —murmuró mi madre.

La madre de Jamie ya enfilaba el pasillo en dirección a la puerta trasera.

—Gracias por venir, y cuidado en la carretera —contestó mientras mi madre giraba el pomo y tiraba de mí para sacarme de la casa.

Deseé con todas mis fuerzas deshacer lo que había pasado, que la señora Gash encontrara a su hijo en el columpio del jardín trasero, enfurruñado porque yo no me había bajado las braguitas.

Condujimos a casa en silencio, a quince kilómetros por hora por encima del límite durante todo el trayecto. Mamá me miró cuando me saqué las gafas de Jamie del bolsillo y empecé a darles vueltas entre las manos. No dijo ni una palabra. Había terminado los deberes antes de la fiesta, pero nunca llegué a entregarlos.

Aquella noche aprendí que hay dos tipos de hambre. La primera se puede satisfacer con hamburguesas y leche con cacao, pero hay otra parte de mí que se toma su tiempo. Puede seguir sin más durante meses, tal vez incluso años, pero antes o después cedo ante ella. Es como si hubiera un gran agujero en mi interior y, una vez que toma su forma, él es lo único capaz de llenarlo.

3

No podía soportar la idea de quedarme esperando de pie como una idiota a que alguien me dejase el sitio. Con las mejillas ardiendo salí a toda prisa de la cafetería y seguí andando.

Algunas manzanas después llegué a un supermercado Acme. Me sentía un poco rara con la mochila a la espalda, pero entré de todos modos. Atravesé la sección de producto fresco, cogí una manzana, la giré en la mano y la devolví. Al doblar la esquina hacia el pasillo de productos enlatados vi a una anciana corriendo tras una lata que rodaba por el linóleo blanco y reluciente. La cogí y se la entregué.

La mujer me sonrió con los ojos radiantes a través de unas gafas ojos de gato de color rosa perla. Llevaba una chaqueta verde pálido con una rosa de seda roja prendida en la solapa, una falda de tweed gris y zapatos oxford de piel, como si ir a comprar fuera un acontecimiento.

—Te lo agradezco de veras. —Me devolvió la lata—. ¿Podrías leérmelo, querida? Estas gafas de cerca no me sirven para gran cosa, realmente debo hacerme unas nuevas.

—Mitades de pera fresca en jugo de uva blanca —le dije.

—Qué bien; son las que quería. —Dejó la lata en el carro—. Gracias.

Estaba a punto de desearle un buen día cuando me preguntó:

—¿Estás sola, querida?

Asentí.

—¿Haciéndole la compra a tu madre? Qué detalle. —Yo no sabía qué contestar a aquello, e imagino que ese fue el momento en el que decidió adoptarme—. Me vendría bien un poco de ayuda para llevar la compra a casa. Voy en autobús, ¿sabes?, porque nunca aprendí a conducir. ¿Tú ya te has sacado el carnet?

Negué con la cabeza.

—Mi marido siempre me llevaba en coche adonde tuviera que ir. —Mientras hablaba, observé el contenido del carro: dos cebollas rojas, alubias pintas, un cartón de huevos, zumo de naranja, suero de mantequilla, un paquete de beicon, cuatro latas de comida para gatos y las peras—. ¿Te gustaría ganarte un dinerillo? —me preguntó—. Siempre que no tengas demasiadas bolsas propias que cargar y no

estés muy ocupada.

La habría ayudado sin necesidad de recompensa.

—Será un placer.

—Espléndido. ¿Cómo te llamas, querida?

—Maren.

Su mano estaba fría, pero estrechó la mía con firmeza.

—¡Maren! Qué nombre tan bonito. Yo me llamo Lydia Harmon.

Cuando hubo pagado la compra, salimos y esperamos al autobús en la parada. Se me ocurrió que tal vez viviera cerca de mis abuelos, y deseé que no fuera el caso. La señora Harmon estaba sentada en el banco junto a una madre con demasiados hijos como para llevar cuenta de todos. Los niños reían, se pegaban y daban puntapiés a las piedras, mientras la mujer se limitaba a fumar un cigarrillo sentada y mirando al suelo. La señora Harmon, sin prestarles atención, me sonrió y me preguntó si tenía hambre.

Cuando llegó el autobús, la señora Harmon pagó mi billete. Mientras nos alejábamos del bordillo, me llamó la atención un viejo edificio de ladrillo con las palabras BIBLIOTECA PÚBLICA DE EDGARTOWN grabadas en piedra sobre la entrada. Vi a un niño de unos nueve o diez años sujetándole la puerta a una mujer mayor para que entrase.

Para mi alivio, parecíamos ir en sentido contrario a la casa de mis abuelos. Al cabo de una o dos manzanas reparé en alguien más en la acera: un hombre mayor, aunque no tanto como la señora Harmon, con una camisa de cuadros rojos con las mangas subidas, que no parecía ir a ninguna parte ni mirar nada. Cuando el autobús empezó a pasar a su lado, alzó la vista a las ventanillas, examinando los rostros de los pasajeros como si buscase a alguien. Cuando me vio, sonrió como si yo fuera la persona a quien esperase encontrar. En ese instante me percaté de que le faltaba la mitad superior de una oreja, cortada en diagonal. Le hacía parecer un gato callejero. Al rebasarlo me volví en el asiento. Seguía mirándome, con una leve sonrisa, y levantó una mano en el momento en que el autobús doblaba una esquina.

—¿Has visto a alguien conocido, querida? —preguntó la señora Harmon.

—No. Solo alguien que parecía conocerme.

—Oh —respondió—. ¿No es gracioso cuando eso sucede?

Hacía diez años la casa de la señora Harmon debía de estar bien conservada, pero en ese momento la pintura de los postigos estaba algo descascarillada y la hierba crecida entre los tablones de la valla blanca. Aun así era una hermosa casita, con perfiles azul aciano y una alegre puerta roja. El cuarto de estar era luminoso y acogedor, con

filas de discos y libros de tapa dura en muebles con puertas de cristal, fotografías de lugares lejanos, el Gran Cañón y el Taj Mahal, y un jarrón con girasoles de verdad en la mesa del fondo. Oí el reloj de la repisa de la chimenea antes de verlo.

Un gato con melena, como un minúsculo león blanco, se bajó de un salto de un taburete mullido delante de la chimenea y atravesó la moqueta camino de la cocina. La señora Harmon dejó las bolsas de la compra sobre una silla junto a la puerta y se agachó a acariciarlo al pasar.

—¿Cómo está mi Micho? —Volvió a coger las bolsas y siguió al gato hasta la cocina—. Sabe que es hora de comer. Puede oír el tintineo de las latas en la bolsa. —Se rio—. ¿Y a ti qué te gustaría para desayunar, querida? Tengo huevos, beicon y puede que hasta una torta de patata o dos.

Perfecto. Era perfecto.

—Eso sería maravilloso; gracias, señora Harmon.

Dejé la mochila detrás de un sillón y la seguí hasta la cocina con el resto de la compra. Todo era tal y como lo imaginaba en un hogar de verdad. Fotos de niños riéndose en el frigorífico, mantelitos individuales de percal acolchado en la mesa, atrapaluces de vidrio de colores en las ventanas: una rana, un barco, un trébol de cuatro hojas. Sobre el interruptor de la luz, un ángel pintado portaba un cartel que rezaba DIOS BENDIGA ESTA CASA Y A QUIEN EN ELLA HABITE. En ninguno de los lugares en que habíamos vivido había cosas así. Allí olía a canela.

Después de abrir algunos armarios, imaginé dónde debían ir las compras. El frigorífico estaba bastante bien abastecido para una persona y, por los grandes tarros de vidrio para harina y azúcar que había en la encimera, entendí que a la señora Harmon le encantaba la repostería. Había una tarta, aunque no sabía de qué tipo, en un táper transparente junto a un frutero con manzanas y plátanos.

La anciana se quitó la chaqueta y se puso un delantal de cuadritos vichy rojos que colgaba de un gancho junto al frigorífico.

—El abrelatas eléctrico es el mayor invento del siglo XX —dijo mientras abría con él una lata de comida para gatos—. Cuando seas tan vieja como yo, entenderás por qué.

Micho (¿de verdad que se llamaba así?, eso sería como llamarme a mí «Chica») esperaba al lado de la escudilla de acero inoxidable que había en el suelo junto a la ventana, moviendo lentamente el rabo, cuando la señora Harmon se acercó y extrajo la comida de la lata con un tenedor.

—Y, ahora, a por nuestro desayuno. —Sacó una sartén y señaló el sofá del cuarto de estar—. Estás en tu casa, Maren. ¿Te preparo algo

de beber? ¿Zumo de naranja?

—Un zumo de naranja sería estupendo, gracias.

Me senté y pasé la mano por una mantita afgana con motivo de zigzag azul y rojo, extendida sobre el respaldo del sofá. En casa nunca habíamos tenido ese tipo de mantas; si teníamos frío, simplemente quitábamos la colcha de la cama. Las mantitas, al igual que los manteles individuales o los adornos para las ventanas, no eran algo necesario.

Me volví a mirar las fotografías de la mesa del rincón mientras la señora Harmon agitaba un cartón nuevo de zumo de naranja, lo abría y llenaba un par de vasos. Su retrato de boda estaba coloreado, por lo que las mejillas se le veían rosadas como el algodón de azúcar y el jardín alrededor de su marido y ella relucía como la Ciudad Esmeralda. A veces la gente cambia tanto que no es posible entreverlos en sus yo más jóvenes, pero la señora Harmon no estaba tan diferente. Por su aspecto podrían haber sido estrellas de cine. La fotografía tenía un paspartú marrón y en las letras doradas de la parte inferior leí:

SR. Y SRA. DE DOUGLAS HARMON
2 DE JUNIO DE 1933

—Su marido era muy guapo —le dije cuando me tendió el vaso.

—Gracias, querida. Estuvimos casados cincuenta y dos años. —Suspiró—. Mi querido Dougie. Pronto me reuniré con él.

—Ay, no diga eso —respondí automáticamente.

Se encogió de hombros y volvió a la cocina, donde encendió el fogón y dejó caer un gran pedazo de mantequilla en la sartén.

—¿Sabes cuántos años tengo, Maren?

—No se me da bien adivinar la edad de la gente.

—Mejorarás conforme te hagas mayor. Tengo ochenta y ocho años y medio.

Era mayor de lo que aparentaba.

—Espero parecerme a usted cuando tenga ochenta y ocho años y medio.

—¡Vaya, muchas gracias, querida! Si existe mejor cumplido, no se me ocurre.

Recorrí el cuarto de estar con la mirada mientras la señora Harmon dejaba que las tortas de patata congeladas se frieran con el beicon. Se extendió un cómodo silencio. El tictac del reloj de la repisa me resultaba reconfortante.

—No te molesta, ¿verdad? —preguntó.

—¿El qué?

—El reloj. Mi sobrina dice que hace tanto ruido que no le deja pensar. —Se llevó una mano a la cadera mientras pasaba las tortas de patata y el beicon a un plato y empezaba a freír los huevos—. A mí me da seguridad. Al fin y al cabo, el paso del tiempo es lo único de lo que podemos estar seguros en este mundo —añadió mientras introducía dos rebanadas de pan en la tostadora, sacaba los huevos del fuego y servía los platos.

Fue el mejor desayuno que jamás había comido. No es posible que uno se sienta totalmente desesperanzado con una comida caliente en la barriga —una comida caliente y de verdad—, y estar con la señora Harmon era aún mejor. Hizo que olvidara, al menos por un momento, que ya no tenía un lugar al que considerar mi hogar. La señora Harmon me sonrió mientras le daba un sorbo al zumo de naranja y entonces caí: la anciana confiaba en mí.

Me llevé los platos a la pila, los fregué junto con la sartén, y ella, dándome las gracias en un murmullo, se tumbó en el sofá y se echó la afgana azul y roja por encima. El gato blanco se subió de un salto y se acomodó en su barriga.

—Ay, Micho —dijo, y le acarició detrás de las orejas.

Al sentarme en el sillón junto a la puerta, vi en la mesa de al lado una cesta blanca de paja repleta de madejas de lana en los colores de los sorbetes: frambuesa, melocotón y azul bebé.

—¿Sabes hacer calceta? —preguntó la señora Harmon.

Negué con la cabeza.

—Tengo muchísimas bolsas de lana, pero nunca podré usarla toda. Ya no puedo hacer demasiadas labores de aguja; la artritis no me deja.

—Quizá podría enseñarme. Es decir, si las manos no le duelen demasiado.

Nunca me había planteado aprender a hacer punto, pero de repente, sin venir a cuento, me apetecía mucho. Quería hacerme un jersey en cuyo interior pudiera esconderme.

—Me encantaría, querida. Pero primero voy a echarme una siestecita.

En mi mente, ya estaba tejiendo una capucha como la de la Parca. Me la pondría para que nadie pudiera verme la cara.

—Tú también pareces cansada, Maren. ¿Por qué no te echas una siesta en la habitación de invitados?

Cada vez que oigo las palabras «habitación de invitados», pienso en Narnia. «Hija de Eva del lejano país de Tación de Invitados donde reina el verano eterno alrededor de la luminosa ciudad de Arma Río». [3]

—Hacía muchísimo que nadie se quedaba en casa —estaba diciendo la señora Harmon—. Creo que las habitaciones de invitados deberían usarse todo lo posible, ¿verdad? Es la primera puerta a la derecha pasada la cocina. Cuando te despiertes, tomaremos té con tarta. Ayer preparé tarta de zanahoria. Te enseñaré a hacer calceta y, cuando te vayas a casa, te daré una bolsa de lana para que te la lleves. ¿Te parece bien?

Después de pasar la noche en un Cadillac abandonado, me parecía un sueño.

Vi que los párpados le pesaban.

—Que descanses, Maren.

—Y usted también, señora Harmon.

Entonces un pensamiento la hizo despertar de un respingo.

—¡Ay! Tal vez quieras llamar a tu madre.

Negué con la cabeza.

—No me espera hasta más tarde.

No me gustaba mentirle, pero tal vez una mentira no lo fuera tanto cuando una deseaba que fuera verdad.

—Está bien.

La señora Harmon cerró los ojos y yo enfilé el pasillo y abrí la puerta de la derecha. Era la cama más elegante que nunca había visto, con querubines sonrientes tallados en el cabecero de caoba oscura —demasiado antigua, demasiado extraña y demasiado maravillosa para una casa corriente como esa— y una colcha de patchwork con un motivo de molinillos en amarillo y azul. En la pared del fondo había una enorme cómoda con un espejo en lo alto, y, en el rincón, una silla con un cojín de terciopelo rojo. Era la Tación de Invitados más bonita que jamás existiera.

En la mesilla encontré una escultura antigua, una esfinge de bronce con las alas desplegadas. La sostuve en la mano —era mucho más pesada de lo que esperaba y la base estaba cubierta de suave felpa verde esmeralda— y, cuando leí la inscripción, me percaté de que era un trofeo:

POR LA PRESENTE ENTREGAMOS LA COPA LUCRECIA A DOUGLAS HARMON, CON TODA NUESTRA ESTIMA Y ADMIRACIÓN POR SU SOBRESALIENTE ENSAYO SOBRE LA NATURALEZA DE LA CONCIENCIA HUMANA.

LA SOCIEDAD CLÁSICA DE LA UNIVERSIDAD DE PENNSYLVANIA, JUNIO DE 1930

Era un trofeo de verdad, no una de esas baratijas de aspecto vulgar de las que recibían mis compañeros de clase por ganar el campeonato de sófbol. Recorrí con los dedos la esfinge, sus patas, sus alas y su

cara, orgullosa y remota. Hacía que quisiera esforzarme por algo, por ganar algo hermoso que pudiera conservar el resto de mi vida.

Volví a dejar el trofeo en la mesilla y aparté las mantas, me quité los calcetines sucios y me metí bajo la ropa blanca como la nieve. La almohada estaba fría bajo mi mejilla. Súbitamente entendí por qué el olor del detergente para la colada era tan reconfortante. No todo estaba perdido si alguien aún se molestaba en lavar las sábanas.

Dormí y, al despertar, me estiré como un gato. La casa estaba en silencio. Fui al cuarto de estar y me arrodillé junto al sofá.

—¿Señora Harmon?

No sé por qué seguí llamándola por su nombre. En cuanto le toqué la mano supe que estaba muerta.

Nunca había visto una persona muerta; en fin, ya sabéis lo que quiero decir. Una sensación extraña me recorrió los dedos con los que la había tocado y se me extendió brazo arriba y por el resto del cuerpo; aunque estaba arrodillada junto al sofá, el suelo pareció hundirse bajo mis pies.

Me sacudí y me puse en pie. El gato blanco estaba ovillado en el taburete acolchado junto a la chimenea como si nada hubiera cambiado. Levantó la cabeza y me miró, luego cerró los ojos y se frotó un lado de la cara con la puerta, como diciendo: «¿Qué pasa?».

«Que se te acabó la comida gourmet, eso es lo que pasa». Volví al sofá y tapé a la señora Harmon hasta la barbilla con la afgana, como si pudiera hacerla entrar en calor. Una vez más me llamó la atención la cesta de la calceta, por lo que saqué un par de madejas y un juego de agujas de madera y me las guardé en el macuto.

—Gracias, señora Harmon —susurré.

Luego deambulé por las habitaciones de la pulcra casita, mirando viejas fotografías y acariciando sus labores manuales —los tapetes extendidos en el centro de la mesa del comedor; la rebeca con botones de perlas colgada en el respaldo de una silla, como si descansase sobre los hombros de alguien; el proverbio bordado UN CORAZÓN ALEGRE ES LA MEJOR MEDICINA, colgado sobre el interruptor de la luz del dormitorio— sin ver realmente ninguna. Regresé a la Tación de Invitados y me metí en la cama, solo porque no sabía qué más hacer. No podía dejarla así, pero no sabía a quién llamar y, aunque lo hubiera sabido, no habría sabido cómo explicar mi presencia allí. Alguien acabaría pensando que había hecho algo malo.

Decidí volver a dormirme y fingir durante un rato que no había pasado nada de aquello. No sabía qué más hacer.

Nada de tarta, nada de clases de punto... y nadie que confiase en mí.

Oí un ruido en otra parte de la casa, por lo que volví a despertarme. Debía de ser a última hora de la tarde. Me senté en la cama, aguzando el oído, y al cabo de unos segundos volví a oírlo. Había alguien, alguien todavía vivo.

Abrí la puerta y por el pasillo me llegó flotando la acidez de una comida que solo se debería haber probado una vez. También olí sangre, pero no era exactamente el olor que ya conocía. Tal vez la sangre de una persona muerta no oliera ni supiera igual.

Al fondo del pasillo a oscuras se recortaba el contorno de una persona, arrodillada sobre el sofá. Era el hombre mayor que había atisbado desde el autobús. Veía la oreja a la que le faltaba un pedazo. Tenía la cabeza hundida hasta el fondo en la barriga de la señora Harmon —había jirones de su blusa sobre la moqueta—, cuyo brazo, tieso como una tabla, caía sobre la espalda del hombre mientras este se sumergía en su interior. La cabeza de la señora Harmon había desaparecido, pero sobre el reposabrazos del sofá había esparcidos gruesos mechones de cabello plateado.

Abrí la boca, pero no salió sonido alguno. ¿Cómo iba a chillar cuando todo me resultaba tan familiar?

Si el hombre se había percatado de mi presencia, no lo demostró ni pareció agitado en lo más mínimo. No podía verle la cara, pero sabía que no le daba pena. Mordía, masticaba y tragaba con calma, de forma incluso metódica. «¿Es ese el aspecto que tengo yo cuando lo hago? ¿Emito esos ruidos horribles?».

Cuando hubo acabado con la barriga, alcanzó la mano que tenía detrás, agarró los largos dedos violáceos y empezaron los crujidos. Se movió unos centímetros hacia el extremo del sofá, aún sentado sobre los talones, mientras se zampaba las piernas. Yo quería apartar la vista, pero no lo hice.

Cuando terminó, inclinó el tronco hacia atrás y soltó un eructo digno de registrarse en la escala Richter.

—Perdón —murmuró al tiempo que sacaba un mugriento pañuelo amarillo del bolsillo trasero y se limpiaba la boca—. No tienes de qué preocuparte —dijo con un marcado acento sureño mientras volvía a guardarse el pañuelo en el bolsillo—; vivos no me los como nunca.

En ningún momento se volvió a mirarme. De algún modo, simplemente sabía que estaba allí.

Rebuscando a su alrededor, recogió los restos de ropa de la anciana

y los guardó en una de las bolsas en las que habíamos traído la compra a casa. Sus zapatos de cuero marrón estaban cuidadosamente dispuestos donde habían estado sus pies, esperando su siguiente salida como si fuera a producirse de nuevo. El hombre me miró antes de cogerlos y deslizarlos por detrás de la funda antipolvo de flores.

Cuando por fin hablé, mi voz sonaba como si la hubiera tomado prestada.

—Pensaba que era la única.

El hombre se encogió de hombros.

—Todo el mundo lo piensa.

Extrajo algo de entre la afgana arrugada en el sofá y lo hizo tintinear en la mano. Eran las joyas de la señora Harmon, hechas un revoltijo: los anillos que llevaba en los dedos y el guardapelo de esmalte de color crema y rosa que lucía en el cuello. Con las alhajas en la mano sucia, se levantó con un crujido de huesos y se acomodó en el sillón junto al sofá. Estaba a punto de meterse la mano en el bolsillo de la camisa, pero se lo pensó mejor.

—Ten —dijo.

El desconocido se inclinó hacia delante y yo le tendí la mano para aceptar el montoncito de joyas. Entonces se sacó del bolsillo de la camisa una petaca de plata deslucida y la abrió. Vi cómo la nuez se le movía al tragar. «Para hacerla bajar». Solo había tratado con la señora Harmon durante una hora, pero en ese momento la eché de menos como si la hubiera conocido toda la vida.

Me dirigí a la repisa de la chimenea y, desenredando los anillos de la cadena, fui depositando las joyas una a una delante de las fotografías antiguas con las que la anciana había recordado a su marido. Un apuesto Douglas Harmon con efecto difuminado me miraba con una benevolencia que no merecía.

—Escucha, va siendo hora de presentarse. Me llamo Sullivan. —El hombre se puso de pie y me tendió la mano. Tenía los ojos azul pálido bajo las cejas grises e hirsutas—. Sully, para abreviar.

Antes de tener la oportunidad de rechazarlo, se miró los dedos —manchados de rojo, especialmente alrededor de las cutículas— y se pensó mejor lo de ofrecerme la mano. Fue hasta la cocina y puso ambas manos bajo el grifo, girando la cabeza hacia mí—. ¿Y? ¿No tienes nombre, niña?

No había conocido a nadie que hablase con ese acento. Debía de ser de algún lugar del sur, una zona rural, como Virginia Occidental.

—Maren —respondí.

—Bonito nombre. Nunca lo había oído —dijo Sullivan mientras se secaba las manos con el paño de cocina de la señora Harmon.

Sus dedos seguían sin estar lo que llamaría limpios. Sin embargo, por lo que pude apreciar, quizá el whisky era mucho más efectivo que el Listerine.

—¿Cómo te has enterado? —le pregunté.

Levantó una ceja canosa.

—¿Que cómo me he enterado de lo tuyo?

Asentí y Sully se quedó parado, como si estuviera decidiendo qué responder.

—Lo supe y ya.

—Me viste… esta mañana, en el autobús… ¿y lo supiste? ¿Sin más?

—Supe que eras tú —dijo.

—Has dicho que todo el mundo lo piensa. Como si hubiera más.

—¿Cómo, como si fuéramos juntos o algo? —Sully se rio al tiempo que sacaba una silla y se sentaba a la mesa de la cocina, donde la señora Harmon había disfrutado de sus huevos con beicon pocas horas antes—. ¿Como si quedáramos para jugar al póquer los jueves por la noche? —Volvió a reírse, una carcajada amplia y jovial; podría haber cerrado los ojos e imaginado un Santa Claus fumador empedernido y aficionado a la ginebra, salvo que era tan flaco que se le veían los huesos despuntando bajo la camisa—. Uno está solo y siempre lo estará. Así son las cosas, ¿entendido?

Me apoyé en el marco de la puerta y me crucé de brazos.

—Eso suena a profecía autocumplida.

—Anda que no te queda por aprender, Missy. Puede que seas peligrosa para un montón de gente ahí fuera, pero eso no significa que no haya otra montonera que no pueda hacerte daño igual. No debes acercarte a los de tu especie, a menos que quieras quedarte sin cara.

—¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—Acabas de decir que debería mantenerme alejada de ti.

—Ah, pero yo no soy como tú y tú no eres como yo. Tú tienes energía y yo dejé la adolescencia en el siglo XIX. Por eso podemos sentarnos a comer juntos, ¿ves?

Sentí cómo las tripas me rugían al mencionar la comida, pero algo que me había dicho hizo que me quedase parada.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunté—. ¿Que yo…, que como…?

—¿A quién más vas a comerte, a tu edad? —dijo, riendo entre dientes, y yo sonreí.

—¿Realmente eres tan viejo?

El hombre chasqueó la lengua.

—Lo he visto todo, pero aún me queda para llegar a los cien.

—¿Has conocido a muchos como nosotros?

—Aquí y allá —contestó, encogiéndose de hombros—. Pero, como te decía, es mejor no hacer amigos.

No era solo la oreja, a Sully también le faltaba la mayor parte del índice de la mano izquierda. Vio que me la había quedado mirando y me la tendió, agitando los dedos como si fuera una joven y esperase que admirara su anillo de compromiso.

—Lo perdí en una pelea de bar —explicó—. Me lo arrancó de un mordisco, el hijo puta. Se lo tragó antes de que pudiera recuperarlo. —Se levantó de la mesa y empezó a abrir los armarios. Sacó una sartén—. ¿Tienes hambre? Voy a preparar algo de cena.

—¿Aún tienes hambre?

—Yo siempre tengo hambre. —Sully agarró un montón de cebollas y patatas de un bol de la encimera y las dejó caer sobre una tabla de cortar—. Ven aquí y échame una mano. Te voy a enseñar a preparar estofado de vagabundo.

Cogí un cuchillo y partí una cebolla por la mitad.

—¿Qué lleva el estofado de vagabundo? —no pude resistirme a preguntar—. ¿Vagabundos?

Cuando rio, echó la cabeza hacia atrás y de verdad que se dio una palmada en la rodilla.

—Anda, anda. Pues todo lo que tengas a mano. —Abrió el frigorífico y anduvo revolviendo en uno de los cajones de producto fresco—. A ver si hay algo de ternera picada por aquí… ¡Ajá! Y también hay zanahorias. —Sully encendió el horno—. A doscientos —dijo por encima del hombro mientras sacaba la carne del envoltorio con las manos desnudas.

Aún se le veía la sangre alrededor de las cutículas. Tendría que intentar no pensar en ello. Observé cómo se manejaba por la cocina, sacaba dos latas de alubias cocidas y trasteaba con el abrelatas eléctrico. Dejó la carne y las verduras cocinándose, y se volvió hacia el táper con la tarta, abrió la tapa y se inclinó a oler.

—Mmm, ¿qué es esto?

—Creo que es tarta de zanahoria.

—Y la cobertura también es casera. Crema de queso. Buenísima pinta tiene. —Volvió a taparla y me miró—. ¿Qué hacías con ella, por cierto?

—Nada —respondí—. Me pidió que la ayudara con la compra y luego me invitó a desayunar.

—Luego estaba cansada y te dijo que te sintieras como en casa, ¿eh?

No sabía por qué me sentía tan culpable de repente, especialmente después de lo que le había visto hacer.

—Fue amable conmigo —repliqué—. No he hecho nada malo.

El hombre me dirigió una mirada que no supe interpretar.

—No he dicho yo que lo hicieras.

Mezcló los ingredientes en una cazuela, espolvoreó cheddar rallado por encima y la metió en el horno.

El reloj de la repisa de la chimenea daba las seis cuando Sully llevó su mochila desde el cuarto de estar, la apoyó en el frigorífico y sacó un objeto alargado similar a una soga. Al principio pensé que era una cuerda, pero entonces tiró del grueso moño plateado de la señora Harmon y lo extendió sobre el mantelito de percal con algo parecido a la reverencia, y me percaté de lo que estaba confeccionada aquella cosa. Llevaba entretejidos todo tipo de cabellos, pelirrojos, castaños, negros y plateados, rizados, foscos y lisos y sedosos. Nunca habría imaginado que pudiera existir algo tan grotesco y tan bello al mismo tiempo.

Sully tendió el extremo de la cuerda sobre su rodilla, tiró suavemente de un mechón del cabello de la señora Harmon para sacarlo del moño, lo dividió en dos partes iguales y luego en cuatro.

—Llevo años liado con esto —dijo, alzando la vista al tiempo que empezaba a tejer la primera parte—. Esa mirada sulfurosa tuya no es muy bonita que digamos. Mira, lo primero que debes saber del viejo Sully es que no voy a cambiar mis costumbres por ti. —Se encogió de hombros—. De todas formas, tiene algo de poético si lo piensas bien.

—¿Qué quieres decir?

—Construir algo útil, algo hermoso, a partir de otro algo que ya no existe. Hace cien años se confeccionaban pulseras con el pelo de los muertos, ¿no lo sabías?

Negué con la cabeza.

—Las viudas llevaban consigo el pelo del finado el resto de sus días. —La cuerda se retorció conforme Sully empezó a entretejer los mechones—. Algo hermoso —repitió, en voz baja, como para sí—. Algo por lo que recordarlo.

Tenía las manos ásperas y nudosas, pero cuando incorporaba los mechones lo hacía con destreza.

—Tengo que mantener las manos ocupadas —continuó—. «La pereza es la madre de todos los vicios», eso es lo que el predicador nos decía los domingos en catequesis cuando era un chiquillo. Y, de todas formas, es mejor que tallar las mismas puñeteras piezas de ajedrez una y otra vez como hacen algunos.

—No estaría mal —aventuré— si jugaras al ajedrez.

Soltó una risita burlona.

—¿Y qué voy a hacer? ¿Jugar contra mí mismo?

Durante uno o dos minutos lo observé entretejer los cabellos plateados con los mechones ya trenzados.

—¿Qué vas a hacer con la cuerda cuando esté acabada?

Se encogió de hombros.

—¿Quién dice que lo estará algún día?

—Pero no veo de qué sirve hacerla si no vas a acabarla.

—¿No dirías lo mismo de la vida? Sigue y sigue, y sin motivo alguno.

Eso no se lo podía discutir. De repente, los días, semanas y meses que se extendían ante mí me parecieron aún más sombríos que la víspera o el día anterior.

—Toma —dijo Sully, sacando otro par de metros de cuerda de su mochila y tendiéndomela—. Dale un buen tirón. Es lo bastante fuerte como para ahorcar a un hombre.

Yo vacilé, en parte porque de verdad que no quería tocarla, pero también porque tenía miedo de partirla por la mitad y que se enfadase conmigo.

—Venga —insistió—, que no se va a romper.

Así que la agarré con las dos manos y tiré, pero tenía razón. Me apuesto algo a que podría haber trepado por ella hasta el techo como con aquella cuerda que había en clase de gimnasia en el colegio.

—¿Dónde aprendiste a hacerlo?

—Mi padre era soguero —contestó antes de detenerse, para luego añadir en voz baja—: Entre otras cosas.

Dio un golpe de muñeca y la cuerda de pelo saltó y se agitó como una serpiente. Me sobresalté y el hombre se rio de mí.

—Venga —dijo—. Cuéntame quién fue el primero.

Recorrí con el dedo el acolchado del mantelito de percal de la señora Harmon.

—Fue mi canguro.

—¿Lo recuerdas?

Negué con la cabeza. Él sacó la petaca y dio otro trago.

—¿Te encontró tu madre?

Asentí.

—¿Qué hay de ti?

Sully rio para sus adentros.

—Me comí a mi abuelo mientras esperábamos al enterrador. —Se lamió los labios me lanzó una y mientras volvió a poner el tapón en la petaca—. Le ahorré a mi padre cerca de trescientos dólares. —Al cabo de un momento preguntó—: ¿Por qué andas por ahí tú sola? ¿Te ha abandonado tu madre?

—¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros.
—¿Por eso estás aquí?
Asentí.
—Déjame adivinar. —Suspiró—. Fuiste allí pensando que podrías hacer alguna especie de trato. Pero al llegar viste que ni por todo el oro del mundo llamarías a ese timbre.
Odiaba que este hombre, un completo desconocido, me tuviera tan calada. Había resultado más fácil irme del jardín de mis abuelos pensando que volvería, pero tenía razón. No podía regresar. No había manera de pedir perdón por lo que había hecho.
—Escúchame —continuó Sully—, nunca vas a sentir nada que otras personas no hayan sentido un millón de veces antes que tú. —Frunció el ceño, recordando algo—. Yo quería decirle adiós a mi madre. Me pasé semanas durmiendo en el bosque, esperando una oportunidad.
Respiré hondo e intenté apartar de la mente todo pensamiento sobre mi madre.
—¿No fue duro? ¿Dormir al raso y buscar tu propia comida y demás?
—Qué va. No es difícil una vez que alguien te ha enseñado a disparar, a recolectar y a hacer fuego. Tenía arco y flechas, y los usaba para cazar lo que fuese a comer. Conejos, ardillas. Todo eso me lo enseñó mi abuelo.
—Pero ¿no era duro dormir a la intemperie?
—Ya veo que tu madre no te ha llevado nunca de camping. —Rio —. ¿Por qué dormir bajo techo cuando tienes un cielo lleno de estrellas ahí fuera? —preguntó señalando con la cabeza hacia la ventana de la cocina.
—¿Siempre duermes al raso?
—En un lugar poblado como este, no. Existe la posibilidad de que te pille la policía y te acuse de vagabundeo. No importa que no hayas robado nada o que hayas acampado en terreno público. Si estuviéramos en un bosque, habría preparado el estofado en una fogata. —Soltó un suspiro—. No hay nada mejor en el mundo que el olor del humo de leña. Si estuviéramos en un bosque, buscaría un claro y te enseñaría a distinguir las imágenes en las estrellas.
Pensé en Jamie Gash y me estremecí.
—Pero haces que me desvíe del tema, Missy. Como iba diciendo: volví y vi a mi madre a través de la ventana de la cocina. Traté de armarme de valor. Iba a hacerlo mientras mi padre estaba fuera.
—¿Y lo hiciste?
Negó con la cabeza.
—Tuve mis oportunidades, pero las dejé escapar todas. Sabía que

saltaría como un conejo nada más verme, y, cuanto más tiempo pasara, más miedo habría sentido. —Tenía los ojos fijos en el mantel, pero yo sabía que estaba viendo el rostro de su madre, enmarcado por la ventana de la cocina—. Eso es lo peor —dijo al cabo—. Cuando tu propia familia te tiene miedo. —Ladeó la cabeza y se me quedó mirando un instante o dos—. ¿Cuántos años tienes tú, Missy: dieciséis, diecisiete?

—Dieciséis.

—Eres joven —respondió—, aunque nunca se es demasiado joven para andar solo. Yo me marché de casa a los catorce.

—¡A los catorce!

Sully se encogió de hombros.

—¿Qué más iba a hacer? Mi padre ya no me quería en casa.

—¿Fue por lo de...?

—Qué va. Mi padre siempre decía que yo no estaba bien, pero nunca supo por qué. Aparte de mi abuelo, nunca lo hice en casa.

—¿Y nunca se enteraron de que habías sido tú?

Negó con la cabeza.

—Me habían encargado velar el cuerpo; en aquellos tiempos es lo que se solía hacer, nunca se dejaba al finado solo en la sala. Yo les dije que había tenido que ir a mear y que cuando volví el cuerpo había desaparecido. Todo el mundo se llevó un disgusto tremendo, pero nadie me echó la culpa. Solo tenía diez años, dijeron, qué iba a saber yo. Mi tía se empecinó en que se había levantado y se había ido de casa. —Rompió a reír, una carcajada grave como un murmullo al principio, como un aullido estentóreo después—. Anduvo kilómetros arriba y abajo, llamando a las puertas a ver si alguien había visto a su difunto padre.

De alguna manera, su risa me animó y me hizo olvidar quiénes éramos a pesar de que nos reíamos precisamente de ello. Yo también solté una carcajada. A él se le acabaron saltando las lágrimas y luego nos quedamos sentados en un cómodo silencio durante algunos minutos, mientras Sully se las enjugaba con los nudillos.

Entonces se me ocurrió algo.

—¿Alguna vez has conocido a otra chica que...?

Se oyó un sonido suave y áspero, como de lija sobre madera, cuando el viejo se pasó la mano por la barba incipiente de las mejillas.

—Conocí a un par de mujeres —respondió, con su fuerte acento sureño—, hace mucho tiempo ya.

—¿Cómo las conociste?

Se encogió de hombros.

—Igual que te he conocido a ti.

—¿Qué tipo de personas comían?

Sully ladeó la cabeza y me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Eh?

—Quiero decir que si se comían a las personas que eran amables con ellas, o a las que eran desagradables con ellas, o...

—Una mezcla de las dos cosas, diría yo.

Lo intenté una vez más.

—¿Sabes qué fue de ellas?

Volvió a encogerse de hombros.

—Como ya te dije, Missy: yo me fui por mi camino y ellas por el suyo.

El gato blanco entró con parsimonia en la cocina. Me había olvidado de él completamente, y esperaba que no hubiera estado en el cuarto mientras la señora Harmon era devorada. Al ver la cuerda de pelo, el gato se sentó sobre las patas traseras y comenzó a darle toques con la pata.

—¡Quita! —exclamó Sully agitando la mano—. ¡Zape! ¡Tira de ahí!

Micho no cejó hasta que el hombre sacó el pie y lo apartó a un lado con la bota.

—¿Alguna vez has tenido un gato?

—Mi madre decía que no podíamos tener una mascota. Nos mudábamos mucho.

—Nunca me han gustado los gatos. —Sorbió por la nariz—. Son unas criaturas egoístas.

Sonreí.

—Como la mayoría de la gente, supongo.

Sully no respondió. Micho había perdido el interés por la cuerda de pelo, pero no tenía intención de dejarnos solos. Se sentó sobre el linóleo, moviendo la cola y mirándonos a Sully y a mí de forma alterna, como si fuera parte de la conversación.

—Gato estúpido —murmuró Sully—. ¡Zape!

—Creo que tiene hambre.

Me levanté y abrí una lata de comida para gatos; Micho se frotaba contra mis piernas mientras la vertía a cucharadas en la escudilla del suelo.

—¿Ves? Los gatos son unas criaturas egoístas.

Satisfecho, Micho volvió a marcharse y durante unos minutos me quedé contemplando tejer a Sully. La señora Harmon tenía mucho pelo para sus ochenta y ocho años.

—¿De verdad que solamente te comes a personas ya muertas?

Asintió.

—Al cabo de un tiempo, de algún modo empecé a olérselo a la

gente, si iban a morir pronto, o a vérselo en la cara. No me preguntes cómo; no es un olor ni un rasgo que pueda describirle a nadie. Simplemente lo noto. —Dejó la cuerda de pelo en el regazo, tomó una manzana del frutero de la señora Harmon, sacó una navaja suiza del bolsillo delantero de la camisa roja de franela, la abrió y empezó a pelarla en una sola monda larga y serpenteante—. Me sentía como si fuera un buitre, parado fuera de la casa de alguien, pero ya no creo que sea así. —Me apuntó con la navaja y la agitó en el aire para subrayar sus palabras—. No puedes evitar lo que eres, Missy. Esa es la regla número uno.

Sully cortó un gajo de la manzana y me lo ofreció pinchado en la punta de la hoja. Me daba un poco de asco pensar en la señora Harmon en sus manos, por no hablar del pelo de a saber cuántas personas muertas, pero no quería ofenderlo, así que lo cogí.

—¿Has oído hablar de las islas del Pacífico Sur?

Asentí.

—Algunas de las tribus isleñas se comen a sus muertos, y es algo sagrado. Lo celebran con un festín. —Cortó otro pedazo, se lo metió en la boca y siguió hablando mientras masticaba—. El muerto debió de comerse el hígado de su abuelo directamente del espetón, la lengua de su padre encurtida y el corazón de su madre guisado, así que ahora era su turno; y, si lo que quedaba de él pudiera sentarse a esta mesa y hablar, te diría que no querría que las cosas fueran de otra forma. Aprendió un montón a lo largo de toda su vida y sus hijos piensan que también sabrán un montón si lo descuartizan y se lo comen.

—Eso no tiene sentido —respondí—. ¿Por qué no se limita a enseñar a sus hijos lo que sabe mientras está vivo?

Sully se rio.

—La sabiduría no se puede enseñar, muchacha.

—¿Es eso lo que haces tú? ¿Esperas aprender algo de la gente que te comes?

—Qué va… —respondió, aspirando por la nariz—. Me los como y ya.

Cuando sonó la alarma del horno, se levantó, dispuso la cuerda en un pulcro ovillo sobre el linóleo amarillo y sacó la cazuela del horno mientras yo ponía la mesa. Dejó la fuente humeante en el centro y empezamos a comer a cucharadas. El queso estaba perfecto, crujiente por encima y derretido por debajo. El hombre metía la cuchara hasta el fondo, como si no hubiera probado bocado en todo el día. Yo repetí, y luego repetí de nuevo. Era como un montón de verduras derretidas y mezcladas con una hamburguesa con queso despanzurrada.

—Ah —dijo—. Qué delicia. Nunca sabe dos veces igual.

Saciada y satisfecha, me recosté en la silla.

—¿Ya estás llena?

Asentí, y él siguió comiendo hasta que ya no pudo sino rascar la costra de cheddar del borde de la cazuela. Nunca había visto a nadie con un apetito tan voraz, pero tenía las mejillas tan hundidas bajo los pómulos como si se hubiera pasado la vida a pan y agua.

Sully se levantó y se llevó los platos a la pila. Lo observé mientras empezaba a fregarlos.

—No te sorprendas tanto, Missy. Siempre dejo todo tal y como lo encontré aunque ella no vaya a notar la diferencia.

Cuando hubo acabado con los platos, sacó del armario la lata de peras en jugo de uva blanca y consiguió abrirla después de luchar durante unos instantes con el abrelatas eléctrico. Con los dedos sucios y nudosos fue sacando uno a uno del almíbar los pedazos blandos y pálidos, y depositándolos sobre una hoja pequeña de papel de hornear.

—¿Qué vas a preparar ahora? —le pregunté mientras encendía el gratinador del horno.

—Peras caramelizadas.

Puso un pedazo de mantequilla en la sartén y fue añadiendo cucharadas de azúcar moreno mientras se desleía.

—¿Por qué conformarse con un dulce cuando puedes comer dos?

Una vez que la mezcla de azúcar se hubo derretido a su gusto, la vertió sobre las peras, les espolvoreó canela y clavo de olor, y las metió en el gratinador. Luego llevó la tarta de zanahoria a la mesa y se cortó un pedazo tan grande como su cabeza.

—¿Quieres un poco?

Negué con la cabeza. Sí que quería, pero no me habría sentido bien cuando la señora Harmon y yo nos la íbamos a comer juntas. Sully la engulló, se bebió el suero de mantequilla de la anciana directamente del cartón y luego volvió a su trenzado mientras las peras siseaban en el horno.

Saqué la lana y las agujas de la señora Harmon de mi mochila y di con un pequeño folleto con el patrón de un jersey de bebé en el fondo de la cesta. Traía en el reverso las instrucciones para montar los puntos, así que anduve peleándome con ellas hasta que me rendí y me dediqué a ver a Sully enlazar, plegar y enrollar los mechones plateados.

—¿Te acuerdas de a quiénes pertenecían los distintos mechones de pelo?

Levantó una sección de la cuerda y la señaló con su meñique torcido.

—¿Ves este pedazo grueso y enmarañado? Es lo que los chavales llaman hoy en día una rasta. Me costó lo suyo meterla, pero lo logré. —Meneó la cabeza—. Encontré al muchacho ahogado en su propio vómito. —Me estremecí—. Hubo mucho que limpiar antes de que pudiera comérmelo. Aun así, los estómagos saben mejor cuando no tienen nada dentro.

«No se me habría ocurrido». Me llamó la atención una larga guedeja pelirroja algunos centímetros por debajo de las rastas. Era el color más bonito que jamás hubiera visto.

—¿Y ese?

—Esa… —Se detuvo—. Lo hizo adrede.

Entonces tomé conciencia de lo que nos diferenciaba. Yo tenía víctimas. Él, no.

Llevé mi plato hasta la pila y lo aclaré.

—¿Decías que tenías diez años cuando murió tu abuelo?

—¿Por qué? —preguntó después de asentir.

—Diría que eras mayor para que fuese el primero.

—No es tan fácil toparse con cadáveres —señaló—. Mi padre no era el enterrador.

—Pero has comentado que te dijo que eras distinto.

—Solía comerme cosas —respondió—. Me zampaba el vellón del cesto de mi madre más rápido de lo que ella podía hilarlo. Sabía que mi padre trataría de quitarme la costumbre a palos si me descubría, así que se lo ocultaba. Pasamos años así. Desarmaba un zapato viejo y lo masticaba hasta lograr tragármelo. Solo cosas blandas. Una vez me comí una colcha entera que mi abuela había confeccionado en 1902. No comía nada que me delatase ante el viejo. —Seguía tejiendo mientras hablaba, pero en sus ojos volvió a aparecer aquella mirada remota, como si pudiera ver el pasado en un remolino de niebla que flotara sobre mi hombro derecho—. Cuando mi madre le cortaba el pelo a mi hermana, me zampaba los recortes directamente del suelo como si fueran ostras. Engullí su muñeca de trapo, y lloró sin parar. Me tenía demasiado miedo como para contarle nada a mi padre. —Se detuvo—. Y bien que lo siento. —Sully me miró—. ¿Nunca te has comido algo que no debías?

Le lancé una mirada.

—Aparte de eso —añadió, y yo negué con la cabeza—. Ahora le han puesto nombre —continuó—. Una palabra rimbombante para cuando no puedes evitar zamparte cosas que se supone que no son comestibles: periódicos, tierra, cristal. Qué demonios, hasta la mierda. Le hace a uno preguntarse si no habrá también un nombre para esto.

Se reclinó en la silla y apoyó las manos en la barriga. Eso me hizo

pensar.

—¿Alguna vez has ido a un médico?

Sully enarcó una ceja.

—¿Alguna vez has ido a la luna?

Sonreí al tiempo que ponía los ojos en blanco.

—Lo que quería decir es que... ¿crees que es algo hereditario?

Sus labios se curvaron lentamente hasta formar la sonrisa del gato que se comió al canario. Me provocó un estremecimiento.

—¿Qué pasa? —dije.

Se echó hacia atrás en la silla y se rascó la nuca, al tiempo que su sonrisa se desvanecía.

—No puedo asegurar que mi abuelo fuese un devorador, pero mis razones tengo para pensar que podría haberlo sido.

Noté cómo la curiosidad me hormigueaba bajo la piel.

—¿Qué tipo de razones?

—Al recordar todo el tiempo que pasamos juntos por los bosques..., cazando, pescando, aprendiendo a manejarme en la naturaleza..., algunos recuerdos son claros, pero otros están borrosos. Y pienso que los borrosos tal vez lo fueran por algo.

Creí entenderlo. En cierto modo era igual que como yo sabía que Penny Wilson tenía el cabello tan rubio que casi parecía blanco, una nariz larga y afilada en un rostro alargado y ojos azules, demasiado prominentes como para ser bonitos.

—¿Como si de verdad lo recordases, pero también te lo pudieras estar inventando?

—Qué va —respondió—. No me lo estoy inventando.

—¿Y tu padre?

Sully me lanzó un mirada dura.

—¿Mi padre qué?

Me encogí de hombros.

—Si tu padre era un devorador, quizá...

—Quizá nada —replicó Sully—. Nunca tuve nada en común con mi padre y eso es así.

Se levantó y sacó las peras del gratinador, las sirvió en platos de postre y vertió la salsa de caramelo sobrante directamente de la sartén.

Después de que dejase el plato delante de mí y le diera las gracias, tomé un trozo de pera y suspiré. El sabor del clavo de olor y del caramelo se mezclaba a la perfección con las peras. Decidí que ya había hablado bastante sobre muertos.

—Esto está buenísimo.

—Sí que está bueno, sí —dijo entre bocados. Engulló su porción en

dos o tres segundos—. Nunca como solo un dulce. La vida es demasiado corta. —Al acabar, comentó—: Me apetece algo de música.

Fue al cuarto de estar, se acuclilló y empezó a curiosear la colección de discos guardada en el armario de frentes de cristal que había bajo la ventana delantera.

—Tenías mejor gusto del que habría imaginado —le dijo Sully al retrato de Douglas Harmon que había encima de la chimenea—. Bobby Johnson, uno de los mejores guitarristas de todos los tiempos. —Sacó el disco de la funda y lo colocó sobre el tocadiscos—. Se cuenta que una noche Bobby Johnson se encontró con el diablo por la carretera, en algún lugar de Alabama, y este le dijo: «Te enseñaré a tocar el blues mejor que nadie, solo te costará el alma». Y Bobby Johnson aceptó el trato.

Me senté en el sillón junto a la chimenea cuando la música empezó a sonar. Era una grabación gastada; el cantante murmuraba al tiempo que pulsaba las cuerdas de la guitarra y, cuando empezó a cantar, oí algo intemperado, algo rico y desmedido.

Ah, the woman I love, took from my best friend, some joker got lucky, stole her back again... [4]

Sully extrajo una pipa y una bolsita de picadura de su mochila, puso un pellizco en la cazoleta y encendió una cerilla. Dio una calada.

When a woman gets in trouble, everybody throws her down. Lookin' for a good friend, none can be found...[5]

El disco se acabó y dije:

—El diablo no existe, ¿sabes?

—¿Cómo, crees que no es más que una leyenda? —Sully echó la cabeza hacia atrás y rio—. Voy a contarte algo. A veces pongo en práctica un jueguecito: voy a un bar, pido una ronda y les cuento todo sobre mí a los parroquianos. —Ahuecó la mano y se la puso a un lado de la boca, como si susurrase desde lo alto de un escenario—. Solo que no saben que se trata de mí. Todos me dicen que tengo una imaginación estupenda. Yo les contesto que se cuiden las espaldas cuando vuelvan a casa, que cierren con llave y que miren bajo la cama, y no hacen más que reírse. —Levantó la aguja del tocadiscos, que no dejaba de saltar, y puso la otra cara—. Así es como empiezan las leyendas. Contamos algo sobre nosotros como si no fuera verdad porque es la única manera de que alguien nos crea.

En mi mente afloró un recuerdo: alguien había robado la radio de nuestra ranchera y mamá me hizo ir con ella a la comisaría para denunciarlo. Debía de tener unos doce años —la lista de nombres que llevaba en el corazón aún no era tan larga—, pero me aterrorizaba que los agentes supieran lo que había hecho en cuanto me mirasen. Por

encima de la puerta había un cañamazo enmarcado con las palabras LA VERDAD OS HARÁ LIBRES bordadas a medio punto y recordé que, al ver que me había quedado mirándolo, el hombre al otro lado del mostrador se rio por lo irónico que resultaba.

Aún estaba pensando en el bordado cuando sonó el teléfono. Sully no se movió, y saltó el contestador automático de la encimera de la cocina. Siguió fumando mientras oía el mensaje: «Hola, tía Liddy, soy Carol. Te llamaba para charlar un ratito. Tenía previsto bajar mañana a Edgartown para hacer algunas compras y he pensado que podíamos llevarte a comer. Llámame cuando oigas el mensaje, ¿vale? Un abrazo, vamos hablando, adiós».

Sully gruñó y se sacó la pipa de la boca en cuanto se apagó la máquina.

—¿Adónde tienes pensado ir cuando acabes aquí?

—A Minnesota.

El hombre enarcó una de sus cejas de oruga.

—¿Y a qué vas a Minnesota?

—Es de donde es mi padre. Y, no sé..., tal vez siga allí.

—¿Es que no escuchas, Missy? Ya te he dicho que husmear en el pasado no trae más que disgustos.

—¿No es mejor saber? —Saqué una de las madejas de la cesta de paja y pasé los dedos por la lana suave—. Antes has dicho que creías que tu abuelo era un devorador. Yo creo que mi padre también lo es. —Era la primera vez que pensaba en ello de manera consciente, por no hablar de mencionarlo en voz alta, e hizo que me estremeciera—. Quiero saber de dónde viene y por qué nos abandonó.

Sully meneó la cabeza.

—Qué importa por qué te abandonó tu padre, se largó y punto.

Se me saltaron las lágrimas; no pude evitarlo.

—No tengo otro lugar al que ir.

—Ya, ya —dijo con amabilidad—. Yo siempre ando de un lado para otro, pero, mientras siga en este mundo, tendrás un hogar conmigo.

—Pensé que habías dicho que era mejor no hacer amigos.

—Es sabido que en algún caso he llegado a cambiar de opinión. —Sully exhaló una bocanada de humo y se detuvo a mirarla mientras se disipaba—. ¿Qué me dices?

—Gracias. —Saqué un pañuelo de una caja dispuesta en la mesita auxiliar y me lo llevé a los ojos—. Me lo pensaré.

El tictac del reloj volvió a ocupar el silencio y Sully cogió el periódico. Al cabo dijo:

—Será mejor que te vayas a la cama. Tendremos que madrugar

para que la sobrina no nos encuentre aquí.

Me puse en pie, arrojé la madeja de vuelta a la cesta y cogí mi macuto.

—Bueno. Buenas noches, Sully.

Siguió dándole caladas a la pipa mientras pasaba las páginas y ojeaba los titulares.

—Que duermas bien, Missy.

Me puse el pijama, me lavé los dientes y fui a la Tación de Invitados. Mientras cerraba la puerta, el gato blanco salió del dormitorio de la señora Harmon, atravesó el pasillo y metió la pata entre la puerta y la jamba, maullando como si quisiera que lo dejase entrar.

—Lo siento, Micho.

Me arrodillé y lo empujé con suavidad hacia el pasillo. Nunca había dormido con un animal y tenía miedo de que me mantuviese en vela.

Algo me indujo a echar el pestillo a la puerta. Si el viejo era honrado, nunca se enteraría.

Apagué la luz y me metí en la cama. La luz de la luna se reflejaba en la esfinge de la mesilla y los rostros de los querubines esculpidos por el cabecero, haciendo que sus ojitos de madera destellasen como si me observaran. Como si me cuidaran. Eché de menos a la señora Harmon y me pregunté cuánto tiempo pasaría hasta que alguien más volviera a dormir en ese cuarto. Probablemente ya no sucedería nunca.

Por supuesto, había echado una siesta demasiado larga por la tarde. No conseguía dormirme. La oscuridad era opresiva y el silencio me cubría como una manta que no necesitara. Cuando por fin me venció el sueño, soñé con el hombre invisible y su cuchillo invisible, y a través de la niebla sentí cómo el dolor se volvía a abrir paso en mi oído. Se clavaba y giraba, se clavaba y giraba. Luego me puso el cuchillo en la boca.

Por la mañana encontré otra nota sobre la mesa de la cocina, pero esta me hizo sonreír.

> Missy:
>
> Tengo la impresión de que no seguirás mi consejo de no buscar a tu padre. Pero, si cambias de opinión, simplemente vuelve al pueblo y espérame en algún lugar, yo te encontraré. Con Sully la vida siempre es divertida.
>
> SULLIVAN

P. D. Me hice con esto durante mis viajes; he pensado que te gustaría tenerlo.

Junto a la nota había un libro en rústica, del tamaño de la palma de mi mano y de cincuenta años de antigüedad como mínimo. La cubierta púrpura tenía grabado en letras plateadas: HERMANOS RINGLING. LIBRO DE RECUERDOS. Lo abrí al azar y no encontré palabras, solo una ilustración en rojo y negro de tres pequeños acróbatas en el aire. Dos de ellos tenían gruesos bigotes rizados y la otra llevaba unas zapatillas rojas de cintas atadas hasta las rodillas. Pasé la página, y luego otra. «Ajá —pensé—. ¡Un folioscopio!». Así que pasé rápidamente las páginas y los caballeros de los trapecios lanzaron a la acróbata de una página a la siguiente y luego de vuelta. Tal vez no fuera tan malo que un desconocido la conociera a una mejor que ella misma.

Tras un rápido desayuno, me despedí de los amigos que había hecho durante las últimas veinticuatro horas: la esfinge de latón y el gato blanco y la señora Harmon en su boda en la Ciudad Esmeralda. En la repisa, mis dedos se deslizaron sobre la fila de preciosas joyas antiguas y escogí el guardapelo de esmalte de color crema y rosa. Cuando pulsé el botón, la tapa se abrió y allí estaba de nuevo el señor Harmon, sonriendo de un lado. Cerré el guardapelo, abrí la cadena y me la puse al cuello. Sabía que no debía llevármelo —las joyas, en su totalidad, pertenecían por derecho propio a la sobrina—, pero necesitaba algo para recordarla.

Unos minutos después me subí al autobús y esta vez sabía que iba en dirección opuesta a la casa de los Shields. Nunca volvería a ver a mi madre, ni siquiera a través de una ventana panorámica.

Edgartown ya no albergaba nada de interés, así que en lugar de mirar por la ventanilla del autobús me puse a jugar con el libro animado del circo. Cerré los ojos e imaginé cómo sería surcar el aire, fingiendo volar mientras esperaba a que alguien me agarrase por los tobillos.

Justo antes de las diez llegué a la estación de los Greyhound. Fui hasta el mostrador, donde una mujer con demasiado carmín en los labios se limaba las uñas.

—¿A qué hora sale el siguiente autocar a Minnesota? —pregunté—. Quiero ir a Sandhorn.

—¿Eso está cerca de Saint Paul?

—No lo creo.

—Si no sabes adónde vas, ¿cómo esperas que te ayude?

Quise agarrar la lima de uñas e incrustársela por la nariz.

—Creí que podría decirme dónde está la estación más cercana —contesté.

—Mira, niña. O consigues un mapa o te metes en ese autocar a Saint Louis que sale dentro de minuto y medio. Es lo que haría si fuera tú. Hasta las ocho de la tarde no sale ningún otro hacia el oeste.

La vendedora era maleducada, pero sensata. Compré el billete a Saint Louis.

4

Más autovías, más desconocidos roncando e intentos de perderme en un libro a pesar del mareo, más comidas de máquinas expendedoras. Tardé dos días en llegar a Saint Louis, por lo que tuve tiempo de sobra para cavilar sobre las cosas extrañas y maravillosas de las que Sully me había hablado: dormir al raso y matar tu propia comida, vivir perfectamente cómodo con lo que cabe en una mochila, hacer tratos con el diablo y decir la verdad como si fuera una leyenda... En esa parte estuve pensando un buen rato, porque una puede aceptarla aunque nadie más lo haga.

Entonces pensé en cómo sería la vida una vez que encontrase a mi padre, y la sensación fue como al desenvolver un caramelo de menta que hubieras estado guardando muchísimo tiempo. Sabía que tenía que haber un buen motivo por el que nos abandonara porque, aunque mamá nunca hablaba de él, yo sabía que lo quería. Si no, ¿por qué seguir llevando su alianza?

Hora tras hora miraba por la ventanilla del autocar, imaginando su rostro y su voz y sus manos. Le sacaría cabeza y media a mamá y también seguiría llevando su alianza y no esperaría a morirse para contarme todo lo que sabía. Incluso imaginaba cómo firmaría con «Francis Yearly» la factura de la tarjeta de crédito cuando me llevase a cenar a un restaurante italiano. Mi padre me enseñaría a manejarme en el mundo, por lo que no importaría que nadie supiera la verdad sobre mí. Encontraríamos amigos como Sully, y no nos haría falta más. Mi padre y yo viviríamos en una casa con manteles individuales y fotografías enmarcadas, y haríamos voluntariado en un comedor social los domingos por la mañana mientras todos los demás estaban en la iglesia.

Me encontraba de un humor extraño cuando por fin me apeé del autocar, agotada y eufórica a la vez, como si supiera exactamente cómo llegar al castillo que había erigido en las nubes. Hasta que no me puse en la cola para comprar el siguiente billete, no me di cuenta de que me quedaban quince dólares en la cartera.

¿Cómo era posible? ¿Cómo era posible ser tan estúpida?

Desde el punto de vista de mamá, claro, tenía sentido. No me habrían hecho falta más de cien dólares para llegar de Cincinnati a

Sandhorn. Me había gastado la mayor parte en ir en sentido contrario.

Arrastré la mochila hasta un cuarto de baño cochambroso, me encerré en el último cubículo y lloré. Estaba prácticamente sin un centavo y definitivamente sin techo. ¿Por qué no había aceptado la oferta de Sully? ¿Por qué no le había hecho caso?

Cuando se me acabaron las lágrimas, salí del cuarto de baño con los ojos ardiendo, pero con una nueva determinación. Iría a Sandhorn como cualquier persona sin medios: haciendo autostop.

En la calle pregunté al taxista de aspecto más amable cuál era la mejor manera de conseguir que me llevasen a Minnesota.

—Subiría esta calle hasta la universidad —respondió, indicando con el dedo—. Es un buen momento para hacerlo, ahora que todos los estudiantes vuelven a casa para pasar el verano.

Al cabo de veinte minutos llegué al límite del campus, con sus pulcras aceras de ladrillo y su césped verde chillón más allá de la cancela abierta. Había estudiantes por todas partes: caminando de un centro a otro, leyendo en los bancos del parque o jugando al frisbee. Saqué un pedazo de cartón de una papelera y escribí NECESITO VIAJAR A MINNESOTA. Luego me senté a esperar. Intenté leer, pero las palabras bailaban y cambiaban de posición en la página. Al final cerré el libro y pensé en mi padre y en cómo pasaríamos nuestro primer fin de semana juntos pintando las paredes de mi nuevo dormitorio. ¿Lavanda o verde azulado?

Al cabo de una hora, una sombra cayó sobre mi regazo.

—Yo vuelvo a Minneapolis en coche —dijo la chica—. ¿Puedes contribuir a pagar la gasolina?

Era alta y bronceada, y llevaba una camiseta que decía MISSOURI STATE VOLLEYBALL.

Asentí, descrucé las piernas y, algo tambaleante, me puse en pie.

—Genial —dijo—. Tienes suerte; estaba a punto de irme.

Se llamaba Samantha y no tenía interés en socializar, cosa que no me importó lo más mínimo. Como ya he dicho, nunca había tenido una amiga.

Nos detuvimos a repostar en algún lugar de Iowa y, cuando Samantha volvió subirse al coche, dijo:

—Han sido veinte pavos. ¿Puedes darme diez?

—Solo me quedan quince dólares.

—Lamento desilusionarte, pero con quince pavos no vas a llegar muy lejos. ¿Qué vas a hacer una vez lleguemos a Minneapolis?

—Buscaré a alguien más que me lleve hasta Sandhorn.

Samantha me dirigió una mirada extraña antes de encender el motor y reincorporarse a la autovía. Saqué un billete de cinco dólares

y lo metí en el cenicero, donde guardaba el cambio, pero no dijo nada. Le había asegurado que contribuiría a pagar la gasolina y habría estado mal por mi parte echarme atrás, aun cuando podía haber sido más amable.

Más tarde le comenté que tenía que ir al baño y pareció molesta.

—¿No podías haber ido cuando paramos a repostar?

—Entonces no tenía ganas.

Continuamos en silencio algunos kilómetros más, pero, cuando pasamos junto a una señal de Walmart, tomó la salida y estacionó en el aparcamiento.

—Gracias —dije antes de echar a correr al interior.

Cuando salí, me encontré el macuto en la plaza de aparcamiento vacía. No me lo podía creer. Me quedé parada un rato mirando el lugar en el que había estado el coche. ¿De qué me había servido darle dinero para la gasolina si me había dejado tirada en medio de ninguna parte?

Saqué la cartera y volví a contar lo que me quedaba. Diez pavos y un puñado de monedas de diez y veinticinco centavos. La idea de conseguir otro viaje me hizo desear encerrarme en el cuarto de baño y no volver a salir.

«Un momento», pensé. No era culpa mía. Lo que había hecho aquella chica no tenía sentido. ¿Por qué ofrecerse a llevarme para luego abandonarme?

Tal vez lo había olido en mí. Tampoco le había gustado a ninguna de las chicas del instituto.

Traté de respirar hondo y pensar qué hacer a continuación. Pero no sabía qué. No quería estar allí; no quería estar en ningún sitio.

Me senté en el suelo, apreté los puños contra los ojos y, durante unos minutos, me olvidé del mundo. Ni siquiera podía pensar con claridad suficiente como para desear de nuevo haberme ido con Sully. No tenía pañuelos, así que me limpié las mejillas y la nariz con la manga de la camiseta mientras la gente pasaba a mi lado camino de la tienda. Algunos trataban de hacer caso omiso, mientras que otros se me quedaban mirando como si tuviera tres cabezas. Alcé la vista hacia un hombre con una camiseta de los Chicago Cubs. Se puso tan rojo como el logotipo que lucía y se apresuró a atravesar las puertas automáticas.

De repente pensé en mi madre, llorando a mares sobre el cuenco de ensalada en una cocina cuyo interior jamás había visto. Me levanté, me sacudí el polvo del trasero de los tejanos y cogí el macuto.

Una ráfaga de aire refrigerado casi me secó las mejillas cuando crucé las puertas automáticas. Cada Walmart es como una ciudad en sí

misma, en la que cada departamento constituye un barrio entre los cuales los carros azules se deslizan como si fueran coches. Puedes caminar durante kilómetros bajo las frías luces fluorescentes, más allá de los cortacéspedes y los muestrarios de pinturas y las cunas y los expositores de pintalabios. Hasta se podría dormir, al menos en teoría, en las camas atestadas de cojines.

En la cafetería me coloqué junto al largo mostrador de vidrio y contemplé mis opciones: atún en pan de molde envuelto en celofán; una albóndiga de carne de salchicha dentro de un panecillo inglés y, bajo una lámpara de calor, una barqueta de papel blanco y rojo de macarrones con un queso tan reseco que había formado una costra anaranjada por encima. Si esa noche iba a gastarme la mitad del dinero que me quedaba en comida, no iba a ser ahí.

Dulces. Si consiguiera una barrita de Snickers, podría olvidarme de todo. Durante un minuto y medio podría fingir que era normal.

Doblé la esquina de la sección de dulces y me paré en seco. Había un hombre en ropa interior tambaleándose por el pasillo. Había visto todo tipo de pirados en Walmart y en verano siempre te encuentras hombres camino de la sección de refrigerados en bañador y chanclas de dedo, pero ese tipo pertenecía a una especie completamente nueva.

Por si un bermudas de baño con botas de vaquero no hubiera sido lo bastante ridículo, llevaba botas de vaquero, sombrero Stetson, camiseta interior de tirantes y un bóxer viejo y raído que casi se transparentaba. Tenía largos cercos marrones en las axilas de la camiseta, como si hubiera bebido demasiada cerveza y empezado a exudarla.

Quizá si hubiera sido viejo y hubiera estado como una cuba, su aspecto habría dado pena y ya, pero era demasiado joven y no estaba tan borracho como para no resultar totalmente repulsivo. Bamboleaba la cesta al caminar (si es que a aquello se le podía llamar caminar) y murmuraba para sí:

—No te lo voy a permitir. Estoy hasta los cojones de que me eches la culpa de todo, tía. Te vas a enterar, vaya que sí, te vas a enterar, tía.

Un mensaje grabado se oyó por el altavoz mientras el borracho seguía hablando consigo mismo.

«¡La oferta del día en Walmart! Detergente Tide tamaño familiar: dos por uno. ¡Solo por tiempo limitado!».

«Debería aprovechar», pensé.

Detrás de mí una mujer con un carro accedió al pasillo y, nada más rebasarme, la vi percatarse de la presencia del vaquero borracho y quedarse petrificada. Casi podía oírle pensar: «Es demasiado tarde

para darme la vuelta». Él ya la había visto. Así que continuó por el pasillo, cautelosa, levantando la vista únicamente para asegurarse de que no lo atropellaba.

Pero con eso bastó.

—¿Y tú qué miras? —la increpó.

Desde luego, no iba a responderle: «A un gilipollas borracho», por lo que no dijo nada. Él volvió la cabeza y la contempló con ojos vidriosos.

—Que te he preguntado qué miras, zorra.

La mujer se quedó inmóvil, aferrando el manillar del carro con los nudillos blancos. Volvió la vista hacia mí y traté de sonreírle, comprensiva. Las dos recorrimos el pasillo con la mirada, pero no venía nadie con un polo azul a acompañarlo a la salida. Había demasiado silencio por debajo de la música de ascensor que salía por el altavoz, como si todos los empleados del hipermercado estuvieran disfrutando de su pausa para cenar al mismo tiempo.

—¿Qué pasa? ¿Estás sorda, zorra? —gritaba el borracho—. ¿Y esto lo oyes, puta estúpida?

—¡Ey!

A mi espalda alguien enfilaba el pasillo a grandes zancadas. Me rebasó y se colocó delante del carro de la mujer. Tenía el pelo rubio oscuro despeinado y llevaba camiseta de béisbol verde, tejanos y botas de trabajo.

—No puedes hablar así a una señora. Estás fuera de control, colega.

—¡Colega! —El vaquero se rio, burlón—. Qué voy a ser tu colega.

Tenía saliva en las comisuras de la boca. Puaj. Estaba rabioso.

Viéndolo de espaldas, se notaba que el chaval de la camiseta verde era mayor que yo: dieciocho, tal vez veinte años. Volvió la vista por encima del hombro hacia la mujer. Esta, formando con los labios la palabra «gracias», se dio la vuelta y salió del pasillo con su carro. Yo también me habría ido, pero ya sabéis lo que sucede cuando alguien se comporta mal en público. Te quedas pegado al sitio esperando a ver qué pasará después.

El vaquero borracho se abalanzó sobre el chaval de verde, pero este lo esquivó.

—Escucha lo que te digo, guaperas de mierda —gritó el hombre, tratando de agarrarle la camiseta—, no tienes ningún derecho a decirme qué hacer, imbécil.

El chico giró la cabeza y me miró, y una sensación extraña me recorrió todo el cuerpo. Si él también la sintió, no dejó que se le notara. Se volvió de nuevo hacia el borracho y dijo, con tanta tranquilidad que me puso los pelos de punta:

—Tienes razón. Pero, de todos modos, creo que deberíamos seguir esta conversación fuera.

Sin volver a mirarme, enfiló hacia el fondo de la tienda, lo que me pareció raro, pero era probable que el vaquero no pudiera pensar con tanta claridad ni siquiera sobrio. Se encaminó tambaleante tras el chaval de verde, dejando caer la cesta al suelo, pero entonces volvió sobre sus pasos y cogió un paquete de seis cervezas antes de abandonar el pasillo con paso vacilante. Lancé un vistazo a la cesta volcada: cecina de buey y una bolsa gigante de barritas Milky Way. Una lata de alubias cocidas echó a rodar por el linóleo blanco.

Deambulé un rato por los pasillos —aperos de jardinería, comida para mascotas, cosméticos—, tratando de calmarme después de lo que había visto: no solo el pirado del vaquero borracho, sino también el chaval de la camiseta verde. Seguía siendo una sensación extraña, como cuando encontré a la señora Harmon y el suelo se abrió bajo mis pies.

Una madre y una hija examinaban el expositor de Maybelline.

—Mira, ¿qué te parece esta? —preguntó la mujer, tendiéndole a la hija una sombra de ojos azul claro—. Irá bien con tus ojos.

La chica no parecía lo bastante mayor como para llevar maquillaje. Al menos en opinión de mamá.

Regresé al pasillo de las conservas, cogí una lata de garbanzos y volví a dejarla. ¿Qué demonios me pasaba? Tenía que comer y tampoco es que me hiciera falta una hoja de cálculo para decidirme. No era como si los diez pavos que me quedaban me fueran a servir de algo si me aferraba a ellos, como si me fueran a durar más de un par de cenas en la autovía.

Aunque no tenía por qué gastármelos. Nunca había robado en una tienda y, mientras sopesaba la idea, por un momento perdí el apetito. No quería ser ese tipo de persona y, de todos modos, no tenía tanta hambre como para robar.

«Eso es verdad —pensé—. Pero acabaré teniéndola».

Una lata de garbanzos, qué cosa más absurda de robar —solo costaba cincuenta y nueve centavos—, pero imaginé que llevarme algo así de barato no estaba tan mal. No había nadie más en el pasillo. Metí la lata en la mochila y salí de la sección de enlatados con toda la despreocupación posible.

Habría sido un error marcharme de la tienda de inmediato, por lo que me obligué a seguir deambulando. Doblé la esquina del pasillo de papelería y, al echar un vistazo al estante de los cuadernos de tres materias, vi algo fuera de lugar: un sándwich envuelto en celofán. Pan blanco, ensalada de atún, una hoja descolorida de lechuga iceberg

asomando en el centro. Era como si tuviese escrito «Llévame, ya qué más da» en grandes letras rojas. Lo cogí y lo guardé con los garbanzos. Ni siquiera quería esa porquería de sándwich, pero me llenaría y, de todas formas, nadie más lo habría comprado.

Entonces, antes de darme cuenta, estaba de vuelta en el pasillo de los dulces. No había nadie y la cesta del vaquero borracho seguía volcada en el suelo. Di un respingo cuando de la nada surgió un nuevo anuncio cantarín de Walmart: «Prepárate para el mejor Día de los Caídos con una nueva parrilla Weber, ¡con cincuenta dólares de descuento, solo por tiempo limitado! ¡Hamburguesas por todo lo alto!».

Regresé al principio de la tienda, más allá de la cafetería, de las cajas registradoras y de la exposición de cortacéspedes y muebles de jardín. Pensé en el vaquero borracho y en el chico de verde. Había estado en cientos de hipermercados Walmart y nunca había visto una salida en la parte trasera.

Atravesé las puertas automáticas y suspiré. No se disparó ninguna alarma y nadie vino corriendo detrás de mí. Me senté en el bordillo más allá de los carros, pero no saqué el sándwich. Ahora que tenía algo que comer, ya no sentía tanta hambre.

Un fluorescente titiló en el crepúsculo. Oí abrirse y cerrarse las puertas automáticas, y una sombra cayó sobre mi regazo por segunda vez aquel día. Levanté la vista y vi a un chico flacucho con un polo azul de pie sobre el bordillo, a unos metros de mí. Trabajaba allí.

—Hola —dijo.

—Hola.

«Jo —pensé—, ese acné es brutal». Volví la vista hacia mis zapatillas. Odio cuando alguien tiene un problema y tú no dejas de pensar en esa persona como el chico o la chica del problema, como si los cincuenta kilos de más o el ojo vago fueran lo único importante que hay que saber sobre ella.

El chaval sacó un paquete de cigarrillos y se puso uno entre los labios.

—¿No tendrás un abrelatas en la mochila?

El corazón comenzó a bombearme con fuerza.

—¿Cómo?

—La lata de garbanzos esa. —Prendió una cerilla y se encendió un cigarrillo, lo que por un segundo le hizo parecer mayor. No podía pasar de los dieciocho. Tenía la mayor nuez que jamás hubiera visto. No dije nada—. Es algo extraño de robar —continuó—. Las chicas normalmente se llevan pintalabios o pintaúñas.

—¿Me estabas vigilando?

—No te he visto hacerlo. Pero cuando saliste me llamó la atención la lata asomando en tu mochila.

—Lo siento —respondí—. Si tienes que decírselo a tu jefe, lo entenderé. No querría que perdieras tu trabajo.

El chico se encogió de hombros.

—Mi jefe roba mierdas todo el rato. Especialmente cosas del departamento de electrónica. Se supone que al cabo de un tiempo tenemos que devolver los modelos de exposición, pero a veces le dice a la oficina central que están estropeados y se los queda. Ahora mismo debe de tener un televisor en cada habitación de la casa. Y en los cuartos de baño también.

—Qué pasada.

—Hay un montón de gente que roba y a la que no se pilla. —Me miró a los ojos al tiempo que daba una calada al cigarrillo—. No veo por qué no podrías hacer lo mismo.

Visto lo visto, podía contarle igualmente lo del sándwich de atún.

—También me llevé esto —dije, sacándolo del macuto.

—Probablemente esté caducado. —Volvió a encogerse de hombros —. Si va a ir a la basura, no cuenta como robo.

—Ah.

Le quité el celofán y le ofrecí la mitad, aunque luego me sentí estúpida por hacerlo.

—No, pero gracias —respondió—. Me llamo Andy. ¿Y tú?

—Maren.

—Es bonito. Nunca lo había oído.

—Ya —dije entre bocados de atún—. Normalmente es Karen.

—Es más bonito que Karen.

—Gracias. —Vi cómo Andy le daba una calada al cigarrillo y exhalaba el humo por la nariz—. No deberías fumar.

Entonces me reí. Yo ¡reprochándole vicios a nadie! Él me miró con extrañeza.

—¿Sigues teniendo hambre?

Negué con la cabeza.

—Seguro que sí. Tienes pinta de no haber comido mucho últimamente.

—Dura más si no comes demasiado.

—El dinero, ¿no?

Asentí y se quedó callado.

—Escucha, salgo dentro de una hora. ¿Quieres que quedemos?

Volví a asentir. Andy era simpático, y tampoco es que tuviera otro lugar al que ir. Tal vez tuviera un sofá en el que pudiera dormir. Una vocecilla en mi cabeza dijo: «Cuidado».

Apagó el cigarrillo y lo seguí de vuelta a la tienda. La lata de garbanzos quemaba tanto que me estaba abriendo un agujero en el macuto. Me asombraba que nadie se fijase en mí.

Andy sacó un paquete de chicles de canela y me ofreció uno.

—No, gracias —respondí. Mamá nunca me había dejado mascar chicle.

—Estoy en la recepción de mercancías —dijo—, así que normalmente ando por la parte trasera. Nos vemos a las nueve donde los televisores, ¿vale?

Yo asentí y él desapareció tras las puertas batientes del almacén.

Fui al departamento de decoración, escondí el macuto bajo el faldón de una de las camas de exposición y caminé hasta el pasillo de productos enlatados para devolver los garbanzos. Atravesé todos los pasillos de juguetes, viendo a los niños rogar a sus padres que les comprasen tarjetas de Pokémon o muñecas de las Spice Girls. Pasé junto a unas niñitas que decían «Por favooor», y absolutamente nadie reparó en mí. Era agradable fingir que era invisible.

Regresé sin prisa a la sección de electrónica. Era la hora de las noticias de la noche y el rostro del presidente Clinton aparecía en todas las pantallas de la pared. Algún día, esos televisores pertenecerían al jefe de Andy. Quedaba media hora para que saliera de trabajar, pero seguí viendo las noticias porque estaba cansada de andar arriba y abajo por los pasillos contemplando todas las cosas que no me podía permitir.

Mostraron algunas imágenes de archivo de la movida de la destitución que había tenido lugar a principios de año. «No tuve relaciones sexuales con esa mujer», decía el presidente.

—Una cosa es que mienta —oí comentar a alguien a mi lado— y otra que lo haga en la televisión nacional.

Era el otro tipo del pasillo de los dulces: el chaval de verde.

—Sí —dije. (¿Es que no se me podía ocurrir una respuesta mejor?).

—¿Eres de por aquí?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

No añadió nada más, así que nos quedamos allí un rato, en silencio, viendo el muro de televisores. Monica Lewinsky había contratado abogados nuevos.

Alguien me dio un toque en el hombro, así que me di la vuelta. Andy llevaba una bolsa de plástico.

—¿Lista?

—Hasta luego —le dije al chico de verde.

Solo quería que se diera la vuelta y me mirase, pero no apartó los

ojos de la pantalla del televisor mientras me alejaba a sus espaldas. Parecía que tratase de actuar como si no le importara.

—Chao —respondió.

Algo me llamó la atención en el momento en que doblaba la esquina para dejar la sección de electrónica. Aquel sombrero... Antes no llevaba sombrero. Y ahora llevaba un Stetson.

Antes de irnos, volví al departamento de camas para recuperar el macuto. Caminé algunos pasos por detrás de Andy hasta el fondo del aparcamiento, donde había un Chevrolet Nova lleno de pegatinas. LA MALA GENTE DA ASCO. GRATEFUL DEAD - SIEMPRE AGRADECIDO, SIEMPRE MUERTO. CUANDO RECUPERE MIS SUPERPODERES, OS ARRASTRARÉIS ANTE MÍ.

Abrió primero la puerta del acompañante y me tendió la bolsa.

—No voy a llevarte a ninguna parte —dijo—, a menos que quieras. Simplemente he pensado que podíamos sentarnos aquí un rato, así comes algo y charlamos.

Dejé el macuto en el asiento trasero, me acomodé en el delantero y abrí la bolsa en el regazo. Me había traído un paquete pequeño de Oreos, un plátano, un vaso de yogur de cereza (cuchara incluida) y una magdalena de harina de maíz envuelta en celofán. Andy se sentó en el lado del conductor y cerró la puerta. Le di las gracias y me observó mientras comía. Le ofrecí una galleta Oreo y, por segunda vez aquella noche, me sentí idiota al preguntarle si quería comida que no me pertenecía.

Mientras me comía el plátano, mi pie se topó con un libro en el suelo. Lo recogí: *El maestro y Margarita*. En la cubierta aparecía un gato sonriente sujetando una pistola. Abrí el libro, pasé algunas páginas al azar y leí: «Todo será como tiene que ser, así está hecho el mundo».

Para otras personas, quizá. Desde luego, no para mí.

—Lo estoy leyendo para Literatura Rusa —decía mientras tanto Andy—. Está fenomenal. ¿Te gusta leer? —Asentí—. ¿Cuál es tu libro favorito?

—Tengo muchos favoritos. Me gustan *La caseta mágica* y *Una arruga en el tiempo*, y los libros de Narnia. —«Tación de Invitados». Me estremecí.

—¿Tienes frío? Puedo encender la calefacción.

—No, gracias. Estoy bien.

—Bueno, si te gustan esos libros, probablemente te guste *El maestro y Margarita*. ¿Has leído Gormenghast?

Negué con la cabeza.

—Es una de mis favoritas. Es una trilogía. Si volvemos a vernos, te regalaré mi ejemplar.

—Estás siendo demasiado amable —dije mientras rebañaba el yogur y ataba la bolsa de plástico con la basura dentro. Lo miré y esperé.

Extendió la mano y me cogió la mía, entrelazando sus dedos con los míos y posándolos sobre la consola entre nuestros asientos.

—¿Puedo? ¿Te parece bien?

—¿Eso es todo? —pregunté. El aliento le olía a Fritos, Pepsi y cigarrillos.

Asintió. Su mano estaba caliente y sudorosa, pero era agradable. Por un momento, solo un momento, me sentí segura.

—No. —Retiré la mano y me la guardé bajo la corva—. No deberías.

—Está bien. —Recorrió con los dedos los resaltes del volante—. No tienes por qué hacer nada.

—Es que no deseo hacer nada.

—Muy bien. Solo quiero estar aquí sentado y cogerte la mano.

—Pero sí que quieres más.

Se encogió de hombros.

—Todos los tíos quieren más. —Titubeó—. Pero no es solo eso.

—¿No?

—Escucha, sé cómo te sientes. Yo también estoy solo. Me fui de casa el año pasado; tuve que hacerlo. Mi padre es horrible cuando está borracho. Me largué después de que me mandase al hospital.

—¿Qué hizo?

Andy se levantó la camiseta y ahogué un grito al ver una serpenteante cicatriz rosada atravesándole las costillas.

—Un botellín de cerveza roto. —Se detuvo—. Intento una y otra vez que ella lo deje, pero no lo va a hacer.

—Lo siento.

—No es culpa tuya que el hombre que me engendró sea un imbécil.

Si una carcajada pudiera rasgar un tímpano, la suya le anduvo cerca. Sabía que mi padre jamás haría algo así. Mamá se había casado con un hombre de buen corazón.

Andy suspiró.

—En fin, que tengo un sofá extra en mi apartamento por si algún día cambia de opinión. ¿Te sabes el dicho: «Más vale lo malo conocido»? Lo que la aterroriza es la idea de quedarse sola. Como si la vida pudiera ser peor de lo que ya es.

—No estaría sola —respondí—. Te tendría a ti.

Entonces Andy me dirigió una mirada amable y agradecida por mi amabilidad, pero que dejaba claro que yo no estaba pillando lo que quería decir.

—¿Alguna vez te has parado a pensar: «Esta es mi vida»? —preguntó sin dejar de mirarme. Notó que yo estaba a punto de llorar y esa respuesta le bastó—. Tengo que ir a una mierda de politécnico comunitario en Williston, y luego a trabajar en este antro. —Señaló con el pulgar el cartel azul de Walmart iluminado por encima de su hombro izquierdo—. Y luego tengo que volver a una mierda de apartamento minúsculo encima de una lavandería abierta las veinticuatro horas en Plainsburg. Es un asco, ¿vale? Un verdadero asco. Y entonces apareces tú y pienso: «Sí; ella podría entenderme».

Crucé los brazos con firmeza por delante del pecho.

—No me conoces.

—No hace falta mucho tiempo para aprender todo lo necesario sobre una persona.

—Robé una lata de garbanzos, Andy. Eso me convierte en una ladrona.

—Ahí lo tienes; estás aún más desesperada que yo. —Seguía mirándome fijamente—. Eres muy guapa.

—No, no lo soy.

—Sí, sí que lo eres. Las chicas creen que, si no se parecen a las modelos que salen en las portadas de las revistas, no son guapas. Retocan cada detalle, ¿sabes? Es todo mentira.

—Ya lo sé. No es por eso.

—Pues entonces ¿qué es? Tú me has escuchado. Ahora deja que te escuche yo a ti.

—Por favor... —Negué con la cabeza—. Por favor, no seas tan amable conmigo.

Levantó una mano hasta mi mejilla y me la acarició.

—¿Por qué no?

Lo olí (el maíz frito, el chicle de canela y el humo de los cigarrillos) y me produjo un hormigueo. Tenía que salir de allí. Agarré el tirador y oí el chasquido que hizo el botón cuando lo oprimió y bloqueó las cuatro puertas.

—Si realmente quieres irte, vale, no te detendré —dijo—, pero sé que no tienes adónde ir. Así que ¿por qué no me dejas ayudarte?

—No lo entiendes, Andy. He hecho cosas horribles y, si no me dejas irme, acabaré haciéndotelas a ti también.

Puse la mano en el seguro, pero me agarró del hombro y tiró de mí hacia él.

—Por favor —susurró—, solo déjame abrazarte.

Mientras me besaba el cuello, recorrió mi pierna con los dedos hasta las rodillas y me las separó con suavidad.

«Tu madre.

»Lo siento.

»Ahora nunca dejará a tu padre».

Podría haberme chantajeado. Podría haberme obligado a que le hiciera cosas, pero no lo hizo. Estaba solo y sabía que yo tampoco tenía a nadie, por lo que para él resultaba compasivo y lógico que estuviéramos en su coche comiendo galletas y cogiéndonos de la mano. Pero, mientras comía, una vocecilla en mi interior susurró: «Todo el mundo está solo, no tienes por qué hacer nada solo porque estés sola».

Trastabillé sobre el pavimento al salir del coche y me raspé la rodilla. No tenía ni idea de cuántas personas podrían haberme visto —nunca lo había hecho en el exterior salvo en el caso de Luke, jamás en un lugar tan público— y me adentré en la noche, escapando del aparcamiento, como si tuviera a alguien detrás de mí. Estaba tan desorientada que no lo habría oído aunque hubiera estado ahí.

Habían levantado el Walmart en mitad de los campos de maíz, por lo que no había adónde huir salvo de vuelta a la autovía. Tenían que ser las diez de la noche, pero aún quedaba mucho tráfico. Una ráfaga de aire caliente me levantó el pelo de la frente cuando un camión Mack pasó como una exhalación.

Todos los pensamientos de encontrar a mi padre se desvanecieron en mi cabeza como si fueran el humo del cigarrillo de Andy. Que fácil sería, ¿verdad?, dar un solo paso y dejar que el siguiente camión librase al mundo de mi presencia. El conductor no sufriría ningún daño y nadie lo culparía. Verían que no me había golpeado por detrás.

Era un plan hermoso. Era sencillo. Era lógico.

No tuve que esperar demasiado. Me adentré en la calzada y dejé que las luces de los faros inundasen mi visión. El conductor pisó con fuerza los frenos y accionó el claxon. Las luces me cegaron, pero me obligué a no levantar las manos para taparme los ojos y, al cabo de un segundo o dos, sentiría el calor rojo de la rejilla sobre mi cara...

La sensación de que me atropellase un camión no fue como imaginaba. Sentí como si tirasen de mí hacia un lado, como si la gravedad cediese. Caí a plomo sobre el asfalto mientras el vehículo pasaba raudo y su conductor golpeaba el claxon con el puño y gritaba obscenidades por la ventanilla abierta.

—¿Estás loca? —oí decir a alguien y, por un segundo demencial, creí que era la voz de Andy. Estaba perfectamente. No le había hecho nada.

Sentí una mano bajo el brazo y di un respingo.

—Lo siento —continuó mientras me agarraba con dulzura por el codo y me ponía en pie—. No ha habido tiempo de organizar un

aterrizaje más suave.

No era Andy. Era el chico de verde. Me sacudió algo de tierra del hombro.

—Mañana te dolerá, pero no tanto como si te hubiera atropellado ese camión.

No tendría que esperar hasta el día siguiente. Me dolía todo. Me llevé la mano a los labios y me di cuenta del aspecto que debía de tener. Me tapé la boca y me di la vuelta, pero él me puso la mano en el hombro con delicadeza.

—No pasa nada.

—Sí —murmuré a través de los dedos—, sí que pasa.

El chico me rodeó la cintura con un brazo y me ayudó a salvar el guardarraíl y volver al terraplén.

—Le hiciste algo a aquel hombre. —Al hablar me dolía un costado, pero tenía que preguntárselo—. A aquel borracho horrible que entró en la tienda en calzoncillos.

—Sí —respondió.

—¿De dónde has sacado ese sombrero? —pregunté, aunque ya sabía de dónde.

Con la mano libre se sacó algo tintineante del bolsillo trasero y lo agitó donde pudiera verlo.

—Del mismo sitio que estas llaves.

—Era su sombrero.

Volvió a guardarse las llaves en el bolsillo y se llevó la mano al Stetson como para asegurarse de que aún lo tenía en la cabeza.

—Ya no le va a hacer falta.

Llegamos al final del terraplén y atravesamos el aparcamiento vacío. Numerosos pensamientos me bullían en la cabeza, pero ninguno de ellos tenía sentido. ¿Qué le había hecho a aquel hombre?

—No te preocupes —dijo—. La única persona que vio lo que has hecho soy yo y, créeme, no se lo voy a contar a nadie. Nadie se ha percatado de su coche. Estamos fuera de peligro.

«Estamos fuera de peligro».

—Tú...

Entonces dejamos de andar y, durante lo que pareció una eternidad, nos quedamos mirándonos el uno al otro.

—Sí —terminó por decir—. Yo también.

Estaba esperando a que se atreviera a verbalizarlo antes de dejar que el alivio de ya no estar sola se apoderase de mí. Fue muy extraño sentir que tenía una segunda oportunidad de entablar una amistad cuando todo lo demás que había de bueno en el mundo se había esfumado.

—¿Cómo...?
—El cuarto de baño de caballeros. Lo seguí y eché el cerrojo a la puerta.
—Sabía que pasaba algo extraño. Lo estabas alejando de la salida.
Me dirigió una media sonrisa.
—¿Estás seguro de que nadie más lo ha visto?
—Seguro. Pero será mejor que nos vayamos de aquí.
Así que apreté el paso, algo renqueante, de vuelta al coche de Andy. El chaval me siguió y, cuando abrí la puerta trasera para coger la mochila, él abrió la del acompañante, sacó una bolsa de la compra arrugada de debajo del asiento y empezó a recoger la ropa de Andy y los demás restos. En el suelo estaba el libro con el gato y la pistola que había estado leyendo para su clase de Literatura Rusa, marcado por la mitad con el recibo de una Pepsi de medio litro y un sándwich de pollo. «Nunca sabrá cómo acaba».
Guardé el libro en el macuto mientras el chico metía la porquería —mi porquería— con la mano desnuda en la bolsa antes de atar las asas con un doble nudo.
—¿Ese libro es tuyo?
Negué con la cabeza.
—Entonces también te llevas cosas.
—Sí —musité—. Gracias por todo esto.
—Algún día podrás devolverme el favor. —Cuando sonrió, había algo peculiar—. Lo tiraremos en algún otro sitio.
Enganchó la abultada bolsa de plástico con el dedo índice, cerró la puerta y se alejó de la tienda hacia la camioneta negra del vaquero borracho, aparcada fuera del radio iluminado. Para sorpresa de nadie, apestaba a cerveza y cigarrillos. Nos subimos al asiento delantero y giró la llave de encendido. El chaval sabía conducir con palanca de cambios.
—¿Adónde vamos?
Sacó un sobre de entre un montón de papeles en el salpicadero y lo arrojó sobre mi regazo. Parecía una factura de la luz. «Barry Cook —decía—. 5278 Carretera 13, Pittston, Iowa».
Condujimos en silencio durante unos minutos y tomamos la salida de la carretera 13 antes de que dijera:
—Ey, ¿cómo te llamas?
—Maren. ¿Y tú?
—Lee.
—¿De dónde eres, Lee?
Me lanzó una mirada recelosa.
—¿Importa?

Me encogí de hombros.

—Era solo por entablar conversación.

—Lo siento. Hace tiempo que no disfruto de una, a menos que cuentes la que tuve con el idiota del vaquero borracho. Supongo que estoy un poco oxidado.

—Bueno, ¿puedo preguntarte cómo llegaste al Walmart? Quiero decir, ¿no has dejado tu coche allí?

—No. El embrague se me fastidió a ocho kilómetros, en la autovía. Estaba tan tirado como tú.

—¿Cómo sabes que estaba tirada?

Lee sonrió.

—Porque si no, nos habríamos llevado tu coche.

Bajé la ventanilla y dejé que el aire frío de la noche me diera de pleno en la cara. Pensé en Sully.

—¿Por qué ahora? —pregunté casi para mí.

—¿Qué quieres decir?

—Toda la vida he pensado que era la única —respondí— y ahora, en menos de una semana, conozco a otras dos personas como yo.

—Un segundo; ¿quién es la otra?

—Ahora no puedo contarte toda la historia —murmuré—. Me duele la cabeza.

Noté cómo se encogía de hombros.

—Puedes contármelo cuando te encuentres mejor.

—Es que es tan raro —continué—. Nadie y, de repente, dos.

—Quién sabe cuántos más habrá.

—¿En serio? ¿Crees que hay muchos como nosotros?

Volvió a encogerse de hombros.

—Supongo que es como todo. No has oído hablar nunca de algo y, una vez que lo conoces, no dejas de verlo por todas partes.

Lo miré dudosa.

—Uno encuentra lo que espera. Eso es lo que quiero decir.

—Tal vez.

Estaba pensando en una profesora de Historia que había tenido tres escuelas atrás, cuando vivíamos en Maine. La señorita Anderson era joven, bonita y lo bastante amable, aunque no era la favorita de nadie. Un día, después de que sonara la última campana, estaba corrigiéndome un control en su escritorio. Yo miraba por encima de su hombro y, cuando se giró y me sonrió, habría jurado que olí en su aliento el hedor a peniques viejos tapado por el enjuague. Le arrebaté la hoja del control y salí corriendo del aula, y al día siguiente ella se comportó como si no hubiera pasado nada.

Me convencí de que me lo había imaginado. A la gente no le

gustaba, pero no la evitaban como me evitaban a mí, y tampoco iba de negro. Todos somos distintos, ahora lo sabía.

5

De nuevo, cero sorpresas: el vaquero borracho vivía solo. Era una casa minúscula, poco más que un cubil con una cocina al lado, y un cuarto de baño y un dormitorio a la izquierda. La vivienda olía como si el hombre no hubiera hecho otra cosa que fumar y beber cada día durante cien años.

Me dejé caer en el sofá y miré a mi alrededor. El cubil estaba construido con paneles de fibra y detrás del televisor había un póster de Kiss en un marco de metal abollado que iba del suelo al techo. Por la mesa de café había esparcidas latas vacías de cerveza y paquetes de Marlboro, junto con una pila de cajas de pizza manchadas de grasa. Encontré una revista abierta con un desplegable de mujeres desnudas, rubias oxigenadas que bien podrían estar hechas de plástico, cada una de las fotografías acompañada de un número novecientos. La cerré y la arrojé detrás del sillón reclinable del rincón.

Lee estaba en la cocina, revisando un montón de cartas sobre la mesa, abriendo las cortinas y mirando por la ventana lateral. Incluso desde donde me encontraba podía ver que los platos en la pila estaban cubiertos de moho. Abrió el frigorífico.

—Aquí hay una caja de pizza precocinada —dijo—. Pero no tienes hambre, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Ya —respondió—. Yo tampoco.

Saqué mis artículos de aseo y el pijama del macuto, y señalé la puerta del baño.

—¿Te importa si…?

—Para nada. Adelante.

Sonrió ante la idea de decirme lo que podía o no podía hacer, como si fuera su casa, y yo esbocé una sonrisa mientras cerraba la puerta a mis espaldas.

Como era de esperar, estaba manchada de rojo alrededor de la boca, por la barbilla abajo y entre los dientes. Poco importaba que él también lo hiciera, odiaba que me hubiera visto así. Me cepillé los dientes cuatro veces e hice gárgaras una y otra vez con Listerine, pero seguía notando el sabor de Andy bajo la menta.

Había varios pares de calzoncillos arrugados en el suelo de

baldosas, tal cual donde Barry Cook se los había sacado, y parecía que la alfombrilla jamás hubiera visto el interior de una lavadora. Dos pequeños mojones y media docena de colillas flotaban en la taza del inodoro. Me quité la camiseta y el pantalón corto, y los froté bajo el grifo con un pedazo de jabón antes de colgarlos a secar en el toallero.

Me miré el cuerpo en el espejo. Se me estaba formando un moratón a lo largo de la base de la caja torácica y otro en el hombro, y tenía un corte en la frente. Parecía que hubiera participado en una pelea callejera. Me metí en la bañera y abrí el grifo de la ducha. El agua caliente sentaba bien y subí la temperatura cada vez más, como si pudiera calentarse lo suficiente como para arrastrar consigo lo que había hecho. La rodilla me escoció cuando la enjaboné para quitarle la tierra.

Me sequé con la toalla más limpia que encontré en los ganchos de la puerta y volví a mirarme en el espejo. ¿Podía resultarle guapa a alguien más que a Andy? Menuda risa. ¿Qué más daba?

Cuando salí del cuarto de baño, Lee estaba sentado en la mesa de la cocina, mascando un pedazo de cecina de buey y leyendo el correo de Barry Cook.

—Pensaba que no tenías hambre.

—Costumbre. —Se encogió de hombros sin apartar la vista de la carta—. Es de Kentucky —dijo masticando—. Eso explica el acento. Lleva diez años sin ir a ver a sus padres. —Lee meneó la cabeza—. Esta es de su madre. Dice que su padre tiene cáncer. Está fechada hace cuatro meses. No llegó a abrirla.

Mordió otro pedazo de cecina.

Encontré el mando a distancia, me arrellané en el sofá y encendí el televisor. Vi cómo dos hombres se alejaban dándose la espalda entre plantas rodadoras para luego volverse y disparar las pistolas. Lee se sentó en el sillón reclinable, vio la revista porno tirada en la moqueta, la recogió, la hojeó uno o dos segundos y volvió a dejarla caer.

Un hombre yacía en el suelo y una mujer de mala reputación lloraba sobre su cadáver.

—¿Vas a verlo? —pregunté.

—Eres tú la que ha puesto la tele.

Volví a apagarla y dejé el mando a distancia en mitad del desbarajuste de la mesita.

—De todas formas, ¿qué hacemos aquí?

—¿Tenías otro lugar al que ir?

Arrugué la nariz.

—Por favor, dime que no vamos a pasar la noche aquí.

—Nadie te obliga —respondió—. Puedes hacer lo que quieras. —Se

recostó en el sillón—. Mira, sé que solo nos conocemos desde hace una hora, pero espero que sepas que no tengo intención de quedarme aquí más que una noche.

Me quedé mirándolo.

—A ver, sé que nunca me van a dar el premio al ciudadano del mes, pero ¿no podrías ser menos desconfiada? Es tarde y necesitamos un lugar en el que dormir.

—O sea, que ya lo has hecho antes.

—Igual que tú.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Pero no veo cómo podrías andar por ahí tú sola sin hacerlo.

—Tienes razón. —Solté un suspiro—. Pero no fue así. Me habían invitado.

Lee enarcó una ceja.

—Es cierto. —Me mordí una uña—. Ya te lo contaré en otro momento.

—Ahora tenemos tiempo.

—¿Es así como…, como vives?

—No todas las noches. Pero sí a veces.

No me miraba, aunque sentía como si me examinara.

—Bueno, no sé tú —dije—, pero yo necesito dar el día por concluido.

Me senté en el borde de la cama de agua, saqué mi cuaderno y añadí el nombre de Andy a la lista. Lee apareció en el umbral y, cuando cogió carrerilla y saltó sobre el colchón, este hizo ondas y se agitó por debajo.

—¡Una cama de agua! —Se puso de espaldas, cruzó los brazos detrás de la cabeza y me sonrió—. Ahora lo único que necesitamos es un espejo en el techo.

Sentí que el calor me subía por las mejillas porque, si hubiéramos sido personas distintas, personas normales, lo que acababa de decir habría significado algo. Estaba tumbada a su lado, ni pegada ni en el borde. Estar cerca de él me hizo sentir bien. Nos sentíamos a salvo con el otro, a salvo del otro. Me dolían las costillas, pero ese tipo de dolor era fácil de soportar.

Debía de haberme quedado mirándolo, porque se apartó unos centímetros y dijo:

—¿Qué pasa?

Bostecé.

—Me pregunto si eres fruto de mi imaginación.

No respondió, solo se giró y se quedó mirando el techo mientras la

cama ondeaba bajo nuestros cuerpos. Cerré los ojos y fingí que flotábamos a la deriva en el mar. Un barco meciéndose con la suavidad de una cuna sobre aguas tranquilas. El horizonte a lo lejos, azul sobre azul. Una sirena en una roca atusándose con un peine hecho de concha los cabellos plateados.

Poco después abrí los ojos.

—¿Recuerdas tu primera vez?

—Sí. ¿Y tú?

—Era demasiado pequeña. A veces pienso que puedo recordarlo, pero no creo que sea real.

—¿Por qué? ¿Te lo contó alguien? ¿Tu madre?

Asentí.

—Cuando crecí, le pregunté por qué nunca iba a ningún sitio como el resto de las madres. Me dijo que no podía dejarme sola con nadie después de lo que había pasado.

—Sí —dijo Lee—. La mía también fue la canguro.

Lee no estaba a mi lado cuando desperté. Lo encontré en el sofá del cubil, roncando suavemente con la boca abierta de par en par, y sentí una punzada de algo sospechosamente parecido a la decepción.

Entré en la cocina y abrí el frigorífico, pero lo único que encontré fue cerveza y kétchup. Saqué del congelador la caja de pizza, encendí el horno e introduje cuatro porciones en la rejilla.

Al cabo de un momento, alguien se puso a dar golpes en la puerta. Me acuclillé sobre el linóleo mugriento, con el corazón en la garganta. Ya estaba.

—¡Barry! —gritó una mujer—. ¿Dónde está el cheque, Barry? ¿Ni siquiera te importa si tu hija no tiene para comer?

Suspiré. Por el momento nos íbamos a librar… y, bien pensado, también Barry. Tal vez Lee le hubiera hecho un favor. La vi, a quienquiera que fuese, mirando con los ojos entrecerrados a través de la cortina roja de volantes de la ventana delantera. No podía ver a Lee en el sofá o, al menos, no podía distinguir que no se trataba de Barry. Atisbé un pedazo de cabello oscuro despeinado y ojos escrutadores.

—¡Sé que estás en casa, gilipollas!

Lee abrió los ojos, me miró, se bajó en silencio del sofá y llegó hasta donde estaba.

Las bisagras de la puerta de malla chirriaron en protesta cuando empezó a dar golpes de nuevo en la puerta delantera.

—¡Que me abras, pedazo de mierda inútil!

Cuando accionó el pomo, me alegré enormemente de haber cerrado

con llave la noche antes.

—Mira —dijo Lee, apartando la cortina de la ventana lateral y señalando el Subaru familiar estacionado en la entrada—. Tiene a la hija en el coche. Joder.

Pensé en el resto de la casa. No había juguetes, libros infantiles ni camisetas pequeñas o zapatillas de velcro. Su hija nunca había estado allí.

—¿Qué hacemos? —susurré.

En la parte posterior de la cocina había otra puerta, pero el patio trasero estaba rodeado por una verja metálica y sabía que no podríamos escapar sin que nos viera.

—¡Puto vago cabrón! —Le propinó una patada a la puerta y golpeó una última vez la puerta de malla—. Esta vez no te vas a ir de rositas, Barry. ¡Volveré con la policía!

La oímos meterse en el coche y alejarse. Entonces recogimos nuestras pertenencias y salimos.

—Mierda —dijo Lee.

La mujer había rajado uno de los neumáticos delanteros.

—¿Qué vamos a hacer?

Lee se subió a la caja de la camioneta, se agachó y cogió una rueda de repuesto.

—La cabeza al menos le daba para tener una. Sorprendente, conociendo a Barry como lo conocemos. —Lee rio entre dientes—. Menos mal que la mujer estaba demasiado cabreada para darse cuenta de que estaba aquí. ¿Me ayudas?

Me pasó el neumático y abrió el cofre trasero para buscar las herramientas que le hacían falta. Encontró el gato y la llave de tuercas, y se bajó de la caja de un salto.

—¿Y si vuelve mientras la estás cambiando?

Dejó las herramientas en el asfalto y quitó el tapacubos.

—Por aquí se tarda como mínimo veinte minutos en llegar a ninguna parte. Puedo cambiar la rueda en siete minutos justos.

—¿En serio?

Vi cómo apretaba la mandíbula mientras accionaba el gato.

—Cronométrame si quieres.

—Te creo —respondí.

No lo cronometré, pero debieron de ser siete minutos, sí. Trabajaba rápido, con confianza en cada uno de sus movimientos. Me pregunté si su padre sería mecánico.

—Tenemos que conseguir un neumático nuevo, pero creo que primero deberíamos alejarnos. No nos podemos permitir que nadie reconozca la camioneta.

Dejó el neumático rajado en el camino de entrada. Nos montamos y Lee giró la llave de encendido.

—Tengo que ir a casa —dijo.

—¿Dónde está?

—En un lugar llamado Tingley, en Virginia. Nada más pasar el límite con Kentucky. ¿Adónde decías que te dirigías?

—A Minnesota.

—¿Tienes prisa?

Me encogí de hombros. Pensé que no se me daba nada bien mantener las expectativas bajas.

—De verdad que debo volver, aunque solo sean unas horas —continuó—. Luego puedo llevarte adonde tengas que ir. Es un buen trecho, pero a mí no me importa si a ti tampoco.

Me estremecí hasta la punta de los dedos. No pude evitarlo.

—¿Quieres decir… que deseas que vaya contigo? ¿A Virginia?

—A menos que tengas algo mejor que hacer —replicó con sequedad.

Me borré la sonrisa con el dorso de la mano.

—No digo que seamos amigos ni nada. Solo creo que es bueno que tengas a alguien pendiente de ti.

—¿Y no es eso lo que hacen los amigos?

—No lo sé —respondió—. Nunca he tenido uno.

—Seguro que sí.

—¿Por qué? ¿Cuántos amigos has tenido tú?

Miré por la ventanilla.

—Sí que hago amigos —dije—, pero no me duran.

Sentí cómo me miraba de reojo. «Eso es lo que pensaba».

—Ostras —dije—. Se me olvidó la pizza en el horno.

Condujimos en silencio durante varios kilómetros. Una bandada de pájaros levantó el vuelo desde un prado rodeado de abetos. Lee les lanzó una mirada rápida.

—Decías que, la última vez que estuviste en casa de alguien, te habían invitado.

—¿Quieres que te cuente toda la historia?

—Hay tiempo de sobra. —Cuando dio un bostezo, largo y exagerado, por un segundo pareció que tuviera seis años—. Pero debes comenzar por el principio. Si empiezas a contarme un puñado de anécdotas sin orden ni concierto, me vas a confundir. —Me miró de soslayo—. ¿De dónde eres?

—Nací en Wisconsin, pero nos hemos mudado por todo el país.

—Ya. Me hago una idea.

—Cuando mi madre se marchó, fui a Pennsylvania. Imaginé que se habría ido a casa de sus padres. —Me detuve un instante—. Nunca llegué a conocer a mis abuelos. Pero le enviaban tarjetas de cumpleaños y de Navidad, y una vez guardé el sobre.

—¿Estaba allí?

Asentí.

—¿Hablaste con ella?

—No.

Me dirigió una mirada compasiva.

—Probablemente haya sido lo mejor.

Paramos a desayunar en un restaurante de la autovía y le pedimos huevos, beicon y patatas fritas caseras a una camarera con la voz cascada por el tabaco que no dejaba de llamarnos «cariño». Era probable que tuviera la mitad de los años que aparentaba. Lee pidió un café, así que yo hice lo mismo a pesar de que nunca me había gustado el sabor cuando mamá me dejaba probarlo.

Una vez que la camarera nos hubo traído las tazas, comencé a contarle lo de la señora Harmon, cómo la había conocido en el supermercado y la había ayudado con la compra, y cómo me había dado de comer y me había prometido enseñarme a hacer punto. El café sabía amargo incluso con uno de esos minúsculos vasitos blancos de semidesnatada, por lo que vertí un segundo vasito y lo removí. Le conté que había ido a echarme una siesta y que, al levantarme, me la había encontrado «ya sabes» y luego, al levantarme de nuevo, había visto a Sully inclinado sobre ella. Tenía mucho cuidado con las palabras que empleaba. No perdía de vista que estábamos en un lugar público. Lee no decía nada, pero notaba que me escuchaba, que me escuchaba de verdad. Daba igual cómo se considerase, yo sabía que era mi amigo.

Llegó nuestro desayuno.

—Nunca pensé que encontraría a alguien como yo —dijo Lee mientras masticaba un pedazo de beicon—. ¿Te imaginas la sorpresa que me llevé cuando salí al aparcamiento y te vi en el coche de aquel tipo?

Bajé la vista y me puse a retorcer la servilleta de papel.

—Por favor, no me lo recuerdes.

—¿Nunca lo habías hecho en un coche? —Cogió otra loncha—. Que no te dé vergüenza. Al cabo de un minuto nadie puede ver lo que estás haciendo, con todas las ventanillas empañadas. Dio la casualidad

de que te pillé al principio.

Sentí cómo las mejillas volvían a arderme. Nos habíamos conocido la víspera y apenas sabía nada de él, pero ambos nos entendíamos al hablar por alusiones de lo malo que habíamos hecho. Cualquiera que nos oyera desde otro reservado creería que era el tipo de chica que hacía cosas con los chicos en el asiento trasero del coche y, por un segundo, deseé serlo. Mejor una guarra que un monstruo.

Carraspeé.

—¿De verdad no has conocido a nadie más que...?

—Pues no —respondió—, eres la primera.

—Tú también lo serías, salvo por Sully.

—¿Y cómo era? ¿Os llevabais bien?

—Sí, bastante bien. —Mojé un pedazo de tostada en una yema de huevo—. Es majo. Raro, pero majo.

—Imagino que es fácil volverse raro cuando viajas siempre solo. ¿Qué tipo de devorador es?

—Esa es la cuestión —respondí con cautela—. No es como nosotros. Dice que puede oler en la gente cuándo va a morir y entonces él..., ya sabes.

Lee enarcó una ceja.

—¿Y lo creíste?

—No me dio motivos para no creerlo. —Fruncí el ceño—. Así es como sucedió con la señora Harmon. Aquella mañana nos vio en el autobús y simplemente lo supo.

Dio un sorbo al café, pensativo.

—Imagino que los habrá de todo tipo. Es curioso que, hasta ahora, nunca me lo hubiera planteado. —Soltó la taza y deslizó el dedo por el plato para coger unos pedacitos de beicon que quedaban—. ¿Cómo es que os separasteis?

—Me dijo que podía irme con él, pero primero quería encontrar a mi padre.

—¿Tu padre es el motivo por el que vas a Minnesota?

Asentí.

—¿Crees que tu padre es uno de nosotros y por eso tuvo que abandonarte?

Volví a asentir, pero dicho así me hizo parecer un poco tonta, como si fuera una explicación demasiado sencilla.

—¿Cómo sabes que está en Minnesota?

—No lo sé. Solo sé que es de allí.

—Podrías tardar bastante en encontrarlo. Si es que lo encuentras.

No se me había ocurrido que no fuera a encontrarlo. No me podía permitir pensar de ese modo, así que me imaginé cómo me pondría

discos de los Beatles las mañanas del fin de semana mientras me preparaba un desayuno como el que acabábamos de tomar, pero mejor. Con la mirada ausente empecé a tararear el estribillo de *Eleanor Rigby* en voz muy baja. La camarera llegó y Lee le sonrió mientras le rellanaba la taza de café. Cuando se alejó, le dio un sorbo con la mirada fija en la formica.

—¿Y tú? ¿A qué vas a casa? —pregunté—. ¿A visitar a la familia sin más?

—Algo así. Le he prometido a mi hermana que le daré clases de conducción antes de examinarse.

—¿Vas a casa a menudo?

—No, a menudo no.

—¿Cuánto tiempo llevas solo?

—Desde que me marché a los diecisiete.

—¿Cuántos años tienes ahora?

—Diecinueve. —Se quedó parado y me miró como si me viera por primera vez—. ¿Y tú? ¿Quince? ¿Dieciséis?

—Dieciséis —respondí con frialdad. Aparentar menos edad no podía ser bueno cuando una andaba sola—. ¿Cómo se llama tu hermana?

—Kayla. Es buena chica. —Casi lo veía sopesar la información en su cabeza y separarla en dos: qué contarme y qué no—. Tenemos padres distintos —terminó por decir—. Mi madre..., bueno, ella es así.

—¿Por qué te marchaste?

—¿Por qué crees?

Me incliné hacia delante y bajé la voz.

—No acabo de ver cómo podías ser un peligro para ellas.

—No importa. Yo sé lo que soy —dijo antes de acabarse el café, levantar las cejas y ladear la cabeza señalando la puerta.

Pagamos la cuenta y volvimos a subirnos a la camioneta. Lee encendió la radio y trasteó con la ruedecilla hasta dar con una canción que le sirviera para conducir.

—¿Te gusta Shania Twain?

—Claro.

La mañana era brillante y soleada. Pasamos un campo tras otro de tierra recién arada, el aire henchido del apacible runrún de un tractor. El mundo volvía a parecer nuevo. Pensé en la hijita de Barry Cook y deseé que su madre no estuviera siempre tan enfadada. Deseé que encontrase otro hombre, un hombre amable, alguien que no bebiera demasiado e insultara a desconocidos en el pasillo de los dulces.

Habíamos entrado en Illinois cuando Lee decidió que ya podíamos parar a comprar un neumático nuevo. Aparcamos en una estación de

servicio y entró.

Yo le di un puntapié a un paquete vacío de Marlboro y recorrí con la mirada el interior de la camioneta. Repugnante, por supuesto. Barry Cook no solo había sido el rey de los *drive-in* de comida rápida, sino que por lo que se veía no era capaz de distinguir su camioneta de un cubo de basura. Cada vez que se acababa una comida, tiraba la bolsa al suelo en el lado del pasajero. La única porquería de la que no podía culpar a Barry Cook era de la bolsa de Walmart azul y blanca metida bajo el asiento del conductor.

Parecía que íbamos a pasar la mayor parte del día allí dentro, por lo que pensé que más me valía limpiarlo. Agarré una bolsa de plástico y empecé a recoger paquetes de cigarrillos, envoltorios de hamburguesas de McDonald's y vasos de refresco vacíos. Había llenado tres bolsas para cuando me bajé de la camioneta a tirarlas al contenedor junto con los restos de la ropa de Andy.

Lee salió y sugirió que fuéramos a comprar artículos básicos mientras esperábamos al mecánico. En una ferretería al otro lado de la calle compramos un bidón de agua de cuarenta litros y el propietario nos dejó llenarlo en la bomba de la parte trasera. También había un contenedor repleto de restos de madera y, mientras se llenaba el bidón, Lee echó un vistazo al interior y sacó una plancha grande de contrachapado.

—¿Para qué la quieres?

—Para dormir en la camioneta.

—¿Cómo?

—Ya verás.

Cuando el mecánico hubo acabado, Lee sacó la cartera de Barry para pagar y volvimos a la camioneta.

—Un momento —dije—; ¿has cambiado las matrículas?

—Por un poco más, le he pedido que nos las cambiara. —Se rio—. Si no, no podríamos seguir conduciéndola.

Levanté una ceja. Lee me miró y volvió a reírse.

—¿Y a ti quién te ha coronado reina de todo lo bueno y decente?

Cuando cayó la noche, hacía dos horas que habíamos entrado en Kentucky.

—¿Qué te parece si dormimos al raso? No lejos de aquí está la entrada a un parque estatal. Es seguro. Ya he dormido allí antes.

—¿Qué haces cuando arrecia el frío fuera?

Lee sonrió.

—Pongo rumbo al sur.

Tomamos la salida del parque estatal, pero no vi ninguna señal de acampada. Lee aparcó en un pequeño apartadero delante de un cartel con la flora y fauna local, con flechas azules indicando las distintas rutas a pie que se podían hacer para apreciarlas.

—¿Tienes una tienda? —pregunté.

—No nos hace falta. Podemos dormir en la parte trasera.

Cuando había mencionado lo de «dormir en la camioneta», no me había dado cuenta de que lo decía literalmente.

—¿Y qué pasa si alguien nos encuentra?

—No nos encontrará nadie. Nos iremos a primera hora de la mañana.

—¿Y para qué es el contrachapado?

—Incluso en verano, el metal puede enfriarse mucho durante la noche. No tiene sentido comprar espuma: enseguida se hace trizas y tampoco es que sea mucho más cómoda.

—Estás en todo —dije, y Lee se encogió de hombros.

—Una vez que te ves solo sin las cosas que te hacen falta, en nada te vuelves práctico.

Lo vi sacar todo tipo de útiles de la mochila: un saco de dormir y una manta extra, una linterna, una cazuelita de hojalata, un puñado de mecheros Bic («Recuerdos», me dijo con el labio fruncido) y un hornillo de propano.

—¿Te apetecen alubias guisadas para cenar?

—Perfecto —respondí.

Como por arte de magia salieron de su mochila, que seguía bastante llena, dos jarrillos de lata, dos cucharas y un paquete de sopa deshidratada. Lee lo dejó todo sobre una vieja mesa de pícnic que tenía grabadas las iniciales de gente que, con toda probabilidad, ya no estaría enamorada. El bosque vibraba con el canto de las cigarras. En la oscuridad cada vez mayor, mi nuevo amigo cocinó nuestra cena mientras yo usaba su linterna para escribir en mi cuaderno.

—¿Lee?

—¿Sí?

—¿Qué hacías en Iowa?

—¿Siempre haces tantas preguntas?

—La verdad es que sí. —Me quedé parada—. Si alguna vez quieres dejarme tirada, ¿me lo dirás y ya?

Lee ladeó la cabeza.

—¿Qué tipo de pregunta es esa?

Le conté lo de Samantha, con la esperanza de que dijese que jamás me dejaría tirada. Pero solo dijo: «No me gusta la gente que falta a su palabra», aunque me pareció que pesaba como una promesa.

Una vez que hubo oscurecido del todo, nos acomodamos sobre la plancha de contrachapado —Lee me cedió su saco de dormir y plegó la manta extra hasta formar una cama para él— y pasamos un rato hablando de cosas que no tenían nada que ver con padres perdidos, los peligros de hacer autostop o lo que se supone que uno no debe comer. Levantó el dedo y empezó a trazar constelaciones que se iba inventando por el camino —una jirafa, un dirigible, una galleta de pepitas de chocolate—, lo que me recordó a Jamie Gash, así que fue culpa mía que la conversación acabara en un silencio incómodo. Una vez más fui la primera en caer dormida, aunque tampoco es que durmiera bien, y una vez más Lee no estaba a mi lado cuando desperté. El cerebro me retumbaba en la cabeza de tenerla apoyada toda la noche en el contrachapado.

Lee estaba sentado a la mesa de pícnic, hirviendo agua en el hornillo para preparar café. Me tendió un jarrillo de lata humeante y bebimos rápido, en silencio, antes de volver a montarnos en la camioneta y ponernos en marcha. Alcé la vista al cielo, que empezaba a clarear, y pensé en mi padre. Francis Yearly estaba ahí fuera, en algún lugar a nuestras espaldas, pero no por mucho tiempo. En ese momento supe sin lugar a dudas que solo me había abandonado porque creía que así estaría más segura.

—¿Alguna vez has ido en busca de tu padre? —pregunté.

—No. Aunque quisiera, no habría manera de encontrarlo.

—Pero ¿nunca te lo planteas siquiera? Es decir, si hubiera alguna forma de dar con él, ¿lo harías?

—Qué va. Si algún día nos conociéramos, acabaría matándolo.

Me reí, y él también, pero su risa se desvaneció en un silencio pensativo.

—¿Crees que tu madre tenía miedo de ti?

El estómago me dio un vuelco. Me quedé mirándolo.

—Lo siento —dijo Lee—. Tal vez no debería habértelo preguntado.

Cuando volvimos a parar para repostar, me encerré en el cuarto de baño de la tienda. El suelo estaba asqueroso y no me atrevía a sentarme, así que me acuclillé, escondí la cara entre las rodillas y lloré.

La verdad es como las fauces de un monstruo, un monstruo más amenazador de lo que yo seré jamás. Espera con la boca abierta a tus pies y no puedes escapar de ella, y, en cuanto caes, te mastica hasta hacerte pedazos. Por supuesto que se me había pasado por la cabeza que mi madre me tenía miedo, pero, ahora que alguien más había pronunciado las palabras, sentía que la probabilidad de que fuese verdad era mayor. Nunca me había querido, ¿no? Se había sentido

responsable de mí, como si todo lo que hubiera hecho fuera culpa suya por haberme traído al mundo. Cualquier gesto amable que me hubiera mostrado era fruto de la culpabilidad, no del amor. Todo ese tiempo estuvo esperando a que fuera lo bastante mayor para defenderme sola.

Di un respingo cuando llamaron a la puerta.

—¿Maren? ¿Estás bien?

—Sí. —Arranqué un pedazo de papel higiénico—. Salgo en un minuto.

Me soné la nariz varias veces y contemplé el resultado. Pasase lo que pasase, por mucho que todo se desmoronara, siempre me sentía mejor al mirarme los mocos.

Cuando abrí la puerta, Lee estaba justo delante.

—¿Tienes que entrar? —le pregunté.

—No.

Siguió mirándome, cruzado de brazos y con el ceño fruncido. Por un segundo pensé que iba a darme un abrazo, pero entonces se giró y se encaminó de vuelta a la camioneta. Cuando abrí la puerta del acompañante, encontré una lata de Coca-Cola y algo envuelto en papel de aluminio esperándome en el asiento.

—Imaginé que tendrías hambre —comentó antes de darle un mordisco a su sándwich. Carne asada.

—Gracias —respondí.

Ni siquiera pude probarlo. Mamá me había alimentado, pero todo el tiempo había deseado poder encerrarme en una jaula. Lo que me hacía cada noche no era la cena, era un sacrificio.

—Mira, siento haberte disgustado —dijo Lee—, pero no voy a andar de puntillas para evitar herir tus sentimientos.

Me encogí de hombros y miré por la ventanilla.

Llegamos a Tingley a última hora de la noche. Lee aparcó junto a la acera en un barrio de casas estrechas de dos plantas que parecían aferrarse al recuerdo de una respetabilidad de clase media. Las ventanas y las puertas de una o dos de las viviendas estaban tapadas con tablones y había tanto silencio que se oía el zumbido de las bombillas fluorescentes de las farolas. Nos bajamos de la camioneta y seguí a Lee acera abajo, a lo largo de varias casas antes de acceder a un camino de entrada. Era una casa de aspecto triste, con malas hierbas crecidas en los parterres que discurrían hasta la puerta principal.

—¿De quién es? —susurré.

—Ya no es de nadie. —Se quedó mirándome mientras se agachaba a recoger una llave escondida bajo un felpudo castigado por la

intemperie—. Ey, relájate. Era de mi tía abuela. Murió hace dos meses y nadie quiere comprarla.

—Te acompaño en el sentimiento. —Me sentí estúpida al pronunciar las palabras, pero no podía no decir nada.

—Ya, bueno. —Se encogió de hombros mientras giraba la llave en la cerradura—. Esta noche podemos quedarnos aquí; por la mañana tengo que ir a buscar a mi hermana y después pondremos rumbo de vuelta a Minnesota.

La tía de Lee no había cuidado de su casa tan bien como la señora Harmon. El aire estaba viciado. Olía a enfermedad y falta de uso. Me acerqué al interruptor con la intención de encender la luz, pero Lee alargó la mano para detenerme.

—Nadie puede enterarse de que estamos aquí. Tú intenta no chocarte con nada.

—¡Es que no veo!

—Ya te acostumbrarás.

Estábamos en una cocina minúscula. A la luz de las farolas acertaba a distinguir una lámpara de cristal suspendida sobre una mesa redonda a nuestra derecha, una encimera en forma de L a lo largo de la pared de la izquierda y un frigorífico. De repente pensé en comida. Lee debió de tener la misma idea, porque abrió un armario por encima de los fogones y echó un vistazo al interior.

—Ay, bien. Aquí dentro aún queda algo de sopa y alubias.

Dejó las latas en la encimera, abrió otro cajón y sacó un abrelatas. Cenamos sopa calentada en el microondas y después saqué mi cuaderno y la linterna.

—Siempre andas escribiendo en ese libro.

Me encogí de hombros.

—¿Puedo mirar las ilustraciones?

Le tendí el cuaderno.

—No leas lo que hay escrito, ¿vale?

—Claro.

La cinta adhesiva alrededor de las fotografías crujía conforme pasaba las páginas. Se quedó mirando un grabado que había encontrado en un libro de la biblioteca titulado *Leyendas extrañas y maravillosas de Escocia*. El pie rezaba: «El guardia descubre la guarida de Sawney Beane y su clan de caníbales». Había montones de huesos en los rincones, extremidades colgando del techo, docenas de rostros acechando en la oscuridad y un caldero burbujeante, atendido por una vieja arpía que solo podía ser la mujer de Sawney, con los colmillos expuestos a la luz de la hoguera. En la entrada de la caverna había una fila de hombres uniformados, contemplando con horror la prueba

de décadas de carnicería. El propio Sawney sostenía un hacha frente a los intrusos.

Hasta entonces no me había imaginado a mí misma en aquella cueva. Ahora casi me parecía acogedora.

—Brutal —acabó por decir Lee, antes de pasar página y que apareciera una copia de *Saturno devorando a su hijo*. Posó el dedo en el espacio donde debería haber estado la cabeza del niño.

—Una vez vi este cuadro en un libro. Me hizo preguntarme si era uno de nosotros.

—¿Quién, Goya?

—¿Se llamaba así? —Cerró el cuaderno y lo deslizó por encima de la mesa—. Es como un libro de monstruos —dijo.

Recorrí con los dedos la cubierta de textura marmolada en blanco y negro.

—Me hace sentir menos sola.

Lee se levantó y fregó los platos.

—Voy a dormir en el sofá del cuarto de estar. Tú puedes quedarte con el dormitorio que hay subiendo las escaleras a mano derecha. Tiene la mejor cama. Pero no enciendas ninguna luz ni abras las ventanas. Los vecinos se enteran de todo.

En cierto modo se parecía a estar de regreso en casa de la señora Harmon, aunque no era tan cómodo, porque no me habían invitado. Mientras subía, apunté con la linterna a las fotografías familiares enmarcadas en cada pared y aparador, pero no vi ninguna de Lee.

El colchón era viejo y los muelles se me clavaban en las costillas. Permanecí despierta mucho rato; el aire de la habitación me pesaba en el pecho como un *gremlin* y, cuando por fin caí dormida, soñé que corría por pasillos largos y oscuros que zigzagueaban sin fin. Las paredes mostraban palabras en grandes letras chorreantes. Sabía que las había pintado mi padre, pero no podía leerlas. En los sueños no se huele nada, pero notaba que trataban de atraerme con el aroma de la cena.

6

Al bajar por la mañana encontré una nota en la mesa: «Clase de conducción, vuelvo enseguida». Tenía miedo de salir de casa por si me veía alguien, pero me sentía casi igual de incómoda quedándome dentro. ¿Y si aparecía un agente inmobiliario?

En realidad no podía hacer nada. Así que cogí la lana y las agujas de la señora Harmon y traté de montar de nuevo los puntos. Tejer, o intentarlo, me hacía sentir normal. Encendí la tele y me puse a ver *El precio justo*. Cuando oí la puerta, la apagué y fui de puntillas hasta la cocina.

Con el sombrero vaquero todavía puesto, Lee trasladaba toda la comida enlatada de los armarios a una caja de plástico para botellas de leche que había sobre la encimera. Señaló una bolsa de McDonald's en la mesa.

—Te he traído algo para desayunar.

Le di las gracias y, mientras engullía un Egg McMuffin, vi a una chica subir en bici por la calle y acceder al camino de entrada. Se bajó y empujó la pata de cabra con la punta de la sandalia.

—¿Quién es esa?

Lee miró por la ventana y suspiró.

—Mi hermana. Voy a hablar con ella. —Se paró—. Será mejor que te quedes dentro.

—¿Por qué?

—No te ofendas, ¿vale?

—Pero...

Salió, dejando que la puerta de malla se cerrase de golpe, y su hermana se lanzó a sus brazos. Era muy bonita, con los ojos verdes y morena como él, pero habría sido aún más guapa sin tanto maquillaje. Me acerqué a hurtadillas hasta la puerta para verla mejor. Menuda manera de esconderse de los vecinos.

—¿Qué haces aquí? —oí decir a Lee—. Ya has faltado bastante a clase por hoy.

Kayla sonrió de oreja a oreja.

—La culpa es tuya por no venir en fin de semana.

—Eso es verdad. Tendría que haberlo planificado mejor. Ahora vuélvete a clase.

—De todas formas, casi hemos acabado el curso. —Fragmentos descascarillados de sus uñas atrapaban la luz con su azul eléctrico. Haría varias semanas que se las había pintado—. Me lo he pasado fenomenal esta mañana, Lee. Qué fácil ha sido fingir que nunca te fuiste.

—Yo también me lo he pasado bien.

—¿No me echas de menos cuando te vas?

—Sabes que eres la única persona del mundo a la que echo de menos.

Kayla lo miró, dudosa.

—No empieces —dijo Lee—. No tiene sentido.

—¿Y qué pasa con mamá?

—¿Qué pasa con ella?

—Está muy preocupada por ti.

Lee se metió las manos en los bolsillos y dio un puntapié a una piedrecilla del camino.

—¿A quién quieres engañar?

—Vale. Yo estoy preocupada.

—Lo siento, Kay. Ojalá no tuviera que irme.

—¡Es que no tienes por qué!

—Sí. Ya sabes que sí.

—No sé por qué, Lee. Nunca me cuentas nada. ¡Podría pasarme meses sin volver a verte!

—Te prometo que esta vez no será tanto tiempo.

—¿Con quién voy a celebrar que he aprobado el examen?

Lee sonrió con malicia.

—Si lo apruebas...

—Si no apruebo, será culpa tuya por no haberme dado clases suficientes. —Kayla miró por encima del hombro de su hermano y me vio tras la puerta de malla—. ¿Quién es esa?

Lee se volvió y me miró con frialdad. Sabía que no tenía que haber curioseado, pero prefería que se enfadara conmigo a que no me respondiera cuando le preguntase más tarde. Sonreí a Kayla y la saludé con la mano. Ella me devolvió la sonrisa, pero solo con los labios. «No le gusto —pensé—. No le gusto porque estoy con su hermano y ella no».

—¿Es tu novia? ¿Me la presentas?

—No es más que una amiga. Tal vez puedas conocerla en otro momento. —La abrazó de nuevo y, sin soltarla, añadió—: No podemos quedarnos. Pero necesitaba verte para asegurarme de que estabas bien.

—Estaría muchísimo mejor si vinieras a casa.

Lee se apartó de Kayla y levantó la mano para despedirse.

—Lo siento, Kay. De verdad que lo siento.

Ella se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Lo odio, Lee. Odio que hagas esto.

—Nos vemos pronto, ¿vale? Pasaré por casa y celebraremos lo de tu nuevo carnet con una peli o algo.

—Y de verdad que odio ese sombrero —le gritó a la espalda.

—Lo sé. Ya te oí las tres primeras veces.

Di un paso a un lado para dejarlo entrar. Kayla se quedó en el camino con la cabeza gacha y los puños en los ojos. Me aparté de la puerta de malla.

Lee estaba embutiendo un par de cosas más en la mochila.

—¿Tienes todo recogido?

Lee suponía que tardaríamos tres días en llegar a Minnesota tomando una carretera más al norte que la que habíamos cogido para ir a Tingley: a través de los Apalaches de Virginia Occidental para llegar a Ohio, luego por Indiana, pasado Chicago y a través de Wisconsin. Cuanto más conducíamos, más sentía el rumor de la emoción subiéndome por el estómago y enroscándose por mis extremidades y alrededor del corazón. Cada avance del cuentakilómetros me acercaba un poco más a mi padre.

Cuando estábamos a punto de acabar la jornada, pensé que había esperado lo suficiente para abordar el tema de Kayla.

—¿Qué tal fue? —pregunté.

—¿Eh?

—La clase de conducción. ¿Qué tal fue?

—Ah —respondió—. Bien. Creo que aprobará.

—¿Le enseñaste con la camioneta?

—Sí. Pensé que si era capaz de manejar este bicho no tendría problemas con la berlina de mi madre.

—¿Va a comprarse un coche cuando apruebe?

Lee se detuvo antes de responder y yo empecé a sentir que volvía a hacer demasiadas preguntas.

—No lo creo —terminó por decir—. Trabaja en una heladería, pero aun así no veo cómo podría permitírselo. Ojalá pudiera hacerse con un coche propio.

En mi cabeza empezó a tomar forma una idea y se abrió paso antes de poder apartarla. «Tú podrías conseguirle un coche, y no tendrías que pagar un centavo por él».

—Solo quiero que pueda irse si le hace falta, ¿sabes? Lo único que

necesitas es un coche que funcione, y ya eres libre. Joder, ni siquiera es necesario el carnet. —Suspiró—. Realmente odio que esté atrapada en esa casa con mi madre.

Bajé la ventanilla hasta el tope y saqué la cabeza. «Tú sí que mereces estar sola y sin blanca, por pensar estas cosas».

—¿Alguna vez te has planteado llevarla contigo?

—No. Se merece algo mejor que esto. —Mientras hablaba, se inclinó hacia delante en el asiento, aferrando el volante con ambas manos—. Quiero que vaya a la universidad. Quiero que tenga una vida normal. Una buena vida.

—Estoy segura de que la tendrá. —Me lanzó una mirada escéptica —. ¿Crees que tal vez..., si tenemos tiempo y hay algún lugar adecuado, podrías enseñarme a conducir a mí también?

Lee puso los ojos en blanco, pero al menos sonreía.

—Hay que joderse —dijo—. Lo próximo que me pedirás será que sea tu pareja para el baile de promoción.

Volví de nuevo la cara a la ventanilla para que no viera lo colorada que me había puesto.

—Entonces ¿no vas a enseñarme?

—Sí, te enseñaré. Cuando oscurezca, buscaremos un aparcamiento en alguna parte, una vez que hayan cerrado las tiendas.

—Mientras no sea un Walmart... —dije, y él sonrió.

Mi primera clase tuvo lugar en el aparcamiento de una tienda de bricolaje Home Depot en algún lugar de Ohio, y no fue precisamente un éxito. Me costaba acordarme de pisar el embrague cuando quería cambiar de marcha, y me estremecía cada vez que oía el sonido chirriante de metal contra infeliz metal. Pero Lee era un buen profesor.

—Está bien —dijo—. Tú ve despacio. Quédate en primera. Por ahora limítate a acostumbrarte a estar al volante.

Al cabo de una hora nos intercambiamos los asientos y fuimos a por una pizza con extra de queso y *pepperoni*. La cena me calentaba el regazo mientras salíamos del territorio del centro comercial. El plan era seguir acampando a lo largo de todo el trayecto hasta Sandhorn, en cualquier parque estatal más o menos en nuestra ruta, que Lee iba indicándome en su atlas de carreteras de esquinas ajadas.

La pizza se había quedado fría para cuando encontramos un lugar en el que parar en un bosque, pero la devoramos igualmente, con los pies colgando de la caja de la camioneta. Usaba el macuto como respaldo, y Lee me preguntó:

—¿Por qué llevas tanto equipaje?

—Es todo lo que tengo. Por supuesto que ocupa un macuto entero.

Se encogió de hombros.

—Siempre puedes viajar más ligera.

—Pero hacen falta cosas: una linterna, mapas, una muda, algo en lo que dormir, útiles para cocinar.

—¿Tú llevas algo de todo eso? —Me miró y esperó un instante—. Venga. Enséñame lo que hay dentro.

Aflojé el cordón y abrí el macuto. Lee se inclinó a echar un vistazo al interior. Libros, sobre todo, y algunas prendas.

—Esos libros no son tuyos —dijo.

—Algunos sí.

—¿Cuáles?

Dividí los libros en dos montones sobre la caja de la camioneta: los míos y los suyos. Míos: *Alicia anotada*; los tres tomos en uno de *El señor de los anillos*, que mi madre me había regalado por mi cumpleaños; *Las crónicas de Narnia*, también en un solo volumen, y el libro del circo de los hermanos Ringling, que Lee cogió y hojeó.

Luego tomó el primer libro del segundo montón: *Guía del autoestopista galáctico*.

—Háblame de él.

Suspiré.

—Era de Kevin. Me llevó a su cuarto después de clase para estudiar juntos para el examen de Historia. Sus padres todavía no habían vuelto a casa. Nadie supo que había estado allí. —Me detuve—. Muchas veces pasaba así. Un chico usaba alguna excusa para invitarme a casa después de clase y…

—Ya. Entiendo.

Luego cogió *La vuelta al mundo en ochenta días*.

—Marcus. Me siguió a casa después de la cabalgata de San Patricio en Barron Falls hace dos años.

Elige tu propia aventura: *Huida de Utopía*.

—Luke. En el campamento de verano cuando tenía ocho años. Fue el primero. Después de Penny, quiero decir.

—¿Penny era tu canguro?

—Sí. —Le quité el libro y pasé los dedos por la ilustración de cubierta con el chico y la chica huyendo de la jungla y el abismo abriéndose justo detrás de sus pies—. Luke iba a ser guarda forestal.

—No puedes pensar en esas cosas.

Volví a dejar el libro en el montón.

—Para ti es fácil de decir.

En cuanto lo dije se apoderó de mí una sensación peculiar, como si

ya no me importase lo que Luke había querido hacer en la vida.

No, no. Era a Lee a quien no le importaba. No tenía por qué importarle.

Dejó *El maestro y Margarita* en lo alto del montón que estaba formando.

—Este ya lo conozco. Andy, ¿verdad?

Asentí. Continuamos hasta que Lee hubo repasado cada uno de los libros del macuto. Encontró el norte con la brújula que brillaba en la oscuridad de Dmitri y luego abrió el pequeño estuche marrón que albergaba las gafas de carey.

—¿Cómo se llamaba?

—Jamie.

—No podías dejar sus gafas —dijo Lee con dulzura—, de lo contrario habrían sabido de inmediato que le había pasado algo. —Posó el estuche encima del montón de libros—. ¿Estos son todos?

Negué con la cabeza.

—No guardé nada de la primera vez.

—¿Tu canguro fue la única chica?

Asentí.

—¿Cuál crees que es el motivo?

—No lo sé. Ninguna de las chicas de clase quiso ser nunca amiga mía.

—Por suerte para ellas.

Pasé uno o dos minutos hurgándome la costra de la rodilla. No podía dejar que me hiciera daño lo que acababa de decir. Una vez más, Lee tenía razón.

Cogió los libros y los volvió a meter en el macuto.

—Yo nunca he sido un gran lector.

—¿Tu madre no te leía cuentos para dormir cuando eras pequeño? —Negó con la cabeza—. ¿No te leía nada?

—Ya te he dicho que no era ese tipo de madre.

—Entonces nunca te has hecho amigo de las novelas.

—Supongo que no acabo de verles la gracia. Ni a todo lo que nos decían en la escuela de que teníamos que leer tales libros y hacer cuales cosas para ser mejores personas. Como si aprender palabras rimbombantes te hiciera ser mejor.

—Esa no es la cuestión.

—No sirve de nada. No puedo ser mejor persona.

—Ese no es el motivo por el que leo. Cuando leo un libro puedo ser alguien más. Durante doscientas o trescientas páginas puedo tener los problemas de una persona normal, aunque esa persona viaje en el tiempo o se enfrente a los alienígenas. —Acaricié con la mano *El*

maestro y Margarita—. Necesito los libros. Son lo único que tengo.

Entonces me miró como si le diera pena.

Quería saber más sobre su hermana, y su madre, y lo que hacía para conseguir dinero además de quitárselo a gente que ya no lo necesitaba, y qué había pasado para que anduviera a escondidas por su propia ciudad. A ver, me hacía una idea, pero quería que me lo contara.

Comencé con las preguntas cuyas probabilidades de que respondiera eran mayores.

—¿Qué hacías antes de que nos conociéramos? ¿De dónde sacas dinero para vivir?

—Sobre todo trabajo en granjas. A veces estoy un día o dos; otras me quedo más tiempo. Depende de la granja y de para qué me necesiten.

—¿Y qué haces durante el invierno?

—El año pasado bajé a Florida. Conducía un viejo Camaro, el coche que tenía antes, y solía aparcarlo a pie de playa y dormir en una tienda entre las dunas. —Rio—. Supongo que eso me convierte en un ave migratoria.

—¿Estabas solo?

—Siempre estoy solo. —Me quedé mirándolo, y añadió—: Excepto ahora.

Mejor una rectificación tardía que nada.

—¿Crees que volverás directamente a Tingley cuando me dejes en Sandhorn?

—Supongo que dependerá de lo que encuentres allí.

Su respuesta era esperanzadora.

—Me refiero a después de que arregle mis historias. Cuando haya encontrado a mi padre. Entonces ¿qué?

—Sí —respondió—. Volveré.

—¿Lo sabe?

—¿Quién? ¿Mi hermana o mi madre?

—Cualquiera. Las dos.

—Mi madre, no. Mi hermana, bueno..., sabe que hay algo malo, pero espero que nunca descubra hasta qué punto. —Me dirigió una mirada—. Supongo que tengo suerte. Para mí es más fácil de ocultar.

—¿Qué pasó?

—Algún día te lo contaré. Hoy no.

—¿Puedo hacerte otra pregunta entonces?

—Depende de la pregunta.

—¿Por qué te comiste a la canguro?

Resopló, burlón.

—Porque era una puta sádica, por eso. Me hacía preguntas y, si no acertaba con la respuesta, me pellizcaba fuerte. «¿Cuál es la capital de Mississippi? ¿Por qué las vacas tienen tres estómagos?». Mierdas de esas. La llamaba «la bruja Pinker». Ahora no me acuerdo del nombre, pero imagino que sería Pinker. Vivía al final de la calle. Creo que estaba celosa porque no podía tener hijos. Mejor.

»En realidad no recuerdo su cara, solo que tenía los dientes muy largos y detestaba cuando fingía sonreír. Lo que sí que recuerdo es su olor. Era ese olor rancio y agrio, como si se hubiera pasado años encerrada en un cuarto sin parar de rajar, pero solo maldades, y sin lavarse jamás los dientes.

Me dejó en cierto modo asombrada. Nunca había hablado tanto de una sola vez.

—¿Cuántos años tenías?

—Era demasiado pequeño para saberme la capital de Mississippi. Siempre tenía cuidado de pellizcarme en lugares donde pareciese que simplemente me había caído en el parque, me había golpeado el brazo en un columpio, cosas así. Te dije que mi madre ha hecho un montón de tonterías en la vida, pero no es tan tonta. La última vez que sucedió, el día en que me comí a la bruja Pinker, recuerdo que mi madre se arrodilló y me susurró al oído antes de irse. Dijo: «Esta es la última vez que tienes que quedarte con ella, te lo prometo. No he conseguido encontrar a nadie más». Kayla era un bebé y tenía que llevarla al médico. No sé por qué no me llevó con ellas; no era el mejor niño del mundo, pero podía comportarme y estar callado si me hacía entender que era importante.

»En cualquier caso, no terminé de creerme que fuera la última vez (mi madre decía cosas así sin que fuera en serio), así que aquel día me harté.

—¿Cómo fue? La primera vez.

Lee soltó un silbido lento y largo.

—Me dio un subidón. Me da cada vez que lo hago. Sabía que los demás pensarían que estaba mal, pero aun así me sentí como un nuevo tipo de extraño superhéroe.

Continuamos en silencio un minuto o dos antes de que dijera:

—Si no queda otro remedio que ser así, ojalá fuera como tú.

—No es tan distinto.

Le clavé la mirada.

—Es completamente distinto.

—Ellos son distintos. Pero te gusta tanto como a mí.

Sentí cómo me subía una llamarada de furia por la boca del estómago.

—Eso no es verdad —repliqué con un hilo de voz—. Solo lo dices porque no lo entiendes. Solo sabes cómo es para ti. —Pero una parte de mí corría, alejándose de Lee y adentrándose en la oscuridad.

Me miró de reojo.

—Ya te lo he dicho, Maren. No voy a regalarte los oídos.

Me apreté los dedos contra los ojos. No quería ver las palabras en las paredes.

—No lo entiendes.

—Sí. Sabes que sí. —Esperó a que lo admitiese; luego se rindió—. Vale —dijo—. Tú ganas. ¿Ya no vamos a hablar más o qué?

—No —dije, pero solo porque quería olvidar todo aquello—. Sigue. Estabas contándome lo de la bruja Pinker.

—Sí. En fin. Incluso aquella primera vez supe que más me valía limpiar la que había liado. Cuando mamá regresó, imaginó que la bruja Pinker me había dejado allí y se había ido a casa. Incluso cuando uno de los vecinos vino y le contó que había desaparecido, mamá jamás sospechó que yo tuviera nada que ver. «Supongo que es lo que pasa con las malas canguros», recuerdo que dijo.

—¿La echas de menos?

—¿A mi madre? Ni de coña. Puede que tenga buen corazón, pero todo lo que hace me pone de los nervios. Bebía demasiado con los tíos equivocados, no terminó el instituto porque lo abandonó para tenerme a mí, al final dejó de recibir ayudas y los únicos trabajos que conseguía eran tan chungos que nunca aguantaba mucho. Y sus novios..., eso era lo peor. Salió con un mamón de quien todos en el pueblo sabían que había estado en la cárcel por pegar a su mujer y ella decía que en realidad yo no lo conocía, que tenía que darle una oportunidad. Hubo otros que eran iguales o incluso peores. No conocí a mi padre; no conocí al padre de Kayla. —Suspiró—. Aunque no fuera como soy, me costaba demasiado tenerla cerca. Me frustraba, ¿sabes?

—Sí.

—Siempre quería que eligiera a un tío majo, alguien que le durase. Otros niños tienen padres, ¿sabes?, tipos que hacen cosas con ellos. Que hacen cosas por ellos. No parecía tan difícil que mi madre encontrase a alguien así.

—Pero nunca lo hizo.

Negó con la cabeza.

—¿Cómo es tu madre?

Cuando apartó la vista de la carretera, su mirada se cruzó con la

mía, esperando una respuesta. Lee no estaba de cháchara. Quería saberlo y no le importaba que yo no quisiera hablar del tema.

—Era capaz de mecanografiar noventa palabras por minuto.

Lee soltó un silbido de admiración.

—¿Qué más?

—Realmente no sabía cocinar. Muchas veces cenábamos queso fundido y sopa de pollo con pasta de lata.

—Hay cosas peores que cenar queso fundido y sopa de pollo con pasta de lata. ¿Qué más?

—Solía inclinarse sobre el borde de la bañera para teñirse el pelo. —Pensé en aquellas noches en que nos acurrucábamos en el sofá bajo las colchas viendo *Vive como quieras*, con el pelo mojado envuelto en una toalla alrededor de la cabeza—. Y le gustaba ver películas antiguas. *Cantando bajo la lluvia*, *Navidades blancas*, todas las de Frank Capra.

—¿Quién es Frank Capra?

—El que rodó *Qué bello es vivir*.

—No la he visto.

—La ponen todas las Navidades por la tele. Es un clásico.

—Nadie quería ver cosas de esas en mi casa. —Sonrió con ironía—. Los musicales son una cursilada.

—¿Y qué? —respondí—. Son el mejor tipo de fantasía. Toda esa gente tan guapa que rompe a cantar porque hablar de lo que sienten no les bastaría.

Lee se me quedó mirando como si acabara de vomitar un pececillo de colores. Me ruboricé y él trató de suavizarlo.

—Sigue —dijo.

—Leía un montón, pero no guardaba los libros una vez que los había acabado. Todo lo que poseía cabía en una maleta.

—¿Alguna vez te gritó?

—No.

—¿Alguna vez te dijo que eras un monstruo?

—No.

—¿Alguna vez te vio hacerlo?

Me estremecí.

—Caray, no.

—Pero ¿se lo contabas?

—Tenía que hacerlo. De todas formas, lo habría descubierto.

—Pero ese no es el motivo por el que se lo contabas.

—No. Supongo que no.

—Querías que lo solucionase.

—Así es cuando eres pequeño. Crees que tu madre puede

solucionarlo todo.

Lee sonrió.

—Mi madre, no.

—Ya —respondí—. Lo siento.

Hojeé el atlas de carreteras que tenía en el regazo. Al día siguiente rodearíamos Chicago por la mañana.

—Ey —dijo—, ¿quieres conducir el resto del camino hasta el parque? Hay muy poco tráfico y no tienes más que mantenerte en el carril de la derecha.

—No puedo. No estoy lista.

Se encogió de hombros.

—Estarás lista cuando digas que lo estás. ¿Seguro que no quieres probar?

Si rechazaba la oferta, empeoraría su opinión sobre mí. Así que me pasé una hora crispada al volante, recordándome en voz alta que pisase el embrague antes de cambiar de marcha. Algunos coches me rebasaron por el carril izquierdo, haciendo sonar el claxon.

—No les hagas caso —dijo Lee—. Lo estás haciendo bien.

No tuvimos ningún accidente ni nos paró la policía. Podría considerarse un éxito.

Después de cenar, nos tumbamos sobre el contrachapado y Lee encendió su transistor. Al principio lo único que encontrábamos en onda media eran partidos de béisbol o rollos políticos, pero entonces sintonicé esto:

«¿Sabéis? Todos somos hermanos y hermanas aunque a menudo no actuemos como tales. Todo el que espera en la cola del supermercado, todo el que espera a tu lado en un semáforo, todo aquel a quien ves pasar de camino al trabajo cada mañana...».

El hombre sonaba como un predicador a la antigua usanza, salvo porque lo que decía tenía cierto sentido. Su voz era fuerte, trémula, maravillosa, y me quedé mirando la radio posada sobre el contrachapado entre los dos y escuchando como si mi vida dependiera de ello.

«¿Esa colega tuya que parece incapaz de decir nada bueno de nadie? Es tu hermana. ¿El ladrón que entró en tu casa y te vació el joyero? Es tu hermano. ¡Hemos de perdonarnos los unos a los otros!». Podía imaginar al predicador con claridad: alto y delgado, con la nariz alargada y la nuez prominente, y un aspecto de lo más serio con su traje gris y su pajarita carmesí.

No me di cuenta de que el programa era en directo hasta que se

oyó un coro de voces exclamar (débilmente, pero solo porque estaban muy lejos del micrófono): «¡Amén! ¡Así se habla, reverendo!».

El predicador continuó: «Y sin embargo no podemos perdonarnos los unos a los otros hasta que no nos hayamos perdonado a nosotros mismos». Observaba a su público a través de unas gruesas gafas negras como las que usaban los hombres en los años sesenta, y tenía una pequeña cicatriz en una ceja donde el patín de hielo de su hermana le había provocado un corte cuando tenía seis años.

El público le respondió de forma cálida y estruendosa. «¡Aleluya! ¡Perdona y serás perdonado, hermano!». Habían recorrido largas distancias para estar allí esa noche, sin importarles cuántas veces lo hubieran visto ya. Era una de esas iglesias en las que la gente se tambaleaba, temblaba e invocaba en alabanza al hombre que murió por sus pecados. (Jamás había sido capaz de averiguar cómo funcionaba exactamente).

«Por eso estamos aquí, ¿verdad? Por el perdón. Ese es el motivo por el que estás aquí, ¿no es cierto, hermano?».

Una voz distante respondió: «Claro que sí, reverendo».

Cerré los ojos y me vi delante de aquella multitud. El hombre de la pajarita carmesí se volvía hacia mí y me tendía la mano con ademán acogedor. «¿Y tú, hermana? ¿Para qué estás aquí?».

Abrí la boca, pero alguien respondió por mí con voz metálica por la radio: «Para perdonar y ser perdonada».

Lee bostezó.

—Allá donde vayas, en cualquier lugar de este país, en la radio no hay más que fanáticos de Jesucristo.

—Este tipo no es el típico fanático —repliqué—. Me gusta lo que dice.

—Claro, claro. Te embaucan con todo ese rollo del amor y la aceptación y, una vez que te tienen, empiezan a decirte que necesitan más dinero y que Jesús quiere que sus amigos estén a las duras y a las maduras.

«... Dice el Señor: “No hay paz para los malvados”. ¿Es que no queremos todos conocer la paz? Sí, ¡sí os digo! Hasta el hombre más malvado anhela la paz...».

Lee extendió la mano hacia la perilla de la radio y yo se la aparté de un manotazo.

—¿Te importa? —dije con impaciencia.

Puso los ojos en blanco.

—Perdóneme, hermana Maren.

Subí el volumen para acallar sus refunfuños. «Ahora quiero contaros algo. Ya llevamos bastante tiempo realizando estas Misiones

a Medianoche por todo el país y he oído a todo tipo de personas. Hemos pecado contra ellas y ellas han pecado las unas contra las otras. Estas personas se han puesto en pie y han dicho: "Reverendo, a veces es demasiado difícil ser bueno"».

Lee resopló.

—Ahí estoy de acuerdo.

«Y entonces les digo: "Dejad entrar al Señor. Dejadlo entrar y que os muestre cómo ser buenos"».

El público rompió a aplaudir y a lanzar exclamaciones fervorosas, y entonces tomó la palabra un locutor. «El reverendo Thomas Figtree de la Iglesia Libre del Nazareno celebrará su Misión a Medianoche en el Salón de la Armonía de Plumville el domingo, 7 de junio, a las 22.00. Mañana por la noche, amigos».

—No entiendo por qué quieres escuchar nada de esto —dijo Lee mientras se emitía un anuncio de seguros de coche—. Ni que nos afectase a nosotros.

—¿Por qué sabes que no nos afecta?

—Porque no. En su imagen del mundo no hay lugar para nosotros. Si supieran lo que somos, creerían que hasta el infierno sería una condena demasiado suave. —Se giró sobre la cama improvisada y ahuecó su mísera almohada de camping—. Además —dijo, mirando a la pared de la caja de la camioneta—, Jesús no me querría ni en uno de mis días buenos, imagínate en los malos. —Al cabo de un momento se volvió y me observó. Me había oído hojear el atlas de carreteras—. ¿Qué haces?

—Quiero ver a cuánto estamos de Plumville.

—Ay, Maren, no me digas que de verdad quieres ir a esa reunión. —Buscó la radio con la mano, y esta vez le dejé apagarla—. Te voy a decir una cosa. El año pasado, a mi hermana la arrastró a una de esas movidas una supuesta «amiga» suya. Querían que Kayla hablase, así que se levantó y dijo que no estaba segura de si creía en Dios por todas las cosas horribles que pasaban en el mundo, y adivina qué pasó. ¿Te lo imaginas?

Me encogí de hombros.

—La abuchearon hasta que se fue de la sala, eso es lo que pasó. Me apuesto algo a que le habrían tirado tomates podridos si los hubieran tenido a mano, y Kayla no ha matado ni una mosca en la vida.

—El reverendo Figtree no tiraría tomates.

Lee suspiró.

—Mira, si me prometes que mañana irás al salón y le dirás a tu preciado reverendo Figtree exactamente quién eres y lo que has hecho, entonces te acompañaré con gusto. —Me dirigió una mirada

dura—. ¿Estás dispuesta a hacerlo?

Me ovillé dentro de su saco de dormir y no respondí. Era absurdo siquiera imaginar que alguien pudiera darme la absolución sin saber lo que había hecho.

—Crees que buscas la verdad, Maren —prosiguió Lee mientras yo daba vueltas, intentando buscar la posición menos incómoda sobre el contrachapado—. Pero si prefieres vivir dentro de la pequeña burbuja de luz y certidumbre del predicador, será mejor que lo llames por su nombre.

Cuando me quedé dormida y las imágenes surgieron de la oscuridad, por supuesto que me encontré en la Misión a Medianoche. Era en una iglesia, no en un salón. Las ventanas con vidrieras se elevaban hasta la penumbra de las vigas y, en su interior, los mártires encontraban la muerte de formas espectaculares. Leones, dragones, hogueras de oro y carmesí. De soslayo atisbé palabras pintadas en los muros de piedra bajo las ventanas, pero sabía que no podía leerlas, así que no me volví a mirarlas. A mi alrededor, la congregación cantaba un himno en un idioma inexistente.

Yo ascendía por el pasillo central. La gente me tocaba el brazo al pasar y me llamaba «hermana». «Arrodíllate», dijo el reverendo. Los ojos le brillaban con dureza y le tenía miedo. «Arrodíllate para la bendición, hermana Maren».

Me arrodillé y él, de pie ante mí, me puso las manos sobre la coronilla. Sentí cómo la cara se me calentaba y lo único que quería era salir de allí, marcharme, volver a la cama de contrachapado con un amigo que jamás me haría daño. Noté una oleada de hilaridad extenderse entre la multitud, mil desconocidos que ahogaban la risa tapándose la boca con la mano. «Perdón» era una palabra perteneciente a ese otro idioma, un idioma que se desvaneció en cuanto desperté.

7

Al día siguiente, por la tarde, pasamos junto a una señal que indicaba Friendship, Wisconsin.

—Ahí es donde nací —comenté—. Ironía de ironías.

—Mañana a estas horas estaremos en Sandhorn. ¿Tienes algún plan?

No quería pensar en Sandhorn. Quería encontrar a mi padre, pero todavía no, no si eso significaba decir adiós a Lee.

—Supongo que empezaré por la guía de teléfonos —dije.

A tres kilómetros del desvío de Friendship, pasamos un cartel que decía: FERIA BENÉFICA MADRE DE LA PAZ. ATRACCIONES, JUEGOS, BUENA COMIDA Y PREMIOS. TODAS LAS NOCHES DEL 7 AL 13 DE JUNIO, DE 17.00 A 23.00 HORAS. SALIDA 47 SENTIDO GILDER, A 16 KILÓMETROS.

Nos miramos y sonreímos de oreja a oreja, y entonces lo olvidé todo, las pesadillas y las noches de feria que les había arrebatado a otras personas. Durante aquel segundo perfecto olvidé hasta sus nombres.

Tomamos la salida 47 y atravesamos una nueva zona agrícola antes de llegar a Gilder, un pueblo de una sola calle de tiendas de antigüedades y consultorios médicos encaramado en la ladera de una estrecha colina. Al bajar a poco más de un kilómetro apareció ante nuestros ojos el recinto ferial provisional: una noria daba vueltas y un barco pirata se mecía en el terreno junto a una iglesia de ladrillo con un campanario de un blanco reluciente. Lee encontró una plaza de aparcamiento al borde de un campo de fútbol al otro lado de la carretera y dejó su Stetson en el asiento.

Mientras cruzábamos la carretera y nos adentrábamos entre la multitud, comencé a sentirme de nuevo como una niña. Había una mujer en un puesto de paredes de cristal dando vueltas a nubes de algodón de azúcar rosas y azules alrededor de largas varillas de madera, y entregaba cada varilla a un niño como si fuera un objeto mágico. Por el equipo de sonido se oía *Like a Prayer* y una pandilla de niñas de doce años bailaba mientras esperaba en la cola del barco pirata. El aroma de la masa frita y el azúcar espolvoreado se mezclaba con el humo de los cigarrillos y el olor mecánico y aceitoso de los engranajes en movimiento. Una payasa se nos plantó delante y nos

preguntó si queríamos comprar un boleto para la tómbola.

—¡El primer premio es un televisor de pantalla gigante! —exclamó al tiempo que un acordeón de tíquets verdes se desplegaba desde la palma de su guante blanco con volantes.

—No, gracias —respondió Lee con una sonrisa.

Me cogió la mano, tiró de mí por entre el gentío y todo a mi alrededor se difuminó un poco. Lo único que veía era el titilar del sol a través de los árboles en los límites del recinto ferial y retazos de deportivas blancas y de colores conforme las sillas voladoras lanzaban a sus ocupantes hacia el cielo, y solo podía pensar en el calor de su mano en la mía.

Le oí decir algo que me trajo de vuelta a la realidad. Señalaba la casa del terror y me miraba por encima del hombro con ojos pícaros. Estaba clarísimo que iba a subirme quisiera o no.

Las madres pastoreaban a sus hijos de una atracción a la siguiente, repartiendo tíquets y esquivando peticiones de más helado. Más allá de los coches de choque había una gran carpa azul en la que los padres, ataviados con gorras de béisbol y tejanos, bebían cerveza aguada en vasos de plástico. Mi padre no era así. A él le encantaba el helado y montar en las atracciones, pero no bebía cerveza ni le interesaban los deportes.

Nos pusimos a la cola del puesto de comida y Lee sacó la cartera de Barry Cook. Cogí nuestra bandeja de hamburguesas, patatas fritas y refrescos, y encontramos sitio en una mesa de pícnic bajo una carpa cerca de las casetas de juegos. Mientras comíamos, observé cómo Lee miraba pasar a la gente, los niños berreando porque habían perdido en algún juego o dando la tabarra porque estaban derrengados tras tanta actividad. Los hombres pasaban con los vasos de cerveza y las mujeres trataban de abrirse paso con los carritos a través de la multitud, buscando a sus maridos entre los rostros. Los primeros compases de *My Heart Will Go On* sonaron por el altavoz y, al pensar en mamá, descubrí que ya casi ni me importaba.

Lee le dio otro mordisco a su hamburguesa y masticó, pensativo.

—¿Alguna vez te pones nerviosa?

Sabía a lo que se refería, a fingir ser normal. Asentí.

—No quieres irte, ¿no?

—Ni de coña. No vamos a ninguna parte hasta que nos hayamos montado ahí.

Señaló por encima de mi hombro y me volví en el asiento. Una máquina inclinada, de color naranja, sobresalió entre las copas de los árboles antes de volver a descender. Parecía un cruce entre una noria y una montaña rusa.

—Es el Zipper —dijo.

—Tendríamos que haber esperado para comer.

Sonrió con malicia mientras se limpiaba las manos con la servilleta.

—Entonces ¿adónde vamos primero? ¿Ahí o a la casa del terror?

Elegí la segunda. Compramos una hoja entera de tíquets (una vez más, invitaba Barry Cook) y nos montamos directamente. Lee bajó la barra sobre nuestros regazos y se acomodó en el asiento con un suspiro de felicidad.

—¿Fingimos que nos da miedo?

—Tal vez no nos haga falta fingir.

—Es curioso pensar que puedas tenerle miedo a algo —dijo mientras el vagón se ponía en marcha de un tirón y doblábamos una esquina para adentrarnos en la oscuridad total.

Se abrieron unas puertas y apareció una sala iluminada con fluorescentes azules que zumbaban y parpadeaban. Había un paciente en una mesa de operaciones con las tripas desparramándose sobre un suelo de linóleo cochambroso mientras, por encima de él, una enfermera demoniaca blandía en cada mano un instrumento quirúrgico ensangrentado. Nos miró con malevolencia antes de guiñarle un ojo a Lee.

—¡Socorro! —gritó el hombre sobre la mesa—. ¡Por el amor de Dios!

—Está muy bien —murmuró Lee—. Definitivamente vale los ocho tíquets.

Volvimos a adentrarnos en la oscuridad, dejando atrás el hospital de los horrores, y atravesamos una cortina de telarañas falsas mientras comenzaba a sonar el tema principal de la saga *Halloween*. Al doblar la siguiente esquina vimos aparcado un coche fúnebre. La puerta trasera estaba abierta, al igual que la tapa del ataúd. Al lado había un hombre con un traje apolillado y los brazos extendidos, invitándonos a tumbarnos dentro. Los dientes le brillaban púrpuras a la lúgubre luz. Sentí una mano sobre el hombro.

—Corta el rollo.

—No he sido yo —dijo Lee, y un siseo en el oído me lo confirmó mientras avanzábamos hasta la siguiente sala.

El tema de la película de miedo se perdió entre el sonido de unos grillos y el ulular de una lechuza. El escenario era un cementerio, con una luna creciente que brillaba en la oscuridad pintada por encima de un nuevo ataúd. Este estaba cerrado, pero inclinado hacia nosotros para que viéramos que solo estaba enterrado a medias. En un montón de tierra a su lado había clavadas un par de palas, como si los sepultureros se hubieran marchado antes de acabar el trabajo. Al cabo

de un instante de silencio la tapa del ataúd se agitó contra las bisagras, como si alguien la golpease desde dentro. Una mujer gritaba y suplicaba, y noté que no era una grabación.

Continuamos por un corredor a oscuras. Alguien rio junto a mi oído, con voz grave y amenazante, y Lee me rodeó con el brazo. ¿O no? Lo apoyó más sobre el respaldo que sobre mis hombros. Me aparté unos centímetros de él cuando entramos en la siguiente sala.

Había un hombre de ojos desorbitados y pelo alborotado sentado a una mesa, con una servilleta prendida en el cuello de la camisa, las mangas subidas, un trinchador en una mano y un brazo amputado en la otra. En la mesa había un plato con una cabeza tan destrozada que no se sabía si pertenecía a un hombre o una mujer. El segundo plato estaba parcialmente cubierto por un paño de cocina rojo, pero se veían asomar dedos de las manos y los pies. Una jarra de cristal estaba llena de lo que se suponía sería sangre y un par de pálidos globos oculares nos miraban desde el fondo de un vaso vacío.

«Je, je, je, je, je, je, je, je —reía una voz cantarina a través del altavoz—. Vosotros sois los siguientes».

Había palabras pintarrajeadas en el papel de la pared por encima de su cabeza, pero no tuve la oportunidad de leerlas antes de que el vagón doblase la última esquina.

Salimos al sol antes del atardecer. Lee estaba de buen humor.

—¡Ahora al Zipper!

—Primero a la noria —repliqué— y luego al Zipper.

Si iba a tener que subirme al que daba miedo, al menos quería haber hecho la digestión completa.

Solamente había estado en la feria un par de veces, pero la noria era mi atracción favorita. Me encantaba subir por encima de las copas de los árboles, lentamente, para luego ver a todo el mundo deambular bajo tus pies mientras bajaba.

Cuando llegamos a lo alto, Lee miró hacia abajo y frunció el ceño, y en cuanto empezamos a descender, volvió la cabeza para poder seguir observando a lo que fuera que le había llamado la atención.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Un tipo —dijo mientras estiraba el cuello—. Creo que nos está saludando con la mano.

Seguí la línea que Lee indicaba con el dedo extendido. Allí estaba, igual que el día en que lo vi por primera vez: parado, sonriente y saludando con la mano, mientras el resto del mundo se apresuraba alegre a su alrededor.

—¡Es Sully! —grité, devolviéndole el saludo a pesar de la vocecilla que me decía: «¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Cómo me ha encontrado?».

Lee frunció el ceño.

—¿Qué hace aquí?

Me encogí de hombros mientras ascendíamos para dar una nueva vuelta.

—Supongo que lo descubriremos en nada.

Estaba esperándonos a la salida de la noria con una nube azul de algodón de azúcar.

—¡Hola, Missy!

—¡Sully! —exclamé mientras me estrechaba la mano y me ofrecía un pedazo—. ¡No me puedo creer que estés aquí! ¿Cómo nos has encontrado?

—Sabía que ibas a pasar por aquí en busca de tu padre y pensé que quizá necesitarías a alguien con quien hablar si no salía bien. —Sully señaló a Lee con la cabeza—. Pero debería haber sabido que una muchacha guapa como tú no iba a tener problemas para hacer nuevos amigos.

—Menuda coincidencia —dijo Lee mientras le estrechaba la mano —. Maren me ha contado que te conoció nada menos que en Pennsylvania.

Sully se encogió de hombros.

—No hay tantas carreteras que coger y, de todas formas, me pillaba de camino —respondió con su peculiar acento.

Lee se cruzó de brazos y cambió el peso de un pie a otro.

—Ah, ¿sí?

—Pues sí. Tengo una cabaña junto a los lagos. Un sitio bonito y tranquilo. A media hora de aquí más o menos. —Sully miró por encima de mi hombro al puesto de perritos calientes—. ¿Habéis comido ya, chavales?

—Sí, hemos comido unas hamburguesas.

Lee se volvió hacia mí.

—¿Qué hacemos con el Zipper?

Le entregué mis tíquets.

—¿Te importa ir solo? Te esperaré aquí hablando con Sully.

Me miró con escepticismo.

—¿Dónde estarás?

Señalé el banco más cercano, del que un grupo de chicos se acababa de levantar para marcharse, y Lee le dirigió una nueva mirada cautelosa a Sully.

—No se te ocurra desaparecer y dejarme tirado, ¿vale?

Reprimí una sonrisa.
—No lo haré.
Lee se mezcló con la multitud mientras Sully y yo nos sentábamos en el banco.
—¿Algodón de azúcar?
—Claro —respondí cogiendo otro pedazo.
Los ojos de Sully brillaban con malicia.
—Veo que te has echado novio.
Suspiré.
—No es mi novio.
El viejo le dio otro mordisco a la nube de algodón.
—Tal vez no le ha llegado el telegrama.
—Ay —dije, al acordarme de la acróbata—. Gracias por el libro del circo.
Sonrió.
—¿Sabes cuando a veces te encuentras algo bonito, pero aún no imaginas para quién va a ser?
—Habría querido aceptar tu ofrecimiento. —Sonreí—. Pero de verdad necesito encontrar a mi padre.
—«Crees» que necesitas encontrar a tu padre —me corrigió Sully. La lengua le brillaba azul—. Cuando escribí aquella nota, debería haber imaginado que no ibas a venir conmigo. —El Zipper asomó por encima de los árboles y Sully preguntó—: ¿Cómo has conocido a Cómo-se-llame?
—Lee —respondí—. Estaba haciendo autostop en Saint Louis, pero la chica que me cogió me dejó en un Walmart en Iowa...
—¡San Lu! Missy, ¡has estado por todas partes desde la última vez que te vi!
Sonreí.
—El caso es que tuve un pequeño problema en el Walmart y Lee apareció justo a tiempo. —Me detuve—. Él también es un devorador.
—Sí —dijo Sully—. Me lo he imaginado.
—Tú eres el segundo que conoce, después de mí.
—Ah, ¿sí? Vaya, vaya. —No le quedaba algodón de azúcar en la varilla que sostenía en la mano, por lo que la tiró a la papelera y se lamió los dedos sucios—. Escucha, ¿tenéis donde pasar la noche?
Negué con la cabeza.
—Hemos estado acampando.
—Bueno, si quieres, tengo dos camas limpias y estupendas esperándoos.
—¿En tu cabaña? ¿En serio?
—Claro. Hasta tengo un poco de estofado de vagabundo esperando

entre las brasas.

Las tripas me rugieron al pensar en un nuevo plato de deliciosa carne de hamburguesa y queso fundido. Una sombra apareció sobre mi regazo y alcé la vista.

—¿Qué tal la atracción? —pregunté.

Lee volvía a tener los brazos cruzados.

—Fenomenal. Pero tenías razón. Habrías echado la hamburguesa.

—Sully me estaba diciendo que somos bienvenidos a pasar la noche en su cabaña. Tiene la cena preparada y todo.

Lee abrió la boca y, dada la actitud de desconfianza que había mostrado hasta el momento, me sorprendió cuando respiró hondo y respondió:

—Vale. Gracias.

—Pues muy bien. —El viejo se levantó y se rascó la oreja que le faltaba con el dedo que le faltaba—. Os dejo con vuestras atracciones y vuestros juegos, muchachos, y nos vemos al terminar la velada.

—Mira —dije cuando Sully hubo doblado la esquina del barco pirata y desaparecido de nuestra vista—, es bastante evidente que no te gusta el tipo, pero ¿se te tiene que notar tanto?

—Venga. ¿Vas a decirme que se ha cruzado medio país para ofrecerte apoyo moral?

—Cosas más raras se han visto —respondí—. Como, a ver, no sé..., ¿troles que devoran bebés debajo de un puente ferroviario? ¿Salsa de tomate hecha de paletos borrachos?

Lee se metió los puños en los bolsillos y le propinó un puntapié a una colilla que había en la hierba.

—No estoy de broma, Maren.

—Vale, pues entonces en serio. Si fuera a hacerme algo, me lo habría hecho la primera vez que lo vi, ¿no?

Lee ladeó la cabeza, sin dejar de mirarme con semblante dudoso. No iba a rendirse tan fácilmente.

—No ha sido una coincidencia —respondió—. Hay algo con él, Maren. Es como si te conociera.

Me encogí de hombros.

—Por supuesto que me conoce. Pasamos horas hablando.

—No estás atando cabos. ¿Cómo sabía que iba a encontrarte aquí?

—No lo sabía, Lee. —Puse los ojos en blanco—. Venga. Quiero una comida casera y una cama blanda, ¿vale? —Hasta que no lo dije no había sabido lo mucho que lo necesitaba—. Echaremos el pestillo a la puerta. No pasará nada, te lo prometo. Y, ahora, ¿qué quieres hacer?

Soltó un suspiro, derrotado.

—¿Qué tal unos helados?

—¿Por qué dijiste que sí si no querías ir a la cabaña? —pregunté mientras nos poníamos a la cola del puesto.

—Para conseguir tiempo y poder hablarlo.

Puse los ojos en blanco.

—Y una cosa más, Maren. ¿Por qué le faltan la oreja y los dedos?

—Solo le falta uno. ¿Qué, crees que puedes juzgar a alguien porque le falte un trozo?

—Depende de cómo le haya pasado, ¿no? —Me clavó la mirada—. ¿Lo perdió en un accidente mientras trabajaba en una granja?

El niño que estaba delante de nosotros en la cola se volvió y me miró con un aire de curiosidad infantil, pertrechado tras unas gafas de culo de botella. ¿Qué oído de niño no se agudizaría ante la mención de unos dedos cortados? Traté de sonreírle, pero es probable que pareciera que me dolía una muela.

—Más nos vale hablar de otra cosa —señalé.

Nos comimos los helados de zarzaparrilla junto a las casetas de juegos mientras observábamos cómo los críos se gastaban el dinero de sus padres en dardos o en la ruleta de la fortuna, que nunca jamás se paraba en el número por el que habían apostado. Unos metros más allá encontramos una caseta en la que tenías que lanzar una pelota de béisbol contra una serie de cántaros de leche y encestarla en su interior procurando que no rebotara en el borde. Toda la caseta estaba rodeada de estanterías con un único muñeco que se podía ganar: un peluche de E. T.

No había nadie jugando. La chica que trabajaba en la caseta estaba sentada en un taburete leyendo una revista, con expresión tan aburrida que parecía casi enfadada. El niño que había estado delante de nosotros en la cola de los helados tiró el envoltorio a una papelera y caminó con paso firme hasta la caseta de los cántaros.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó.

—Tres tíquets, tres tiros —respondió la chica—. Hoy te sientes con suerte, ¿eh, cuatro ojos?

No podía tener más de dieciséis años, pero había demasiada experiencia escrita en su cara. No era el delineador de ojos. Alguien había sido muy cruel con ella, no solo una vez, sino a lo largo de los años, y ahora ella pensaba hacer lo mismo.

El niño no le respondió, simplemente se sacó tres boletos del pantalón tejano y los dejó encima del mostrador.

—Vas a malgastar tu dinero —le dijo al tiempo que le lanzaba la primera pelota. Se le escurrió entre los dedos y echó a correr tras ella por el asfalto.

Al cabo de un momento, Lee hundió la punta del pie bajo la pelota

en movimiento de modo que se alzó suavemente en el aire y aterrizó en las manos del niño. Este le lanzó una mirada agradecida —que en cambio recayó en mí— y volvió a toda prisa a la caseta.

El primer tiro se desvió, al igual que el segundo. Sentí cómo Lee se removía a mi lado. Queríamos que ganase. «Venga, chaval. Puedes hacerlo».

Probó otra táctica con el último tiro, lanzando la bola tan alto que casi tocó el techo de la caseta antes de aterrizar con un satisfactorio ¡plonc! en el fondo de un cántaro en el centro de la serie. El chico dio un salto, lanzó un aullido y se puso a dar palmas.

—¡He ganado! ¡He ganado!

La chica se cruzó de brazos y lo miró con desdén.

—Imposible.

—Pero está en ese cántaro de ahí, ¿no lo ves? —Te rompía un poco el corazón oírselo decir, creyendo todavía que la chica iba a jugar limpio—. Lo he conseguido. He ganado.

—No, no lo has conseguido —se mofó la chica de la caseta—. Mira a ver si eres capaz de tocarte la nariz sin fallar.

Noté en la cara del niño que así era como se burlaban de él en el colegio todos los días y que aún no se había acostumbrado. Cogió un muñeco de E. T. de un estante bajo de la pared lateral y lo apretó contra su pecho.

—Me lo he ganado limpiamente.

—No. —Le arrebató el muñeco de las manos y lo colocó en un estante por encima de su cabeza—. Has hecho trampa.

—¡Eso no es verdad! —exclamó.

Le hizo una mueca burlona, se dio la vuelta, se inclinó sobre los cántaros, sacó la pelota ganadora y la dejó caer en un cubo.

—¿Y qué vas a hacer, eh? Ya está. Anda a llorarle a tu mamaíta —dijo mientras el niño se alejaba corriendo de la caseta.

Lee tiró el cono de papel a la basura.

—No pierdas de vista al niño —dijo—. Voy a ganar ese muñeco para él.

Se acercó al mostrador y la chica le dedicó una sonrisa que me revolvió el estómago. No se había dado cuenta de que habíamos estado observándola. Me pregunté cómo habría tratado al niño si así hubiera sido.

Contemplé cómo el chavalín iba con la cabeza gacha hasta una mujer situada en la cola del puesto de buñuelos y, cuando esta le rodeó los hombros con un brazo, vi que la miraba a los ojos y le contaba lo sucedido. «Defiéndelo —pensé—. No dejes que esa tía se salga con la suya».

—¿Quieres ganar algo para tu novia? —le dijo la chica de la caseta a Lee, levantando la barbilla en dirección a mí.

—No es más que una amiga —respondió este.

Sabía que no tenía ninguna importancia que dijera eso o lo contrario; aun así oírselo hizo que me viniera abajo.

El niño estaba llorando. La madre salió de la fila, lo llevó de la mano hasta un banco alejado del barullo de la feria y dejó que escondiera su rostro en su blusa rosa pálido. No tenía intención de venir a la caseta. Las pequeñas decepciones lo prepararían mejor para las mayores: tenía cara amable, pero era ese tipo de madre. La mía habría hecho lo mismo.

Lee lanzó la pelota bombeándola igual que había hecho el niño. Falló el primer intento y acertó el segundo.

—¿Puedo ganar dos veces con el tercer tiro?

—Se supone que no —le respondió ella—, pero nadie se enterará si te dejo.

Igual que nadie me vio poner los ojos en blanco.

La chica le dio la tercera pelota, dejando que sus dedos se posaran en los de Lee, y la pelota también acabó en el fondo del cántaro.

—Ey —dijo Lee mientras ella le entregaba los dos peluches de E. T. —, ¿aquí cómo puede uno divertirse además de en esta mierda de feria?

—Salgo a las once —respondió la chica.

Me di la vuelta, asqueada. Por un momento, la gente que pasaba por delante se difuminó en manchas de colores y la música y las conversaciones de la feria se convirtieron en un murmullo distante. Entonces sentí algo suave junto a la oreja.

—E. T., mi casa, teléfono —decía Lee—. Bah, ha cambiado de opinión: prefiere irse contigo. —Me puso el muñeco en las manos y miró alrededor—. Habías dicho que no lo perderías de vista, Maren. ¿Dónde se ha metido?

—Está allí con su madre —respondí señalando el banco situado detrás del puesto de buñuelos.

Envalentonados por el éxito de Lee, un grupo de muchachos fue hasta el mostrador de la caseta, por lo que la chica no lo vio acercarse al niño, que estaba en el banco. Yo lo seguí a varios pasos de distancia, sujetando el muñeco de E. T. con los dedos fríos y pringosos de helado de zarzaparrilla.

—Perdona —le oí decir—, creo que esto es tuyo.

La cara del niño se iluminó mientras le tendía las manos. En un momento, la madre entendió el propósito de Lee y se puso colorada por que un desconocido hubiera hecho lo que a ella no se le había

ocurrido.

Este se acercó y le revolvió el cabello al niño.

—Algún día serás lo bastante mayor como para responder, y no admitirás que nadie te tome el pelo, ¿vale?

El niño negó vigorosamente con la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la madre.

—Lee.

—Gracias, Lee. —Entonces me vio por detrás de su hombro y sonrió—. Mira, Josh, Lee le ha conseguido un E. T. a su novia. —Le rodeó al niño las mejillas con las manos, le enjugó las lágrimas con los pulgares y le dio un achuchón—. Esta noche habéis ganado los dos, ¿a que sí?

Esperamos en la camioneta a que la feria cerrase. Después de entregarle a Josh el muñeco de E. T., Lee había vuelto a la caseta de los cántaros y había quedado con la chica en el parque frente a la feria, al otro lado de la carretera.

Finalmente dieron las once y vimos desde la camioneta cómo se apagaban a la vez todas las luces brillantes de las atracciones.

—Ya puedes ir a reunirte con tu viejo amigo Sully —dijo Lee—. Te veré de vuelta aquí.

Cogió las llaves, se bajó de la camioneta y cruzó a grandes zancadas el campo de fútbol vacío.

Sí, claro. Esperé unos minutos antes de bajarme y seguirlo. Había una verja metálica alrededor del campo y me escondí tras una señal junto a la cancela que indicaba PARQUE COMUNITARIO DE GILDER. El recinto ferial al otro lado de la carretera estaba oscuro y en silencio, el campanario se veía azul a la luz de la luna.

La chica estaba sentada en uno de los columpios, de espaldas a mí. Se había quitado el uniforme rojo de la feria y se había puesto algo dos tallas más pequeño y cubierto de pedrería. Lee se sentó en el columpio a su lado.

—No me has dicho cómo te llamas —le oí decir. «Como si te importase».

—Mike. ¿Y tú?

—Lauren. Entonces ¿quién era la chica con la que estabas?

—Ya te lo dije, solo es una amiga.

—¿Dónde está ahora?

—Se ha ido a casa.

—Así que ¿estás de paso?

—Sí. Pero, bueno, ¿esta es toda la diversión que me habías

prometido?

Vi cómo apuntaba a una estructura de calidad en el rincón del parque de juegos. Estaba construida en madera y tenía forma de castillo, con torres comunicadas por puentes de cuerda suspendidos.

—Bajo esa torre hay un columpio hecho con un neumático. Nadie nos verá allí.

Entonces lo llevó de la mano camino de su perdición. Parte de mí quería seguirlos y ver cómo lo hacía.

Oí a mi espalda unos pasos suaves sobre la hierba y me giré. Sully estaba allí parado, con las manos en los bolsillos. En la oscuridad no podía verle la cara, pero cuando habló su voz sonó dulce.

—Quita de ahí, Missy.

Me puse en pie y atravesamos juntos el campo de fútbol.

Había otra camioneta aparcada junto a la nuestra, más antigua, roja y medio oxidada, con una hawaiana en miniatura bailando bajo el espejo retrovisor. Eché un vistazo por la ventanilla del acompañante y vi que el asiento estaba cubierto con una tela encerada azul marino con un estampado de limas y limones. Sonreí.

—¿Esta es tu camioneta?

—Mi camioneta o mi castillo, según se mire. —Rio entre dientes.

Durante unos minutos, Sully me enseñó su castillo ambulante, la reserva de cecina en la guantera, las cortinas hawaianas y el bote de cerámica azul con tabaco de pipa escondido bajo el asiento —tratando de distraerme, supongo—, pero Lee tardó mucho menos tiempo del que yo habría necesitado. Lo contemplé surgir de la oscuridad bajo el castillo de madera y, mientras atravesaba el campo de fútbol, vi que llevaba una botella de agua y una bolsa de la compra llena con los restos de su ropa, con el tacón de un zapato asomando a través del plástico. Arrojó la bolsa a una papelera y se detuvo a dar un trago de agua. Observé cómo hacía gárgaras antes de tragar. Luego se llevó el dorso de la mano a los labios para limpiarse el último rastro de la chica.

Al fin se nos unió.

—¿Estás listo? —preguntó Sully—. La cabaña no está a mucho más de una hora al norte de aquí.

—Claro —respondió Lee—. Te seguiremos.

Sully se subió de un salto a su camioneta, giró la llave en el encendido y me saludó con la mano.

—Pues hablamos en un rato.

Cuando salimos a la carretera, casi esperaba que Lee tomase el sentido opuesto, pero no lo hizo. En mitad de la cálida noche de verano, nos llegaban retazos de la música bluegrass que salía por las

ventanillas abiertas de la camioneta de Sully.

—¿Cómo lo haces cuando es una chica a la que le gustas?

—¿Qué quieres decir?

—¿La besas primero?

—¿Qué importa?

—Pero a ella sí le importará, ¿no? Al menos durante uno o dos segundos.

Me dirigió una mirada burlona.

—¿Qué pasa? ¿Estás celosa?

Puse los ojos en blanco.

—No digas tonterías.

Seguimos callados un rato y traté de analizar lo que sentía. ¿Cómo podía estar celosa de la odiosa Lauren, la de la caseta de los cántaros?

No estaba celosa. De verdad que no. Solo quería la atención de Lee, si no para siempre, al menos durante los siete minutos y medio que tardaría en liquidarme.

—Has sido terriblemente limpio —dije. La última vez fue fácil; lo había hecho en el cuarto de baño.

—La verdad es que no. Me quité la camiseta y la tiré en la hierba. Luego usé la suya para limpiarme la cara. —Se detuvo—. No me he comido a tantas chicas.

Enarqué una ceja.

—¿De qué te sorprendes? Las mujeres no me dan tantos motivos para odiarlas. Son más sinceras. No siempre, pero la mayor parte del tiempo sí.

Pensé en Samantha, que me había dejado tirada en el aparcamiento del Walmart, y en Lauren, la chica de la caseta. Pensé en mamá.

—No sabría decirte.

—Vale, pues me como a las excepciones. —Se detuvo—. ¿Tu madre te mintió?

Entrelacé las manos sobre el peluche de E. T. que tenía en el regazo.

—Supongo que no. No exactamente. Pero me ocultó cosas y ¿eso no es lo mismo que mentir? —Lee se encogió de hombros—. ¿Qué?

—No voy a darte la razón solo porque quieras.

—Tampoco tienes por qué quitármela.

Esbozó una rápida sonrisa mientras nos adentrábamos por un camino de tierra en mitad de un bosque, la música bluegrass de Sully todavía repicando en mitad del silencio de la medianoche. Quería hablar de otra cosa, así que dije:

—Nunca había tenido un muñeco de peluche.

—¿No? Creía que las chicas los tenían a montones.

—Yo no. Mi madre nunca me dejó tener uno, porque después del primero habría querido más y decía que sería demasiado equipaje.

Lastre. Así se llama a lo que tiran por la borda los barcos en alta mar.

La cabaña era vieja, pero de aspecto robusto, con un pozo y una bomba manual de hierro fundido al pie del porche trasero. Sully nos condujo a través de un cuarto de estar con una estufa de leña, una alfombra trenzada y al menos tres o cuatro cabezas de ciervo colgadas de la pared. Las cuernas de un macho casi rozaban el techo.

—Venid y dejad vuestras cosas antes de que comamos —dijo Sully mientras encendía la luz de nuestro dormitorio. Había dos camas individuales, con sendas colchas de patchwork en rojo y azul—. ¿No os importa compartir cuarto, chicos? Solo hay dos habitaciones para dormir y yo tengo la otra, así que, si prefieres quedarte en el sofá, tú mismo, ¿eh, Lee?

—Está bien, gracias. —Lee soltó la mochila y pasó delante de nosotros para volver a salir—. Solo voy a darme una ducha, si os parece.

Sully y yo salimos de la cabaña. Este se inclinó sobre la hoguera y removió la comida con un palo.

—Cuanto más lo dejes, mejor sabrá. —Echó mano de una pala con el mango corto y levantó con cuidado de entre las cenizas un paquete envuelto en papel de aluminio—. Si no te importa, Missy, hay cuencos y cucharas en la cocina.

Cuando regresé con los cubiertos, Sully sirvió dos cuencos hasta arriba de verduras humeantes y carne tierna.

—Aaah —murmuró para sí al llevarse la primera cucharada a los labios—. Esto es lo que yo llamo un festín a medianoche.

Nos sentamos en viejas sillas de madera alrededor de las brasas y comimos en un silencio satisfecho. Las polillas se acercaban y pululaban alrededor de la luz del porche. El bosque estaba vivo con el sonido de las cigarras, pero, si escuchaba con atención demasiado tiempo, empezaba a sentirme incómoda. El bosque quizá se extendiera kilómetros y kilómetros, y ¿quién sabía qué más albergaría?

Lee salió con el pelo mojado y una camiseta limpia. Sully volvió a acercarse a la hoguera para llenar otro cuenco, pero este le dijo:

—Ponme solo un poco, gracias.

—¿Eres de por aquí, hijo?

Lee se aplicó al estofado.

—No.

—Es de Virginia —intervine yo.

—¿Vas a regresar, una vez que te despidas de esta señorita?

—Ya veremos qué hago. —Lee dejó el cuenco de metal a un lado y se inclinó hacia delante con los codos en las rodillas—. ¿Por qué lo preguntas?

Sully se volvió hacia mí.

—Ya sé que, aquella noche cuando nos conocimos, te dije que era mejor no hacer amigos y tal. Pero he estado dándole vueltas. El camino es largo y solitario, y no tiene sentido hacer que sea más largo y más solitario de lo imprescindible.

Lee reprimió un eructo.

—Bien dicho.

No fui capaz de distinguir si estaba siendo sarcástico.

—Tal vez lo que intento decir es que la gente como nosotros tiene que buscarse su propia familia.

Pensé en mi abuelo, que bebía vino tinto con la cena y conducía un Cadillac azul marino y probablemente desease que yo jamás hubiera nacido. Jamás me haría la cena ni me ofrecería un lugar donde dormir.

—Gracias, Sully —dije mientras le tendía el cuenco para que me sirviera otra vez—, por esta cena deliciosa… y por cuidar de mí.

El fuego brilló en los ojos de Lee cuando los puso en blanco.

La cuerda de pelo de Sully no hizo acto de presencia, y me pregunté si no querría sacarla porque estaba Lee. De todas formas, era bastante tarde, así que tampoco nos quedamos mucho tiempo al fuego. Fregué los cuencos en la cocina mientras Sully atizaba la estufa. Las noches de principio de verano aún refrescaba bastante allí arriba.

Lee se sentó en el sofá y miró a su alrededor.

—¿Decías que esta cabaña es tuya, Sully?

—Mía, sí. —El hombre se encogió de hombros—. A veces, cuando las cosas se ponen feas, vuelvo a alguno de mis lugares habituales, donde sé que nadie me va a molestar. Un consejo de parte del viejo Sully: hazte con un lugar como este en cuanto puedas.

—Cuando las cosas se ponen feas —repitió Lee, con algo de retintín —. Entiendo. —Se volvió en el asiento y contempló la pared forrada de madera, llena de cabezas de ciervo—. Parece que eres todo un cazador.

—Esos trofeos no son míos, pero me gusta salir por un macho de vez en cuando.

—¿Vienes aquí a menudo?

—De tanto en cuanto. Es bueno venir justo en esta época del año. Por aquí no hay nadie en verano. Están todos abajo, en los lagos.

Lee se levantó y salió, antes de regresar con el atlas de carreteras.

—Te agradecería mucho que me indicases dónde estamos exactamente en el mapa. Nos gustaría llegar a Sandhorn mañana a primera hora de la tarde y no queremos perder tiempo.

Mientras lo consultaban en la mesa de la cocina, yo cogí la lana y las agujas de la señora Harmon y me acurruqué en el sofá bajo la pantalla de cuero de una lámpara. Conseguí montar veinte puntos, pero cuando traté de tejer la siguiente fila me hice un lío tremendo, así que solté las agujas y fui a echar un vistazo a la mesa auxiliar. En el cajón vi una baraja, un libro para jugar a Mad Libs, una guía para observar aves del Medio Oeste y un puñado de tabas. Cuando abrí el armario de debajo, encontré una cesta muy parecida a la de la señora Harmon, con una aguja de ganchillo clavada en una madeja de acrílico rojo chillón.

Poco después, Sully nos dio las buenas noches. Yo me di la ducha que tanta falta me hacía y me preparé para irme a dormir. Lee cerró la puerta y giró la llave de la cerradura.

—¿Y bien? —pregunté—. ¿Qué te ha parecido el estofado de vagabundo?

—Los vagabundos me producen indigestión.

—Ja, ja.

—Había preparado de sobra para nosotros tres y aún más. ¿Cómo sabía que esta noche iba a tener compañía?

Me tapé hasta el hombro con la colcha de patchwork, el peluche de E. T. bajo la barbilla.

—Te estás volviendo paranoico.

—Yo diría que he estado de lo más educado.

—Has estado terriblemente...

—¿Terriblemente qué?

—Terriblemente inquisitivo.

Lee me lanzó una mirada al tiempo que apagaba la luz de la mesilla.

—Lo he aprendido de ti —respondió—. No sabes si puedes confiar en alguien hasta que lo has atosigado a preguntas.

Por la mañana, la camioneta de Sully había desaparecido.

Missy:

En el frigorífico hay huevos y beicon, servíos de todo. ¿Por qué no vuelves una vez que hayas encontrado a tu padre y te enseño a pescar?

Hasta pronto,

Noté que Lee leía por encima de mi hombro.

—¿Por qué te llama siempre «Missy»?

Sonreí.

—Es el diminutivo de Maren.

Volvió a clavarme una mirada.

—No, no lo es.

Preparamos el desayuno y nos bebimos el café sentados en las mecedoras del porche delantero, empapándonos del rumor y el canto del bosque. El camino irregular de tierra se alejaba de la cabaña y se perdía entre los árboles distantes como un rastro de miguitas de pan.

8

Las horas que tardamos en llegar al pueblo natal de mi padre fueron las más silenciosas que habíamos pasado juntos. Parecía que Lee no quisiera hablar, como si me estuviera alejando de él porque tal vez al día siguiente, a esa misma hora, ya habríamos tomado caminos diferentes. Puede que tardase en encontrar a mi padre, pero cuando lo hiciera quería que Lee también se quedara.

Sandhorn no estaba demasiado lejos del lago Superior y, de camino, pasamos junto a numerosas tiendas en la carretera que anunciaban alquileres de botes durante el verano y cabañas de vacaciones con apacibles vistas al agua. Otro pueblo, otra calle principal, una iglesia blanca al borde de una pradera de césped impoluto. Lee estacionó en la acera junto a una cabina de teléfono.

—El momento de la verdad —dijo.

Tal vez uno de tantos. Saqué el cuaderno y el monedero, me encerré en la cabina y con dedos temblorosos llegué al final de la guía de teléfonos. Solamente había una entrada: «Yearly, Barbara».

La dirección, el número de teléfono. Qué sencillo.

Encontré a la madre de mi padre a punto de franquear una carta. Se hallaba al final del camino de entrada de su casa con una chaqueta de punto gris y unas pulcras zapatillas de borreguito, y levantaba la tapa del buzón con una mano blanca y alargada. Al acercarme, se abrigó el cuello con las solapas de la chaqueta y se estremeció, como si trajese conmigo nubes de tormenta. Era una preciosa tarde de sol, pero iba vestida como si estuviésemos en noviembre.

Cuando abrí la boca para saludarla, se dio la vuelta y enfiló a toda prisa el camino, arrastrando las zapatillas por el asfalto.

—Espere. ¿Señora Yearly? —la llamé—. Me llamo Maren. He venido a hablar con usted.

Se detuvo con la mano en la barandilla y, girándose sobre el escalón superior, observó cómo me apresuraba por el camino. Barbara Yearly me examinó y, satisfecha al reconocer que tenía la edad adecuada para ser quien sospechaba que era, dijo:

—¿Cómo me has encontrado?

Desdoblé el certificado de nacimiento, se lo tendí y sus cejas se enarcaron al echarle un vistazo y ver mi nombre.

—Te dieron nuestro apellido.

«¿Qué otro apellido me iban a dar?». Pero lo que dije, con el tono más neutro posible, fue:

—Mis padres estaban casados.

—Sí. —La mujer me devolvió el certificado de nacimiento—. Sí, ya lo sé. Supongo que tienes algunas preguntas que hacerme. Será mejor que entres.

Atravesé tras ella el cuarto de estar, dominado por una chimenea de tosca piedra gris. Las persianas de las ventanas a ambos lados estaban bajadas, por lo que la única luz que entraba en la pieza procedía de las estrechas rendijas y se proyectaba sobre la moqueta marrón de pelo largo. En un rincón a oscuras atisbé un minibar, dos taburetes con asientos de cuero y anaqueles con vasitos de oporto boca abajo cubiertos por una fina capa de polvo. Me pregunté si conocería a mi abuelo o si aún estaría trabajando.

Cuando Barbara Yearly entró en la cocina, me llegó una vaharada de algo viejo y ligeramente grasiento, como si llevase semanas sin lavarse el pelo. Era oscuro, pero veteado de gris, recogido en un moño prieto al final de su largo cuello blanco. Algunos mechones sueltos le caían flácidos por dentro del cuello de la chaqueta.

—Es la primera vez que vengo a Minnesota. Aquí debe de hacer un frío tremendo en invierno. ¿Nieva mucho?

—Hace frío siempre —respondió.

«Siempre invierno y nunca Navidad». Me estremecí.

Con la palma abierta, Barbara Yearly me ofreció una silla a la mesa. Me senté.

—Bueno —comenzó—. Desde luego, no me lo esperaba.

Examiné su rostro, pero no conseguí ver en ella nada de mí.

—¿Nunca supo que mi padre había tenido una hija?

Negó con la cabeza.

—Lo último que supe de tu padre era que iba a casarse con Jeanette, creo que se llamaba. ¿Es tu madre?

Asentí.

—Janelle.

La mujer se encogió de hombros.

—No le di demasiada importancia. Me imaginé que no duraría. Los romances veraniegos no suelen durar. Sé que debe de sonar insensible por mi parte, pero será mejor que lo aprendas ya y así te ahorras disgustos.

Me aclaré la garganta.

—Bueno, siento haberla sorprendido. —Entrelacé las manos sobre la mesa, consciente de que intentaba parecer lo más inocua posible—. Imagino que tenía miedo de llamar antes.

—¿Miedo? ¿De qué?

Me encogí de hombros.

—Miedo de que no quisiera verme.

En lugar de responder, abrió el grifo, llenó dos vasos y dejó uno junto a mi codo. Le di las gracias mientras se sentaba al otro lado de la mesa, daba un delicado sorbo y esperaba con los ojos fijos en la formica desnuda que se extendía entre nosotras.

—¿Usted es mi..., la madre de mi padre? —No fui capaz de a usar la palabra «abuela». No me atrevía.

La señora Yearly entrelazó las manos y me miró a los ojos.

—Lo acogimos cuando tenía unos seis años. —Se percató de la cara que había puesto y me preguntó—: ¿Tu madre nunca te lo contó?

Negué con la cabeza.

—¿Dónde está tu madre? ¿Te ha traído ella?

—No.

—¿Sabe que has venido hasta aquí?

—Más o menos.

La mujer me miró con dureza.

—¿Eso qué quiere decir?

—No ha venido —respondí—. Está en Pennsylvania.

—¿Me estás diciendo que te has escapado de casa?

Negué con la cabeza.

—Mi madre cree que ya soy lo bastante mayor como para vivir sola.

Casi pude oír cómo se le desencajaba la mandíbula cuando se quedó boquiabierta, y noté cómo los músculos de la garganta se le movían mientras se esforzaba por buscar una respuesta. Al cabo de un momento se recompuso, dio otro sorbo de agua y dijo:

—Si buscas un hogar junto a tu padre, siento mucho tener que decirte que no va a ser posible. Frank lleva algún tiempo internado.

Así, sin más, se desvaneció el camino a mi castillo en las nubes. Me quedé sentada con las manos en el regazo lo que me pareció mucho tiempo, pensando: «No llores, no llores; pase lo que pase, no llores».

Entonces Barbara Yearly se aclaró la garganta y pensé: «Tal vez no esté tan enfermo. Tal vez cuando vaya a verlo se ponga contento y se cure y podamos escuchar juntos a Revolver mientras fríe beicon». Respiré hondo y adopté una nueva estrategia:

—He venido en busca de respuestas —dije—. Eso es todo.

—¿Qué te ha contado tu madre?

—Nada, aparte del certificado de nacimiento. A ella..., supongo que no le gustaba hablar sobre él.

Noté un fogonazo de irritación en sus ojos.

—No llegué a conocer a tu madre —dijo Barbara Yearly—. Frank nos envió una fotografía y nos invitó a que bajásemos a la boda, pero no pudimos asistir. Mi Dan no estaba bien.

¿Dónde estaba su marido? La casa se notaba muy fría y vacía, supongo que no tenía que haberle preguntado.

—El señor Yearly está...

—Murió hace casi nueve años. Cáncer de garganta. Para entonces tu padre ya estaba en la residencia. —Inhaló una bocanada de aire profunda y trémula—. Aun así me consuela enormemente pensar que Dan y Tom ahora están juntos.

—¿Tom?

—Tom era nuestro pequeñín. —Barbara señaló una fotografía en blanco y negro que colgaba sobre el interruptor de la luz—. Ahí puedes verlo. Lo llevamos al estudio para que le hicieran un retrato por su tercer cumpleaños.

El niño estaba encaramado a un triciclo delante de un fondo vacío, con las mejillas sonrosadas y las muñecas rollizas. No me atreví a preguntar cómo había muerto.

—Debió de quedar devastada cuando lo perdió.

—Más de lo que te puedas imaginar.

—¿Adoptaron a mi padre después de que Tom...?

Barbara levantó la barbilla y asintió.

—Sabíamos que habían encontrado al niño en circunstancias misteriosas, pero, pensándolo ahora, supongo que estábamos demasiado ansiosos como para tenerlo en cuenta.

De repente hizo frío en aquel lugar. Sentí cómo la piel se me erizaba.

—¿Qué quiere decir con «circunstancias misteriosas»?

—No sirve de nada hablar de eso. Nadie sabrá jamás lo que sucedió en realidad.

—Le agradecería mucho si me pudiera contar lo que sabe —repuse—. A mí sí me importa.

—Lo encontraron en una estación de descanso de la carretera 35, a las afueras de Duluth. —Suspiró—. Eso está a unos ciento treinta kilómetros de aquí. Dos testigos que estaban en la gasolinera dijeron que un hombre, un hombre de aspecto extraño, había sacado al niño de un autocar Trailways y lo había llevado hasta la parte trasera del edificio. Al cabo de un rato empezaron a preocuparse y cuando abrieron la puerta del cuarto de baño encontraron al niño inconsciente

y cubierto de sangre, y no quedaba rastro del hombre por ninguna parte. El propietario de la gasolinera llamó a la policía y al niño lo llevaron directamente al hospital, pero nunca encontraron a sus padres ni al hombre que le había hecho daño.

»El niño no recordaba nada anterior al hospital. Cuando nos llamaron de la agencia de adopciones, fuimos a visitarlo allí y le preguntamos si quería venir a casa con nosotros y si... —la mujer volvió a detenerse y tiró de las solapas de lana gris para abrigarse el cuello—, si quería ser nuestro pequeñín a partir de ese momento. Lo llamamos Francis, como el padre de Dan. Quizá... —Suspiró—. Quizá lo adoptamos sin pensarlo demasiado bien. Pero es que se parecía muchísimo a Tom. Como si realmente fueran hermanos. —Vi cómo recorría con los dedos el borde del vaso de agua, con una enorme dulzura, como hubiera acariciado el arco de la oreja de su bebé—. Este año habría cumplido cuarenta años —dijo más para sí misma que para mí.

—La acompaño en el sentimiento —respondí e intenté pensar en cómo podía hacer que me contase más cosas sobre mi padre—. Frank... ¿cómo era de pequeño?

—¿Qué quieres decir?

«¿Cómo que qué quiero decir?».

—¿Qué le gustaba hacer y qué hacían juntos? ¿Cuáles eran sus libros favoritos? ¿Era buen estudiante? —«¿Se comió a alguien mientras vivía aquí? ¿Sabía usted lo que era?».

—No —respondió Barbara Yearly—. No era muy buen estudiante.

Esperé mientras tamborileaba con los dedos en la mesa y miré por la ventana un camión de helados que pasaba en ese momento. Se detuvo en la acera de enfrente y un grupo de niños llegó corriendo por el césped con los puños abultados por las monedas. Al cabo dije:

—¿Tiene alguna foto suya que pueda ver?

Negó con la cabeza.

—Lo siento. Me temo que no he guardado nada.

—¿Nada? ¿Ni una sola fotografía?

La mujer cruzó los brazos, tensos, por delante del pecho.

—Mira, no quiero resultar desagradable, así que espero que no te lo tomes a mal. Puede que compartamos el mismo apellido, pero para mí eres una desconocida. Tan desconocida como siempre lo fue tu padre.

—Pero él no era un desconocido. —Oí la indignación en mi voz, pero sabía que si me dejaba llevar por la ira me pondría de patitas en la calle—. Era su hijo. Usted lo eligió.

En ese universo, sin embargo, el universo que esa casa fría y vacía

albergaba en su interior, no existía nada parecido a un apego que no hubiera estado siempre ahí.

—Yo ya tuve un hijo. Cometí un error al pensar que podía reemplazarlo.

Barbara Yearly se me quedó mirando antes de desviar la vista a la ventana, por la que se veía cómo un gato negro sentado al pie de un arce observaba a un pajarito gris que saltaba sobre una rama baja. El camión de los helados se alejó y se reanudó su cancioncilla.

—La culpa no es de nadie sino mía —afirmó—. Dan dijo que lo dejaba en mis manos, que decidiera yo por los dos. Mi marido entendía que nadie siente tanto la pérdida de un hijo como su madre.

Pensé en mamá y, una vez más, descubrí que no me importaba. No me quería, pero no la necesitaba.

—¿Podría darme la dirección del hospital en el que vive mi padre?

Barbara Yearly se levantó de la mesa y sacó de un organizador de escritorio que había sobre la encimera una agenda con las cubiertas de flores descoloridas. Copió la dirección en una libreta a juego y me entregó la hoja.

—Espero que no te importe que no te pida que te quedes a cenar —dijo—. Llevo sin cocinar desde que perdí a mi marido.

Me acompañó a la puerta y esta vez me fijé mejor en el cuarto de estar. Las paredes forradas de paneles oscuros estaban cubiertas de cuadros de todos los tamaños, pero no había marinas ni idílicos paisajes nevados, ni puestas de sol en tecnicolor ni proverbios bordados o reproducciones de vírgenes de Rafael. Solo estaba Tom.

La mujer me estrechó la mano y la soltó antes de que pudiera siquiera darme cuenta de que me había tocado. «Debí imaginármelo —pensé—. Debía haber sabido que obtendría mucho menos de lo que buscaba».

—Buena suerte —dijo, y vi cómo su cara pálida se sumergía en la penumbra de la casa un instante antes de que la puerta oscilase hacia delante y la cerradura encajase con un leve chasquido.

Lee y yo habíamos acordado reunirnos a última hora de la tarde en la biblioteca pública de Sandhorn, pero no estaba allí cuando llegué. Le pregunté a la bibliotecaria dónde podía encontrar los anuarios del instituto local. Curioso que tardase más en encontrar la fotografía de mi padre que la dirección de la señora Yearly.

Curioso también que su aspecto no fuera en absoluto distinto del resto de los chicos de su promoción; llevaba corbata y el pelo alborotado, y mostraba las mismas cejas sorprendidas y la misma

sonrisa algo avergonzada que sus compañeros de clase. Pero en aquella fotografía vi cada uno de los rasgos que me diferenciaban de mi madre: mis ojos claros cuando los suyos eran oscuros, mi cara redonda cuando la suya era fina.

Recorrí con la punta del dedo las palabras al pie del retrato, «Francis Yearly», como si el nombre fuera nuevo para mí. Aquel chico se convertiría en mi padre y, sin embargo, parecía un chaval de dieciocho años cualquiera, listo para salir al mundo y convertirse en alguien en la vida. «Pon los pies en la tierra, Maren. ¿Qué probabilidades hay de que jamás te pinte la habitación o te prepare el desayuno?».

El problema con las preguntas es que una siempre lleva a otra. ¿Dónde estaría dentro de veinte años? ¿Siempre tendría que vivir en casa de otras personas fingiendo que era la mía? ¿Con quién viajaría, o qué haría si tenía que viajar sola, o qué pasaría si no podía viajar?

¿Alguna vez estaría en paz con lo que era y lo que había hecho? ¿Cómo podría hacerlo?

Solo pensarlo ya era agotador; vivirlo era impensable. Dejé los anuarios en el estante, saqué mi cuaderno y empecé a escribir.

Eran las ocho menos cuarto cuando apareció Lee.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

Me quedé mirándolo.

—¿Tan mal?

Asentí.

—¿Te ha dado su dirección?

Me saqué el papel del bolsillo y lo deslicé por encima de la mesa. «Francis Yearly —como si alguna vez fuera a olvidarme de su nombre —, hospital Bridewell, 19046 Carretera del Condado F, Tarbridge, Wisconsin».

Lee frunció el ceño.

—¿Está en el hospital?

—Es un sanatorio psiquiátrico.

Se quedó mirándome con tristeza, pero sin un atisbo de sorpresa.

—Ay, Maren. Cuánto lo siento.

Me limité a mirarlo y a encogerme de hombros levemente. Me sentí vieja y cansada, como si hubiera vivido veinte años en una hora.

Se oyó a la bibliotecaria por el altavoz. Quedaban diez minutos para cerrar.

—¿Aún quieres ir a verlo?

Asentí.

—Entonces toca volver a Wisconsin —repuso—. Al menos no queda demasiado lejos. —Señaló la pila de fotocopias que había en la

mesa delante de mí—. ¿Qué es eso?

Le entregué una de las hojas y la miró por encima. «Me llamo Maren Yearly y tengo dieciséis años. Entiendo que lo que voy a decirles suena a broma de mal gusto, pero cuando vean que los nombres y las fechas que les muestro a continuación coinciden con expedientes de personas desaparecidas, comprenderán que no soy alguien con un sentido del humor retorcido y demasiado tiempo entre las manos».

—Ni de coña —exclamó—. No puedes pensar en serio que vas a enviarle esto a nadie.

—¿Por qué no? —«La verdad os hará libres».

—Nadie te creerá.

Iba a decirle que no importaba si nadie me creía o no, pero entonces pensé que tal vez no lo entendiera. Así que en su lugar respondí:

—Puede que sí.

Mientras esperaba a Lee había ido al ordenador y había buscado las direcciones de todas las comisarías de los pueblos en los que había hecho lo malo. Había escrito la confesión en mi cuaderno y había realizado nueve fotocopias. No estaba segura de dónde debería esperar a la policía, pero podía pensármelo más tarde y añadir una posdata.

Una parte de mí se sentía mejor por haber hecho todo aquello. La otra aún corría en la oscuridad.

—Venga —dijo—. No tienes por qué enviarlo esta noche. Quiero que lleguemos a Tarbridge lo antes posible y buscar un lugar seguro en el que dormir.

Regresamos a Wisconsin, flanqueados por campos ondulados. La luz se estaba yendo cuando una figura se precipitó colina abajo a nuestra izquierda. Había visto muchos ciervos desde que empezara a viajar con Lee, pero solo en las paredes de las cabañas o tirados (enteros, pero igualmente carentes de vida) en los arcenes.

—Espera —dije.

Lee pisó el freno y se detuvo. El ciervo atravesó la carretera y siguió corriendo a lo largo de una franja de hierba junto a una alambrada.

Y allí estaba, elevado en el aire por encima del alambre de espino, con la cola de algodón brillante en mitad del crepúsculo. Fue como si el mundo se hubiera detenido un instante. Entonces las patas traseras pasaron por encima de la verja, como si al animal no le costase esfuerzo alguno, y en un abrir y cerrar de ojos desapareció por la cresta de otra colina. Jamás en la vida había visto nada tan grácil.

Eran bien pasadas las once cuando llegamos a Tarbridge y atravesamos el pueblo y el desvío al hospital Bridewell de camino al parque estatal de Otsinuwako. Sin previo aviso, Lee cambió de sentido rápidamente y todo en el interior de la camioneta se balanceó de un lado a otro.

—¿Has visto esa señal de ahí detrás?

—¿Qué señal?

—La de una nueva promoción. «Vivienda piloto». Eso significa que la casa de muestra está amueblada.

Una cama de verdad dos noches seguidas, si es que averiguábamos cómo entrar.

Era una calle totalmente nueva, por lo que todavía no habían puesto las farolas. Lee aparcó la camioneta delante de una casa sin terminar (no tenía paredes, solo la estructura de madera) y enfilamos la calle sin pavimentar hasta la casa que quedaba en lo alto de la promoción. Tenía el césped perfectamente verde, los arbustos recortados con precisión y una corona con piñas y lazos rosas en la puerta. Vestíbulo con techo alto a dos aguas y garaje de dos plazas.

Lee rodeó la casa a hurtadillas y yo lo seguí. En el lateral había un amplio tejadillo de madera que daba a otra extensión de césped; el borde de la propiedad estaba delimitado por una valla de madera. Subió los escalones y se agachó para examinar la cerradura de la puerta corrediza de cristal. Se sacó algo del bolsillo, una varilla de metal, y la insertó en el ojo.

—¿Dónde has aprendido a forzar cerraduras?

—En clase de carpintería. —Mientras movía la varilla en el ojo de la cerradura, Lee sonrió al recordar—. Los días que el profesor estaba de baja, algunos de los chavales impartían sus propias lecciones.

Oí un chasquido y Lee se levantó y abrió la puerta.

—Pasa —dijo, y me siguió hasta la cocina.

Había una mesa de comedor redonda y un bol de cerámica roja repleto de limones de plástico. Vi una isla con taburetes de bar alineados a un lado, un enorme frigorífico de acero inoxidable y una cocina con seis quemadores.

Nos descalzamos y comenzamos a explorar. Dentro del frigorífico encontramos media docena de latas de masa precocinada para galletas.

—Me apuesto algo a que hornean galletas justo antes de una jornada de puertas abiertas —dijo Lee mientras las contemplaba por encima de mi hombro. Entonces extendió el brazo y cogió una—. Hace que la casa huela a hogar. ¿Tienes hambre?

Cuando asentí, sacó una bandeja del horno, lo encendió a ciento

ochenta grados y abrió la lata. Nos lavamos las manos en el fregadero y pasamos un par de minutos agradables arrancando pedazos de masa y disponiéndolos sobre la bandeja.

Después de meter las galletas en el horno fuimos al comedor. La mesa estaba puesta para una cena formal: platos de porcelana con ramilletes de rosas decorando los bordes, servilletas carmesí insertadas en servilleteros esmaltados, pesados cubiertos de plata, copas de vino de cristal y todo.

El salón que había a continuación era aún más elegante, con dos sofás de terciopelo azul con los reposabrazos de madera tallada, pesadas cortinas de brocado adornadas con borlas y un gigantesco aparador que ocupaba la mayor parte de una de las paredes. Lee pasó por delante de mí, cogió un jarrón y volvió a soltarlo.

—Este lugar es absurdo —dijo—. Alguien va a comprar esta casa y todo lo que hay dentro, pero nadie se va a sentar aquí jamás. Es como un museo.

—Aun así me gusta —contesté—. Mi madre nunca decoraba así. Nunca nos quedábamos tanto tiempo en un sitio como para molestarse en hacerlo.

—Nosotros siempre hemos vivido en el mismo sitio. —Lee se inclinó sobre un cuenco de cristal y olió el popurrí que había dentro —. ¿Cuál era la excusa de mi madre?

Fui hasta el vestíbulo. La consola junto a la puerta estaba cubierta de todo tipo de folletos y tarjetas de visita en bandejitas de plástico. Esas eran las personas que hacían que la casa pareciera un lugar en el que realmente vivía una familia. Era curioso pensar que ese fuera el trabajo de alguien.

El aroma de las galletas de azúcar en el horno se extendía por las habitaciones y subía por las escaleras. Primero encontramos la habitación de invitados —no una Tación de Invitados, porque uno no puede tener una Tación de Invitados en una casa deshabitada— y un cuarto infantil con dos camas individuales. Había una mecedora en el rincón y una lámpara de lava azul en la mesilla entre las dos camas, que estaban cubiertas con colchas a juego moteadas de minúsculos arcoíris. Al final del pasillo había una cama con dosel en el dormitorio principal, sobre la que se apilaba una montaña de cojines con ribetes dorados.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Lee mientras observábamos parados en el umbral.

—Claro —respondí.

Entonces echamos a correr sobre la mullida moqueta beis y saltamos en el aire, riendo como críos, para aterrizar de golpe sobre

una colcha fabricada para parecer elaborada a mano.

La alarma del horno saltó. Bajamos a la planta baja y cenamos galletas.

En la casa no había aparatos electrónicos. Lo descubrimos cuando Lee abrió el enorme armario del «centro de entretenimiento» de la habitación familiar esperando encontrar un televisor de pantalla grande. Había estantes de libros a cada lado de la amplia chimenea de obra; algunos eran reales y en otros casos se trataba de largas tablas de madera, talladas con muescas y pintadas de dorado y carmesí para que parecieran lomos de cuero, como las que uno se encontraría en un plató de cine. Un tablero de ajedrez esperaba a los jugadores sobre una mesa junto a una ventana que miraba al césped delantero y a la polvorienta calle nueva, pero ninguno de los dos conocía las reglas, así que nos las inventamos. Las piezas eran pesadas, talladas en algún tipo de piedra de un blanco lechoso. Levanté la reina en la palma de la mano antes de volver a colocarla en el tablero, sacando de un empujón al rey negro de su casilla.

A continuación decidimos que era hora de acostarse. Entré en el cuarto infantil seguida de Lee.

—¿No quieres dormir en la cama con dosel? —pregunté.

—Demasiado trabajo volver a poner las cojines tal y como estaban —dijo mientras apartaba la colcha de arcoíris y se metía en la cama.

Puse el dedo sobre el interruptor de la lámpara de lava.

—¿Te importa?

Lee miró las ventanas cubiertas por las cortinas antes de asentir, y la encendí. Un inquietante brillo azul llenó el cuarto y, una vez que la lámpara se calentó, las burbujas comenzaron a proyectar en su subida extrañas sombras ascendentes sobre la pared. Me metí bajo las mantas de la cama junto a la puerta. Las sábanas estaban tiesas y olían a plástico. Por supuesto que jamás las habían lavado.

—¿Lee?

—¿Sí?

—¿Alguna vez has tenido novia?

—Sí, una vez.

El corazón comenzó a bombearme con fuerza en el pecho y tuve miedo de que pudiera oírlo.

—¿Cómo se llamaba?

—Rachel.

—Qué nombre tan bonito.

—Sí. —Se detuvo —. A veces me recuerdas a ella.

Me erguí sobre un codo para poder verle la cara.

—¿En serio?

Se me quedó mirando.

—Sí. Le gustaba un montón leer. Jane Austen, cosas de esas.

—¿Qué...? —comencé a decir, pero estuve a punto de no continuar—. ¿Qué pasó?

—Es una larga historia.

Traté de sonreír.

—Tenemos toda la noche, ¿cierto?

—Cierto. —Se detuvo a poner en orden los recuerdos—. Una noche llevé a Rachel a casa porque Kayla quería conocerla y pensé que tal vez pudieran hablar de las cosas de las que habláis las chicas, porque notaba que Kayla realmente necesitaba a alguien en quien poder confiar (mi madre casi ni se preocupaba de poner comida en el frigorífico, así que imagínate lo de contarle nada); y nos lo estábamos pasando bien nosotros tres, bebiendo zarzaparrilla y riéndonos de chistes bobos, hasta que él apareció. —La mano de Lee se cerró formando un puño sobre la colcha de arcoíris—. Otro de los novios de mi madre. Eran todos iguales, ¿sabes? Llegaba a casa después de clase y me lo encontraba tirado en el sofá, con dos docenas de latas de cerveza vacías en la mesa de al lado y otra abierta en su mano gorda y peluda, con una carrera de la NASCAR sintonizada en la televisión y el volumen tan alto que era de extrañar que los vecinos nunca pusieran una queja por ruido. El tipo me dijo que le trajera otra cerveza del frigorífico, yo le contesté que no era la criada, él empezó a llamarme cosas que le pegaban mucho más a él y a decirme que ya iba siendo hora de que mi madre me echase, y yo le respondí: «Qué va, de lo que va siendo hora es de que te eche a ti». —Suspiró—. Mi madre siempre pagaba la cerveza.

»Para entonces se había levantado del sofá y me había encarado, y pude oler cada asquerosidad que había hecho la semana anterior: mear en callejones, potar en contenedores. Me siguió por la habitación, gritándome sin parar y, entretanto, yo fui cerrando la puerta y corriendo las cortinas. —Se rio con frialdad—. No tenía ni idea de lo que le esperaba. Siempre estaban tan borrachos que no tenían ni idea.

»En cualquier caso, la diferencia fue que esa vez Kayla y Rachel estaban allí. Hice que las dos se metieran en el cuarto de Kayla y echasen el pestillo, y yo..., y... Rachel no me hizo caso. Lo vio todo. —Lo oí tragar saliva—. Y ese es el motivo por el que tuve que irme.

—¿Qué pasó? —Me senté en la cama y doblé las piernas por debajo del cuerpo—. Quiero decir que... ¿qué hizo?

Tenía la mirada fija en el techo mientras seguía hablando.

—No gritó, al principio no. Solo se me quedó mirando con la boca

abierta durante muchísimo tiempo. Yo quería lavarme antes de acercarme a ella (para consolarla, ¿sabes?), pero tenía miedo de que echase a correr antes de llegar siquiera al cuarto de baño, así que me quedé plantado y traté de hablar con ella. Le dije que jamás le haría daño, que solo hacía daño a quienes se lo hacían a otras personas y que no podía evitarlo, pero ella simplemente se quedó inmóvil en el umbral, como una estatua.

Respiró hondo y me di cuenta de que estaba llorando, o casi. Me senté en el suelo entre las dos camas y le di una palmadita en la mano.

—Entonces oí a Kayla abrir la puerta de su dormitorio, llamarme y preguntarme si ya podía salir, lo que hizo que Rachel saliera del trance. Se marchó de casa corriendo, y yo no podía ir tras ella porque habría pensado que la estaba persiguiendo, ¿sabes? Así que limpié y esperé unos minutos más, que me parecieron una eternidad, antes de decirle a Kayla que iba a salir. No dejaba de preguntarme qué había sucedido y que si Rachel y yo nos habíamos peleado, pero no le contesté nada.

Me cogió una mano, me la apretó y la soltó; después yo no sabía dónde ponerlas.

—Conduje hasta casa de Rachel y su padre salió a la puerta. Nunca le había gustado y se le notaba en la cara: estaba satisfecho, ¿sabes? Como si me hubiera calado desde el principio. Cerró la puerta de malla para que no pudiera entrar y se quedó allí plantado, con los brazos mazados cruzados sobre el pecho, como un matón de discoteca, diciéndome que Rachel había vuelto a casa y había vomitado y que no hacía más que chillar sobre comerse a alguien. Vi que a sus padres ni se les había pasado por la cabeza que lo decía de forma literal, simplemente creían que la había emborrachado y había intentado..., intentado... —Suspiró y se apretó los ojos con los dedos—. En cualquier caso, le dije que no le había puesto un dedo encima a su hija y que jamás le haría daño, pero no me creyó, claro. Podía oírla gritar y llorar en el piso de arriba mientras su madre trataba de calmarla. —Se apartó los dedos de los ojos y dejó caer las manos—. La quería más que a nada en el mundo, pero no podía tranquilizarla y arreglar las cosas. Su padre me dio con la puerta en las narices, pero antes de hacerlo... —Lee puso una voz profunda e intimidante—: «Mantente alejado de mi hija, ¿entendido?». —Se paró—. Si no hubiera sido por Kayla, me habría suicidado.

Hasta que oyes una historia como esa, crees que lo de tener el corazón roto es una manera de hablar. Quería consolarlo, no solo darle una palmadita en la mano y decirle lo mucho que lo sentía, sino realmente hacer que las cosas estuvieran mejor. Si me había tocado

ser un monstruo, ¿por qué no podía tener algún tipo de poder mágico que resolviese su situación?

—¿Qué pasó después? —pregunté—. ¿Fuiste a clase al día siguiente?

—¿Cómo iba a volver después de aquello? Las cosas salen a la luz. La gente habla. Todo el mundo sabía que había hecho algo terrible, algo imperdonable. No sabían qué exactamente, pero con eso bastaba.

—¿Y Rachel?

Negó con la cabeza.

—Llevo dos años sin verla. Desde aquella noche.

—¿Ni siquiera quiso volver a verte?

—No habría podido aunque hubiera querido. Le arruiné la vida, Maren. Tuvieron que ingresarla. La sacaron del instituto. No hay forma de entrar en contacto con ella. No puedo hablar con ella, no se lo puedo explicar. Está encerrada en ese sitio con un puñado de locos, pintando con ceras y comiendo puré de patatas con cuchara, y nadie la creerá jamás.

«Está encerrada en ese sitio con un puñado de locos». Locos como mi padre.

Lee rompió a llorar y esta vez no trató de ocultarlo. Me senté en la cama a su lado y se incorporó, se aferró a mi hombro y apoyó la frente en el hueco del cuello.

—En todo este tiempo no le he contado a nadie nada de esto. —Su voz sonaba siniestramente tranquila. Sentía sus palabras vibrar en mi interior—. ¿Cómo iba a contárselo a Kayla? Es la única persona del mundo que aún cree que soy bueno.

—Yo creo que eres bueno.

Lee trató de reírse.

—Supongo que no me conoces lo suficiente.

—Uno de los dos tiene que ser bueno —respondí—. Y desde luego no soy yo.

—Nunca debí meterla en casa. ¿Por qué no las llevé a las dos a tomar un helado o algo? —Se apartó de mí. Tenía los ojos inyectados en sangre—. ¿No te alegras de haberme preguntado?

—Ese es el otro motivo por el que vuelves una y otra vez, ¿no? Porque esperas verla.

Se tumbó de nuevo y cerró los ojos, y yo regresé a mi cama. El momento había pasado.

—Solo me siento en el aparcamiento y levanto la vista al edificio, preguntándome en qué habitación estará. He tratado de entrar un par de veces, pero sus padres les han hablado de mí. Tienen una lista de personas a las que dejan entrar a verla y, si no estás en ella, no puedes

acceder. No creo que haya ninguna forma de solucionar las cosas, pero, si al menos pudiera explicárselo, quizá sirviera de algo.

—¿Todavía..., todavía la quieres?

—Sí —respondió con lentitud—. Claro que sí. No es... lo mismo, por así decirlo. Sé que todo ha terminado entre nosotros y sé que merece algo mejor..., siempre mereció algo mejor.

Nunca pensé que me sentiría celosa de una chica ingresada en un hospital psiquiátrico. Y sin embargo..., si hubiera podido cambiarme por ella, lo habría hecho. Eso habría resuelto nuestros problemas: los suyos y los míos. Mi padre y yo podríamos estar en habitaciones contiguas, jugar a las damas y salir a pasear arriba y abajo por el sendero con nuestros pijamas blancos. Podríamos escuchar juntos a Revolver.

Lee abrió los ojos.

—¿Estás nerviosa?

Al principio no entendí lo que quería decir. Mi padre, claro. Frank.

—¿Tú no lo estarías?

—¿Si fuera tú? Sí.

Poco después se quedó dormido, con el rostro todavía surcado de lágrimas. Yo seguí tumbada en mi lado contemplando cómo se formaban y ascendían las burbujas azules.

A la mañana siguiente Lee se mostró gélido. Cuando me desperté estaba descorriendo las cortinas para dejar que entrase la pálida luz del amanecer.

—¿Quién sabe a qué hora vendrán a mostrar la casa? —dijo—. Y aún tenemos que limpiar la cocina.

Me pregunté si el agente inmobiliario se daría cuenta de que faltaba una lata de masa para galletas. Tampoco es que importase.

En la cocina había una cafetera, así que desayunamos café preparado como tiene que ser. En cambio, no había más que un bote de leche en polvo, y nada de conversación. Cada vez que me acercaba a Lee para coger una taza o tomar prestada la cuchara que había usado para remover la leche, se apartaba de mí como si fuese una catástrofe que nuestras manos o codos se rozasen.

Al principio no dije nada. Quería ver si salía de él dirigirme la palabra. Al final pregunté:

—¿Por qué estás tan raro? ¿Es porque desearías no haberme contado lo de Rachel?

Suspiró mientras enjuagaba la taza de café, sacudía el agua de su superficie y volvía a colocarla en el armario.

—Bueno, dicho así…
—No es culpa mía.
—No he dicho que lo sea.
—Solo pregunté sobre tu vida. Es lo que hacen los amigos.
No respondió. Salimos igual que habíamos entrado, volvimos a la camioneta y nos alejamos de la promoción sin terminar. Faltaban unos ocho o diez kilómetros para Bridewell, y luego ¿qué?
El asiento del conductor seguía en un silencio hosco. Por mi cabeza pasaron todas las posibilidades: todo lo que podía decirle y todas las formas en que podría contestarme. Sabía que si le preguntaba: «¿Quieres dejarme en Tarbridge y regresar a Virginia y no volver a verme nunca más?» y me decía que sí, no podría seguir fingiendo que para mí solo era un conocido más. Lloraría, y entonces se daría cuenta.
Así que tenía que fingir que era idea mía.
—Supongo que esto es todo —comenté cuando tomamos el desvío de Bridewell.
—¿Qué quieres decir?
—Vas a dejarme aquí y regresar a Virginia.
—¿Qué? —Se giró en el asiento y se me quedó mirando—. ¿Y qué vas a hacer tú? ¿Solicitar el ingreso?
El sanatorio se cernía sobre la falda de una colina, tres plantas de ladrillo rojo y ventanas con barrotes. Paramos delante de una garita, donde el aparcamiento acababa en una alta verja de hierro forjado. El guardia llevaba un uniforme azul marino con un parche en el bíceps que rezaba SEGURIDAD BRIDEWELL.
—¿Visitantes?
Lee asintió.
—Muy bien. Vamos a tomar nota de la matrícula y pueden continuar.
El aparcamiento estaba prácticamente vacío, pero Lee estacionó en una plaza lo más lejos posible de la entrada principal.
—Contéstame, Maren. ¿Qué vas a hacer?
—¿Qué más da?
Lee exhaló un suspiro exasperado y se bajó de la camioneta de un salto.
—No sé por qué de repente actúas como si te importase —señalé mientras rodeaba el vehículo y me abría la puerta del pasajero—. Fuiste tú quien dijo que no buscabas amigos.
—No voy a dejarte aquí tirada sin un plan sensato.
—Volveré con Sully.
—He dicho «sensato», Maren. Ese tío da grima, y lo sabes.

—¿Te ha apuñalado mientras dormías? ¿Te ha envenenado el estofado?

—Vale —contestó—. Vale ya de hacer el tonto.

—Ahora mismo me voy a ver a mi padre y nada de lo que suceda después será cosa tuya.

Pareció dolido de verdad.

—¿Lo dices en serio?

Claro que no pude mirarlo al responder:

—Sí. Lo digo en serio.

—¿Y si cambias de idea?

—No lo haré.

—Sí que lo harás. Sé que lo harás. Pero no puedo quedarme aquí esperando, Maren.

Me eché el macuto al hombro y cerré la puerta del pasajero de golpe.

—Pues no lo hagas.

9

La mujer de la recepción enarcó las cejas perfectamente perfiladas cuando le dije que quería ver a Frank Yearly.

—Espere un momento mientras busco a la doctora Worth.

En la pared de enfrente había un retrato colosal de un hombre de cabello blanco con chaqueta de tweed. La placa al pie del marco de pesado metal dorado decía:

GEORGE BRIDEWELL, DOCTOR EN MEDICINA
Más allá de lo que diagnostique o prescriba,
el instrumento más certero del médico es la compasión.

—La doctora Worth la verá en su despacho —dijo la recepcionista —. Venga por aquí.

La seguí a través de una puerta situada junto al escritorio y atravesamos un largo pasillo gris. Abrió una puerta y me invitó a entrar, pero la pieza estaba vacía.

—Espere aquí un momento —añadió antes de desaparecer.

En el escritorio había un pisapapeles de cristal con forma de rana, aunque no pisaba papel alguno, y los anaqueles que ocupaban la pared del fondo estaban llenos de manuales médicos. El despacho estaba muy limpio, salvo por una enorme mancha de agua en el techo. Tenía varios cercos de color marrón, como si alguien en la segunda planta hubiera derramado numerosas tazas de té. Las ventanas daban al aparcamiento, y el corazón se me esponjó al ver en la distancia la camioneta negra.

La médica entró. Tenía el pelo corto y rojizo, llevaba gruesas gafas de montura metálica y parecía un poco mayor que mamá.

—Buenos días —dijo con ademán resuelto mientras se sentaba al escritorio—. Soy la doctora Worth, directora de Bridewell. Me han dicho que ha venido a visitar a Francis Yearly, ¿cierto?

Asentí.

—Si necesita que demuestre que soy su hija, tengo mi certificado de nacimiento justo aquí.

Deslicé la hoja azul doblada por encima del escritorio, pero no la miró, se limitó a abrir una carpeta beis que había traído al despacho.

—Me temo que el señor Yearly está muy enfermo —comenzó, al tiempo que examinaba el documento del interior—. Me preocupa que una visita después de tantos años les resulte perturbadora tanto a él como a usted.

—¿Me está diciendo que nunca ha recibido una visita?

Volvió a echar una ojeada superficial al expediente.

—Correcto.

—¿Porque no han dejado entrar a nadie o... porque no ha venido nadie?

La doctora reorganizó sus rasgos para formar una máscara de compasión profesional.

—No sabía dónde estaba —dije—. Si lo hubiera sabido, habría venido mucho antes.

—Por favor, no sienta remordimiento alguno al respecto. A decir verdad, en conciencia no habría permitido que un menor visitase a un paciente en su estado. —Cerró la carpeta y abrió mi certificado de nacimiento—. Solo tiene dieciséis años. ¿Dónde está su madre? ¿Sabe que está usted aquí?

Recorrí con la mirada el contorno serpenteante de la mancha del techo, una gran masa informe marrón que se iba convirtiendo en el mapa de un continente perdido.

—No ha podido venir, pero... sabe que estoy aquí.

—La verdad es que no debería dejarle verlo sin que su madre esté presente.

Me incliné hacia delante y me agarré al borde del escritorio de la doctora Worth. Literalmente me estaba conteniendo.

—Sé que mi padre no está bien, doctora. Solo necesito que sepa que por fin he venido.

—¿Vive usted con su madre?

—No, ya no.

—Entonces ¿dónde vive?

Tragué saliva.

—¿Con un amigo?

La doctora Worth me miró por encima de las gafas de leer.

—Comprendo.

—¿Me va a dejar ver a mi padre?

La mujer suspiró.

—Es poco probable que entienda quién es usted. Sé que desea verlo, pero nadie está verdaderamente preparado para hacer algo así.

—Sí —respondí—, me hago cargo.

La doctora Worth se inclinó y pulsó el botón del intercomunicador de su teléfono.

—Denise, por favor, ¿puede avisar a Travis para que venga a mi despacho?

Mientras esperábamos, miré por la ventana. La camioneta se había ido. Cerré los ojos y respiré hondo. «Nunca volveré a verlo».

Al cabo de un minuto se abrió la puerta y entró un hombre vestido con un pijama gris del hospital. Era alto, con algo de sobrepeso, y le hacía falta un corte de pelo. Tenía un aire manso y como de oso de peluche, e incluso en ese primer segundo supe que sería amable conmigo.

—Travis, ¿está despierto el señor Yearly?

El celador sonrió y me saludó antes de responder:

—Sí, doctora.

—¿Y cómo se encuentra hoy?

—Entre normal y bien. Alerta. Se ha comido la mayor parte del desayuno.

La doctora asintió y se volvió hacia mí.

—Dejaré que vea a su padre diez minutos. Por su seguridad, Travis permanecerá a su lado durante toda la visita.

«¿Por mi seguridad?».

Puede que creáis saber cómo es un hospital psiquiátrico por dentro, pero probablemente os equivoquéis. No hay locos rabiosos sacando los brazos entre los barrotes para tratar de agarraros, ni luchas frenéticas que acaben en lágrimas, sedación y camisas de fuerza…, al menos que yo haya visto. Había una radio con una emisora de música clásica sintonizada en la sala común, donde personas de todas las edades jugaban a las damas o al solitario, escribían cartas o pintaban con acuarelas. Algunas llevaban pijama y otras estaban vestidas de calle. Nadie hablaba consigo mismo ni con los demás.

Una chica de cabello claro con un jersey informe de color gris estaba sentada en una silla junto a la ventana, contemplando el bosque por detrás del hospital, con las manos agarrotadas sobre el regazo, como una anciana. Su rostro mostraba una expresión nerviosa, casi hambrienta, como si contase los días hasta que las hadas fueran una noche a rescatarla. Pensé en Rachel.

Algunos de los pacientes de mayor edad estaban en silla de ruedas. Si alzaban la mirada al pasar junto a ellos, me habría esperado atisbar una chispa de curiosidad, pero un rápido vistazo les bastaba para entender que no les llevaba comida ni medicamentos, por lo que para sus objetivos yo no existía.

Una mujer en silla de ruedas tejía una bufanda con unas agujas de

plástico con la punta roma. La bufanda parecía extenderse metros y metros, cambiando de color y plegándose hasta formar un montón en su regazo antes de desaparecer en una gran bolsa de flores que tenía a su lado en el suelo. Trabajaba con movimientos competentes y apáticos, sin mirar siquiera las agujas mientras hacía punto. Una bufanda para un gigante, o una bufanda para nadie.

Travis me condujo a través de una serie de puertas batientes y por un largo pasillo. Cuando llegamos a la puerta del final del corredor, se sacó un manojo de llaves del cinturón. Mi padre estaba encerrado tras tres cerrojos. El corazón se me subió a la garganta.

Había un hombre sentado a una mesita acolchada, de espaldas a la puerta, y no se giró cuando entramos. Reparé en su cama antes de verle la cara: una almohada blanca, una sábana blanca, correas de cuero colgando de los barrotes a cada lado, esperando la hora de la siesta. Me adentré en la habitación, observando a cada paso el perfil del hombre de la silla.

—Alguien ha venido a verte, Frank. —Travis habló con una ternura exagerada, como si mi padre fuera un niño pequeño—. Alguien que llevas esperando mucho, mucho tiempo, ¿verdad?

Hacía mucho que el muchacho del anuario se había ido. Mi padre alzó sus ojos claros y acuosos hasta mi rostro, y vi cómo apretaba la mandíbula cubierta de gris y los músculos del cuello. Sin embargo, no sonrió, y tampoco habló.

—Hola —susurré—. Hola, papá.

«Papá»: otra palabra de aquel idioma imaginario. Cuando hablé, sus ojos se agrandaron, las lágrimas rodaron por sus mejillas y su mandíbula tembló con mayor intensidad. Movió los labios, pero no entendí lo que trataba de decir. El corazón se me encogió. «Nunca cantará mientras prepara el desayuno para los dos».

—¿No puede...? ¿No puede hablar?

—Es la medicación —respondió Travis con dulzura, acercándose por mi espalda con una silla—. Toma. ¿Por qué no te sientas?

Me senté al tiempo que el celador posaba una mano sobre la de mi padre. La otra, la derecha, estaba oculta bajo la mesa acolchada.

—Está bien, Frank. Tranquilo. Está bien. —Luego se volvió hacia mí—: Al principio le dije que era demasiado pronto como para que vinieras, que eras demasiado pequeña para llegar hasta aquí tú sola, pero no sé si me entendió. —Se detuvo—. He de reconocer que no te esperaba hasta dentro de unos años.

Ese hombre, a quien había conocido hacía un minuto, sabía quién era y por qué estaba allí. No sabía cómo tomármelo, así que me limité a responder:

—Entonces imagino que llevas trabajando aquí mucho tiempo.

Travis me dirigió una media sonrisa.

—Cuanto mayor eres, más rápido pasa el tiempo. Supongo que tiene sentido. El día se convierte en una fracción cada vez más pequeña de tu vida.

Miré a mi padre.

—¿Puedo tocarlo?

El celador asintió.

—Pero solo un momento. Y dale espacio si se altera.

—¿Ahora está alterado?

—No, alterado no está. Solo abrumado.

Le cogí la mano, tan flácida y pegajosa como me la esperaba, y vi cómo fijaba la mirada por detrás de mi hombro, donde Travis estaba abriendo el cajón de su mesilla.

—Hay algo que quiere que leas —dijo el celador.

Volví a mirar a mi padre, que seguía clavándole una mirada nerviosa a Travis.

—¿Cómo lo sabes?

—Era mi primera semana en el puesto, la noche en que tu padre llegó a Bridewell. Siempre hemos tenido la impresión de que recorríamos este camino juntos, ¿verdad, Frank?

Este asintió, o lo intentó.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

—Poco más de catorce años.

Travis encontró lo que buscaba y lo depositó en la mesa delante de mí. En ese primer momento me pareció que el celador me había entregado mi propio diario. Era más antiguo, claro: un cuaderno de textura marmolada en blanco y negro, la cubierta amarillenta por el paso del tiempo, las páginas del interior abarquilladas por antiguos líquidos derramados. Familiar, horriblemente familiar.

Miré a Travis, que en ese momento estaba de pie junto a la puerta, como un centinela.

—¿Debería…?

El celador asintió.

—Quiere que lo leas. Lo escribió para ti.

Abrí el cuaderno y encontré la primera página cubierta de una letra masculina, apenas legible. ¿Era la letra de mi padre? Le lancé una mirada (aún tenía los ojos húmedos de lágrimas contenidas) antes de empezar a leer.

Hola, pequeño Yearly. Ojalá conociera tu nombre, pero ni siquiera sé si eres niño o niña. Hombre o mujer, para cuando leas esto. Si es que lo lees. Deseo con

todas mis fuerzas que vengas, pero tengo miedo de lo que pensarás de mí. Tengo miedo de que me odies y, si lo haces, lo entenderé. Quizá tu madre nunca te hable de mí y, en tal caso, sé que habrá sido lo mejor.

Aun así te escribiré, por si acaso vienes. De lo contrario, para cuando llegues, mucho me temo que no seré capaz de responder a tus preguntas.

Volví la página.

No recuerdo a mis verdaderos padres. Hasta hoy ni siquiera recuerdo el nombre que me dieron. El tiempo que pasé con tu madre es el único que aún está claro en mi mente.

A veces me despierto en este lugar frío y vacío, y siento felicidad en el corazón, como si llevase toda la noche a mi lado en la cama. Creo que puedo oler su champú en la almohada y beicon friéndose en la habitación de al lado, y me aferro a ese momento todo lo que puedo.

Por lo demás, mi memoria está llena de lagunas y sé que, cuanto más tiempo pase aquí, menos recordaré. Pero estoy a salvo, pequeño Yearly, y tú también lo estás.

Sentí un sudor frío bajándome por la espalda. Mi padre no sabía de lo mío. Jamás se le había pasado por la cabeza.

A menudo me preguntaba por qué los Yearly se quedaron conmigo. Pero imagino que no podían devolverme sin sentir que habían traicionado una promesa, y eso los habría convertido en malas personas. Nadie, ni siquiera yo, quiere pensar que es una mala persona.

Tenía tres comidas decentes al día y una cama limpia y cálida, pero era terriblemente infeliz porque no podía escapar del fantasma de Tom. A veces hablaban de él como si fuera mi hermano mayor (cuando tenía un día malo, mamá Yearly ponía un cuarto plato en la mesa para cenar) y otras me llamaban por su nombre. Pero la mayor parte del tiempo era lo que era, un sustituto insatisfactorio. Si Tom estuviera aquí, te enseñaría a montar en bici. Tom habría sacado todo sobresalientes. Tom habría ido a Harvard o Stanford. Tom rescataba pajarillos heridos. Tom habría sido veterinario, médico o quizá abogado o ingeniero, alguien, no como tú, Frank, que nunca serás nadie.

Ni siquiera dormido me libraba de Tom. A veces soñaba que estaba despierto y él se escurría desde el techo hasta quedar encaramado en la cómoda, con los ojos de un rojo refulgente, los dedos afilados tirándose de las comisuras de la boca, y la lengua, larga y delgada, agitándose como la de una serpiente.

Incluso durante el día era incapaz de deshacerme de la sensación de que alguien me observaba. En el colegio a veces miraba por la ventana y veía un hombre con una camisa de franela roja apoyado en la verja y mirándome fijamente.

Esperándome. Nunca lo vi cuando estaba fuera, pero siempre tenía miedo de encontrármelo.

Dejé a los Yearly en cuanto acabé el instituto; quería ir a la universidad, pero nunca lo hice. Cuando no tienes dinero es fácil decirte que irás a la universidad en cuanto consigas un trabajo y ahorres lo suficiente para la matrícula. Luego, de pronto, te miras al espejo al afeitarte una mañana y sabes que, si fueras ahora, los chavales de tu clase se reirían y te llamarían «abuelo». Espero que vayas a la universidad. No sé si habría supuesto una diferencia en mi vida, pero estoy seguro de que sí la supondrá en la tuya.

En esa habitación blanca y vacía, con sus cerrojos y correas de seguridad, la universidad parecía más imposible que nunca. Miré a Travis.

—Mis diez minutos deben de estar a punto de acabar.

Se detuvo a pensar y, acto seguido, asintió.

—Vuelvo en un momento.

Ahora puedo hablarte de Janelle.

Tuve muchos trabajos en muchos sitios. No tenía problemas en hacer nuevos amigos, pero a veces resultaban no serlo después de todo y, cuando descubría que me habían mentido o engañado, no parecía capaz de dejarlo pasar.

Cuando tenía veintidós años, conseguí un puesto de guardabosques...

Aquí me estremecí antes de seguir leyendo:

en el Parque Nacional de Laskin. Mi trabajo consistía más que nada en patrullar los lugares de acampada para asegurarme de que nadie tiraba basura ni cortaba leña. Janelle estaba sentada en la ventanilla de la garita, cobrando las entradas, y en mi primer día entré y hablamos, y ya entonces, riéndonos sin más de la muñeca hinchable con una peluca roja sentada en el asiento del acompañante del coche de un hombre solo, supe que siempre la querría. Tu madre es una mujer hermosa, pero en ella hay mucho más que belleza exterior. Lo bueno de trabajar en un parque es que ofrece muchísimo tiempo libre para ir a nadar o de senderismo (o, si estás trabajando, es fácil escaquearse). Reconozco que ninguno de los dos trabajó tanto como hubiera podido.

Travis volvió a entrar en la habitación sin hacer ruido.

—La doctora Worth está en el ala norte con otro paciente —dijo—. Así que no hay problema si te quedas un poco más. —Apoyó una gran mano blanca en el hombro de Frank—. ¿Listo para mostrarle las fotos?

Mi padre hundió la barbilla y Travis extrajo un segundo objeto del

cajón de la mesilla, un pequeño álbum de cuero con un grabado dorado: NUESTRO VERANO PERFECTO. En el interior de la cubierta, en la letra de mi madre, vi que ponía «J. S. y F. Y.» dentro de un pulcro corazón rojo y, debajo, «1980».

Pasé las páginas en silencio. Mamá en un camino forestal con un flamante mono de uniforme verde, sus largas piernas doradas calzadas con robustas botas de montaña. Mamá, con las mejillas sonrosadas, mucho antes de que tuviese que teñirse el pelo en la bañera. Mamá a caballo. Mamá riendo con un helado con caramelo caliente, la lente de la cámara reflejada en la cuchara hundida. Mamá antes de que yo le arruinase la vida.

Cuando acabó el verano, nos organizamos para quedarnos en una de las cabañas de los guardas en el lago Plover y los ricos nos pagaban por barrerles el porche y asegurarnos de que no se les congelaran las cañerías. Teníamos amigos que habíamos conocido entre los guardabosques, Sam, Flip y Robby, y los jueves por la noche iban a vernos para tomar algo y jugar al póquer, cosa que hacíamos delante de la estufa de leña. Una vez el lago se congeló y condujimos la camioneta de Flip hasta el centro por hacer la gracia. Fue peligroso, pero lo pasamos genial. Cuando regresamos, Janelle nos tenía listo queso fundido y cacao caliente. Tu madre nunca fue una gran cocinera, pero cuando preparaba algo siempre daba en el clavo.

En primavera, sus padres vinieron a la boda. Hicieron lo posible por mostrarse amables conmigo, pero no les gustaba no haber podido conocerme antes de que le pidiera la mano a su hija. Siempre que la madre de Janelle me dirigía una sonrisa, parecía que se la hubiera pegado en la cara, y yo tenía miedo de que sospechara mi secreto. Pero son buena gente, y espero que ahora te sientas unida a ellos.

Tu madre no descubrió mi secreto hasta que ya estábamos casados. Sabía que le ocultaba algo, pero siguió queriéndome como si no le importase si se lo contaba o no, así que pensé que tal vez no tuviera que hacerlo nunca.

Si vienes algún día, sé qué me preguntarás. ¿Por qué me permití enamorarme? ¿Qué me hizo creer que era lo bastante bueno para ella, que lo malo no importaría?

Y, una vez más, quizá seas lo bastante mayor como para haberte enamorado también. Si es el caso, entonces ya sabes cuál sería mi respuesta.

Por un segundo pude verme varios años mayor, friendo beicon y huevos para Lee con una barriga redonda como la luna. En cuanto lo vi supe que nunca sucedería.

Ojalá hubiera podido ser un buen padre para ti. Un padre de verdad. Cuando Janelle me dijo que iba a tenerte, me prometí que lo sería, que tu infancia no se

parecería en nada a la mía. Tu madre siempre fue una persona feliz, pero mientras estaba embarazada de ti lo fue aún más. Se pasaba el día cantándote nanas, como si ya hubieras nacido.

El aliento se me quedó atrapado en la garganta al leer esas líneas. Mamá me había querido. Durante algún tiempo, al menos, la había hecho feliz.

No se lo habíamos contado a nadie, pero sabíamos que venías de camino y queríamos ahorrar todo lo posible, por lo que Janelle consiguió un empleo en un hotel al norte, en el lago Whippoorwill. Una noche estaba trabajando cuando vino Robby. Había bebido mucho y dijo cosas que no debería haber dicho, cosas sobre el cuerpo de tu madre. Dijo que no era la chica dulce e inocente que yo creía. Sabía que mentía, pero también sabía que no podría volver a pensar en nuestro verano perfecto sin oír sus groserías.

Le dije que se marchara, pero no lo hizo. Le dije que le haría daño, pero se rio sin más. Es durísimo descubrir lo que realmente piensa de ti alguien a quien has considerado un amigo.

Podría haberlo escrito yo.

Entonces sucedió lo impensable. Tu madre volvió pronto de trabajar.

Por mucho que le dijera que jamás le haría daño, ni siquiera si nos peleábamos, no sé si realmente me creyó. Desde aquella noche hasta que me marché, podía sentir su amor por mí, pero también su miedo. Quiero creer que no era el miedo lo que la mantenía a mi lado, pero quizá me esté mintiendo.

Es un alivio pensar que nunca lo sabré con certeza.

Una noche, cuando tu madre estaba de ocho meses, discutimos. Janelle deseaba volver a Pennsylvania, pero yo le dije que quería que nuestro bebé creciera amando aquellos bosques y colinas y ríos tanto como nosotros. No obstante, la pelea iba más allá de la cuestión de dónde vivir. Sabía que quería estar cerca de sus padres porque tenía miedo. Se lo dije, y entonces levantó la voz mientras se apartaba de mí. Vi terror en sus ojos. Salí de la cabaña para aclararme las ideas.

Janelle ya nunca reía, y yo sabía por qué.

Traté de recordar la risa de mamá y no lo conseguí. Pero me había querido. Me había querido.

Seguían algunas páginas en blanco y luego:

Quiero ser bueno por ti, pequeño Yearly, pero no puedo.

Solo puedo ser sincero. Así que ahora te lo contaré todo.

Lo primero que recuerdo es que era muy pequeño y estaba junto a un autocar alargado en el extremo de una gasolinera. Un hombre me había cogido de la mano y me llevaba a un cuarto de baño por detrás de los surtidores. No recuerdo su cara, pero me encerró con él e intentaba que hiciera algo malo, pero lo que hice fue algo mucho peor. Me lo comí.

Siento muchísimo el dolor y el asombro que esto te causará. No sé si habrá alguien más como yo en el mundo. Sé que hay personas en el planeta que se comen a otras igual que cualquiera se come un filete o una hamburguesa. Eso no es lo que hice. No era más que un niño, pero incluso con mis dientes de leche fui capaz de triturar sus huesos hasta acabar con ellos y, cuanto más comía, más hambre sentía.

Tu madre tenía una forma única de hacerme olvidar que era un monstruo incluso después de descubrir lo que había hecho. Hacía que me sintiera como si pudiera llevar una buena vida y ser un hombre honrado, y ese solo fue un motivo más por el que la amaba.

Yo no quería dejarte. Pero tuve que hacerlo porque, aunque sabía que jamás os haría daño a ti ni a tu madre, también sabía que no podía estar completamente seguro de ello. El único motivo por el que no le escribí fue porque tenía miedo de que no me respondiera. Ahora me arrepiento de ello, pero es demasiado tarde.

Tu madre era la luz del sol para mí. El mayor dolor de mi vida es saber que no volveré a verla.

Más páginas en blanco y, cuando volvió a aparecer su letra, era mucho más grande e infantil.

El primer día de cada mes se celebran todos los cumpleaños del pabellón que tienen lugar ese mes y siempre hay tarta de vainilla y una partida de bingo. Nunca supe cuándo es mi cumpleaños, así que los Yearly decidieron que sería el 1 de enero. Si supiera cuándo es el tuyo, le pediría a Travis que me lo recordase en el momento adecuado. Así podría imaginar lo que estarías haciendo para celebrarlo. Travis dice que hoy es 1 de abril de 1991, así que ya casi debes de tener nueve años.

Ojalá supiera si eres un niño o una niña, porque es difícil imaginarte sin saberlo.

Había un espacio en blanco y luego una línea más al final de la página:

Travis es mi amigo. Es el único aquí que me conoce.

Levanté la vista hacia el celador.

—¿Has leído algo de lo que pone aquí?

El hombre carraspeó, pero no apartó la mirada.

—Algunas partes.

—¿Él..., él te las mostró? ¿Quería que lo vieras? —Travis asintió. Sentí cierto resentimiento contra él. No tenía derecho a leer aquello, cuando era evidente que mi padre no estaba en su sano juicio—. ¿Por qué? —le pregunté—. ¿Por qué te dejó verlo?

—Lo siento si tienes la impresión de que he violado tu privacidad —respondió con amabilidad, y no me quedó más remedio que aplacar mi ira—. Estaba ansioso por que lo leyera. Necesitaba que alguien lo comprendiera, ¿sabes?

Asentí y volví al cuaderno. Más páginas en blanco y luego:

> No logro seguir el hilo de mis pensamientos. Tengo una idea y, en lo que tardo en coger el lápiz, se ha esfumado. No me permiten escribir con bolígrafo, solo con lápices sin afilar.
>
> Deben de pagar a alguien para que les lama la punta antes de dejarme tenerlos.
>
> Olvidar tiene una cosa de bueno. Sus rostros se han desvanecido. Ya no los recuerdo. Ahora, cuando caigo dormido, solo hay negrura.
>
> Pero cuando estoy en la cama saco del cajón la fotografía de tu madre y la contemplo, en cuanto me despierto y justo antes de dormirme. De ese modo no olvidaré su cara. Me duele mirarla porque sé que no volveré a verla, pero lo hago igualmente porque, si olvido su cara, sé que no quedará nada de mí.

Y, en la página siguiente, con pintura de cera violeta azulado:

> Hoy se han llevado mis lápices.

Había muchas más páginas en blanco, por lo que empecé a pensar que no quedaba nada más que leer. Entonces llegué a una página escrita con cera rojo chillón, en una letra tan confusa que apenas lograba descifrarla.

> Hoy me he destrozado la mano con la que escribo.
>
> LA MANO NO ESTÁ
>
> NO ESTÁ
>
> NO ESTÁ

Levanté la vista, con el corazón en la garganta. Mi padre tenía los ojos cerrados y no habría podido asegurar si se había quedado dormido.

—¿Qué quería decir? —le pregunté a Travis—. ¿Qué quería decir con lo de que se había destrozado la mano?

Despacio, con los ojos todavía cerrados, mi padre movió la mano izquierda hasta dejarla sobre el regazo, protegiendo la derecha. Observé el modo en que su rostro se arrugaba, como una hoja de papel estropeada con una falta de ortografía. Travis bajó la vista hacia el suelo.

Pasé la página, y luego otra, y otra. El resto del cuaderno estaba cubierto por una única palabra, repetida una y otra vez en todos los colores de la caja de ceras:

Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle
Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle
Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle
Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle
Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle
Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle
Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle Janelle

—¿Dónde está tu madre? —preguntó Travis en voz baja.

—Se ha ido —respondí.

—Era lo que me temía.

Miré a mi padre. Lentamente, muy lentamente, mi tristeza se convirtió en rabia.

—¿Por qué no respondes a mi pregunta?

—Por favor, Maren. Te he pedido que no lo alteres. —Travis suspiró—. Escúchame. Es importante. La doctora Worth está haciendo algunas llamadas respecto a ti.

—¿Cómo que llamadas? ¿Qué quieres decir?

Travis me recordó a un perro, húmedo, marrón y deseoso de complacer.

—A los servicios de protección al menor.

—¿Por qué?

—Dice que has venido con un macuto grande.

—Lo dejé en su despacho. ¿Cuál es el problema?

—No es que sea un problema. Pero le quedó bastante claro que cargabas con toda tu vida a la espalda.

Suspiré.

—Entonces ¿alguien viene a por mí?

—Aún no lo sé. Escucha, Maren, si no tienes adónde ir…

—Estaré bien —respondí a toda prisa.

—Mi turno acaba a las seis —continuó—. Entiendo por qué crees

que debes decir no, y no quiero que hagas nada con lo que no te sientas cómoda. Solo sé que Frank querría que al menos te lo propusiera.

Mi padre seguía con los ojos completamente cerrados.

—Gracias. De verdad que no puedo, pero... te lo agradezco.

—¿Segura? Puedo ayudarte a decidir qué hacer a continuación. Si no quieres ir a un hogar de acogida, claro.

—¿Crees que hay otra opción?

—No lo sé. Pero te haré la cena y ¿tal vez podamos pensar algo juntos?

—Está bien. —Me volví hacia el hombre en la silla—. Ahora tengo que irme, papá.

Él me agarró la mano y trató de apretármela. Sentí que debía decirle que volvería pronto, pero no lo hice.

Travis se quedó atrás un instante para ofrecerle unas últimas palabras de consuelo.

—Un momento. —Me detuve en el umbral y apoyé el puño en la jamba—. No voy a irme hasta que me cuentes lo que hizo con la mano.

Travis me apartó con un suave empujón antes de cerrar la puerta e introducir la llave en la primera cerradura.

—Creo que ya conoces la respuesta.

A las seis y diez, Travis bajó por la carretera de Bridewell en una vieja berlina negra. Me monté, y él sonrió y dijo:

—Espero que el día no se te haya hecho demasiado largo.

—No ha estado mal.

Sí que se me había hecho largo, sí; el paseo por Tarbridge no había ofrecido gran cosa, ni siquiera una biblioteca pública o una librería de segunda mano. Pero Travis había guardado mi macuto en el asiento trasero, así que al menos no había tenido que cargar con él todo el día.

Me lanzó una mirada de soslayo.

—¿Cuánto tiempo llevas sola?

—No tanto —respondí —. Solo un par de semanas.

—En un par de semanas pueden suceder muchas cosas.

Solo entonces me percaté de lo extraño que era que una persona que no fuese un devorador supiera que existía algo así. Travis era una de las personas más tranquilas y agradables que jamás hubiera conocido. No mostraba el más mínimo atisbo de horror o asco, ni siquiera cuando me dio a entender lo que mi padre había hecho con

su mano. Tal vez no se le hubiera pasado por la cabeza que yo pudiese ser como Frank.

—¿Has encontrado lugares seguros en los que dormir? —preguntó—. ¿La gente ha sido amable contigo?

No mentí, al menos no abiertamente. Dejé que imaginase que la señora Harmon me había despedido con un gesto de la mano y una sonrisa, que Sully vivía a base de verdura de la huerta y venado fresco, y que Lee había aparecido aquella noche en el Walmart en su propia camioneta negra. No hablamos de mi padre.

Travis vivía en un pequeño bungalow azul a media hora del hospital, en dirección hacia la cabaña de Sully. Otra casa vacía y confortable. No me gustó lo familiar que aquello empezaba a resultarme.

Una mesita enfrente de los fogones ya estaba puesta con un plato, cubiertos y un vaso, sobre un mantel acolchado que me recordó una vez más a la señora Harmon.

—Tendrás que disculparme —dijo Travis mientras abría un cajón y sacaba un segundo juego de cubiertos—. Esta noche no esperaba invitados.

—¿Vives solo?

Asintió.

—Desde que murió mi madre.

—Ay —exclamé—, cuánto lo siento.

Travis abrió el frigorífico y se inclinó para sacar con ambas manos una cazuela tapada.

—En mi último día libre preparé un estofado. Receta de mi madre. ¿Te parece bien?

—Claro.

—Espero que te guste —comentó mientras dejaba la cazuela sobre el fogón y lo encendía.

—Estoy segura de que estará delicioso.

Sonrió mientras levantaba la tapa y removía el estofado.

—Nunca había tenido que cocinar, pero he descubierto que disfruto con ello. Me gusta preparar las viejas recetas de mi madre porque me permite olvidar por unos instantes que ya no está entre nosotros.

—¿Siempre has vivido aquí?

Travis asintió.

—Es una casita agradable, ¿no crees? Nunca he querido vivir en ningún otro sitio.

A fin de complacerlo, recorrí con mirada apreciativa la cocina y el cuarto de estar. Había una manta afgana marrón y amarilla en el sofá

y una mecedora en el rincón, de aspecto tan frágil como si estuviera hecha de cerillas. Cuando Travis atravesó la habitación para abrir las ventanas, me vio contemplándola y dijo:

—Esa mecedora lleva más de ciento cincuenta años en la familia. Mi madre me daba el pecho en ella. Mi abuela le dio el pecho a mi padre en ella. Y así hasta llegar a los pioneros. —Mientras hablaba con sonrisa ausente, su mirada se perdió en la alfombra de dibujos que cubría el suelo—. Imagino que sería mi trastatarabuelo quien la fabricó.

—¿Tienes hermanos o hermanas? —pregunté.

Travis sonrió con pesar.

—No. Solo yo. Imagino que tú también eres hija única.

Asentí.

—Mi madre estuvo muy enferma después de darme a luz. El médico dijo que no podría tener más.

—Oh —respondí.

La casa se llenó de olores apetitosos conforme el estofado burbujeaba en el fogón. Las tripas me rugieron y ambos reímos. Travis sirvió un cuenco para cada uno y le vi unir las manos y agachar la cabeza antes de coger la cuchara.

El estofado estaba delicioso, pero empecé a sentirme algo incómoda cuando Travis se detuvo a observarme comer.

—¿Pasa algo? —pregunté.

Negó con la cabeza y me dirigió una media sonrisa mientras hundía la cuchara. Nos servimos un segundo cuenco y otro más. Por las ventanas del cuarto de estar entraba una fresca brisa nocturna y en un árbol del jardín delantero un pájaro cantaba una melodía que jamás había oído.

Travis no me dejó fregar los platos.

—Siéntete como en casa —dijo mientras se volvía hacia la pila—. Te traeré galletas de azúcar y limonada de postre.

Me senté en el sofá.

—De verdad que no tienes que tomarte tantas molestias.

—No es molestia alguna. —Se detuvo, con el estropajo lleno de espuma en la mano—. Supongo que simplemente es agradable tener a alguien a quien cuidar. —Meneó la cabeza, como si se rebatiera a sí mismo—. No, no a alguien: a ti, la hija de Frank. Nunca podré hacerle la cena a tu padre, pero al menos puedo hacértela a ti.

Mientras Travis acababa con los platos se extendió un silencio incómodo por la habitación. Cuando hubo acabado, sacó un cartón de limonada y una caja de galletas de azúcar de la pastelería de un supermercado, sirvió dos vasos y dispuso las galletas en un plato. Dejó

nuestro postre en la mesita de café y se sentó a mi lado. Respiró hondo, y supe que no me iba a gustar lo que estaba a punto de decir.

—Tengo que contarte algo —comenzó lentamente—. Algo que he de confesar.

De repente ya no se parecía tanto a un oso de peluche.

—¿Confesar?

—No es que no lo dijera en serio, lo de ayudarte a decidir qué hacer sin tener que ir a un hogar de acogida. Iba en serio. Realmente quiero ayudarte.

El desánimo se abría paso gota a gota.

—Dímelo ya, Travis. ¿Qué pasa?

Volvió a respirar hondo antes de continuar:

—Lo que tu padre se hizo... fue culpa mía.

Me quedé mirándolo.

—¿Qué? ¿Cómo...?

—Pensé que lo ayudaría si le demostraba de alguna manera que no estaba solo, que no era el único. Pasé meses buscando a las personas adecuadas, tratando de averiguar cómo hacer las preguntas correctas. Sabía que era peligroso, pero no me importaba.

—¿Qué personas? —inquirí—. ¿Qué preguntas?

Travis me contempló, triste y grave.

—Eres una chica inteligente, Maren. Sé por qué sigues haciendo preguntas cuyas respuestas ya conoces.

Clavé la mirada en las galletas de azúcar. De repente el estofado se me estaba revolviendo en el estómago.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Sabía que vendrías —dijo Travis—. Que serías como él.

Volvió a apoderarse de mí aquella sensación, la misma que cuando encontré a la señora Harmon muerta sobre el sofá, como si estuviera flotando varios kilómetros por encima de mis pies.

—¿No lo ves? Fue culpa mía por contarle de qué me había enterado. Pensé que lo consolaría, pero no me había planteado lo que significaría en tu caso. Fue una época muy oscura —murmuró—, en su vida y en la mía. —Levantó la vista, sus ojos claros y asustados—. ¿Entiendes lo que trato de decirte?

Negué con la cabeza.

—No se le había ocurrido que pudieras ser como él. Quedó devastado, Maren. Ese es el motivo por el que... él... — Travis tragó con dificultad y se quedó mirándome antes de bajar la vista hacia el suelo—. Ese es el motivo por el que se automutiló. Por mi culpa. Al intentar ayudarlo empeoré las cosas. —Se apretó los ojos con las palmas de las manos—. Pero es que mi vida siempre ha sido así.

Intento ayudar, pero nunca lo consigo. Lo echo todo a perder.

Me sentía mareada. No lo culpaba, solo habría preferido que no me lo dijese.

—No fue culpa tuya, Travis.

Se limpió los ojos y trató de sonreír, con poco éxito.

—No me lo creo, pero me siento mejor al oírtelo decir.

—No lo entiendo —añadí al cabo de un momento—. ¿De verdad fuiste a buscar a personas como nosotros?

Se encogió de hombros.

—Estaba fascinado. Cualquiera lo estaría. Quería saber cómo era posible que una persona de aspecto perfectamente normal, una persona como tú, engullese a otra como si se tratara del ogro de un cuento de hadas. Aún no lo he visto, pero sé que es posible. Sé que es real.

—Pero ¿no tenías miedo de que te...? —Dejé la pregunta inconclusa, y Travis suspiró.

—No había razón para tener miedo. —Por primera vez su mirada resultó desagradable—. Nadie me quería. —Al decirlo, parecía casi enojado.

—¿Adónde fuiste? ¿Cómo los encontraste?

—Hace años tenía un amigo en las fuerzas del orden y una noche tuve la oportunidad de preguntarle. Le conté lo que sabía (sin mencionar a Frank por su nombre, esto que te quede claro) y me dijo que era algo de lo que muy pocas personas en la policía estaban dispuestas a hablar. La gente desaparece todo el tiempo y, cuando no encuentran el cuerpo, se acepta y punto. A veces los polis saben quién lo hizo, pero nunca serán capaces de demostrarlo. Los devoradores pueden ser personas corrientes, ciudadanos de bien, respetables y demás. Mi amigo incluso me dio nombres; así es como los conocí. Hombres que estaban tomando un trago después de trabajar antes de volver a casa con su esposa e hijos, ¿sabes? No llegué a conocer a ninguna niña ni mujer, pero me hablaron de ellas. De que ellas también lo hacían. —Apoyó los codos en las rodillas, cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz, igual que solía hacer mamá—. No me sorprendería si hubiera policías que lo hacen. Mi amigo tenía sus sospechas.

Una vez más pensé en el bordado sobre la puerta de la comisaría, en lo equivocado que estaba.

—No puedes vivir esta vida sin querer en todo momento huir de ella —señalé.

«O que te encierren». Aquellas fantasías que había tenido con mi padre, con vivir en una casa y hacer todo lo que hacían las familias

normales..., qué absurdas resultaban de pronto.

Travis levantó la cabeza y me miró.

—Cada vez que lo hacías, ¿tu madre hacía la maleta y os marchabais al momento?

Asentí.

—¿Alguna vez te has preguntado qué habría pasado si os hubieseis quedado?

Negué con la cabeza.

—Puede que nada —observó—, pero sabíais que teníais que huir, así que huíais.

Me levanté y eché a andar. No soportaba estar tan cerca de él después de todo lo que había dicho.

—Hay algo más que no entiendo —comenté—. ¿Por qué no nos tienes miedo? —Él mantuvo la mirada clavada en el suelo, así que continué—: Lo que quiero decir es que el único motivo que se me ocurre es que fueras uno de nosotros..., pero no creo que sea el caso. ¿Lo eres?

—No —repuso negando con la cabeza y sin alzar la voz, que de repente se le tornó áspera—. No, no soy uno de vosotros.

—Entonces ¿por qué? ¿Por qué estás tan..., tan obsesionado con nosotros?

Cuando rompió a llorar, me invadió una nueva sensación, una mezcla de pena y vergüenza.

—Me siento muy solo, Maren. Ha sido así toda mi vida. Lo he intentado, créeme, lo he intentado. He intentado por todos los medios hacer amigos. Pero, cuando mi madre murió, supe que no quedaba en el mundo nadie que me quisiese.

—¡Acabas de decir que tenías un amigo que era policía!

Travis meneó la cabeza sin apartar la vista de la alfombra.

—No era un amigo. No de verdad.

Cuando alzó la barbilla y nuestros ojos se cruzaron, no vi a un hombre delante de mí. Vi a un niñito inconsolable.

—Sé que comprendes cómo me siento —dijo—. Tus padres siguen vivos, pero estás tan sola como yo.

—Tú no eres como yo, Travis. Tú eres una buena persona. Tú puedes salir al mundo y hacer amigos de verdad. Sé que puedes.

—Ya lo he intentado. No puedo seguir intentándolo cuando el resultado va a ser el mismo de siempre. No puedo pasar otra vez por ello, no puedo. —Sacó un clínex de una caja de pañuelos forrada de ganchillo y se enjugó los ojos—. ¿Puedo preguntarte algo?

Asentí con cautela.

—¿Qué es lo que te lleva a comerte a las personas que te comes?

¿Qué es lo que te impulsa hacia ellas? Sé que es distinto para cada uno de vosotros...

—No quiero hablar de ello.

Travis suspiró y dio una palmadita al cojín del sofá que tenía al lado.

—Me gustaría que te sentases. Me pone nervioso pensar que vas a salir corriendo por la puerta. Más nervioso de lo que ya estoy.

Me senté en el otro extremo del sofá.

—¿Por qué estás nervioso?

—Porque hay algo que necesito pedirte. —Trató de cogerme la mano.

—No. —Volví a ponerme de pie y me alejé unos centímetros—. No, no, no.

—Por favor, no..., no me malinterpretes. No intento aprovecharme de ti, de verdad. —Exhaló de manera lenta y deliberada—. Ni siquiera me interesan las mujeres en ese sentido.

—No puedo, Travis. —Sentí cómo me sacudían los temblores, oleada tras oleada tras oleada—. Lo siento mucho, pero no puedo. No puedo.

—Sé que está mal, y me odio aún más por pedírtelo —susurró—. Pero desde que conocí a tu padre y descubrí quién era, lo supe.

—¿Qué quieres decir con «lo supe»?

—Por favor —repitió—. Significaría tanto para mí...

Me fui acercando poco a poco a la puerta.

—Creo que debería irme.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó, mirándome con una calma espeluznante.

Me eché el macuto al hombro.

—No lo sé. Ya se me ocurrirá algo.

—Te lo suplico, Maren. No volveremos a hablar de ello. No diré ni una palabra más, te lo prometo.

Negué con la cabeza.

—¿En serio te crees que podemos ponernos a comer galletas y ver una película y charlar como si nada de esto hubiera sucedido? Realmente tengo que irme.

Se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas, y se frotó la cara con las manos.

—Está bien —suspiró—. Pero me sentiría mucho mejor si me dejases llevarte.

La cabaña de Sully quedaba lejos, pero Travis no se quejó. Me dormí

en el coche y, cuando me desperté, sentí alivio por no haber tenido que fingir. ¿Cómo íbamos a entablar una conversación normal después de lo que me había pedido?

Por suerte, ni lo intentó. Una vez que hube despertado, encendió la radio y escuchamos un partido de béisbol.

—¿Eres fan de los Brewers? —pregunté. Me sentí rara al decir algo tan corriente. Travis se limitó a encogerse de hombros.

La camioneta de Sully no estaba allí cuando aparcamos, a pesar de que las luces estaban encendidas y la puerta, abierta.

—¿Hola? ¿Sully? —lo llamé, aunque sabía que no podía estar en la cabaña. Aún quedaban brasas en la estufa de leña—. Tal vez haya ido a comprar leche —dije.

—¿Te espera?

Asentí. Travis se sentó en el sofá y lanzó una mirada a los trofeos de caza.

—Mejor me quedo esperando contigo hasta que vuelva.

—No pasa nada —respondí—. De verdad que no tienes por qué hacerlo. —Lo que quería decir era: «Por favor, vete», pero o no lo entendió o no quiso entenderlo.

—¿Dijiste que este tipo es amigo de la señora que conociste en el supermercado?

—Más o menos.

—¿«Más o menos»? —Travis enarcó las cejas.

—No quiero ser maleducada, pero tampoco creo que te deba ninguna explicación.

—En cierto modo ahora soy responsable de ti, Maren. ¿Qué le diría a tu padre si te pasara algo?

—Escucha, Travis. Sé que nunca me harías daño, pero eso no quiere decir que me sienta segura contigo.

—Eso no es justo —respondió en voz baja—. Sabes que estás segura conmigo, Maren. Lo sé todo sobre ti y no tengo miedo. ¿Es que eso no cuenta para nada?

—Por supuesto que sí. —Sentí una punzada de irritación, pero intenté que no se me notase—. Y te agradezco todo lo que has hecho por mí hoy.

Nos quedamos callados. Travis daba largas bocanadas de aire que se intercalaban con los sonidos nocturnos que atravesaban la puerta de malla. Sentí su mano, fría y húmeda, sobre el brazo.

—Puedo ser cualquier cosa que quieras. Puedo decir cualquier cosa que quieras, tú tan solo… —Descendió con los dedos hasta la muñeca y trató de agarrarme la mano.

Antes siquiera de saber lo que hacía, arranqué mi mano de la suya

y lo abofeteé con fuerza. Jamás le había hecho algo así a nadie y durante un segundo los dos nos quedamos mirándonos estupefactos.

—Habías prometido que no volverías a pedírmelo —acabé por decir.

—No lo entiendes —musitó—. No quiero aprovecharme de ti. Nunca, jamás te haría daño.

—No es así como funciona. —Me entraban náuseas cada vez que lo miraba—. Dijiste que lo entendías.

Trató de acercarse de nuevo, así que me puse de pie para alejarme de él. Sentí cómo se me pegaba su desesperación, cómo se adhería a cada rincón de mi cuerpo, fría y viscosa.

—Sé que puedo convertirme en alguien a quien pudieras querer —gimió—. Sé que puedo hacerlo, ¡solo tienes que decírmelo!

Lo agarré de la mano, tiré de él para ponerlo en pie, lo conduje hasta la puerta y lo empujé al exterior.

—Gracias por traerme y por darme de cenar. —No era capaz de mirarlo mientras forcejeaba con la cerradura de la puerta de malla—. De verdad que te lo agradezco —dije mientras veía cómo la mano le temblaba al sacarse del bolsillo las llaves del coche.

Por un momento se quedó parado delante de la puerta, limpiándose los ojos con la otra. Yo seguía sin poder mirarlo a la cara, pero sabía que estaba llorando. Finalmente se dio la vuelta y bajó a toda prisa los escalones desvencijados, y yo salí y me quedé en el porche viendo cómo se alejaba por el bosque iluminado por la luna. Creí que sentiría alivio, pero no fue así.

Pasó una hora y Sully no volvía. Saqué del macuto las fotocopias de mi confesión, las arrugué y las fui arrojando al fuego una a una.

> Me llamo Maren Yearly y soy responsable de la muerte de las siguientes personas… Penny Wilson (entre veinte y treinta años), en Edgartown o sus alrededores, Pennsylvania, 1983… Luke Vanderwall (ocho años), campamento Ameewagan (montañas de Catskill), Nueva York, julio de 1990… Jamie Gash (diez años), Badgerstown, Maryland, diciembre de 1992… Dmitri Levertov (once años), Newfontaine, Carolina del Sur, mayo de 1993… Joe Sharkey (doce años), Buckley, Florida, octubre de 1994… Kevin Wheeler (trece años), Fairweather, New Jersey, diciembre de 1995… Noble Collins (catorce años), Holland, Maine, abril de 1996… Marcus Hoff (quince años), Barron Falls, Massachusetts, marzo de 1997… C. J. Mitchell (dieciséis años), Clover Hills, Nueva York, noviembre de 1997… Andy (desconozco su apellido, pero era empleado del hipermercado Walmart cerca de Pittston, Iowa), junio de 1998…

La verdad no me haría libre. Solo acabaría igual que mi padre.

Deambulé por la cabaña en busca de una distracción. En un anaquel del comedor había una fila de viejísimos libros en rústica, pero la mayoría eran novelas de espías o románticas, nada que me interesase. Entré en la cocina a prepararme un chocolate caliente y queso fundido; no es que fuera la mejor época del año para ninguna de las dos cosas, pero imagino que necesitaba sentir que aquella cabaña era mi casa, o al menos una versión más de ella. No había pan, queso ni cacao en polvo, así que me conformé con un pedazo de cecina.

Luego abrí un armario junto a la puerta trasera, esperando encontrar velas de citronela o una pila de juegos de mesa. En cambio, estaba repleto de objetos variados, ropa y pequeños amasijos dorados de joyas de mujer, walkmans y monedas de colección en cajas de plástico transparente, toscos cubiertos de peltre y otros cachivaches. Metí una mano curiosa en el revoltijo y un minuto después mis dedos se toparon con los contornos de algo que parecía terriblemente familiar.

Extraje el objeto del armario. Era la esfinge del señor Harmon. Traté de decirme que no era más que un recuerdo, pero sabía que no era verdad. Sully cogía cosas que podía vender, no cosas por las que recordar a sus víctimas.

A continuación fui a su dormitorio, aunque no me atreví a encender la luz. La cama estaba hecha, pero todo a su alrededor era un batiburrillo de objetos que no cabrían en el armario: lámparas y relojes y muñecas de porcelana con ojos basculantes de cristal.

Me senté en la cama y me puse a curiosear en la mesilla. Más joyas. Una petaca de plata deslucida; no la que Sully llevaba en el bolsillo, sino la de otra persona. Tarjetas de crédito con distintos nombres. Entre ellas había un carnet en el que ponía: PERSONAL DEL PARQUE NACIONAL, FRANCIS YEARLY. En una esquina aparecía en una pequeña foto en blanco y negro, borrosa, pero, con todo, pude distinguir su sonrisa.

«Papá, papá, papá». Una palabra sin significado. ¿Qué hacía Sully con el carnet de mi padre? No tenía sentido. ¿Cómo lo había conocido? ¿Qué quería hacer con él?

El ruido del motor de una camioneta y la luz de los faros contra la pared me sacaron de mi ensueño. Corrí hasta la habitación de invitados y escondí el trofeo y el carnet en la mesilla. Oí los pasos de Sully por los desvencijados escalones del porche, seguidos del golpe de la puerta de malla.

—¿Missy? ¿Estás aquí? —llamó con su peculiar deje sureño.

Tardé un segundo en recomponerme antes de salir al cuarto de estar.

—Hola, Sully. —«¿Quién eres?».

Se quedó parado bajo la cabeza del ciervo con la compra en una bolsa de papel.

—Vaya, vaya. No te esperaba de vuelta tan pronto.

—¿No te parece bien que haya venido?

—¿Que si me parece bien? ¡Pues claro! —Dejó la bolsa de la compra en la mesa de la cocina y metió la leche en el frigorífico—. ¿Tienes hambre?

—La verdad es que no, gracias. —Esperaba que las tripas no me sonaran y me delatasen.

—¿Dónde está tu novio?

—Ha vuelto a Virginia.

—¿Te ha dejado aquí sola?

Asentí, pero solo porque no quería explicárselo todo.

—¿Te da pena que se haya ido?

Me encogí de hombros, y Sully me dirigió una mirada astuta.

—Quieres pensar que no. —Abrió un botellín de cerveza, se sentó a la mesa y echó la cabeza hacia atrás. Vi cómo la nuez le subía y bajaba al beber. Suspiró y se limpió la boca—. ¿Has abandonado la búsqueda de tu padre?

—No —respondí—. Lo encontré.

Sus pobladas cejas grises se alzaron disparadas.

—Un trabajo detectivesco de lo más rápido.

Me metí las manos en los bolsillos y jugueteé con la alfombra trenzada del suelo con la punta del pie.

—Sí, bueno.

—¿Bueno? ¡Me tienes en ascuas, chiquilla!

—Está en una residencia —dije lentamente—. Una residencia psiquiátrica.

—Ay, Missy. Cuánto siento oírlo.

Mientras hablaba me pregunté qué otras mentiras me habría dicho. Sully no lo sentía, ni un poco. Sabía desde el principio quién era mi padre.

—Tienes razón —repuse—. Debería haberme olvidado de él y haberme ido contigo cuando nos conocimos.

No sé qué me hizo decir aquello. En ese momento Sully era la última persona con la que habría querido viajar. «La lengua de su padre encurtida, el corazón de su madre guisado».

Dio otro trago a la cerveza y me lanzó una mirada extraña. En ese momento me di cuenta de que ya no existía la sensación de «nosotros contra el mundo», ya ninguno hablaba de la clase de pesca que me había prometido, como si supiera que había estado hurgando en sus

armarios.

—¿Tienes idea de lo que vas a hacer después?

Negué con la cabeza. Deseé no haberle dicho a Travis que se fuera. O a Lee. Si no hubiera discutido con Lee, esa noche horrible jamás habría tenido lugar.

Sully se acabó la cerveza y tiró el botellín a la basura.

—Bueno, ya tendrás tiempo de pensarlo mañana.

—¿Esta vez seguirás aquí cuando despierte?

El viejo asintió.

—Que duermas bien, Missy.

10

Entré en el dormitorio y giré la llave en la cerradura con la mayor suavidad posible. Saqué la esfinge y la dejé encima de la mesilla, y guardé el carnet de mi padre en el macuto. Luego apagué la luz y, sin quitarme los tejanos, me metí en la cama en la que había dormido Lee, arrebujándome bajo la colcha de patchwork roja y azul. Podía olerlo en las sábanas, y eso me reconfortaba. Probablemente ya estuviera a medio camino de Tingley.

Cuando caí dormida, soñé con la señora Harmon. Estábamos sentadas a la mesa de la cocina y la luz que pasaba por los atrapaluces formaba estanques refulgentes de verde y azul sobre el linóleo. Cortaba el pedazo de tarta que me había prometido.

—Es de zanahoria con cobertura de crema de queso —dijo con orgullo al depositar el esponjoso pedazo dorado en un plato y tendérmelo—. Es la última tarta que hornearé jamás, así que me alegro de que haya salido bien.

La señora Harmon sirvió dos taza de té de una tetera de porcelana al tiempo que yo devoraba la tarta. Me observó comer mientras, pensativa, bebía a sorbitos.

—No es un hombre muy agradable, ¿verdad, querida?

—¿Quién? ¿Sully?

La anciana asintió. Yo me llevé la mano al cuello para tapar el guardapelo.

—¿Porque se llevó el trofeo de su marido?

—Ese es uno de los motivos.

—Me ha dado un montón de buenos consejos.

—¿Sientes agradecimiento hacia él?

—Sí. Supongo que sí.

—Maren —comenzó diciendo, al tiempo que dejaba la taza y apoyaba las palmas de las manos en la mesa—, a veces las peores cosas de la vida son las que más nos enseñan. Aprendes lo que puedes y, en cuanto a las partes malas, bueno…, «las dejas pasar y sigues adelante con el asunto de vivir», como solía decir mi Dougie. ¿Entiendes a lo que me refiero?

—Creo que sí.

—No te preocupes por el guardapelo, querida. Me alegra saber que

pensarás en mí siempre que lo lleves puesto. —Suspiró—. Lo único que siento es no haber podido enseñarte a hacer calceta.

—Señora Harmon, tengo que decirle algo.

Me sonrió con expectación. Solté el tenedor y bajé las manos al regazo. Solamente había tomado un sorbo de té, pero la taza estaba vacía y la anciana cogió la tetera y me la rellenó hasta el borde. Yo contemplaba sus manos cuando lo hacía, y eran las de una mujer mucho más joven. Pensé que me resultaría más fácil si decía lo que tenía que decir mientras seguía sirviendo el té. Después de toda la amabilidad que me había mostrado, sería demasiado duro mirarla a los ojos.

—Soy como él —musité.

Soltó la tetera con un gesto pausado.

—No, querida —dijo posando su mano sobre la mía—. No, no lo eres.

La cocina se desvaneció hasta desaparecer, al igual que la señora Harmon. Tenía su mano en la mía y vi cómo se evaporaba. De repente estaba de vuelta bajo el montón de abrigos en la habitación de invitados de Jamie Gash; un cuello de piel me hacía cosquillas en la mejilla y oía a mi madre llamándome. «Levántate, Maren. Despierta».

Debido a la confusión del sueño, por un segundo estuve convencida de que, después de todo lo sucedido, había acabado por cambiar de idea, había vuelto y me había encontrado usando algún tipo de instinto maternal para orientarse. Al cabo de un segundo estaba completamente despierta, con el corazón en la garganta. Había alguien en la habitación, pero no era mi madre. Tendría que haber sabido que no serviría de nada echar la llave.

Sully estaba sentado en una butaca en el rincón del dormitorio. No podía distinguir su cara.

—Ya veo que has encontrado el carnet.

—Era de mi padre. —Incorporándome sobre los codos, me pegué al cabecero como si pudiera escapar de él—. ¿Cómo lo conseguiste?

—Lo dejó aquí. —Sully se rascó el mentón, que sonó como papel de lija—. Es mi hijo.

—¡¿Tu hijo?!

Por segunda vez aquella noche sentí como si flotase a la deriva lejos de mí misma. No era posible. No. «Aparte de mi abuelo, nunca lo hice en casa».

—Aquella maldita mujer se metió en el coche y me lo arrebató —estaba diciendo Sully—. Para cuando di con ella, lo había perdido. Un hombre le había robado a mi chiquillo delante de las narices. —Soltó un bufido de desdén—. Tampoco es que fuera una lumbrera, eso

también es verdad.

—¿Mi…, mi abuela?

—Sí. —Ladeó la cabeza, como si fuera la primera vez que caía en la cuenta del parentesco—. Entiendo que lo era.

—¿Qué fue de ella?

Sully soltó una carcajada fría y terrorífica. Fue respuesta suficiente.

—¿Sabías dónde estaba mi padre? ¿Mientras vivía con los Yearly?

—No podía ponerme en contacto con él. Al menos sin montar una escena, y eso era lo último que necesitaba. Pero esperé demasiado. Está escondido y ahora sabe que nunca podré llegar a él. Pero, bueno, supongo que ya no hace falta, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Sabía que andabas por ahí. Y, si no podía llegar a él, al menos podría llegar a ti. Estaba esperándote, Missy. Todo este tiempo —dijo lentamente— he estado esperando a que volvieras.

Una sensación de fría náusea se abrió paso por mis tripas.

—¿Por qué no me dijiste quién eras?

Sully rio por lo bajo.

—¿Por qué has tardado tanto tiempo en darte cuenta?

Ninguno de los dos habló durante un minuto largo. Al cabo, le pregunté:

—¿Por eso has estado esperando?

Sully cambió de postura sobre la silla, y oí cómo le crujían los huesos.

—Cada hijo es un error —dijo—. Cada hijo desde el primero. Lo entiendes, ¿verdad, Missy?

—No lo sé —repuse con cautela—. ¿Qué más te comerías?

Sully rio.

—Ahora sí que le estás dando a la mollera.

«La lengua de su hijo encurtida, el corazón de su nieta guisado».

Entonces exhaló, y lo olí, y era como el campo de batalla un día después, como una cloaca atascada, como cien vertederos, todo mezclado en un único aliento. Os lo imagináis, ¿verdad? El hombre se alimentaba de cadáveres y jamás se lavaba los dientes.

No podía ver la navaja, pero sabía que estaba ahí. Iba a matarme con la misma hoja que había usado para pelar la manzana.

«Sal de aquí —dijo mamá—. Sal de aquí o te atrapará bajo las mantas».

A menudo he deseado estar muerta, pero no quería morir así. Aparté la colcha de una patada en el momento en que se abalanzaba hacia la cama. Se tiró encima de mí, pero no me atrapó por completo (me sujetaba los brazos, pero las piernas las tenía libres) y sentí el frío

de la hoja de la navaja deslizarse contra mi antebrazo izquierdo.

—¡Me mentiste! —grité—. ¡Era mentira!

—Jamás te mentí —siseó, y su aliento sobre la cara estuvo a punto de noquearme—. Solo me los como una vez muertos. Pero no siempre dejo que mueran a su hora.

¿Por qué había pasado todo aquel tiempo contándome historias? ¿Haciéndome preguntas? ¿Enseñándome cosas? ¿Para qué servía nada de aquello si solo quería comerme?

Para entretenerse. O puede que tan solo para engordarme.

«Ahora, libera la mano izquierda. Haz que se le escape la navaja. Agarra el trofeo».

Levanté la rodilla y empecé a cocearle las piernas con el talón, y, aunque como intento resultó bastante lamentable, se distrajo y dejó de sujetarme con fuerza las manos. Saqué la izquierda, le propiné un golpe al mango de la navaja y continué dándole patadas mientras tanteaba en busca del trofeo en la mesilla. Él buscaba la navaja mientras yo hacía lo propio con la esfinge. El corazón me dio un vuelco cuando los dedos palparon sus contornos de frío metal; agarré el trofeo por el ala y tracé un arco por encima de mi cabeza. El golpe le cayó sobre la coronilla y soltó la navaja.

—¡Puta! —gritó—. ¡Maldita puta!

Se incorporó y se llevó la mano a la cabeza; entonces fue cuando le propiné el golpe de gracia. Se desplomó encima de mí y noté la sangre, caliente y pegajosa, en los dedos. Dejé caer el trofeo al suelo, aparté a Sully de un empujón y bajé rodando de la cama, en busca de mis zapatillas.

Pensándolo ahora, sé que debería haber guardado mis cosas en el macuto. Pero no tenía idea de cuánto tardaría en recobrar el sentido, así que no podía perder ni un segundo. Bajé como una flecha los escalones de madera chirriante y me adentré en el bosque sin otra cosa que el cuaderno en la mano y el certificado de nacimiento en el bolsillo trasero de los tejanos.

No tenía nada que hacer, claro. Aunque hubiera sido capaz de salvar corriendo por el bosque los tres o cuatro kilómetros que me separaban de la carretera principal, era casi imposible que encontrase a quien me recogiera en mitad de la noche. Sully me perseguiría en la camioneta. Tal vez me atropellara y así, después de todo, conseguiría lo que había pretendido en aquella autovía de Iowa.

El camino estaba enfangado y resbalé más de una vez, pero me reincorporaba y seguía adelante, cogiendo aire a bocanadas para apartar el miedo. Las rodillas llenas de barro y las manos de sangre. Aun cuando hubiera alguien en la carretera a esas horas, nadie en su

sano juicio pararía por mí.

Casi había llegado al final del camino de tierra cuando vi una luz a lo lejos. Aflojé el paso conforme me acercaba, y la luz resultó ser de un vehículo. Un vehículo vacío, con la puerta del conductor abierta de par en par.

Me detuve al lado, tratando de recuperar el aliento, y volví la cabeza antes de inclinarme para echar un vistazo al interior. Era el coche de Travis. Su llavero del pato Donald todavía se balanceaba colgado del encendido.

Alcé la cabeza y recorrí con la mirada el bosque iluminado. No me atreví a gritar su nombre, pero tuve la sensación de que no habría servido de nada. No estaba ahí fuera.

Aparqué en el camino de entrada de casa de Travis mientras salía el sol y accedí a ella en silencio. Los vasos de limonada y el plato de galletas de azúcar seguían en la mesita de café.

Me quité la camiseta y los tejanos, y los introduje en la lavadora. Luego me metí en la ducha, abrí el grifo a la máxima temperatura que pude soportar y lloré. Ya no había ningún lugar seguro.

Ni siquiera podía quedarme ahí mucho tiempo. Travis no iría a trabajar y alguien vendría a buscarlo. Froté su jabón entre las manos, usé su champú Head & Shoulders y su mullida toalla blanca, y me miré al espejo como si fuera otra persona, alguien sin nombres escritos en el corazón. Estaba cansada de fingir ser normal.

Cuando salí de la ducha, me enjuagué con el Listerine de Travis. Metí la ropa en la secadora y merodeé por la casa. La planta de arriba constaba de una única gran estancia con techo inclinado y ventanas abuhardilladas, con retratos de sus padres en la cómoda y la mesilla, y una colcha de flores en la cama. Tal vez hubiera heredado el dormitorio cuando murió su madre.

Encontré una mochila nueva colgada de un gancho en el armario y, a continuación, abrí todos los cajones de la cómoda. Su ropa me habría quedado demasiado grande, pero necesitaba dinero y Travis parecía el tipo de chaval que guardaría algo de efectivo en el fondo del cajón de los calcetines.

Pero me equivoqué. El dinero no estaba en el cajón, sino en el armario, enrollado en la puntera de un viejo zapato de cuero. Me senté en la cama, con el pelo chorreando sobre la colcha, y conté setecientos dólares.

Tuve que limpiar el volante antes de encender el coche. Quería seguir a Lee hasta Tingley, pero no sabía qué decirle. ¿Y si «me lo advertiste» no servía para arreglar las cosas? ¿Y si ya no quería ser mi amigo?

Sabía que no debía ir. Pero hacer cosas que no debía era, por así decirlo, mi especialidad.

Después de la camioneta, el coche de Travis era fácil de conducir. Averigüé cómo repostar cuando hacía falta y tuve cuidado de respetar el límite de velocidad. Soltaba un suspiro de alivio cada vez que un coche de la policía estatal pasaba de largo. Aquella noche hice lo mismo que Lee y yo habíamos estado haciendo; encontré un parque, pero no demasiado cerca de ninguna zona de acampada, me fui al asiento trasero y me ovillé bajo una manta rasposa que había encontrado en el maletero.

Cuando me quedé dormida, soñé con Sully. Estaba de vuelta en la Tación de Invitados de la señora Harmon, sofocada por la oscuridad, solo que esta vez no era capaz de retirar la ropa de cama a tiempo y él me atrapaba de forma que no podía dar patadas. Con una mano me sujetaba las muñecas contra la almohada y con la otra alcanzaba el trofeo. Sujetaba la esfinge por encima de la cabeza y yo veía la luz de la luna reflejada en las alas de bronce. «No existe la forma de escapar limpiamente, Missy», decía, y me desperté justo antes de que el trofeo me golpease en la cara.

Hasta que no llegué a Tingley no caí en la cuenta de que no conocía el apellido de Lee, así que fui al instituto. Ya estaban de vacaciones de verano, pero la oficina de información seguía abierta. Una amable secretaria llamó al número de Kayla y me cedió el teléfono.

—Hola —dije—. Soy Maren, la amiga de Lee, ¿recuerdas? Nos vimos aquella vez en casa de tu tía.

—Ah, sí —repuso con desconfianza—. Ya me acuerdo.

—Quise decirte hola aquel día, pero...

—Ya —respondió—, no pasa nada. ¿Mi hermano está contigo?

—¿Quieres decir que no está ahí?

—No ha vuelto desde la vez en que estuvisteis los dos. —Se detuvo —. ¿Se encuentra bien?

—Estoy segura de que sí. Hemos... discutido, más o menos. Imagino que simplemente quería volver y hacer las paces con él.

—¿Te dijo que iba a venir a casa?

—Sí. Pero es probable que se liase por ahí. Puede que encontrase trabajo.

—Sí—respondió—. Puede.

Había algo más que quería decirle, pero no sabía por dónde empezar. Por suerte, me ahorró el problema.

—Ahora tengo que irme a trabajar, pero ¿crees que podríamos quedar después y hablar? Termino a las ocho. —Se detuvo—. Si quieres, es probable que pueda conseguirte un cucurucho de helado gratis.

Sonreí al teléfono.

—Gracias —dije—. Estaría fenomenal.

Haciendo honor a su palabra, Kayla apareció en el aparcamiento de la heladería Halliday con un helado de dos bolas de mantequilla de cacahuete. Se subió al asiento del pasajero. Entre lametón y lametón, le pregunté:

—¿Aprobaste el examen de conducir?

Asintió.

—Tuve que tomar prestada la camioneta de un amigo, así que estaba un poco nerviosa, pero lo hice bien. Me acordé de parar en la señal de stop y todo. Lee dijo que si era capaz de aprender a aparcar en paralelo con una camioneta, no tendría problemas, y acertó.

Sonreí.

—Me alegro un montón.

Bajó el parasol y se miró en el espejo.

—Veo que tú también has aprobado. —Cuando negué con la cabeza, abrió los ojos como platos—. ¿Me estás diciendo que has conducido todo el camino hasta aquí sin carnet?

—No me han parado ni nada. Tu hermano es buen profesor.

Me dirigió una sonrisa triste y contempló cómo daba buena cuenta del helado. Una vez que hube engullido el último pedazo de oblea del cucurucho, estaba lista para decirle el otro motivo por el que había vuelto a Tingley.

—Lee dijo que deseaba que tuvieras un coche, así que quiero que te quedes con este. Pero dile a Lee que te cambie las placas de matrícula la próxima vez que venga a casa.

Kayla se me quedó mirando boquiabierta.

—Por favor, no me preguntes de quién era el coche. No lo he robado, y eso es lo único que necesitas saber.

Por la mañana preparó para las dos un par de cuencos de cereales con chocolate, que comimos en los escalones delanteros.

—Podrías quedarte un tiempo —dijo Kayla—. Espera hasta que

vuelva Lee. A mi madre no le importaría. —Su madre no había pasado por casa desde que llegué.

—Gracias —respondí—. Es muy amable por tu parte. Pero no creo que Lee quisiera que me quedase.

Torció el gesto.

—Yo tampoco creo que lo quisiera. Pero no entiendo por qué.

—Te quiere más que a nadie en el mundo. Quiere protegerte.

—¿Protegerme de qué?

Suspiré.

—Tiene que ver con Rachel, ¿verdad? ¿Te contó lo de Rachel?

Asentí.

—Me gustaba Rachel —dijo con tristeza.

—Lee me contó que sigue en el hospital.

—Intenté verla una vez, poco después de lo sucedido. No me dejaron entrar.

—Mi padre está en uno de esos sitios. —Removí la leche chocolateada del fondo del cuenco de cereales—. Un lugar llamado Bridewell, en Wisconsin.

Kayla soltó el cuenco y me dio una palmadita en el hombro.

—Lo siento.

Me duché y me puse un par de prendas de sobra de Kayla. Habría querido pedirle una camiseta negra, pero me lo pensé mejor.

Me llevó de vuelta a la interestatal y me bajé del coche con la mochila de Travis llena de comida, otra muda de ropa y dos novelas de Madeleine L'Engle que Kayla había birlado para mí.

—¿Estás absolutamente segura de que me quieres dar tu coche? —preguntó tras apagar el motor.

—Segura.

—¿Adónde vas a ir?

—Imagino que volveré a Bridewell.

—¿A visitar a tu padre? ¿Y luego qué?

Me encogí de hombros. Volver a Wisconsin era como meterse en las fauces abiertas de Sully, pero no sabía adónde ir si no.

—Cuando Lee venga a casa, le diré que te busque allí.

Sonreí cuando se bajó del vehículo y rodeó el parachoques delantero para darme un abrazo. Fue muy amable, pero sabía que no tenía sentido esperar que Lee me siguiera.

Esta vez, de puro milagro, no tuve problemas con el autostop. El segundo día llegué hasta Oberon, Kentucky, donde la pareja de mediana edad con la que viajaba me invitó al especial de pastel de

carne y a un helado con caramelo caliente en un restaurante veinticuatro horas. Gracias a Travis pernocté en un motel, me di un baño largo y dormí con el televisor encendido.

A la mañana siguiente fui a caminar por las colinas. Atravesé un puente de madera cubierto sobre un arroyo escaso, pasé junto a la ropa tendida en cuerdas fuera de alguna granja destartalada aquí y allá. No sabía adónde iba, pero por primera vez en semanas no estaba angustiada. La estancia con Kayla me había hecho sentir mejor sobre muchas cosas. Si no volvía a ver a Lee, tanto mejor para él. Travis se lo había buscado y, si Sully quería acabar conmigo, que me encontrase. Estaría lista.

Llegué a un recodo y me detuve a admirar las vistas. Un viejísimo granero pintado de rojo descollaba al borde de una pradera (en realidad era un terreno sembradío, pero llevaba años sin labrarse) y más allá, rodeándolo, se veía una densa extensión de pinos que se elevaban hasta una cresta a poca distancia.

El granero pertenecía a la granja al otro lado de la carretera. La casa y el patio estaban rodeados de una valla de madera blanca en un estado de conservación lamentable, y la casa como tal no tenía mejor aspecto. Algunas de las ventanas estaban rotas y había una declaración de ruina con ronchas de agua grapada a la puerta delantera. Allí llevaba años sin vivir nadie.

Levanté el pasador de la pequeña cancela de madera y rodeé la edificación. En el patio trasero había un pozo tapado y un cobertizo equipado con aperos oxidados. Saqué un hacha y la sostuve en la mano. En un huertecillo modesto, rodeado de alambre de gallinero, todavía asomaba alguna ramita de albahaca o romero entre las malas hierbas y las flores silvestres.

Atravesé la carretera para echar un vistazo al granero. El pestillo de la puerta estaba cerrado y, cuando lo abrí, varios pájaros expresaron su protesta desde los nidos de las vigas. Aunque los establos se hallaban vacíos, el lugar conservaba el olor dulzón del heno y la bosta de vaca, y la escalera al sobrado parecía lo bastante sólida como para soportar mi peso. Subí y miré por la ventana hacia los árboles. No habría podido pedir un escondite mejor.

Volví a bajar por la autovía y compré una tienda, un saco de dormir, cinco litros de agua y otros productos básicos en una tienda de artículos militares cerca del motel. Esta vez me acordé del abrelatas.

Pasé semanas alimentándome de alubias enlatadas y los restos del huerto, durmiendo en mi nueva tienda en lo alto del granero con el

hacha a mi lado. En sueños, mi padre se me acercaba y me sonreía al tiempo que me tendía la mano. Yo abría la boca y él metía la mano dentro. Corría por los pasillos serpenteantes, de paredes manchadas con palabras, y uno a uno los iba encontrando a todos, esperándome en la oscuridad. Hasta Sully, desmadejado en el suelo con la espalda contra la pared, atrayéndome con una mirada cansada antes de ofrecerme su cuello.

Bajé por la autovía hasta una droguería, compré dos frascos grandes de Listerine y esa noche me zambullí en un océano de colutorio con sabor a canela. Cuando desperté, aún notaba el picor en la nariz.

Algunas tardes me sentaba en el tejado del granero mirando hacia la carretera con *Perturbando a una estrella* de Madeleine L'Engle abierto en las rodillas, veía una camioneta roja oxidada doblar el recodo y, olvidando lo que había soñado, notaba el corazón súbitamente atrapado en la garganta. Otras veces imaginaba vivir así para siempre, sin hacer daño a nada ni a nadie, saludando y despidiendo al sol cada día, y trazando mis propios motivos entre las estrellas.

Luego, por supuesto, se pasaba el día lloviendo o encontraba una rana muerta en el pozo o algún vecino se acercaba peligrosamente, y entonces me pensaba mejor lo de vivir allí de forma indefinida. No había librerías de segunda mano en aquel pequeño tramo de la autovía y la granja no me había provisto sino de una vela, una pila de periódicos con una década de antigüedad y una caja de cerillas.

Así que la última semana de julio hice el equipaje y, dejando el hacha en el suelo del sobrado, bajé la escalera por última vez. Me había hecho sentir segura, pero no podía hacer autostop con un hacha en la mano.

Una camionera, fanática de los Beatles y que prácticamente vivía a base de Red Bull y esos paquetitos de galletas naranja de mantequilla de cacahuete, me dejó en Tarbridge tres días después. Subí por la carretera de Bridewell con la esperanza de que la camioneta negra estuviera allí, pero mareada por la certidumbre de que no estaría.

No estaba.

No estaba.

Y entonces apareció.

Lo encontré con las piernas colgando del borde de la caja de la camioneta, con el Stetson de Barry Cook protegiéndole los ojos del sol de primera hora de la tarde. Sostenía una lata de Pepsi en una mano y

una revista en la otra. Rodeé la camioneta por detrás, dejé la mochila en la grava, lo miré y escondí la cara entre las manos.

—Ey. —Sentí cómo las suyas se posaban con dulzura sobre mis hombros—. Ey, ya está. Sabía que volveríamos a encontrarnos.

Quería que me rodeara con los brazos, pero tuve que conformarme con sus dedos en el pelo, acariciándome y calmándome como si fuera un niño desconsolado.

No sabía qué decir, así que pregunté:

—¿Qué has estado haciendo?

—Bah, ya sabes. Echando una mano aquí y allá. —Me dirigió una de sus sonrisas irónicas—. Encontré un mecánico que necesitaba un poco de ayuda, así que me quedé con él un par de semanas. —Lee bajó la vista hacia mi nueva mochila y frunció el ceño—. ¿Qué le ha pasado a tu macuto?

—Lo perdí.

—¿Y todo lo que había dentro?

Asentí.

—¿Incluido E. T.?

—Incluido E. T.

Se encogió de hombros.

—Pues vaya.

Me enjugué los ojos con las palmas de las manos.

—Parece que he llegado justo a tiempo, ¿no?

—Eso es lo que tú te crees —dijo, pero sonreía—. Llevo aquí sentado día tras día desde hace una semana. Y ni siquiera tenía calceta para entretenerme.

Se sentó en la caja, y yo me subí y me senté junto a él. Abrió otra lata de refresco y me la tendió.

—Ya no hago calceta.

—¿Por qué no?

Pensé en la mujer en silla de ruedas de Bridewell y en la lana y las agujas de la señora Harmon, guardadas en el armario de Sully con las pertenencias de otras personas.

—Es una larga historia.

—Gracias por regalarle el coche a Kayla. De verdad que ha significado mucho para mí.

Pues claro. Por eso lo había hecho.

—De nada —respondí—. ¿Le cambiaste las placas de matrícula?

Asintió.

—Pero ¿de dónde lo sacaste? —Me atravesó con la mirada—. ¿O prefieres no contármelo?

—No me lo comí —dije.

—Entonces ¿quién lo hizo?

En lugar de responder, le di un sorbo al refresco.

—¿Volviste a la cabaña de Sully?

Negó con la cabeza.

—¿Y tú?

Asentí.

—Ojalá hubieras ido. —Entonces se lo conté todo.

—Ya te dije que la familia está sobrevalorada —comentó Lee cuando acabé.

Me metí los puños en los bolsillos de los tejanos y le di un puntapié a una piedra.

—He sido una cándida, ¿verdad?

Lee negó con la cabeza.

—Solo me alegro de que estés bien.

—Por el momento.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, poco más de un mes? ¿No crees que en todo ese tiempo habría sido capaz de localizarte? No tuvo problemas para encontrarte en la feria.

—¿Quieres decir que..., que tal vez lo matara?

Se encogió de hombros.

—Desde luego, es posible matar a una persona si le arreas lo bastante fuerte en la cabeza. ¿No lo has pensado?

Meneé la cabeza al tiempo que inspiraba con vacilación.

—Yo que tú tampoco me sentiría demasiado mal al respecto. Era tu vida o la suya. —Al cabo de un momento preguntó—: ¿Vas a visitar a tu padre?

No respondí de inmediato. Contemplé al hombre tras la ventanilla de la garita y, más allá de la valla, las tres plantas infinitas de ventanas con barrotes. Pensé en mi padre, sentado en aquella silla con el fantasma de su mano derecha escondido bajo la manta, dejando que le limpiase la cara otro celador cualquiera, a quien no le importaría quién era o el tipo de vida que podría haber llevado. Había hecho todo el camino de vuelta a Bridewell y, aun así, nunca había tenido la intención de volver a entrar en aquel lugar.

Lee me miró y asintió.

11

Condujimos hasta el Parque Nacional de Laskin. Se acercaba la temporada alta de acampada y, como había tanta gente, dormir en la caja de la camioneta apetecía menos que pagar por una plaza de camping como todos los demás. Por la noche, sola en mi tiendecita, cerraba los ojos y veía pasar en la oscuridad imágenes del verano perfecto de mis padres. Ojalá uno de nosotros tuviera una cámara.

Entonces, hacia finales de agosto, tuvimos que despedirnos de la camioneta de Barry Cook.

Aquella mañana habíamos decidido viajar al condado de Door para pescar un rato y estábamos a pocos kilómetros del parque cuando el motor hizo un ruido raro, como una tos, y Lee tuvo que detenerse en el arcén. Pasó casi una hora agachado bajo el capó y, cuando al fin me dijo lo que fallaba, no entendí una palabra. Fuera lo que fuese, no podía arreglarlo él solo y tampoco podíamos llamar a una grúa por más de un motivo.

—No es culpa tuya —dije mientras sacábamos nuestras cosas de la parte trasera por última vez. Aun así se puso de mal humor y no habló gran cosa mientras caminábamos.

Sacaba el pulgar cada vez que se aproximaba un vehículo, pero pasó media hora antes de que alguien parase. El coche nos rebasó y una rubia con gafas de sol magenta sacó la cabeza por la ventanilla del conductor.

—Hola. ¿Habéis tenido una avería o algo?

Nos colocamos a su altura y Lee lanzó una mirada dudosa a través de la ventanilla trasera. Las cajas de almacenamiento transparentes llegaban hasta el techo.

—Voy de vuelta a la universidad —explicó—. No pasa nada, puedo haceros sitio. ¿Adónde os dirigís?

—Adonde tú te dirijas —respondió Lee.

Se bajó del coche y sonrió con todos los dientes.

—Eso es lo que yo llamo buenos compañeros de viaje.

Lee se encargó de las presentaciones. Kerri-Ann Watt estaba a punto de comenzar su último año de carrera en la Universidad de Wisconsin-Madison. Apenas me miró y me estrechó una mano más blanda que un pedazo de lasaña. Si hubiera estado yo sola, habría

continuado su camino. Por eso me vi apretujada en el asiento trasero mientras Lee se sentaba delante. No dejaba de lanzarme miradas compasivas por encima del hombro. Kerri-Ann le hacía todo tipo de preguntas personales y yo tenía que taparme la sonrisilla con la mano cada vez que mentía.

Llegamos a Madison nada más dar las cuatro de la tarde, y Lee y yo esperamos en el coche mientras Kerri-Ann se registraba en la residencia y recogía las llaves. Por todas partes se veía a estudiantes con camisetas y gorras con tejones, todos riendo y llamándose los unos a los otros en el aparcamiento, montones de abrazos y choques de palmas.

—No tenéis donde quedaros, ¿verdad? —preguntó Kerri-Ann cuando hubo regresado—. Si queréis, podéis pasar esta noche conmigo. Tengo una habitación individual. —Sonrió a Lee—. Solo tenéis que ayudarme con la mudanza.

—Claro —respondió este—. Entre tres será visto y no visto.

Subimos todo por las escaleras hasta su cuarto. Nunca había estado en una residencia universitaria, pero supuse que aquella sería más o menos como todas: paredes de cemento pintadas, suelos de linóleo gris, mobiliario de fibra de madera. Esperamos mientras Kerri-Ann colgaba sus pósters —Lee ponía los ojos en blanco cada vez que sacaba otro, Tom Cruise en *Risky Business* o Right Said Fred— y luego fuimos a cenar a la pizzería del campus. Kerri-Ann caminaba delante de mí por el sendero del lago, al lado de Lee, y le tocaba el interior del brazo cada vez que quería señalar algo. Yo empezaba a cansarme. A la mañana siguiente no nos quedaría más remedio que pensar qué hacer después y, fuera lo que fuese, no tendría nada que ver con Kerri-Ann Watt.

—Qué bueno eres con las manos, Lee —dijo una vez de vuelta en su cuarto—. ¿Te importaría montar mi litera? No tardarás más que unos minutos. Mientras lo haces, voy a deshacer la maleta con todas mis cosas de chicas. Maren, ¿me ayudas?

Kerri-Ann cerró la puerta del cuarto de baño y comenzó a disponer los artículos de aseo y cosméticos por la repisa.

—Esto es lo que más me gusta de empezar curso —dijo—: montar el tocador.

—Tienes un montón de maquillaje.

Se rio.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—No sé para qué necesitas todo esto. Ya eres guapa.

No me agradeció el cumplido, se limitó a seguir organizando frascos, tarros y botellitas. Yo la observaba y, mentalmente, mis dedos rodeaban con fuerza sus tijeritas para las uñas.

Al cabo de uno o dos minutos quedó satisfecha y me observó con detenimiento.

—¿Sabes? Podrías ser atractiva si hicieras el esfuerzo.

Me crucé de brazos y nuestras miradas se encontraron en el espejo.

—Y ahora vas a decirme que no debería vestir siempre de negro, que hace que parezca pálida y huraña y profundamente infeliz, y que nadie querrá ser mi amigo.

—Bueno, si ya lo has oído antes, ¿no crees que habrá algo de verdad en ello?

—Lee es amigo mío. A él no le importa qué llevo o qué me pongo en la cara.

—Hum. —Kerri-Ann me tomó un mechón de cabello y me lo colocó detrás de la oreja—. Eso es lo que no acabo de entender.

—A Lee no le gusto de ese modo.

—Eso lo dirás tú. Los chicos y las chicas no pueden ser amigos.

—No ha pasado nada. De todas formas, él me considera una cría.

—¿Y eso? ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

Kerri-Ann se rio.

—¿Y cuántos tiene él? ¿Veinte?

—Diecinueve.

—Está bien —dijo mientras sacaba un tarrito de plástico, untaba el dedo y se aplicaba a golpecitos una sustancia rosa y pegajosa en los labios—. Me gustan jovencitos.

Lee estaba terminando de montar la cama elevada cuando salimos del baño. El reloj de la mesilla marcaba las 23.33. Allí estábamos, acercándonos a la hora de acostarse y no tenía ni idea de dónde iba a dormir.

Kerri-Ann trepó hasta su cama y señaló una caja que había en el suelo, junto a su escritorio.

—El colchón de aire está ahí. Lee, ¿por qué no te lo preparas? Es eléctrico, así que no tienes que hincharlo a pulmón. Maren, creo que estarás más cómoda en uno de los sofás de la sala común al fondo del pasillo. Son cómodos; el año pasado me quedaba dormida allí todo el tiempo mientras veía películas.

Lee me miró con vacilación.

—Eh, ¿por qué no le hincho el colchón a Maren y...?

—El colchón está pinchado —dijo Kerri-Ann llanamente—. ¿No quieres que Maren duerma bien?

No había forma de protestar sin montar una escena. Kerri-Ann me arrojó una manta gris y raída.

—Nos vemos mañana —dijo.

La luz de la sala común estaba apagada. Gracias a las farolas del exterior pude distinguir una pequeña zona de cocina con un frigorífico en un rincón, un descomunal televisor en otro y un puñado de sofás desperdigados por la estancia. Elegí uno y me acomodé. Los cojines olían a cerveza y calcetines sucios.

Imaginé a Kerri-Ann desabotonándole la camisa a Lee y tirándola al suelo junto al colchón de aire desinflado. Vi a Lee recorrerle con los dedos la piel desnuda. «Qué bueno eres con las manos, Lee». En la oscuridad, puse los ojos en blanco y traté de no pensar en nada. Cuando me quedé dormida, me encontré nuevamente corriendo por aquellos pasillos zigzagueantes, mientras Kerri-Ann perdía terreno al trastabillar con los zapatos de tacón de aguja rosas.

Cuando me quise dar cuenta, alguien me apuntaba con una linterna a la cara.

—No deberías estar aquí —dijo una voz tajante, aunque amable—. La sala común está cerrada. ¿Eres residente?

Me hice visera con la mano y la figura desvió un momento la linterna antes de encender la lámpara del techo. En el área de la cocina había un vigilante de seguridad, alto y corpulento, con el pelo rapado. Tardé un segundo en percatarme de que no era un hombre.

—Soy amiga de Kerri-Ann Watt. —Casi me atraganté al decir «amiga»—. Vive en la habitación dos veintinueve.

—¿Te has registrado como invitada? —dijo con cuidado; el inglés no era su idioma materno.

—Esto... No sabía que tenía que registrarme.

—Recoge tus cosas, por favor. Vamos a ir a la habitación de tu amiga.

Enfilé el pasillo tras la vigilante, con la manta arrastrando a mis espaldas.

Llamó con dureza a la puerta de Kerri-Ann, esperó y volvió a llamar. Al fin oímos acercarse pasos.

Kerri-Ann abrió la puerta. Miré por encima de su hombro y vi que la cama estaba vacía. El colchón de aire estaba hecho un montoncito en el linóleo.

—¿Sí?

—He encontrado a esta chica dormida en la sala común. Dice que es amiga tuya.

Kerri-Ann me miró de arriba abajo con indiferencia.

—No. Lo siento. No la conozco.

Abrí la boca para protestar mientras la vigilante se disculpaba. Kerri-Ann, lanzándome una breve mirada de triunfo a espaldas de la mujer, cerró la puerta.

—No está bien mentir, señorita. Ahora tendré que denunciarla. Recibirá una citación de la policía del campus.

—No he mentido —dije con voz cansada—. Ella es la que miente porque quiere a mi amigo solo para ella. —Tendría que haber usado las tijeritas cuando tuve la oportunidad.

La vigilante volvió la vista hacia la puerta de Kerri-Ann y luego me miró mientras recorríamos el pasillo hacia la brillante luz roja de SALIDA; entonces caí en la cuenta de que no era cuestión de que me creyese o no. Todo aquello le importaba un bledo. No hacía más que su trabajo y, si desapareciese en ese instante, se encogería de hombros y seguiría con sus rondas como si nada.

—Ahora vamos a ir a la comisaría del campus —dijo mientras bajábamos por las escaleras—. Queda a dos manzanas de aquí.

Fui tras ella hasta la puerta al pie de la escalera, pero, en cuanto dobló la esquina del edificio, eché a correr en sentido contrario. Sabía que no me seguiría.

Caminé un par de manzanas más hasta llegar al lago y me senté en un banco que miraba al agua. Quedaban varias horas para que se hiciera de día. Mi mochila estaba en la habitación de Kerri-Ann, no tenía conmigo más que una manta vieja y raída y no sabía qué hacer. Llevaba meses sin casa, pero realmente no me había sentido así hasta ese momento.

Debí de quedarme dormida, porque de repente había luz y tenía a Lee sentado a mi lado. Una pareja de corredores madrugadores pasó rauda y me sentí desnuda y ridícula bajo la manta vieja. Me dolía la garganta.

—¿Dónde estabas? —pregunté soñolienta—. No estabas con ella.

—Lo siento mucho, Maren. Jamás debí dejar que la cosa llegase tan lejos. Fue una imbécil desde el minuto en que la conocimos, pero no pensé que tanto.

—¿Te contó lo que hizo?

—No le hizo falta.

—Me dejé la mochila en su habitación. ¿Crees que podrías traérmela?

—Puedes ir a por ella tú misma. Pero no hace falta que nos vayamos enseguida. —Soltó aire y entonces lo olí: el hedor que se filtraba bajo la menta. Probablemente hubiera usado su cepillo de dientes—. Ahora todo lo que hay en su cuarto te pertenece.

Me ponía todas las prendas negras que habían pertenecido a Kerri-Ann, incluso la ropa interior, y usaba su carnet todos los días para entrar en la biblioteca de la universidad. Nadie comprobaba si mi cara coincidía con la de la fotografía. Me limitaba a mostrarlo brevemente a un estudiante de cara aburrida al otro lado del mostrador y atravesaba el torniquete para adentrarme en la mayor biblioteca que jamás hubiera visto.

Al cabo de un par de horas de lectura, deambulaba entre las estanterías para estirar las piernas y siempre encontraba montones de libros en los carros esperando que los devolvieran a su lugar. Nunca parecía que hubiera nadie para hacerlo, así que empecé a ocuparme yo. Me sosegaba ordenar los libros de otras personas.

Durante el día no solía ver a Lee. Fuera donde fuese e hiciera lo que hiciese, siempre acababa en McDonald's o Burger King y me traía una hamburguesa y un batido de fresa para cenar.

No sabía cuánto más podríamos seguir así, pero no dejaba de pensar que el tiempo casi se nos había acabado, simplemente porque me gustaba estar ahí. Me gustaba esa ciudad. Me gustaba el campus. La cafetería estaba construida imitando una cabaña de caza alemana o algo así, con montones de madera oscura y letra gótica, y siempre que hiciera buen tiempo podías salir con tu bandeja a una terraza con vistas al lago.

La gente también era agradable aunque no pudiera hablar con ella. A veces me encontraba a tres chicas tejiendo calceta en la terraza, y un día una de ellas alzó la vista y me vio mirándola. Sonrió y preguntó:

—¿Haces punto?

Negué con la cabeza.

—Intenté aprender, pero no acabo de pillarle el tranquillo.

—Ay, todo el mundo se siente así al principio. —La chica se inclinó y dio una palmadita en la silla de al lado—. Ven a sentarte y te enseñaré. Ya verás, ¡es un puntazo!

—Ja —exclamó una de sus amigas. No habían dejado de tejer durante toda la conversación—. Hacer punto es un puntazo...

—Ahora mismo no tengo tiempo —farfullé.

—Ah, pues nada. —Pareció decepcionada—. Bueno, tejemos juntas un montón, así que puedes unirte cuando quieras.

—No es que seamos un club —dijo la tercera—, pero charlamos como para compensar.

—La gente cree que es algo que solo hacen las abuelas —observó suspirando la primera chica—. Vente la semana que viene si puedes. Tráete lana y agujas.

Asentí y traté de sonreírles mientras me alejaba de la mesa. No me lo podía creer. Habían sido encantadoras.

A la hora de dormir, Lee se acostaba en el colchón de aire, pero en mitad de la noche despertaba y descubría que estaba desinflado de nuevo. O había encontrado un escondrijo en la sala común, o bien estaba durmiendo en el asiento trasero del coche de Kerri-Ann. Al despertar, a veces me lo encontraba en la ducha y otras veces ya se había ido. Por la noche le ofrecía la cama de nuevo, pero no la aceptaba. Cogía algunas de las pertenencias de Kerri-Ann, un cepillo o una camiseta, suspiraba y decía:

—Un día de estos alguien debería comerme. Me lo tendría merecido.

Y yo le contestaba:

—No digas eso.

—¿Por qué no? ¿Por qué no debería decirlo?

Yo no respondía. Nunca se me ocurría ningún motivo.

Al día siguiente, como siempre, me acomodé en uno de los escritorios de la biblioteca. Pasé un par de horas leyendo y escribiendo antes de hacer una pausa para ir al cuarto de baño.

Cuando regresé al escritorio, encontré algo en el medianil de mi libro de texto abierto y, al principio, mi cerebro se negó a reconocer qué era.

Algo alargado y blanco.

Peludo y esponjoso.

Unido a algo que parecía una pulsera con un colgante.

Lo cogí porque seguía sin saber de qué se trataba. El pelaje estaba pegoteado con sangre seca en un extremo, donde alguien lo había cortado de un tajo.

«Una cola. Una cola de gato. Del gato de la señora Harmon».

Algo tintineó levemente cuando la cola cayó al suelo, y me di cuenta de que no era una pulsera, sino el collar. Hinqué una rodilla y levanté lentamente la chapa identificativa. MICHO, ponía. Y en el anverso: HARMON. SUGARBUSH AVENUE 217. EDGARTOWN, PENNSYLVANIA. Al instante estaba de vuelta en la Tación de Invitados, cerrándole la puerta al bello gato blanco de la señora Harmon.

Debería haberlo dejado entrar.

En la biblioteca había muchos estudiantes, y no habría sabido decir si habían notado algo raro. El silencio se amplificó. Todo el mundo se

había convertido en maniquí, pero notaba la mirada de Sully en mi espalda. Se me revolvió el estómago y en las manos me empezó a retumbar el escalofriante sonido sordo del metal contra su cráneo.

Conseguí esconder la cola del gato y seguí sentada a la vista de todos, donde no pudiera tocarme. Pero la biblioteca no permanecería abierta para siempre.

Cerré los libros y, por una vez, los dejé en la mesa; cogí la cola del gato y rápidamente encontré la papelera más cercana. Era una tarde soleada y el patio estaba lleno de gente jugando al frisbee o tomando el sol. No me giré para mirar atrás. Solo seguí caminando de vuelta a la residencia.

Accedí a la caja de escaleras, subí hasta el rellano de la segunda planta y me senté en el escalón. Más allá de la puerta doble, los pasillos estaban desiertos. Esperé a que llegase el sonido de sus botas por las escaleras.

La puerta de la planta baja se abrió y cerró, y allí estaban sus pasos, lentos y rítmicos. Cerré los ojos y escuché, mientras las manos me zumbaban y el corazón me bombeaba con fuerza. Ya lo había vencido una vez, pero siempre es más difícil deshacerse del miedo antiguo.

Cuando abrí los ojos de nuevo, me miraba con malevolencia, y me pareció increíble que alguna vez hubiera confiado en él. La navaja le brillaba en la mano, aquella mano horrible, con sangre incrustada alrededor de las uñas.

—Vaya, vaya. Sabes que has sido una chica mala, y, como abuelo tuyo, es obligación mía castigarte, ¿eh, Missy?

Suspiré.

—Podrías haberlo hecho hace un mes.

—Tenía que recuperar fuerzas. Además, ¿cómo era aquello que se dice de un plato que se sirve frío? Venga, levántate. —Señaló la puerta a mi espalda con la navaja—. Bastantes problemas he tenido ya y no quiero más.

Sully me siguió hasta el cuarto de Kerri-Ann y echó el cerrojo. Me empujó hacia la cama, y no pude evitar mirar por encima de su hombro, pero no me sirvió de nada. Lee no volvería hasta dentro de varias horas. La luz del día iba apagándose y las sombras se espesaban en la habitación.

—A ver, te voy a decir una cosa: como vuelvas a mirar hacia esa puerta te rajo en canal, ¿entendido?

Asentí. ¿Por qué usaba siquiera una navaja? A Saturno no le hizo falta.

Sully giró la silla del escritorio para quedar frente a mí y se sentó.

Comenzó a hurgarse las uñas con la navaja y los pedacitos de suciedad y sangre seca caían sobre el suelo.

—Es la segunda vez que tu novio no aparece para salvarte. —Sully sonrió con suficiencia—. Menudo novio que te has echado.

—Estará de vuelta en cualquier momento —dije.

—Qué va. Ya me he ocupado de él.

En ese momento me dio pena. Era como si llevase cuarenta años sin mirarse al espejo. También pensé en cómo mamá me había cuidado y protegido. Sully jamás sabría lo que era que te quisieran, o casi.

—¿Quieres decir que lo has matado?

Sully rio.

—Le rebané el cuello y me sirvió de merienda-cena.

Mentía. Ni siquiera era cuestión de esperanza.

—¿Me seguiste hasta casa de Travis? ¿Me observaste mientras estaba...?

—Calla de una vez, Missy. Se acabó abrir la boca salvo para rogar clemencia antes de que te raje. —Se encogió mientras se frotaba la coronilla. Tenía un buen moratón, como un melocotón con una parte podrida, con una línea irregular donde la esquina del trofeo había penetrado en la carne. Tenía menos pelo que un mes atrás—. Me arreaste fuerte y desde entonces no ando bien. No solo olvido cosas, también dónde he estado y qué he estado haciendo. A veces no veo nada. Ni siquiera puedo salir a la luz del día, hace que me duela la cabeza aún más que de costumbre.

—Si me hubieras dejado en paz, no habría tenido que hacerlo.

Me apuntó con la navaja.

—Y si tú te hubieras callado y hubieras dejado de patalear, nos habrías ahorrado a los dos un montón de problemas.

Bueno, ahí tenía razón.

Sully volvió a hurgarse la mugre bajo las uñas.

—Una vez conocí a un hombre —continuó, con su extraño deje indiferente— que se había comido a su madre. Aunque, claro, podría habérmelo dicho para ver cómo reaccionaba. Pero yo no le tengo miedo a nada ni a nadie, ni siquiera a un tipo que se haya comido a la madre que lo trajo.

—Lee podría haberse comido a su padre —repliqué—. Desde luego podría comerte a ti.

Los ojos de mi abuelo brillaron en la oscuridad.

—¿Es que no me escuchas, Missy? ¿No te he dicho que todo el mundo lo hace?

Oí un portazo al final del pasillo y pasos firmes y pesados

acercándose. Era Lee. Estaba segura.

—Me pregunto por qué lo dirías cuando no es verdad —comenté con cautela—. Ya sabes qué va a pasar, Sully. Puedes seguir adelante y comerme, pero luego él te va a comer a ti. Es lo que hace. Se come a gente que sobra en el mundo.

Una llave giró en la cerradura. La puerta traqueteó contra el cerrojo.

—¿Maren? Maren, ¿estás ahí?

Sully me miró con los ojos muy abiertos. Se pasó la mano por lo que le quedaba de pelo.

—¿Debería decirle que estás aquí? —pregunté.

Era extraño sentirme tan tranquila, cuando sabía que se abalanzaría sobre mí y me apuñalaría. Lee trataba de hacer algo con la puerta. Oía cómo rechinaba la goma de sus botas mientras se afanaba con la cerradura, así como el tintineo de metal contra metal.

—Va a abrirla —dije—. Sabe forzar todo tipo de cerraduras.

Era ahora o nunca. Sully se me aproximó, pero estaba lista. Le agarré con fuerza el brazo derecho y observé con cierta sensación de distancia cómo ajustaba el modo en que asía la navaja con la esperanza de clavármela en la mano.

—¡Ya voy, Maren!

Solté la mano de Sully en el último minuto, por lo que cayó hacia delante en la cama y la hoja se clavó en la almohada. Me subí sobre su espalda y agarré la navaja desde atrás al mismo tiempo que el cerrojo cedía y la puerta se abría de golpe. Sully se volvió hacia Lee con expresión asombrada, casi temerosa, y en ese momento pareció inverosímilmente frágil para ser alguien que había pasado el mes anterior acechándome.

Lee apenas me miró; simplemente agarró a Sully por el brazo al tiempo que la puerta se cerraba. Yo lo solté.

—Espera en el cuarto de baño —me indicó.

Corrí hasta la puerta y giré el pestillo de nuevo mientras Sully decía:

—A ver, espera un momento, hijo…

Y Lee respondía:

—No me llames «hijo».

Me metí en la bañera, corrí la cortina y me presioné los ojos con las palmas de las manos hasta que vi cometas. Siete minutos, más o menos. Ya estaba a salvo. Casi estaba a salvo.

Al fin Lee llamó a la puerta del baño.

—¿Puedo entrar?

No respondí, pero entró igualmente. Se arrodilló junto a la bañera

y descorrió la cortina.

—¿Estás bien? —me preguntó, rodeándome con el brazo y respirándome encima. Quería vomitar—. Perdón. Voy a lavarme los dientes.

—Dijo que se había ocupado de ti.

—Me sorprendería que ese tío haya dicho la verdad una vez en su vida.

Levanté la vista.

—Gracias.

—De nada. —Me cogió la mano y tiró con dulzura—. Venga. Vamos a sacarte de la bañera.

Lee se lavó la cara y las manos, y usó el cepillo de dientes de Kerri-Ann mientras yo regresaba a la habitación. Nunca había sido especialmente acogedora, pero ahora lo era aún menos, aunque Lee ya había quitado las sábanas y había cubierto el colchón desnudo con la colcha de Laura Ashley limpia de Kerri-Ann. Encogiéndome todo lo que pude, me ovillé al pie de la cama. Por el rabillo del ojo vi en el suelo, junto a la puerta, una bolsa de plástico amarilla con las asas atadas con un doble nudo sobre una masa protuberante de restos humanos. Aunque tampoco es que mi abuelo hubiera tenido mucho de humano.

Lee salió, se sentó en la silla del escritorio y se frotó los ojos.

—No me puedo creer lo cerca que he estado de perderte.

—¿Por qué volviste tan pronto?

Se encogió de hombros.

—Tuve la sensación de que debía hacerlo.

Algo asomaba por la puerta abierta del armario del rincón. Algo con forma de cuerda. Conque Sully había guardado su mochila en el cuarto antes de ir a por mí a la biblioteca.

Lee siguió mi mirada y se levantó a investigar. Abrió del todo la puerta del armario y cogió la cuerda de pelo.

—Pero ¿qué coño…?

Conforme tiraba y la cuerda iba saliendo más y más, Lee ponía una cara… como si hubiera descubierto un dedo mutilado en el bol de la ensalada, como si él no fuera también un devorador.

Una vuelta tras otra, la cuerda iba formando una espiral sobre el linóleo a medida que Lee la sacaba de la mochila. Era tan larga que costaba creer que Sully hubiera metido nada más dentro.

—Qué macabro —murmuró Lee—. Es como una Rapunzel zombi frankensteiniana.

Entonces, a pesar de todo, me reí.

Cuando al fin llegó hasta el otro extremo, alzó la vista hacia mí con

el rostro iluminado por la misma mezcla de asco y fascinación que yo había sentido aquella noche en casa de la señora Harmon.

—¿Ya la habías visto?

Asentí.

—Ese pelo de ahí, cerca del final, es el suyo.

Aun así había trenzado un par de metros más que la última vez que había visto la cuerda. Al contemplarla entera por primera vez me di cuenta de que, si Sully solamente se hubiera comido a personas ya muertas, tendría que haber contenido muchísimo más cabello gris, blanco y plateado.

Lee le dio una patada y, sentándose en la silla del escritorio, se quedó mirándola.

—Es lo más repulsivo que jamás haya visto.

—Por algún motivo, lo dudo —respondí.

Nos quedamos mirando en silencio la mochila, como si en cualquier momento pudiera salir reptando de su interior alguna otra sorpresa repugnante.

Entonces, de repente, las ganas de deshacerme de ella se volvieron insoportables. Me levanté de un salto y volví a meter la cuerda de pelo en la mochila, la agarré del asa y la arrastré por el suelo.

—¿Qué haces?

—Llevarla al contenedor.

—Espera. —Se puso de pie y me la quitó de la mano—. No lo hagas.

—Estoy harta de husmear en las cosas de otras personas, Lee. Y especialmente no quiero husmear en las suyas.

—No tienes por qué mirar.

—Las hay todavía peores, ¿sabes? Deberías haber visto lo que dejó sobre mi mesa en la biblioteca. —Me estremecí—. Mató al gato de la señora Harmon.

Nos quedamos mirándonos un momento en silencio.

—¿Voy a seguir sintiéndome así? ¿Incluso ahora, cuando sé que está muerto?

—Tus nervios necesitan algo de tiempo para calmarse, eso es todo —respondió—. Se te pasará. ¿Por qué no te das una ducha? Encuentre lo que encuentre, te prometo que no te lo diré.

Una vez bajo el agua caliente, me sentí algo mejor. Cuando salí del cuarto de baño, Lee me tendió un grueso fajo de billetes de veinte dólares.

—¿Lo ves? Por eso te dije que no la tirases.

—No los quiero. Eran de la señora Harmon.

—Ella no fue la única.

Tenía razón. No sabía qué decir, así que cogí el ejemplar de Kerri-Ann de *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*. Sin embargo no fui capaz de leer; sentía sus ojos sobre mí.

—¿Qué pasa? —acabé por preguntar.

—Me encanta tu expresión mientras lees. Es como si realmente estuvieras en otro lugar.

—¿Me observas mientras leo?

Se encogió de hombros.

—Estás tan ensimismada que ni te das cuenta.

Parecía que quisiera decir algo más, pero entonces se lamió el pulgar y comenzó a contar el dinero, y yo volví a mi libro.

—Quinientos ochenta dólares. —Levantó una bolsita—. Y aquí hay algo más. —Cuando la agitó un poco, tintineó—. Me apuesto algo a que son joyas.

—¿Me dejas mirar?

Me tendió la bolsita, y yo aflojé los cordones y la volqué para que el contenido cayese sobre la cama. Entre un par de docenas de objetos que no reconocí, estaban los pendientes de perlas y ópalos que había dejado en la repisa de la chimenea de la señora Harmon.

Lee levantó la vista de la mochila.

—¿Has encontrado algo que sea tuyo?

—No —respondí—, eran de la señora Harmon.

Saqué los pendientes de entre el revoltijo y los sostuve en la palma de la mano. Quería enviárselos a su sobrina, pero no tenía ni idea de cómo localizarla. Deslicé el dedo por el guardapelo que llevaba al cuello y pensé en la tarta de zanahoria y en la pareja de novios en la Ciudad Esmeralda.

—Qué locura. —Lee rio al sacar algo más de la mochila—. Era como un Santa Claus demoniaco. —Cogió la petaca de plata deslucida de Sully y desenroscó el tapón—. ¡Salud! —exclamó antes de echar la cabeza hacia atrás y darle un trago largo.

—¿Estás seguro de que quieres poner los labios ahí?

—Qué más da. —Limpió el borde del cuello con una esquina de la camisa y me tendió la petaca—. No debería haberme lavado los dientes.

—No, gracias.

—Piénsatelo bien. Es whisky del bueno.

Se levantó y se sentó conmigo en la cama. Cogí la petaca, bebí y me puse a toser cuando el alcohol me abrasó la garganta.

—Puaj —dije. Tomé otro sorbo—. Es asqueroso.

—Pero sigues bebiendo. —Nuestros dedos se tocaron cuando le devolví la petaca.

—Sabe fatal, pero te enciende un fueguecito en la barriga.

De pronto, nada me preocupaba: ni la idea de la navaja de Sully contra mi garganta ni sus huesos alojados como un montón de grava en el estómago de Lee. No me importaba que mi abuelo jamás me fuera a llevar de pesca. No me importaba que no tuviera dinero que fuese mío legalmente, ni que mi padre fuera a despertar cada mañana del resto de su vida anhelando mi visita, ni que alguien pudiera llamar a la puerta de Kerri-Ann, viera la luz encendida y oyera nuestras voces, y nos delatase a la policía del campus. Entendí por qué la gente se daba a la bebida.

Me tapé hasta la barbilla con la colcha.

—Toma. —Lee me tendió la petaca—. Acábatelo.

—No, gracias.

Tenía la impresión de que, si bebía más, esa sensación cálida y confortable de indiferencia me abandonaría. Me sentía débil, pero en el buen sentido. Esa noche tendría sueños felices.

Lee se encogió de hombros, se acabó el whisky y dejó la petaca vacía en la mesilla.

—Es hora de dejar atrás este día.

Se levantó y apagó la lámpara del techo. Al otro lado del patio había luces, y bastaba con ellas para ver algo. Se quitó la camisa y la arrojó sobre la silla del escritorio; a continuación se llevó una mano a la boca para olerse el aliento y volvió al cuarto de baño a por el cepillo de dientes de Kerri-Ann.

Cuando volvió a salir, iba desabotonándose la bragueta.

—¿Cuánto hace que nos conocemos, Maren? ¿De verdad solo han sido tres meses?

De repente, toda conversación, incluso un simple sí o no, parecía un esfuerzo sobrehumano. El calor y el sopor se habían extendido por mis extremidades, me pesaban en los párpados y me entumecían la lengua.

Aun así mantuve los ojos abiertos lo suficiente para ver cómo terminaba de desvestirse. Lee tenía unos músculos bonitos. Se inclinó hacia delante para quitarse los tejanos y a la luz del patio pude verle la espalda, brillante como si su sombra estuviera hecha de oro en lugar de oscuridad. Pensé en aquella primera noche en que me quedé como un tronco en la cama de agua y él se fue a dormir al sofá. El colchón de aire, inservible, yacía arrugado en un rincón. Quise decirle: «¿Por qué vas a dormir aquí? ¿Qué hace que esta noche sea distinta?».

Dejó los tejanos hechos un burruño en el suelo y pasó con cuidado por encima de mí hasta acomodarse entre la pared y donde yo me encontraba.

—¿Te parece bien? ¿Estás cómoda?

¿Cómo iba a estarlo?

—Sí —susurré.

Me posó la mano en el hombro.

—Maren…

—¿Mmm? —A través de la neblina de mi cabeza me asombró cómo era capaz de sonar como si no me importase.

Lee rio en voz baja.

—Mañana vas a tener resaca.

—¡Solo he tomado un par de sorbitos!

—Eso es mucho cuando no has bebido nunca. —Apoyó la barbilla en mi hombro. Quería decirme algo, pero no me atreví a preguntarle. Al final continuó—: En cuanto te vi aquella noche en el pasillo de los dulces… Lo que quiero decir es que lo sentí. Algo. No sé. Lo único que sé es que te vi y lo sentí.

—¿Que sentiste qué?

—Esto —respondió—. Supe que esto iba a suceder.

¿«Esto»? ¿Qué era «esto»? El calor volvió a ascender gota a gota hasta reclamarme, extremidad a extremidad. «Duérmete —pensé—. Olvídalo».

—¿Sabías lo que era? ¿Ya en el pasillo de los dulces?

—No lo supe con seguridad hasta que te vi en el coche. —Debió de notar cómo me estremecía—. Lo siento. Sé que no te gusta que te lo recuerde.

Ninguno de los dos hablamos durante un tiempo. Lee seguía erguido sobre un codo, con la mano libre apoyada en mi hombro. Entonces empezó a acariciarme la cabeza.

—Tu cabello —murmuró—. Sully habría usado tu cabello.

Hasta entonces no había prestado atención a mi cabello, largo, oscuro y corriente, pero, cuando Lee me puso las manos en la cabeza, se volvió de seda. Con dedos delicados me apartó el pelo del cuello. Se acercó y me besó allí, justo al lado del lugar adonde siempre íbamos primero.

—No lo hagas —dije.

—¿Porque no quieres o porque no debo?

—Porque… no debes.

—Sé que me he mostrado frío contigo —dijo mientras subía y bajaba por mi brazo con los dedos—. Lo siento. Sabes que tenía que ser así.

Y bajo la pesada calidez, bajo la seguridad que había conjurado mediante una botella, noté cómo me rugía el estómago.

12

Me desperté, y Lee había desaparecido. Tenía mal sabor de boca. No había forma de negar lo que había hecho.

Era una mañana de un gris plomizo y en la habitación había cosas que no deberían haber estado allí. Su sombrero Stetson se encontraba encima del escritorio, donde lo había dejado. Sus tejanos seguían hechos un burruño en el suelo. Había otras cosas sin las que no podría haberse ido, partes de él cuyo interior jamás debería haber visto.

Cerré los ojos y respiré el olor que quedaba de él en las sábanas. Cuando me abrazó, todo se había desvanecido, todo lo oscuro, horrible y podrido de mi interior. Lee me había convertido en alguien puro. Me había permitido hacerlo. Pero me quedé mucho tiempo en la cama, deseando de todo corazón que no lo hubiera hecho. Ahora su nombre también estaba inscrito allí.

Cuando volví de la biblioteca esa noche, encontré una nota de papel rosa pegada en la puerta: «K-A: ¿Por qué no has aparecido por el desayuno de bienvenida de las Delta? ¿Estabas de resaca o qué? Llámame cuanto antes. Melissa».

No sabía qué hacer con mi vida. No podía seguir así, ¿verdad? Cualquier día me encontrarían en la habitación de Kerri-Ann.

A la mañana siguiente, mientras recogía libros, vi a un chico en una de las mesas de estudio observándome. Era mayor —por su aspecto podía estar en segundo o incluso en tercero— y, aunque estaba tan en forma como Lee, la camisa de botones que llevaba era tan pulcra que parecía empleado de un banco.

Cuando terminé con la pila de libros, cogí uno titulado *Las leyendas de Babilonia* y me senté a la mesa frente a él. Una gran parte me resultó incomprensible, pero era agradable intentar entender. También era agradable saber que sus ojos se apartaban de la página del libro de texto, cruzaban la mesa y ascendían por el interior de mi brazo.

Al cabo de unos quince minutos, el chico arrancó una página de su

cuaderno y la deslizó por la mesa.

Siento interrumpirte, pero no he podido evitar ver que estás leyendo sobre Babilonia. ¿Has leído *Soñé con el Tigris*, de Reginald Toomey?

Negué con la cabeza y continuó escribiendo.

Búscalo en el catálogo. O, si está en préstamo, puedo dejarte mi ejemplar.

Gracias. Muy amable por tu parte.

¿Tienes pensado especializarte en Arqueología o Antropología?

Aún no lo tengo decidido.

Yo voy a especializarme en las dos. Sería un placer responder a cualquier duda que puedas tener. ¿Has leído a Claude Lévi-Strauss? ¿O a Margaret Mead?

Seguimos así algunos minutos, escribiéndonos sobre libros y las clases a las que asistía. Era mono y se escondía en la biblioteca por voluntad propia. Teníamos suficientes cosas en común. Al final escribió:

Soy Jason. Encantado de conocerte.

Escribí mi nombre bajo el suyo, y su sonrisa fue tan perfecta que podría haber protagonizado un anuncio de Colgate.

«O de Listerine», dijo una vocecilla.

Entonces llegó la siguiente pregunta. Por supuesto.

¿Tienes novio?

Lo observé con detenimiento —me miraba con una seriedad dolorosa— y, como sabía que no podía ponerle las cosas demasiado fáciles, escribí que sí. No tuve que girar la hoja de papel; sentí cómo se estremecía cuando todavía estaba escribiéndolo.

Lo siento. Gracias por las recomendaciones.

Te las habría dado igualmente. Espero que me creas.

Asentí, sonreí y recogí mis libros. Estaba claro que volveríamos a encontrarnos. Iba a esa universidad; estaría en la biblioteca casi cada día.

A veces, cuando asistía a una clase, me leía las recomendaciones y pensaba en lo que escribiría si fuera una alumna y tuviera que redactar un trabajo sobre la tribu de los jíbaros del Ecuador, que antaño reducían las cabezas de sus enemigos. Quizá todavía lo hiciesen. Jason me observaba entre las pilas de libros, y yo le dejaba.

Un día me cansé de leer y empecé a ordenar libros como de costumbre, y cuando regresaba a por un nuevo montón vi a un hombre de pie al final del pasillo, con el codo apoyado en el carro transportador. Llevaba una camisa blanca de manga corta algo arrugada y tan fina que se le veía el contorno de la camiseta interior. No pude evitar percatarme de los cercos de humedad bajo los brazos. No estuvo bien por mi parte, pero la idea me vino a la mente antes de poder censurarme: era rechoncho. La nariz, los brazos, la forma de la cara. Llevaba el cabello negro largo y desordenado alrededor de las orejas, y hacía tiempo que no se afeitaba. Yo era más alta que él. Lo había visto casi a diario, respondiendo dudas en el mostrador de información, pero hasta ese momento no le había prestado demasiada atención.

Me quedé parada, nerviosa, y me planteé fingir estar rebuscando en las estanterías como si no tuviera previsto colocar en su sitio todos los libros que esperaban bajo aquel codo blanco y rollizo. El hombre me miraba con la comisura de la boca curvada en lo que, para él, probablemente fuera una sonrisa.

—Y yo que todo este tiempo pensaba que los libros se estaban ordenando solos.

—Había que hacerlo.

—¿No tienes nada que leer para clase?

—Ya he acabado.

—Tú misma.

El hombre se hizo a un lado y yo agarré un montón de libros.

Cogió del carro un lápiz extraviado y se dio un golpecito en la nariz.

—Los auxiliares de biblioteca ganan seis cincuenta a la hora. Tendrás que darte de alta con el director. —Señaló con el lápiz un despacho con el frente de cristal al fondo de la sala—. Normalmente son diez horas a la semana, pero andamos escasos de personal, así que puedes doblar turnos siempre que quieras. —Se detuvo—. ¿Vas a

primero?

Asentí.

Me tendió la mano.

—Soy Wayne. Estoy con el doctorado.

—Yo soy Maren.

—Encantado —respondió, y de repente me di cuenta de la diferencia entre sequedad y sarcasmo.

Decidí que me caía bien. Wayne y yo nunca seríamos amigos (por suerte para él), pero había demostrado claramente que me respetaba, y eso significaba mucho para mí.

Cambié el peso de un pie al otro.

—¿En qué te vas a doctorar?

—Biblioteconomía. —Se encogió de hombros—. Nada interesante.

Intercambiamos una sonrisa. Se dio la vuelta para irse, pero se detuvo.

—Ey, hablaré con Henderson. Es el director. Sé que llevas trabajando semana y media, así que me aseguraré de que te la pague.

—Gracias. —De repente estaba tan agradecida que me habría echado a llorar—. Es un detallazo por tu parte.

Wayne volvió a encogerse de hombros antes de regresar al mostrador de información. Yo volví a las estanterías con los brazos cargados de manuales de ingeniería, sonriendo para mis adentros como si no tuviera una sola preocupación en el mundo.

Cuando salí de la biblioteca aquella tarde, cogí un ejemplar del periódico del campus. Compré un sándwich en la cafetería y, con el periódico abierto sobre la mesa mientras comía, fui examinando las páginas de anuncios clasificados en busca de un cuarto de alquiler. La opción más barata quedaba a tan solo media docena de manzanas del campus, lo que hacía que el precio de doscientos dólares pareciese sospechosamente bajo.

Acúdase al 355 de Front Street entre las 10.00 y las 18.00. Solo chicas.

La pensión era una casa victoriana laberíntica y destartalada, con muebles de jardín apilados en el porche y gnomos con la pintura de sus rostros alegres descascarillada; caduca, pero no desagradable. Una mujer, tan vieja como la señora Harmon y mucho más gruesa, respondió a la puerta.

—Hola —dije—. He venido por la habitación.

Asintió y se hizo a un lado para dejarme entrar. El recibidor olía a

moho y a pastillas para la tos. Algunas partes de la alfombra oriental estaban tan gastadas que presentaban largos tramos grisáceos. Al otro lado de una puerta abierta a la izquierda vi un sofá marrón repleto de cojines bordados a medio punto.

—No pareces lo bastante mayor para vivir sola —señaló la mujer.

—Estoy en primero.

—¿No te llevabas bien con tu compañera de habitación? Bueno, aquí nadie te molestará. Solo cojo a tres personas, siempre chicas, y las otras dos son silenciosas como ratones. Casi ni las verás. No podrás usar la cocina, pero, como comerás en el campus, da igual. ¿Quieres ver la habitación?

—Sí, por favor.

Apuntó hacia la escalera.

—Segunda puerta a la derecha. El baño está al final del pasillo. Discúlpame por no enseñártela personalmente, pero ya no suelo ir al piso de arriba.

Asentí y subí. El cuarto era pequeño, pero muy limpio, con un escritorio, una cómoda y prístinas sábanas blancas en una cama individual. Abrí el armario y en la barra tintineó una fila de perchas metálicas de tintorería. La ventana estaba cerrada, pero se oía a niños reír en el patio trasero de algún vecino. Alcé la vista y encontré un crucifijo sobre el dintel.

Cuando bajé, seguía de pie en el recibidor.

—¿Bien? —Sus modales eran bruscos, pero no groseros. Imaginé que nunca me invitaría a tomar té y tarta en la cocina.

—¿Puedo quedarme la habitación?

—El alquiler son doscientos al mes. Con el mes de fianza son cuatrocientos, y es tuya.

—¿Acepta efectivo?

Enarcó las cejas.

—¿Llevas tanto dinero encima?

Saqué de la mochila lo que me quedaba del dinero de Travis y conté cuatrocientos dólares en billetes de veinte.

—No es muy inteligente andar por el pueblo con tanto dinero encima.

—Normalmente no lo hago.

Le entregué los billetes y se lamió el índice antes de volver a contarlos.

—Mira, pareces una buena chica, pero más me vale advertírtelo. Tengo la norma de no admitir más hombres en esta casa que mi nieto. Se ocupa de hacerme alguna chapuza de vez en cuando, así que no te asustes si te lo encuentras por aquí.

—Entiendo —respondí.

Luego volví a la habitación de Kerri-Ann, hice la maleta y cerré la puerta a la espalda.

Tenía trabajo. Tenía casa. Debería haber estado encantada.

Lo que la señora Clipper había dicho sobre las otras chicas de la casa era cierto, salvo que no eran ratones, sino fantasmas. Una o dos veces a la semana las veía desaparecer en sus cuartos con el pelo oscuro y chorreante, y el cuerpo enrollado en toallas blancas. Una madrugada juraría haber oído la voz de un hombre y pasos de dos personas subiendo las escaleras a hurtadillas; oí ruidos en la habitación contigua, pero por la mañana solo bajó una persona: la de pasos más ligeros, mi fantasmagórica compañera de vivienda. Quise llamar a su puerta, pero sabía que lo negaría. Pensé en Travis y me pregunté si allá fuera habría gente que hacía lo que yo no era capaz de hacer. Tenía que haberla.

Desarrollé una rutina. Colocaba libros, me pasaba la pausa del almuerzo en un rincón apartado de la biblioteca con un sándwich de atún y una novela de Anne Rice y luego regresaba a mi cuartito en casa de la señora Clipper y terminaba los libros que había empezado durante el día. Libraba dos mañanas a la semana y esos días iba a alguna clase y tomaba notas como si me hiciera falta para graduarme. Otros días, si Jason estaba en la biblioteca, mi rutina se iba al garete, especialmente si me seguía entre los estantes.

—¿Has leído últimamente algún estudio de campo interesante?

Ahogué un grito y levanté la vista con la última remesa de manuales aferrados al pecho. Jason sonrió levemente, como congratulándose de haberme sorprendido.

—Lo siento —susurró.

—No pasa nada.

Eché un vistazo a la etiqueta del siguiente lomo y me aparté de él mientras buscaba el anaquel adecuado.

Cuando me llamó por mi nombre, traté de no estremecerme.

—¿Puedes dejar los libros? ¿Solo un segundo?

Deslicé los volúmenes en un anaquel medio vacío y Jason dio un paso al frente. Sentí cómo me volvía hacia él, como un metal hacia un imán o una flor hacia el sol. Dejé que su mano se agitase en el aire entre nosotros.

—¿Puedo?

Asentí. Levantó con suavidad el guardapelo, pulsó el minúsculo botón y la tapa se abrió. En el interior, Douglas Harmon le dedicaba a

un fotógrafo muerto hacía largo tiempo una sonrisa de estrella de cine.

—Un tipo atractivo —señaló Jason. La camisa le olía levemente a detergente para la colada y cuando respiró capté el aroma ahumado del beicon bajo el Listerine de menta—. ¿Tu abuelo?

Ojalá.

—Creo que no llegó a ser abuelo de nadie.

Jason frunció el ceño, pero no le di la oportunidad de preguntarme si había encontrado el guardapelo en una tienda de segunda mano. Me eché hacia atrás y el guardapelo se le cayó de entre los dedos, aterrizando sobre mi piel más caliente de lo que la había abandonado.

—Más me vale volver a mis libros.

Y lo dejé plantado en el pasillo, con las manos extendidas como si la fotografía de Douglas Harmon siguiera en ellas.

Después de aquello no volví a ponerme el guardapelo. De repente me parecía mal llevar un recuerdo del amor de la vida de otra persona cuando yo jamás podría tener algo así.

Pasaron las semanas y empecé a vestir diferente. Rebecas negras, faldas negras, medias de encaje negro. Pensé que a Jason le gustaría poder verme mejor las piernas. Estudiaba minuciosamente las fotografías de las esculturas babilonias del Museo Británico, bellos monstruos tallados en granito pulido. «La criatura atrae al necio aventurero con los perfumes fantasmagóricos de los jardines colgantes, tentándolo a olvidar que todas las flores se convirtieron en polvo mil años atrás. Es hombre apenas un momento o dos más».

A mediados de noviembre, Jason me acorraló con otro montón de libros y me invitó a una cena informal de Acción de Gracias.

—No puedo —respondí.

—No pasa nada si eres vegetariana o algo —se apresuró a decir—. Habrá un montón de cosas de comer además del pavo.

Negué con la cabeza y traté de no sonreír.

—No soy vegetariana —afirmé—, pero gracias por la invitación, Jason. De verdad que es todo un detalle.

La primera semana de diciembre me siguió hasta las pilas de libros con una solicitud de préstamo de color amarillo. Había que rellenar una si querías acceder a un libro realmente antiguo u oscuro que no se encontrara en las estanterías normales, y entonces el bibliotecario iba y te lo conseguía. Pero se suponía que tenías que pedirlo en el

mostrador de información.

Jason se acercó mucho y dejó que su aliento me cayese cálido en el cuello.

—Necesito este libro —dijo en voz baja—. ¿Crees que puedes ayudarme?

Asentí, le quité de la mano el pedazo de papel y atravesé la sección más silenciosa de la biblioteca. Introduje un código en la puerta de la pared del fondo y él me siguió a la zona restringida. Lo conduje a derecha e izquierda, zigzagueando hasta llegar al otro extremo. Las lámparas de la pared titilaban y se apagaron durante un minuto, y percibí el polvo y el moho de los libros viejos, paredes de libros que probablemente jamás leería.

Al cabo me giré y lo miré. Estaba de pie en el pasillo, recorriendo con dedos distraídos los lomos de raros volúmenes encuadernados en cuero mientras esperaba a ver qué hacía.

Me di la vuelta y empecé a desabrocharme los botones de la recargada blusa negra de Kerri-Ann, mientras oía cómo la respiración se le quedaba atrapada en la garganta. Abrí el último botón y me la quité; al girarme, los ojos le brillaban y tenía los dedos en la hebilla del cinturón. Se me erizó la piel de los brazos y del estómago al tiempo que hacía una pelota con la blusa y la dejaba encima de una fila de libros.

—¿Aquí estamos a salvo? —preguntó mientras se abría el cinturón y se bajaba la cremallera del pantalón—. ¿Estás segura de que no nos encontrará nadie?

—No puedo estar segura de nada —respondí, y me estremecí. A veces no se sabe hasta qué punto algo es verdad hasta que se ha expresado con palabras.

—Madre mía. —Jason hundió los dedos por debajo de la cinturilla del bóxer—. Madre mía.

Miré al suelo.

—No estoy intentando excitarte. —Era exactamente lo contrario; o eso había creído al decirlo, aunque ya no era capaz de saber si era verdad o no.

—Bueno —repuso respirando con dificultad y acercándose un paso más—, pues no está funcionando.

Extendió la mano libre y me recorrió con un dedo la clavícula antes de introducirlo bajo el tirante derecho del sujetador. Me estremecí cuando me acarició el costado y hundió las puntas de los dedos en la parte inferior de la espalda. Una vez más exhaló sobre mí el recuerdo de un desayuno completo bajo el olor de sustancias químicas con sabor a menta.

—Solo me he quitado la blusa para que no se ensucie —señalé.

Él sonrió con picardía.

—En tal caso, también puedes quitarte la falda.

Negué con la cabeza y di un paso atrás hasta quedar fuera de su alcance.

—¿Sabes cuál es el número decimal Dewey correspondiente al canibalismo, Jason?

Me miró sin comprender.

—Es el tres noventa y uno punto nueve. —«Datos. Qué reconfortantes me resultan los datos»—. ¿Quieres que te cuente por qué lo sé?

Rio mientras se acercaba a mí, con la mano todavía oculta bajo la cinturilla.

—¿Vas a devorarme, mi ratita de biblioteca?

Di un paso atrás.

—Demonología, uno treinta y tres.

—Sigue contándome —musitó Jason—. ¿Eres un súcubo, Maren?

—Si no te marchas ahora mismo, te comeré. Primero la garganta y luego el resto del cuerpo. —Respiré hondo y esperé, pero en ese lapso un pequeño pensamiento desagradable, un recuerdo, se abrió paso en mi mente: «Hay cosas que jamás voy a contarte por mucho que me lo pidas». Durante todo ese tiempo creía haber querido saber.

Los ojos de Jason brillaron en la penumbra de los estantes. Dio un paso hacia mí y recorrió con la lengua el contorno de mi mandíbula.

—No tenía ni idea de que fueras tan retorcida.

Suspiré al tiempo que posaba los labios en su cuello.

—Ni tú ni nadie.

Agradecimientos

Cuando la gente que sabe que soy vegana se entera de que he escrito una novela sobre caníbales (gules en realidad, pero «caníbales» es más sencillo), piensa que es algo extraño, divertido o las dos cosas. La versión corta es que creo que el mundo sería un lugar mucho más seguro si todos, como individuos y como sociedad, examinásemos de forma clara y sincera nuestra práctica de comer carne y sus consecuencias tanto ambientales como espirituales. A ese respecto, quiero dar las gracias a Will Tuttle, cuyo libro *La dieta de la paz mundial* me ayudó a tener más claro mi propósito mientras revisaba *Bones and All*, y a Victoria Moran, mentora, amiga y superestrella del veganismo.

Me siento tremendamente en deuda con la señora Drue Heinz y todo el equipo del Hawthornden Castle International Retreat for Writers, que me brindaron el tiempo y el espacio (por no hablar de la comida) necesarios para reformular el manuscrito en enero de 2013. Hamish, Ally, Mary, Georgina y mis compañeros Helena, Kirsty, Melanie, Colin y Tendai: mil gracias por vuestro apoyo. Gracias también a Ann Marie DiBlasio y a Sally Kim por escribir las recomendaciones que me llevaron allí.

Quiero dar las gracias a Nova Ren Suma y a Rachel Cantor por su ilusión durante los comienzos (cuando todo lo que tenía era la idea de «¡caníbales enamorados!») durante aquella cena en Dirt Candy, a Seanan McDonnell por ser tan rigurosa y considerada como siempre, a Kelly Brown y McCormick Templeman por sus comentarios y entusiasmo, y a Elizabeth Duvivier, Amiee Wright, Deirdre Sullivan, Diarmuid O'Brien, Ailbhe Slevin y Christian O'Reilly por toda su amabilidad y ánimo. Todo mi cariño a Maggie Ginsberg-Schutz y Sarah Paré Miller por acogerme en Wisconsin y a Gail Lowry y Paul Brotchie por enseñarme a preparar «estofado de vagabundo». Y gracias, como siempre, a Brian DeFiore, Shaye Areheart, Adrian Frazier y Mike McCormack.

Mi agente, Kate Garrick, trabajó enormemente en cada borrador. Fue mucho más allá de lo que la descripción de su puesto exigía y le estoy enormemente agradecida por haber creído en mí. Sara Goodman, eres maravillosa y es un honor estar en tu lista. Un aplauso

para Alicia Clancy, Melissa Hastings, Olga Grlic, Paul Hochman, Lauren Hougen, Melanie Sanders, Courtney Sanks, Steven Seighman, Justin Velella, George Witte y a todas las demás personas a quienes les encantó este libro en St. Martin’s, así como para Hana Osman y el resto del equipo de Penguin Reino Unido.

Gracias sobre todo a mi familia, de sangre y de corazón, que siempre ha dado por sentado que, si una historia es mía, merece ser leída.

Esta chica no rompe corazones, los devora.



Maren Yearly quiere lo mismo que cualquier chica de su edad. Quiere convertirse en alguien a quien los demás admiren y respeten. Y quiere que la quieran. Pero Maren tiene un secreto que la hace diferente, impulsos que no puede controlar. Y se odia por las cosas malas que le ha empujado a hacer, por lo que ha causado en ella y en su familia.

Porque Maren no solo rompe corazones, los devora. Desde el día en que su madre le encontró en la boca un hueso del oído de la niñera cuando apenas tenía dos años, supo que la vida no sería normal para ninguna de las dos.

Y cuando, en su decimosexto cumpleaños, su madre la abandona con una mochila y su partida de nacimiento, Maren decide lanzarse a la búsqueda del padre que nunca conoció, determinada a averiguar la clave de su origen y de por qué hace lo que hace.

Enfrentada a un mundo que quizá encierre otras personas como ella, pero también la inesperada posibilidad del amor, Maren pronto se da cuenta de que a quien busca es a sí misma.

Una fascinante novela sobre el primer amor y encontrar tu lugar en el mundo.

La crítica ha dicho:

«Deliciosa diversión».
Publishers Weekly

«¡Una novela única, atrevida y que no hay que perderse!».
RT Book Reviews

«Desde un primer párrafo que te deja sin aliento a su perfecto y estremecedor final, me cautivó. Bones and All es fascinante, increíblemente original e inesperadamente tierna».
Elizabeth Little, autora de *Dear Daughter*

«Una mirada a la sorprendente primera página de esta novela y ya no habrá marcha atrás. Este es un viaje de iniciación con revelaciones impactantes, perturbadora pasión y profundas verdades sobre lo que significa ser una chica en este mundo».
Nova Ren Suma, autora de *Los mundos que nos encierran*

«La soledad de Maren la convierte en una protagonista vulnerable y completamente creíble... DeAngelis no huye de la naturaleza oscura de Maren pero se las arregla para que siga siendo dulce, ofreciéndonos un retrato de una chica que solo quiere encajar».
Library Journal

«Una visión oscura y fascinante del deseo adolescente. Este libro te devorará».
Robin Wasserman, autora de *The Waking Dark*

«Un cuento oscuro y delicioso de inesperados giros».
John Searles, autor de *Help for the Haunted*

Camille DeAngelis es autora de varias novelas, entre ellas *The Boy From Tomorrow*, una guía de viaje a Irlanda y los libros de ensayo *Life Without Envy: Ego Management for Creative People* y *A Bright Clean Mind: Veganism for Creative Transformation*. *Bones and All* ganó un Premio Alex de la Asociación Americana de Bibliotecas en 2016 y ha sido adaptada al cine en una película dirigida por Luca Guadagnino y protagonizada por Taylor Russell y Timothée Chalamet.



Título original: *Bones & All*

Primera edición: noviembre de 2022

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Olga Grlic / Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: Yannis Drakoulidis Motion Picture Artwork © 2022 Metro-Goldwyn-Mayer Pictures Inc. All Rights Reserved

ISBN: 978-84-01-02871-7

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: penguinlibros
Instagram: plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club





[1] «¡Buenos días, buenos dííííííías! Hemos pasado toda la noche hablando...». *(N. de la T.)*.

[2] «Cuídate mucho, me perteneces». Letra de la canción *Button up your overcoat. (N. de la T.)*.

[3] C. S. Lewis, *Las crónicas de Narnia 2. El león, la bruja y el armario* (traducción de Gemma Gallart), Barcelona, Destino, 2005. *(N. de la T.)*.

[4] «Ah, la mujer a quien amo, se la robé a mi mejor amigo, otro tipo tuvo suerte y me la robó a mí»; este fragmento, al igual que el siguiente, pertenece a la canción *Come On in My Quinchen. (N. de la T.)*.

[5] «Cuando una mujer se mete en problemas, todos la dejan de lado. Busca un buen amigo y no encuentra a nadie...». *(N. de la T.)*.

Índice